

TRILOGÍA DE LA ACADEMIA JEDI

# LA GUERRA DE LAS GALAXIAS

STAR WARS®

2. EL DISCÍPULO DE LA FUERZA OSCURA  
KEVIN J. ANDERSON



Lectulandia

ez roca

Después de haber caído prisionero de la almirante Daala, Han Solo consigue escapar de los laboratorios secretos imperiales con la ayuda de Qwi Xux, un científico imperial de primera línea que ha buscado refugio en la Nueva República. El revés para la almirante renegada es muy grande, pues Han Solo ha logrado capturar asimismo el arma terrible que habían desarrollado en aquellos laboratorios olvidados, el Triturador de Soles. Daala ha decidido emprender un acoso sistemático a las fuerzas de la Nueva República y no está dispuesta a cometer nuevos errores, recurriendo a métodos inmisericordes para exterminar a cualquier posible aliado de los rebeldes, aunque se trate de mundos habitados enteros.

Tras pasar un tiempo de descanso en las regiones polares de Coruscant acompañando al joven Kyp Durrón y a sus dos hijos gemelos —cuidados por cierto atribulado androide—, Han Solo recibe noticias de un accidente sufrido por Leia en una misión diplomática en Vórtice. De regreso en el Palacio Imperial de Coruscant, y sumido en un estado de ánimo irritable, Han sostiene una discusión con Lando Calrissian que desemboca en una partida de sabacc, en la que ambos deciden dejar zanjado para siempre el tema de la propiedad del Halcón Milenario.

Mientras tanto, Luke Skywalker ha escogido el Gran Templo de la cuarta luna de Yavin para adiestrar a doce estudiantes en el camino de la Fuerza. Las ruinas del templo, abandonado hacía milenios por la raza perdida de los massassi, habían servido en otra época como base secreta de las fuerzas rebeldes, y Luke llegó a ellas por primera vez once años atrás. Ahora volvía a ese mismo lugar convertido en Maestro Jedi, el primero de una nueva generación en la que podrían depositarse nuevas esperanzas.

Pero en las junglas de Yavin se escondían también secretos insospechados. Uno de los estudiantes más aventajados de Luke descubre, al mismo tiempo que anhela convertirse en Caballero Jedi, otra fuente de conocimientos que los ofrecidos por su maestro.

# Lectulandia

Kevin J. Anderson

## El discípulo de la Fuerza Oscura

Trilogía de la Academia Jedi 2

ePUB v1.0

LittleAngel 07.01.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título Original: *Dark Apprentice*  
1995, Editorial Martínez Roca  
Traducción: Albert Solé

# 1

La enorme esfera anaranjada de Yavin, el planeta gaseoso, fue subiendo sobre el horizonte de su cuarta luna. Una suave claridad neblinosa se extendió por encima de la continua agitación de las junglas y los antiguos templos de piedra.

Luke Skywalker utilizó una técnica de tonificación Jedi para eliminar el cansancio de su organismo. Había dormido profundamente, pero el futuro de la Nueva República y de toda la galaxia era un peso tan grande como agotador.

Luke se encontraba en el cuadrado que servía de cima al Gran Templo, que había sido abandonado hacía milenios por la ya desaparecida raza massassi. Los rebeldes habían construido una base secreta en las ruinas durante los primeros enfrentamientos entre la Alianza y el Imperio, y la habían utilizado para lanzar su desesperado ataque contra la primera *Estrella de la Muerte*. Habían transcurrido once años desde la marcha de los rebeldes, y Luke había vuelto a la cuarta luna de Yavin.

Se había convertido en un Maestro Jedi. Sería el primero de una nueva generación de Jedis, como aquellos que habían protegido a la República durante un millar de generaciones. Los antiguos Caballeros Jedi habían sido respetados y poderosos hasta que Darth Vader y el Emperador iniciaron una persecución implacable contra ellos y acabaron prácticamente con todos.

Luke había recibido el apoyo de Mon Mothma, la Jefe de Estado de la Nueva República, para emprender la búsqueda de quienes tuvieran el potencial de utilizar la Fuerza y encontrar candidatos al adiestramiento que pudieran acabar formando parte de una nueva orden Jedi. Luke ya había conseguido llevar una docena de estudiantes a su «academia» de Yavin 4, pero aún no estaba muy seguro de cuál sería la mejor manera de adiestrarlos.

La instrucción que le habían proporcionado Obi-Wan y Yoda no había sido muy larga, y desde aquel entonces Luke había ido descubriendo ciertas facetas de la sabiduría Jedi que le habían hecho comprender lo mucho que ignoraba todavía. Incluso un Jedi tan grande como Obi-Wan Kenobi había fracasado con su estudiante y había permitido que Anakin Skywalker acabara convirtiéndose en el monstruo que había sido conocido con el nombre de Darth Vader. Luke se encontraba en una posición donde se esperaba de él que instruyera a otros sin cometer errores.

«Hazlo o no lo hagas —había dicho Yoda—, porque el intentarlo no existe.»

Luke permaneció inmóvil sobre las frías y lisas piedras de la cima y contempló la jungla que iniciaba su despertar. Podía oler la miriada de aromas tanto dulces como almizclados que iban surgiendo a medida que la atmósfera se calentaba bajo la luz del amanecer. El perfume de las enormes orquídeas y el acre olor a especias de los matorrales de hoja azul subían flotando desde el suelo hasta él.

Luke cerró los ojos y dejó que sus manos colgaran relajadas a los lados con los

dedos extendidos. Después permitió que su mente se fuera abriendo y se relajó. Extrajo energía de la Fuerza, y fue rozando con sus pensamientos las ondulaciones creadas por las numerosas formas de vida de las selvas que se extendían por debajo de él. Sus sentidos agudizados por la Fuerza le permitían oír el susurrar de millones de hojas, los chasquidos de las ramitas y el veloz correteo de los pequeños animales que iban y venían por entre la espesura.

Un roedor se debatió y murió dejando escapar un chillido de dolor y terror cuando un depredador lo aplastó entre sus mandíbulas. Criaturas voladoras se cantaban canciones de apareamiento unas a otras a través del espeso follaje de las copas de los árboles. Grandes mamíferos herbívoros se alimentaban con hojas, arrancando brotes tiernos de las ramas más altas o hurgando entre la vegetación medio podrida de la selva para encontrar hongos.

Un caudaloso río de aguas cálidas, una cinta azul zafiro sobre la que flotaban remolinos y corrientes de fango marrón, fluía junto al Gran Templo, apenas visible bajo la exuberancia de los árboles. El río se bifurcaba para enviar un tributario que dejaba atrás la antigua central de energía de los rebeldes, que Luke y Erredós habían reparado mientras hacían los preparativos para instalar la Academia Jedi en la luna. Luke captó la presencia de un gran depredador acuático que acechaba en las sombras allí donde el río envolvía un árbol sumergido a medio pudrir, esperando que criaturas parecidas a peces mucho más pequeñas pasaran junto a él.

Las plantas crecían. Los animales se multiplicaban. La luna despertaba a un nuevo día. Yavin 4 estaba vivo, y Luke Skywalker se sintió refrescado y lleno de energías.

Luke aguzó el oído y oyó cómo dos personas se iban aproximando por entre la frondosa espesura. Avanzaban sin hablar y sin hacer ruido, pero aun así Luke pudo percibir el cambio que se iba produciendo en la jungla a medida que dos de sus candidatos a convertirse en nuevos Caballeros Jedi se abrían paso a través de la vegetación.

Su momento de introspección había terminado. Luke sonrió y decidió bajar a recibirles.

Giró sobre sí mismo para bajar a las salas y pasillos de piedra repletos de ecos del templo, y alzó la vista hacia el cielo con el tiempo justo de ver los rastros de vapor dejados por una lanzadera que estaba descendiendo a través de la húmeda atmósfera de Yavin 4. Luke se sorprendió un poco al comprender que ya había llegado el momento de que recibieran un nuevo envío de suministros.

Había estado tan absorto en la tarea de adiestrar nuevos Jedi que ya no estaba muy al corriente del curso de la política galáctica, pero cuando vio la lanzadera sintió un deseo tan repentino como intenso de tener noticias sobre Leia, Han y sus niños. Esperaba que el piloto le traería alguna.

Luke hizo caer la capucha de su capa Jedi marrón con un encogimiento de hombros. La prenda resultaba un poco calurosa en la humedad de la jungla, pero Luke ya no notaba las pequeñas incomodidades físicas. Había caminado a través del fuego en Eol Sha y había ido a las minas de especia de Kessel, y un poco de transpiración era algo tan insignificante que ya no podía molestarle.

Cuando los rebeldes instalaron su base oculta en el templo massassi eliminaron la abundante vida vegetal de las cámaras y pasillos. Al otro lado del río se alzaba un segundo templo de grandes dimensiones, y según las inspecciones llevadas a cabo desde una órbita cercana, había más estructuras enterradas bajo aquella implacable capa de vegetación, pero la Alianza estaba demasiado ocupada en su guerra contra el Imperio y no podía dedicar su tiempo a las investigaciones arqueológicas detalladas. La raza desaparecida de los constructores de templos seguía siendo un misterio tan insondable como lo había sido cuando los rebeldes pusieron los pies por primera vez en Yavin 4.

El suelo enlosado de los pasillos del templo tenía algunos baches y desniveles, pero continuaba estando notablemente intacto después de siglos de exposición a los elementos. Luke utilizó un turboascensor para bajar desde la cima hasta el tercer nivel, donde otros estudiantes dormían o meditaban bajo los primeros rayos de luz del amanecer. Erredós rodó hacia él para recibirle cuando Luke salió del turboascensor. Las ruedas del androide giraban con un suave zumbido sobre las desigualdades de las losas, y su cabeza hemisférica giró en un sentido y en otro emitiendo un chorro de parloteo electrónico dirigido a Luke.

—Sí, Erredós, ya he visto bajar la lanzadera —replicó Luke—. ¿Te importaría ir al claro para darles la bienvenida en mi nombre? Gantoris y Streen están regresando de su estancia en la jungla. Quiero saludarles y enterarme de qué han encontrado.

Erredós accedió con un pitido y fue hacia una rampa de piedra. Luke siguió avanzando por la fresca penumbra del templo, percibiendo el olor a moho de la atmósfera estancada y los acres olores polvorientos de las piedras que se habían desprendido de la estructura. En los pasillos aún había unos cuantos estandartes de la antigua Alianza colgados sobre las puertas de habitaciones vacías.

La Academia Jedi de Luke no tenía nada de lujosa y, de hecho, apenas se la podía considerar cómoda. Pero tanto él como sus estudiantes estaban llevando a cabo una labor muy importante que absorbía todas sus energías y no les dejaba tiempo para pensar en las pequeñas comodidades cotidianas. Luke no había hecho desaparecer todos los daños provocados por el paso del tiempo, pero había reparado y modernizado los paneles luminosos, los sistemas de agua y los preparadores y dispensadores de alimentos que había instalado la Alianza en su día.

Llegó al primer nivel del templo, y vio las puertas medio levantadas del hangar alzándose ante él como la oscura hendidura de una boca colosal. Luke captó ecos del

pasado en el interior del hangar, un residuo casi imperceptible de combustible y refrigerante para cazas mezclado con los restos de polvo y grasa que habían quedado acumulados en los rincones. Salió a la jungla, y parpadeó bajo la acuosa y débil claridad del sol mientras las nieblas brotaban del suelo húmedo y se evaporaban en la atmósfera.

Luke había sabido calcular el momento a la perfección, y oyó aproximarse a sus dos estudiantes mientras se abría paso por entre la abundante vegetación.

Luke enviaba a sus estudiantes a la jungla en parejas para que aprendieran a utilizar al máximo sus recursos y tuvieran una oportunidad de practicar la concentración sin interrupciones. Estar a solas y no disponer de más capacidades que las suyas propias permitía que los estudiantes desarrollaran sus poderes de concentración percibiendo y estudiando otras formas de vida y entrando en contacto con la Fuerza.

Luke alzó la mano en un gesto de saludo cuando los dos estudiantes emergieron de entre los helechos plumosos y los exuberantes matorrales de hoja azul. Gantoris, alto y moreno, separó unas gruesas ramas y fue hacia Luke. Su frente, amplia y despejada, se había vuelto aún más grande mediante el rasurado de las cejas, y su piel estaba curtida por las inclemencias del tiempo. Gantoris había vivido sin inmutarse entre los géiseres y las mareas de lava en Eol Sha, pero pareció sobresaltarse un poco al ver al Maestro Jedi. Aun así, logró ocultar su primera reacción al instante.

Cuando vivía en su mundo infernal, Gantoris había utilizado el talento innato con la Fuerza que poseía para mantener unido y con vida a un grupito de colonizadores que habían sido olvidados por todos. Gantoris había tenido pesadillas en las que veía a un terrible «hombre oscuro» que le tentaría con la promesa del poder para acabar destruyéndole. Al principio había pensado que Luke era aquel hombre, y había creído que Luke, que había aparecido vestido con su oscura capa Jedi y había cruzado un campo de géiseres para pedirle que viniera a su academia, era el desconocido de sus pesadillas. Gantoris había puesto a prueba a Luke obligándole a atravesar un mar de lava y a trepar por entre los géiseres.

Detrás de Gantoris venía Streen, el segundo candidato que Luke había encontrado en su búsqueda de potenciales Jedi. Streen había vivido como buscador de gases en una ciudad flotante abandonada del planeta Bespin. Streen era capaz de predecir los momentos en que tendrían lugar las erupciones de gases valiosos dentro de las capas de nubes. Luke había tentado al buscador de gases, con la capacidad de mantener fuera de su cabeza el continuo clamor de voces, que Streen oía siempre que iba a una zona habitada.

Los estudiantes le saludaron con una reverencia, y Luke les estrechó la mano.

—Bienvenidos —dijo—. Contadme qué habéis descubierto.

—¡Hemos encontrado otro templo massassi! —jadeó Streen mientras volvía



rápidamente la cabeza de un lado a otro.

Su fina cabellera canosa, que siempre hacía pensar en una nube, estaba despeinada y llena de briznas de vegetación.

—Sí —dijo Gantoris. Su rostro rubicundo y su cabellera oscura recogida en una gruesa trenza estaban manchados de sudor y barro—. El nuevo templo no es tan grande como éste, pero parece más potente aunque no sabría explicar de qué manera. Fue construido con grandes bloques de obsidiana, y se encuentra en el centro de un lago no muy profundo. También hay una estatua de un gran señor.

—¡Es un lugar de mucho poder! —exclamó Streen.

—Yo también sentí la presencia de ese poder —añadió Gantoris, irguiendo los hombros y echándose la trenza a la espalda con un enérgico meneo de cabeza—. Deberíamos averiguar todo lo que podamos sobre la raza massassi. Al parecer eran muy poderosos, pero han desaparecido por completo. ¿Qué fue de ellos? ¿Existe algo a lo que debemos temer?

Luke asintió con expresión grave y pensativa. Él también había percibido el poder de los templos. Cuando puso los pies por primera vez en Yavin 4, Luke apenas era un muchacho que se había visto bruscamente involucrado en la rebelión contra el Imperio. Apenas había comprendido hasta dónde llegaba el poder de la Fuerza y, de hecho, hacía muy pocos días que conocía su existencia.

Pero había vuelto a la luna selvática convertido en un Maestro Jedi, y podía percibir muchas cosas que antes se hallaban ocultas para él. Conocía la existencia del poder oscuro que había detectado Gantoris, y aunque siempre decía a sus estudiantes que debían compartir todo lo que aprendiesen. Luke también sabía que ciertos conocimientos podían llegar a resultar letales.

Darth Vader había descubierto la clase de conocimiento equivocada, y Luke no podía permitirse descartar la posibilidad de que uno de sus estudiantes acabara siendo seducido por el lado oscuro.

Luke les puso las manos sobre los hombros.

—Entrad y bebed algo —dijo—. Una lanzadera de suministros ha iniciado el descenso, así que debemos ir a recibir a nuestros invitados.

Cuando llegaron a la pista despejada en la jungla, Erredós estaba esperándoles junto al cobertizo de control de la parrilla enviando un chorro de coordenadas electrónicas a una barcaza espacial X-23 Trabajadora del Espacio que descendía hacia ellos.

Luke echó la cabeza hacia atrás para ver cómo la nave descendía con un ensordecedor silbido de sus motores y un atronar de chorros de gases despedidos por las toberas. La barcaza consistía en un módulo de carga trapezoidal al que se habían unido unos motores sublumínicos Incom. El aparato intrasistémico había conocido días mejores: el metal gris de su casco mostraba las decoloraciones producidas por el

fuego de los cañones desintegradores, así como un sinfín de abolladuras y señales causadas por los encuentros con los meteoros. Pero el rugir de los motores para desplazamientos atmosféricos era límpido y regular, y la barcaza llevó a cabo la maniobra de descenso rápidamente y sin ningún contratiempo.

La barcaza espacial encendió la hilera de luces de descenso que circundaba su vientre y se posó suavemente. Luke entrecerró los ojos intentando ver algo por la diminuta mirilla frontal, y una bandada de criaturas aladas emprendió el vuelo de repente lanzando graznidos de protesta y reproche a la cosa metálica que había irrumpido tan estruendosamente en su jungla.

Los gruesos soportes de plastiaceró brotaron del casco y entraron en contacto con el suelo después de descender acompañados por el siseo de la presión hidráulica. Los olores acres del aceite y los gases surgidos de los escapes flotaron en el aire húmedo, mezclándose con los aromas dulces y especiados de las flores y las hojas de la jungla.

Aquellos olores mecánicos hicieron que Luke se acordara de la ajetreada metrópolis de Ciudad Imperial, el centro gubernamental de la Nueva República. Ya llevaba varios meses viviendo apaciblemente en Yavin 4, pero aun así Luke sintió el cosquilleo del sudor descendiéndole por la espalda. No podía bajar la guardia ni un solo momento, pues tenía una misión que cumplir para la Nueva República. Aquello no eran unas vacaciones.

El casco de la barcaza espacial siguió emitiendo débiles sonidos, como si hablara consigo mismo mientras terminaba de aposentarse. Las puertas de carga traseras se fueron separando lentamente con un siseo entrecortado, como si dos gigantes las estuvieran haciendo retroceder poco a poco. Una claridad blanco azulada bañó las cajas y recipientes envueltos en redes de almacenamiento o asegurados a las paredes que contenían alimentos, equipos de comunicaciones, ropa y artículos para hacer un poco más agradable la vida en Yavin 4.

Gantoris y Streen cruzaron el claro sin hacer ruido y se detuvieron junto a Luke. Los ojos de Streen se abrieron considerablemente y se llenaron de asombro, pero en los de Gantoris había una expresión entre perpleja y amargada. Su piel siempre tenía un tono rojizo, como si estuviera perpetuamente irritado.

—¿Necesitamos todas estas cosas, maestro Skywalker?

Luke echó un vistazo al contenido de la bodega de carga. A juzgar por el material innecesario que había sido incluido en el cargamento, Leia debía de haberse encargado personalmente de redactar la lista del envío. Había sintetizadores de alimentos exóticos, ropas de excelente calidad, calentadores, neutralizadores de humedad e incluso unas cuantas campanillas de viento ithorianas.

—No nos vendrán mal —dijo Luke.

Una angosta rampa brotó del compartimiento de pilotaje con un gemido de pistones y rodillos. La silueta de un hombre que llevaba un casco redondo, botas y un

mono de vuelo acolchado y lleno de arrugas apareció en la rampa. El hombre empezó a bajar y se quitó el casco blanco, y sus manos enguantadas taparon durante unos momentos el símbolo del arco azul de la Nueva República. El piloto meneó la cabeza, haciendo oscilar su corta cabellera oscura de un lado a otro.

—¡Wedge! —gritó Luke, y sonrió—. ¿Es que la Nueva República no tiene ninguna tarea mejor en la que ocupar a sus generales? ¡Te has convertido en un camionero espacial que lleva suministros de un lado a otro!

Wedge Antilles se puso el casco debajo de la manga acolchada de su mono de vuelo anaranjado y extendió la mano hacia Luke. Luke rodeó a Wedge con los brazos, y los dos hombres se fundieron en el apretado abrazo de dos amigos que llevan demasiado tiempo sin verse.

—Tienes que admitir que estoy cualificado para el trabajo —dijo Wedge—. Además, acabé hartándome de hacer trabajos de demolición en los peores suburbios de Ciudad Imperial, y antes de eso ya me había hartado de recoger los restos de naves en órbita alrededor de Coruscant. Pensé que ser camionero y entregar suministros siempre resultaría más agradable que trabajar de basurero.

Wedge lanzó una rápida mirada por encima del hombro de Luke, y otra sonrisa hizo aparecer un hoyuelo en cada una de sus mejillas. Gantoris salió de la bodega de carga y estrechó la mano de Wedge en un apretón breve y casi brutal mientras su mirada se encontraba con la del piloto.

—¿Tiene alguna noticia de mi gente, general Antilles? —preguntó—. Confío en que todos habrán llegado sanos y salvos a su nuevo hogar en Dantooine.

—Sí. Gantoris, todos han llegado sin problemas y se encuentran estupendamente. Dejamos caer todo un complejo de módulos de alojamiento con sistemas automáticos de montaje. También les hemos enviado unidades de programación y androides agricultores para que puedan empezar a crear una colonia autosuficiente sin perder ni un segundo. Dantooine es un planeta muy acogedor. Hay montones de animales que cazar y mucha vegetación nativa comestible... Le aseguro que estarán mucho mejor de lo que estaban en Eol Sha.

Gantoris asintió solemnemente.

—No lo dudo.

Sus ojos de mirada profunda y brillante se apartaron del rostro de Wedge y se posaron en las copas de los árboles. La luz anaranjada que brotaba del gigante gaseoso que iba subiendo en el horizonte hizo que sus pupilas destellaran con reflejos muy parecidos a los de aquellos charcos de lava que había hecho atravesar a Luke en Eol Sha.

—Gantoris, Streen... ¿Podrías empezar a ocuparos de la descarga? —preguntó Luke—. Creo que un pequeño empujoncito con la Fuerza hará que no tengáis ningún problema a la hora de ir bajando esas cajas. Considerarlo como un pequeño examen,

¿de acuerdo? Erredós, di a Kirana Ti y Dorsk 81 que vengan a echar una mano.

Streen y Gantoris fueron hacia la rampa de la bodega de carga. Erredós cruzó zumbando la zona de descenso y desapareció entre la penumbra del enorme hangar del Gran Templo para ir en busca de los otros dos candidatos a convertirse en Caballeros Jedi.

Luke dio una palmada en el hombro a su amigo.

—Estoy hambriento de noticias, Wedge —dijo—. Espero que hayas traído unos cuantos chismes contigo.

Wedge enarcó las cejas. Su mentón estrecho y rasgos delicados hacían que pareciese más joven que Luke. Habían pasado por muchos momentos difíciles juntos: Wedge había volado junto a Luke en aquel periplo por el pasillo de la *Estrella de la Muerte* que había terminado de manera tan triunfal, había colaborado en la defensa de la base Eco en el planeta helado de Hoth y se había enfrentado a la segunda *Estrella de la Muerte* en los cielos de Endor.

—¿Cotilleos? —preguntó, y se echó a reír—. Bueno, no me parece el tipo de cosas que puedan interesar a un Maestro Jedi.

—Me has pillado, Wedge. ¿Qué tal están Leia y Han? ¿Cómo está Mon Mothma? ¿Qué tal van las cosas en Coruscant? ¿Cuándo traerá Han a Kyp Durrón a mi centro de adiestramiento? Ese chico tenía un potencial enorme, y quiero empezar a trabajar con él lo más pronto posible.

Wedge meneó la cabeza ante la andanada de preguntas.

—Kyp vendrá, Luke, no te preocupes por eso... Ha pasado la mayor parte de su vida en las minas de especia de Kessel, y sólo lleva un mes fuera de ellas. Han está intentando enseñarle a vivir un poco antes de que el chico venga aquí.

Luke no había olvidado al adolescente de cabellos oscuros que Han había rescatado de la negrura de las minas de especia. Cuando Luke utilizó una técnica de comprobación Jedi para averiguar si Kyp tenía el potencial de usar la Fuerza, la respuesta del chico había sido tan potente que Luke había salido despedido al otro extremo de la habitación. Luke nunca se había encontrado con un poder semejante durante toda su búsqueda de candidatos a estudiar en la Academia Jedi.

—¿Y qué hay de Leia? Wedge puso expresión pensativa, y Luke se dio cuenta de que no se había limitado a responder con un simple «Todo va bien, naturalmente».

—Bueno —dijo por fin—, parece que cada vez dedica más y más tiempo a sus deberes como Ministra del Estado. Mon Mothma le ha transferido muchas responsabilidades importantes mientras que ella apenas sale de sus aposentos privados y gobierna desde lejos. Eso ha puesto un poco nerviosa a mucha gente, ¿sabes?

Aquella conducta parecía altamente inusual para la gobernante enérgica y siempre compasiva que Luke recordaba.

—¿Y qué tal lo lleva Leia?

Luke anhelaba saber mil cosas a la vez y le hubiese gustado poder hallarse de nuevo en el centro de toda aquella actividad, pero otra parte de su ser prefería la paz de Yavin 4.

Wedge se sentó en el borde de la rampa. Apoyó una pierna en un soporte, y después colocó el casco en equilibrio sobre la rodilla.

—Leia está haciendo un trabajo magnífico, pero si quieres saber mi opinión... Bueno, creo que está intentando abarcar demasiadas cosas a la vez. El pequeño Anakin todavía sigue oculto, pero aun así ahora tiene que cuidar de los gemelos. Cetrespeó la ayuda, pero Jacen y Jaina sólo tienen dos años y medio. Eso da bastante más trabajo que un empleo a jornada completa, y Leia está empezando a acusar el agotamiento.

—Tendría que venir aquí para disfrutar de un descanso —sugirió Luke—. Ah, y que traiga a los gemelos... Después de todo, he de empezar a adiestrarles en el dominio de las capacidades Jedi básicas.

—Estoy seguro de que a Leia le encantaría venir aquí —dijo Wedge. Se dieron la vuelta y vieron cómo Streen y Gantoris salían de la barcaza transportando unas cajas enormes. Los dos candidatos Jedi caminaban con paso rápido y fluido a pesar de que llevaban una carga que parecía imposible de soportar, y Wedge abrió mucho los ojos ante aquella impresionante hazaña de fortaleza—. Tuve que utilizar androides de carga para meter todo eso a bordo... Antes lo intenté yo solo hasta quedar molido, pero no conseguí mover las cajas ni un centímetro.

—Bueno, eso quiere decir que mis estudiantes están empezando a hacer progresos —dijo Luke asintiendo con la cabeza—. ¿Y qué hay de ti, Wedge? ¿Piensas pasar el resto de tu vida haciendo de camionero?

Wedge sonrió, y después arrojó el casco rampa arriba con un veloz giro de la muñeca haciéndolo desaparecer en el compartimento de pilotaje. El casco rodó ruidosamente por el suelo.

—No. De hecho, he venido aquí porque tengo un nuevo trabajo y no tendré ocasión de volver a verte durante algún tiempo. El Consejo de la Nueva República piensa que la doctora Qwi Xux puede correr un cierto peligro de ser espiada. La almirante Daala sigue acechando en algún lugar del espacio con su flotilla de Destrucción Estelares, y tengo el presentimiento de que empezará a destruir planetas al azar en cualquier momento lanzando ataques por sorpresa. Quizá intente recuperar a Qwi.

Luke asintió con expresión preocupada. Qwi Xux había sido la científica de mayor valía con que contaba la institución de investigación imperial de la que había escapado Han Solo..., con la ayuda de Qwi.

—E incluso suponiendo que la almirante Daala no quiera recuperar a la doctora

Xux, estoy seguro de que habrá alguien más que quiera contar con sus servicios.

—Sí —dijo Wedge—, y por eso me han nombrado escolta y guardaespaldas personal suyo. El Consejo todavía no ha decidido qué hacer con el *Triturador de Soles* capturado por Han. —Wedge suspiró—. Lo que te he contado sólo es una pequeña parte de lo que ha estado ocurriendo últimamente en Coruscant, desde luego.

Luke volvió la mirada hacia Gantoris y Streen, que continuaban vaciando la bodega de carga y atravesaban el claro para depositar las cajas y bultos en la fría penumbra del hangar vacío. Un instante después Erredós salió del templo con un zumbido de servomotores, seguido por dos estudiantes.

—Oyéndote hablar se diría que ahora necesitáis a los nuevos Caballeros Jedi más que nunca, ¿verdad? —preguntó Luke.

Wedge se mostró totalmente de acuerdo con él.

—Más de lo que te puedes llegar a imaginar...

## 2

Leia Organa Solo estaba empezando a desear llegar al final del largo viaje en el caza B expandido mientras permanecía inmóvil y en silencio al lado del almirante Ackbar. Los dos estaban sentados en la pequeña cabina que olía a metal mientras la nave avanzaba a toda velocidad por el hiperespacio.

Ser Ministra de Estado mantenía a Leia en un estado de actividad incesante que la obligaba a ir de un acontecimiento diplomático a una recepción en una embajada, y de allí a remediar una emergencia política. Leia saltaba obedientemente de un punto a otro de la galaxia apagando incendios y ayudando a Mon Mothma a mantener unida una frágil alianza en el vacío que había dejado la caída del Imperio.

Leia ya había repasado docenas de veces los hologramas de referencia básica del planeta Vórtice, pero no lograba concentrarse en el Concierto de los Vientos al que se disponía a asistir. Los deberes diplomáticos la mantenían alejada de Coruscant durante un tiempo excesivo, y Leia aprovechaba los momentos de tranquilidad para pensar en su esposo Han y en Jacen y Jaina, sus gemelos. Llevaba demasiado tiempo sin sostener en los brazos al pequeño Anakin, quien seguía viviendo en el aislamiento protector de Anoth, el planeta secreto.

Parecía como si cada vez que Leia intentaba pasar una semana, un día o incluso una hora a solas con su familia, hubiera algo que la interrumpía. Leia se enfurecía cada vez que eso ocurría, pero no podía mostrar sus auténticos sentimientos porque las exigencias de la política la obligaban a llevar una máscara de impasibilidad.

Cuando era más joven, Leia había dedicado toda su vida a la Rebelión. Había trabajado entre bastidores en su calidad de princesa de Alderaan y como hija del senador Bail Organa, y se había enfrentado a Darth Vader y al Imperio, y más recientemente, al Gran Almirante Thrawn. Pero de eso ya hacía mucho tiempo, y últimamente había empezado a sentirse desgarrada entre sus deberes como Ministra de Estado y sus deberes como esposa de Han Solo y madre de tres hijos. Una vez más, Leia acababa de permitir que la Nueva República tuviera preferencia sobre su familia.

El almirante Ackbar movió con fluidez sus manos de anfibio, manipulando varias palancas de control en su asiento de la cabina de pilotaje al lado de Leia.

—Vamos a salir del hiperespacio —dijo con su voz ronca y gutural.

El alienígena de piel color rosa salmón parecía estar muy cómodo y a gusto dentro de su uniforme blanco. Ackbar hizo girar sus gigantescos ojos vidriosos de un lado a otro como si quisiera abarcar hasta el último detalle de su nave. Leia no le había visto dar muestras de la más mínima inquietud ni una sola vez durante todas las horas que había durado su viaje.

Ackbar y el resto de habitantes del planeta acuático Calamari habían sufrido

mucho bajo la bota de hierro del Imperio. Habían aprendido a guardar silencio sin dejar de prestar atención a cada detalle, y también habían aprendido a tomar sus propias decisiones y cómo actuar después para llevarlas a la práctica. Ackbar había sido un leal miembro de la Rebelión, y había jugado un papel decisivo en el proceso de desarrollo de los cazas B que habían hecho tantos estragos entre los escuadrones de los cazas TIE imperiales.

Leia le observó pilotar el caza modificado, un aparato de aspecto no muy maniobrable, y pensó que Ackbar parecía formar parte de aquella nave que daba la impresión de ser toda alas y torretas turboláser instaladas alrededor de una carlinga doble. La dotación de calamarianos de Ackbar, unos alienígenas parecidos a peces que obedecían diligentemente las órdenes de Terpfen, su astromecánico jefe, había expandido el antiguo monoplaza convirtiéndolo en la lanzadera diplomática personal de Ackbar y había añadido un asiento de pasaje.

Leia volvió la mirada hacia la cúpula de las ventanillas de la carlinga y vio cómo los nudos multicolores del hiperespacio se disipaban y eran sustituidos por un panorama tachonado de estrellas. Los motores sublumínicos entraron en acción, y el caza B avanzó a toda velocidad hacia el planeta Vórtice.

La tela del uniforme de gala de Leia se le pegaba a la piel con un roce desagradablemente húmedo, y trató de ajustar los pliegues para estar un poco más cómoda. Ackbar seguía concentrado en la maniobra de aproximación al planeta, y Leia sacó su cuaderno de datos de un bolsillo y colocó la delgada placa plateada sobre su regazo.

—Es precioso —dijo mientras contemplaba el planeta que se extendía por debajo de ellos.

La bola azul y gris metálico flotaba en el espacio, un orbe solitario carente de lunas. Su atmósfera mostraba los complejos bordados de muchos bancos de nubes y sistemas de tormentas, y también se podían distinguir las espirales de nubes lanzadas a toda velocidad que se arremolinaban formando huracanes terriblemente potentes.

Leia no había olvidado los datos astronómicos referentes al planeta que le habían proporcionado. La pronunciada inclinación del eje planetario producía severos cambios estacionales. Al comienzo del invierno, los gases atmosféricos que se congelaban daban como resultado la rápida formación de un enorme casquete polar. La repentina caída en la presión causaba inmensas corrientes de aire en un efecto muy parecido al de un torrente que se precipitara por un desagüe, y las nubes y el vapor salían disparados en dirección sur con la potencia de un ariete para llenar la zona vacía en la que se había solidificado la atmósfera.

Los vors, humanoides de huesos huecos con un conjunto de alas tan delicadas que parecían hechas de encaje en la espalda, pasaban la estación de las tormentas en el suelo, refugiados en moradas semisubterráneas que asomaban de la superficie



formando promontorios redondeados. Pero los vors también conmemoraban la llegada de los vientos, y lo hacían con una celebración cultural que había llegado a ser conocida en toda la galaxia.

Leia decidió repasar los detalles una vez más antes de que descendieran y empezara la recepción diplomática, y rozó los iconos incrustados en el marco de mármol sintético de su cuaderno de datos. La Ministra de Estado de la Nueva República no podía permitirse el lujo de dar ningún traspies político.

Una imagen traslúcida apareció entre un centelleo iridiscente y fue aumentando de tamaño y emergiendo de la pantalla plateada hasta convertirse en una proyección miniaturizada de la Catedral de los Vientos. Los vors habían construido una enorme estructura etérea que había desafiado los vendavales huracanados que hacían estragos a través de su atmósfera y había resistido los terribles vientos tempestuosos durante siglos. Delicada e increíblemente compleja, la Catedral de los Vientos brotaba del suelo como un castillo hecho con cristales delgados como cáscaras de huevo. Miles de pasarelas serpenteaban a través de las cámaras huecas, las torretas y los pináculos. La luz del sol caía sobre la estructura con un sinfín de destellos, reflejando los campos ondulantes de pastizales agitados por el viento que se extendían sobre las llanuras circundantes.

Al comienzo de la estación de las tormentas, las ráfagas de viento entraban por millares de aberturas de distintos tamaños practicadas en los delicados muros y creaban una música melancólica e impregnada de ecos al deslizarse por conductos de varios diámetros.

La música del viento nunca llegaba a repetirse del todo, y los vors sólo permitían que su catedral la crease una vez al año. Durante el concierto, miles de vors entraban volando en los pináculos y conductos del viento o trepaban hasta ellos, abriendo y cerrando las válvulas atmosféricas para dar forma a la música igual que si fuese una escultura, una obra de arte creada por los sistemas climatológicos del planeta de las tormentas y la raza que lo habitaba.

Leia fue pasando archivos en el cuaderno holográfico. La música de los vientos llevaba décadas sin ser oída, y no había sonado desde que el senador Palpatine anunció la instauración de su Nuevo Orden y se autodeclaró Emperador. Los vors se habían opuesto a los excesos imperiales, y habían sellado los orificios de su catedral negándose a permitir que creara música para nadie.

Pero aquella estación de los vientos los vors habían invitado a representantes de la Nueva República a que vinieran a escuchar la música.

Ackbar abrió un canal de comunicaciones y acercó su rostro de pez al receptor vocal. Leia vio cómo las diminutas protuberancias sensoras que rodeaban su boca se iban moviendo mientras hablaba.

—Pista de descenso de la Catedral de Vórtice, aquí el almirante Ackbar —dijo el

calamariano—. Estamos en órbita, y nos aproximamos a su posición.

La voz de un vor surgió de la rejilla, un seco canturreo que hacía pensar en dos ramitas frotándose la una con la otra.

—Lanzadera de la Nueva República, estamos transmitiendo coordenadas de descenso que toman en consideración la fuerza del viento y los sistemas de tormenta que se hallan en su trayectoria de bajada. Nuestras turbulencias atmosféricas son totalmente impredecibles y bastante peligrosas. Le rogamos que siga las instrucciones con toda exactitud.

—Entendido. —Ackbar se reclinó en su asiento. Sus grandes omóplatos rozaron los surcos acolchados del respaldo, y cruzó las tiras del arnés de seguridad sobre su pecho—. Será mejor que te pongas el arnés, Leia —dijo—. Creo que vamos a tener un descenso un poquito movido.

Leia apagó su holocuaderno y lo guardó en el compartimiento lateral de su asiento. Después se puso el arnés, sintiéndose aprisionada por las tiras, y tragó una honda bocanada del aire reciclado que olía a rancio. La sombra casi imperceptible de olor a pescado que flotaba en la atmósfera de la carlinga indicaba que el calamariano estaba un poco preocupado.

Ackbar guió su caza B hacia la atmósfera repleta de torbellinos del planeta Vórtice, yendo directamente hacia los sistemas de tormentas sin apartar la mirada de ellos ni un instante.

Ackbar sabía que los humanos eran incapaces de leer expresiones en los rostros calamarianos, y esperaba que Leia no se diera cuenta de lo nervioso que le ponía tener que volar a través de una climatología tan infernal.

Leia no sabía que Ackbar se había ofrecido como voluntario para aquella misión porque pilotar la nave que transportaría a una personalidad tan destacada como la Ministra de Estado era una tarea tan delicada que sólo confiaba en él mismo para llevarla a cabo, y no había ningún vehículo que le inspirase más confianza que su caza B personal.

Ackbar hizo girar sus ojos marrones hacia adelante para observar las capas de nubes que se estaban aproximando rápidamente a ellos. La nave se abrió paso a través de los estratos exteriores de atmósfera, y entró velozmente en las turbulencias. Los afilados bordes de las alas del caza hendieron el aire y dejaron una estela de viento detrás de ellas. Los bordes de las alas no tardaron en ponerse de un color rojo cereza debido a la fricción causada por el veloz descenso.

Ackbar sujetaba firmemente los controles con sus manos-aletas, concentrado al máximo para reaccionar deprisa, tomar decisiones en fracciones de segundo y asegurarse de que todo funcionaba correctamente. Aquel descenso no era de los que permitían errores. Movié su ojo derecho hacia abajo para examinar las coordenadas de descenso que había transmitido el técnico vor.

La nave empezó a vibrar y temblar. Ackbar sintió que el estómago le daba un vuelco cuando una corriente de aire ascendente surgió de la nada y los arrastró varios centenares de metros hacia arriba, dejándolos caer después en un pronunciado picado hasta que el calamariano consiguió recuperar el control del aparato. Los puños impalpables de las nubes golpeaban las mirillas de transpariacero, dejando regueros de humedad condensada que se desplegaban rápidamente hasta evaporarse.

Ackbar hizo un barrido de los paneles de control con su ojo izquierdo y verificó las lecturas. No había ninguna luz roja. Su ojo derecho retrocedió un poco para lanzar una rápida mirada de soslayo a Leia, que permanecía rígidamente inmóvil y silenciosa, unida a su asiento por las tiras negras del arnés. Sus ojos oscuros parecían casi tan enormes como los de un habitante de Mon Calamari, pero había ido apretando los labios hasta que formaron una delgada línea blanca. Parecía un poco asustada, pero tenía una confianza tan grande en las capacidades como piloto de Ackbar que no se atrevía a dejarlo traslucir. Hasta el momento Leia no había dicho ni una palabra por temor a que eso pudiera distraerle.

El caza B fue descendiendo en una prolongada espiral para esquivar una gigantesca perturbación ciclónica. El viento se aferró a las temblorosas alas del caza, haciendo que el casco se bamboleara de un lado a otro. Ackbar extendió los alerones secundarios en un intento de recobrar la estabilidad, y ocultó las torretas láser dentro del casco para reducir todo lo posible la resistencia al viento que ofrecía el caza B.

—Nuestras pantallas indican que se ha salido del curso, lanzadera de la Nueva República —dijo la voz frágil y quebradiza del controlador de tráfico espacial vor, quedando casi ahogada por el rugido del viento—. Efectúe correcciones.

Ackbar movió su ojo izquierdo para comprobar la lectura de las coordenadas, y vio que el caza espacial se había desviado del rumbo. El calamariano no perdió la calma, e intentó llevar el aparato hacia el vector correcto. Apenas podía creer que se hubiera desviado tanto, a menos que hubiera leído mal las coordenadas cuando las recibió.

Ackbar estaba dirigiendo el caza B hacia un muro de nubes que se movían en una veloz espiral, cuando de repente fueron embestidos por una galerna huracanada que hizo girar locamente el casco e incrustó a Ackbar en el respaldo de su asiento. El caza siguió girando de manera incontrolable, azotado por la terrible tempestad.

Leia dejó escapar un grito ahogado, pero cerró la boca casi enseguida y tensó los labios. Ackbar tiró de las palancas con todas sus fuerzas al mismo tiempo que disparaba las toberas estabilizadoras, llevando a cabo una maniobra que pretendía hacer girar el caza en sentido contrario a las agujas del reloj para contrarrestar los locos giros provocados por la fuerza del vendaval.

El caza B respondió poco a poco, y las toberas estabilizadoras fueron frenando su incontrolable descenso. Ackbar alzó la mirada y vio que estaba rodeado por un

torbellino de neblina. No tenía ni idea de qué dirección era arriba y cuál abajo. Desplegó el juego de alas perpendiculares de su aparato y las fijó en una posición que le proporcionaría una mayor estabilidad de vuelo. El caza respondía con lentitud, pero los paneles le dijeron que las alas habían quedado colocadas tal como deseaba.

—Tenga la bondad de responder, lanzadera de la Nueva República.

El vor no parecía nada preocupado.

Ackbar por fin consiguió enderezar el caza B, pero descubrió que había vuelto a perder su alineación con las coordenadas. Alteró el rumbo y fue volviendo hacia ellas, intentando reducir al mínimo las sacudidas y vibraciones. Echó un vistazo a los paneles de altitud y la preocupación hizo que se le secase la boca de repente al ver lo mucho que habían descendido.

El roce con la atmósfera había hecho que el metal del casco se pusiera de color anaranjado y echara humo. Los rayos zigzagueaban en todas direcciones a su alrededor. Bolas azules de electricidad estática surgían repentinamente de las puntas de las alas y se disipaban en el aire. Las lecturas de los sistemas de control desaparecieron engullidas por estallidos de estática, y volvieron a aparecer un instante después. El flujo de energía a la carlinga se debilitó, pero la luz recobró la intensidad normal en cuanto los sistemas de reserva entraron en acción.

Ackbar corrió el riesgo de lanzar otra rápida mirada de soslayo a Leia, y vio que tenía los ojos muy abiertos y que estaba luchando desesperadamente contra el miedo y la impotencia. Sabía que era una mujer de acción y que estaría dispuesta a hacer cualquier cosa para ayudarlo a salir de aquel lío..., pero no había nada que pudiera hacer. Si no le quedaba más remedio. Ackbar podía eyectar el asiento de Leia poniéndola a salvo, pero todavía no estaba dispuesto a perder su caza B. El calamariano creía que aún era capaz de hacerlo bajar intacto.

Y entonces las nubes se desgarraron ante él tan repentinamente como si fueran un trapo mojado que alguien acababa de arrancar de sus ojos. Las llanuras azotadas por los vientos de Vórtice se extendían debajo del caza, enormes extensiones de tierra recubiertas de hierba púrpura y marrón dorado. Los pastizales parecían ondular lentamente de un lado a otro mientras el viento deslizaba sus dedos invisibles por entre los tallos. Círculos concéntricos de refugios vor parecidos a búnkers rodeaban el centro de su civilización.

Ackbar oyó el jadeo ahogado que lanzó Leia cuando el asombro logró abrirse paso a través del terror que sentía. La enorme Catedral de los Vientos destellaba con un hervidero de luces y sombras en continúa agitación, y las nubes desfilaban a toda velocidad sobre ella. La gigantesca estructura parecía demasiado delicada para poder resistir el embate de las tormentas. Criaturas aladas subían y bajaban velozmente por los lados de las cámaras cilíndricas, abriendo pasadizos para que el viento pudiera soplar por ellos y crear la famosa música de la catedral. Ackbar pudo oír las débiles y

lejanas notas impregnadas de una dulzura melancólica y casi fantasmal.

—Está siguiendo un curso equivocado, lanzadera de la Nueva República. Esto es una emergencia. Debe abortar su descenso.

Ackbar quedó perplejo al ver que las coordenadas del panel habían vuelto a cambiar. Luchó con los controles, pero el caza B no respondió a sus órdenes. La Catedral de los Vientos se hacía más grande a cada segundo que pasaba.

Ackbar movió un ojo hacia arriba para atisbar por la cúpula de la mirilla, y vio que un ala perpendicular había quedado inmovilizada en un ángulo muy pronunciado que estaba ofreciendo la máxima resistencia posible al viento. El ala chocaba con la turbulencia, y tiraba del caza espacial desviándolo continuamente hacia la derecha.

Sus paneles de control insistían en que las dos alas se habían desplegado correctamente, pero sus ojos le estaban diciendo otra cosa.

Ackbar volvió a luchar con los controles e intentó enderezar el ala en un esfuerzo desesperado para recuperar el control. Ackbar sintió cómo la mitad inferior de su cuerpo se enfriaba con una peculiar sensación de cosquilleo cuando canalizó todas sus reservas de energía hacia su mente y sus manos, que seguían aferrando las palancas de control.

—Algo anda terriblemente mal aquí —dijo.

Leia volvió la mirada hacia una ventanilla.

—¡Vamos en línea recta hacia la catedral!

Un alerón se dobló y empezó a desprenderse del casco de plástiacero, arrastrando cables de alimentación detrás de él a medida que se desprendía. Hubo un diluvio de chispas, y el viento arrancó más placas del casco.

Ackbar logró contener el grito que quería salir de su garganta. Las luces de los paneles de control se debilitaron de repente y se apagaron. Oyó un zumbido chirriante, y todos los paneles principales de la carlinga dejaron de funcionar. Ackbar activó el sistema de control secundario que había diseñado personalmente para su caza B.

—No lo entiendo —dijo, y el pequeño recinto de la carlinga hizo que su voz sonara todavía más gutural que de costumbre—. La nave acaba de ser revisada a fondo... Mis mecánicos calamarianos fueron los únicos que la tocaron.

—Lanzadera de la Nueva República... —insistió la voz del vor por la radio.

Los cuerpos multicolores de los vors empezaron a bajar apresuradamente por los lados de la Catedral de los Vientos, huyendo lo más deprisa posible al ver que la nave se lanzaba sobre ellos. Algunas criaturas emprendieron el vuelo, y otras se quedaron inmóviles con los ojos clavados en el caza B que se aproximaba a toda velocidad. La inmensa estructura cristalina contenía a millares de vors.

Ackbar movió los controles hacia la derecha primero y hacia la izquierda después, desesperado y dispuesto a intentarlo todo para que el caza B se desviara del curso que

estaba siguiendo, pero los controles no respondieron. Todos los sistemas se habían quedado sin energía.

No podía levantar ni bajar las alas de la nave. Se había convertido en un gigantesco peso muerto que se precipitaba sobre la catedral. Ackbar conectó las baterías de reserva poniéndolas al máximo. Sabía que no podrían hacer nada por los subsistemas mecánicos, pero al menos le permitirían envolver el caza B en un escudo anticollisiones de máxima potencia.

Y antes de hacerlo, podría salvar a Leia.

—Lo siento, Leia —dijo—. Diles que lo siento...

Pulsó un botón del panel de control que hizo abrirse todo el lado derecho de la carlinga, creando una abertura en el casco y haciendo salir despedido por ella el asiento instalado en el caza B modificado.

Mientras lanzaba a Leia hacia las garras de los vientos. Ackbar oyó el aullido del vendaval que entraba por la abertura de la carlinga. El escudo de energía se activó con un zumbido mientras seguía cayendo hacia la colosal estructura cristalina. El motor del caza se había incendiado y estaba envuelto en humo.

Ackbar siguió mirando hacia delante hasta el final, y sus enormes ojos de calamariano no parpadearon ni una sola vez.

Leia se encontró volando por los aires. El asiento eyectable había salido despedido a tal velocidad que la había dejado sin respiración.

El viento se adueñó de su asiento y lo hizo girar tan deprisa que Leia ni siquiera pudo gritar. Los haces repulsores del mecanismo de seguridad del asiento entraron en acción, y Leia se sintió delicadamente sostenida por una mano invisible que empezó a bajarla poco a poco hacia los grandes tallos de hierba parecidos a látigos que se agitaban debajo de ella en las praderas.

Alzó la mirada y pudo ver la lanzadera B de Ackbar en el último instante antes de que se estrellara. El caza se precipitó hacia el suelo con un gemido estridente y dejando una estela de humo, bajando tan velozmente como si fuese una limadura metálica atraída por un potente imán.

El tiempo pareció detenerse, y durante un momento interminable Leia oyó el melancólico aletear de los vientos que silbaban a través de millares de cámaras cristalinas. La brisa se intensificó un poco, haciendo que la música pareciese convertirse en un repentino jadeo de terror. Los cuerpos alados de los vors se debatieron locamente e intentaron emprender el vuelo, pero la gran mayoría no consiguió reaccionar lo bastante deprisa.

El caza B de Ackbar se incrustó en los niveles inferiores de la Catedral de los Vientos, abriéndose paso a través de ellos con la potencia incontenible de un meteoro. El retumbar del impacto hizo estallar las torres cristalinas, convirtiéndolas en una granizada de cuchillos afilados como navajas de afeitar que salieron despedidos en

todas direcciones. El sonido del cristal que se hacía añicos, el rugido de los fragmentos rotos, el aullido del viento, los gritos de los vovs que parecían degollados por las dagas de cristal... Todo se combinó para formar el sonido más terrible que Leia había oído en toda su vida.

La estructura cristalina pareció tardar una eternidad en desmoronarse, y torre tras torre se fueron desplomando hacia el centro de la Catedral de los Vientos.

Los vendavales seguían soplando y arrancaban notas cada vez más sombrías a las columnas huecas, y la melodía cambió poco a poco. La música se fue convirtiendo en un gemido que se debilitaba progresivamente, hasta que sólo quedó un puñado de tubos de cristal intactos esparcidos sobre los escombros cristalinos.

Y el asiento eyectable fue bajando lentamente hasta el suelo, y se posó sobre la hierba que se agitaba entre susurros mientras Leia lloraba con sollozos incontenibles que parecían desgarrarla por dentro.

### 3

Han pensó que las regiones polares de Coruscant le recordaban bastante a Hoth, el planeta helado de Hoth, pero había una diferencia crucial. Han estaba allí en compañía de su joven amigo Kyp Durrón porque así lo había decidido y para disfrutar de unas vacaciones mientras Leia partía con el almirante Ackbar en otra de sus misiones diplomáticas.

Han se encontraba en la cima de los escarpados riscos de hielo blanco azulado, sintiéndose caliente y cómodo dentro de su chaquetón aislante color gris alquitrán y sus guantes rojos provistos de un sistema calefactor. Las auroras eternamente presentes en el cielo purpúreo emanaban telones irisados repletos de chispazos y centelleos que se refractaban en el hielo. Han tragó una profunda bocanada de aquel aire limpio y seco, y tan frío que casi pudo sentir cómo se le encogían los pelitos de la nariz.

Se volvió hacia Kyp, que estaba junto a él.

—¿Preparado para empezar, chico?

El joven de dieciocho años y oscura cabellera se inclinó por quinta vez para ajustar las sujeciones de sus turboesquíes.

—Eh... Casi —dijo Kyp.

Han se inclinó hacia adelante para contemplar la brusca pendiente de hielo de la pista para turboesquíes. Sintió que se le formaba un nudo en la garganta mientras la observaba, pero no estaba dispuesto a permitir que se le notara que tenía un poco de miedo.

Glaciares blanco azulados relucían bajo la tenue claridad de aquel crepúsculo que duraba meses. Las máquinas taladradoras habían trabajado durante mucho tiempo royendo profundos túneles en las gruesas capas de hielo, y las excavadoras habían creado grandes terrazas en los riscos durante el proceso de explotación hidrológica de aquellas montañas de nieve que tenían centenares de años de antigüedad. La nieve y el hielo habían sido derretidos con hornos de fusión, y después el agua había sido transportada hasta las áreas metropolitanas densamente pobladas de las zonas templadas mediante cañerías de dimensiones titánicas.

—¿Realmente crees que seré capaz de hacer esto? —preguntó Kyp, irguiéndose y aferrando sus palos deflectores.

Han se rió.

—Verás, chico, teniendo en cuenta que has sido capaz de sacarnos de un cúmulo de agujeros negros pilotando una nave a ciegas... Sí, creo que también sabrás arreglártelas en una pista para turboesquíes del planeta más civilizado de la galaxia.

Kyp contempló a Han con una sonrisa en sus ojos oscuros. El chico siempre le recordaba mucho a Luke Skywalker de joven. Kyp Durrón no se había separado de él



desde que Han le había rescatado de su esclavitud en las minas de especia de Kessel. Años de cautiverio imperial, que no hizo nada para merecer, habían hecho que Kyp se perdiera los mejores años de su vida, y Han se había jurado a sí mismo que le compensaría por todo ese tiempo perdido.

—Vamos, chico —dijo.

Se inclinó hacia adelante y conectó los motores de sus turboesquís. Han aferró los palos deflectores con sus manos protegidas por los gruesos guantes y los activó. Un instante después notó la aparición repentina del campo repulsor que emanaba de cada punta y que hacía que los palos quedaran suspendidos en el aire para permitirle mantener el equilibrio.

—De acuerdo —dijo Kyp, y conectó los motores de sus turboesquís—. Pero olvidémonos de la pista para niños, ¿eh?

El joven dio la espalda a la espaciosa calzada de hielo y señaló una pista lateral que se extendía a lo largo de varias cornisas bastante traicioneras y sobre el hielo quebradizo de un glaciar medio derretido para acabar pasando por encima de una cascada helada y terminar en una zona de recepción y rescate. El parpadeo rojizo de las balizas láser indicaba con toda claridad el trazado de aquella peligrosa pista.

—¡Ni lo sueñes, Kyp! Es demasiado...

Pero Kyp ya se había lanzado hacia adelante y estaba descendiendo a toda velocidad por la pendiente.

—¡Eh! —gritó Han. Sintió que se le formaba un vacío en el estómago, y por un momento estuvo seguro de que acabaría teniendo que recoger el cuerpo destrozado de Kyp en algún punto del trayecto. Pero ya no le quedaba más elección que salir disparado en persecución del muchacho—. Has cometido una auténtica estupidez, chico...

Cristales de nieve pulverulenta salieron despedidos por detrás de los turboesquís de Kyp cuando se inclinó hacia adelante, rozando el suelo de vez en cuando con sus palos deflectores. Conservaba el equilibrio como un auténtico experto, sabiendo de manera intuitiva qué debía hacer en cada momento. Han sólo llevaba un segundo de vertiginoso descenso, pero ya había comprendido que Kyp quizá tuviera más posibilidades de sobrevivir a aquel viaje que él.

Han bajó a toda velocidad por la pendiente con el hielo y la nieve siseando detrás de él como un chorro de aire comprimido. De repente se encontró con un promontorio helado que le hizo salir volando por los aires, y giró locamente sobre sí mismo mientras agitaba sus palos deflectores en todas direcciones. Los diminutos cohetes estabilizadores de su cinturón consiguieron enderezarle justo a tiempo, un instante antes de que volviera a caer sobre la nieve. Han siguió bajando por la pendiente tan deprisa como un rebaño de banthas en estampida.

Entrecerró los ojos detrás de sus gafas para el hielo, y se concentró al máximo en

la complicada tarea de mantenerse erguido. El paisaje parecía demasiado nítido, y Han podía distinguir con toda claridad cada montaña nevada de bordes afilados como cuchillos y los destellos de una pared de hielo. Era como si cada detalle pudiera ser el último que veía en su vida.

Kyp se desvió hacia la derecha y dejó escapar un ruidoso grito de placer al meterse en el tramo más peligroso de la pista para turboesquí. El grito rebotó tres veces en los escarpados riscos, creando otros tantos ecos antes de apagarse definitivamente.

Han empezó a maldecir la temeridad del joven, pero un instante después se sintió invadido por una repentina oleada de cálido afecto hacia él al comprender que en realidad era justo lo que había esperado de Kyp. Decidió disfrutar al máximo de la experiencia, y respondió al grito de Kyp con otro mientras viraba para seguirle.

Las balizas láser se encendían y se apagaban, guiando a los imprudentes turboesquiadores con sus parpadeos de advertencia a lo largo del camino. La superficie ondulada susurraba bajo la blandura invisible de los campos repulsores de sus turboesquí.

El camino de hielo parecía haberse acortado de repente delante de ellos, y después seguía discurriendo a un nivel distinto. Han se percató del peligro un momento antes de llegar al precipicio.

—¡Un risco! —gritó.

Kyp se inclinó tanto que pareció haberse convertido en un componente más de sus turboesquí. Pegó los palos deflectores a los costados, y después activó los cohetes traseros de sus esquí. El joven salió disparado por el borde del precipicio, y fue bajando en una larga y suave trayectoria curva hasta llegar al punto en el que se reanudaba el sendero.

Han activó sus cohetes justo a tiempo y se lanzó por encima del vacío. Su estómago cayó en un picado todavía más veloz del que podía provocar el tirón de la gravedad, y el viento hizo temblar los pliegues de la capucha de su chaquetón.

Han sólo tuvo tiempo de tragar una bocanada de aire mientras la meseta de hielo subía a toda velocidad hacia él para recibir sus turboesquí con un estrepitoso chasquido, y tensó los dedos sobre sus palos deflectores en un esfuerzo desesperado por no perder el equilibrio.

Una cinta de nieve tan fina que parecía polvo apareció de repente ante ellos obstruyendo su camino. Kyp bajó bruscamente sus palos reflectores, saliendo disparado hacia arriba y salvando limpiamente el obstáculo., pero Han se incrustó en él.

La nieve cubrió sus gafas y le cegó. Han se tambaleó y movió locamente sus palos deflectores de un lado a otro. Consiguió deslizar una mano enguantada sobre los cristales de sus gafas justo a tiempo de girar a la izquierda y evitar chocar con un

monolito de hielo que sobresalía del suelo.

Han todavía no había tenido tiempo de recuperar el equilibrio cuando salió disparado por encima de un abismo que se abrió de repente debajo de él. Durante un momento que le pareció eterno se encontró contemplando un precipicio que parecía medir un millón de kilómetros de profundidad, y después aterrizó al otro lado. Un instante después oyó un golpe ahogado detrás de él cuando un bloque de nieve que debía de llevar siglos allí perdió su precario asidero en la pared y se precipitó por el abismo.

Kyp acababa de encontrarse con una lengua de glaciar repleta de rocas. Las balizas láser de aquella zona estaban mucho más espaciadas, como si se hubieran dicho que sus esfuerzos eran inútiles y hubiesen decidido permitir que los turboesquiadores lo bastante temerarios para llegar hasta allí escogieran el camino a seguir sin su ayuda. Los turboesquíes de Kyp empezaron a chocar con pequeños promontorios de nieve y hielo, y los impactos hicieron que se tambaleara de un lado a otro. El joven incrementó la intensidad del campo repulsor para mantenerse un poco más por encima de la superficie.

La lengua del glaciar empezó a volverse todavía más escarpada, y no tardó en quedar llena de nieve muy granulosa que había sido llevada hasta allí por el viento. Han no paraba de murmurar quejas y maldiciones ahogadas entre dientes. Logró conservar el equilibrio sin saber muy bien cómo, pero Kyp había perdido parte de la ventaja que le llevaba y Han no tardó en encontrarse respirando la estela de nieve pulverizada que dejaba el chico. Estaba cada vez más cerca de Kyp y no paraba de acelerar..., y de repente la carrera volvió a tener un significado para él. Cuando estuvieran sentados en la cantina intercambiando historias un rato después, Han ya se las arreglaría de alguna manera para convencerse a sí mismo de que toda la experiencia había resultado increíblemente divertida.

De repente Han sintió aquel mismo impulso de cometer una temeridad que había maldecido antes en Kyp, y activó sus cohetes para salir disparado hacia adelante en una brusca aceleración que acabó colocándole al lado del joven.

Estaban llegando a un gigantesco campo de nieve. La gran extensión de blancura reluciente que se extendía ante ellos no mostraba ni una sola huella de turboesquíes a pesar de que hacía más de un mes que aquellos parajes de clima tan frío no conocían una nevada, lo cual indicaba con toda claridad que había muy pocos esquiadores que fuesen lo suficientemente amantes de los riesgos como para tratar de recorrer aquella pista tan peligrosa.

La zona de rescate y recepción delimitada con cordones se desplegaba delante de ellos como un santuario. Contenía equipo de comunicaciones, barracones con sistemas de calefacción, androides médicos en modalidad de reposo que podían ser activados al instante y un viejo puesto de bebidas calientes que se había quedado sin

clientela hacía ya mucho tiempo. La meta por fin estaba a la vista... ¡Lo habían conseguido!

Kyp le lanzó una rápida mirada de soslayo, y Han pudo ver las finas arrugas de tensión que rodeaban sus ojos entrecerrados. El joven se encogió sobre sus turboesquís y los puso a plena potencia. Han se inclinó hacia adelante para disminuir al máximo la resistencia que ofrecía al aire. Surtidores de nieve impoluta salían despedidos en todas direcciones a su alrededor, siseando en sus oídos.

La hilera de balizas láser se apagó de repente como otros tantos ojos metálicos que se cerraran al unísono. Han no tuvo tiempo para preguntarse qué podía haber ocurrido, porque de repente la lisa manta de nieve que se extendía ante él se hinchó para volver a derrumbarse casi enseguida.

Un rechinar atronador acompañó el repentino estrépito de unos gigantescos motores. Chorros de vapor brotaron del campo de nieve repentinamente alterado, y el reluciente morro rojizo de una perforadora térmica emergió de un agujero en el centro de la blancura. La punta en forma de sacacorchos siguió girando mientras roía el hielo sólido para acabar de abrirse paso a través de él.

—¡Cuidado! —gritó Han.

Pero Kyp ya se había desviado hacia la izquierda, apoyándose con todas sus fuerzas en un palo deflector mientras acuchillaba el aire con el otro. Han encendió sus cohetes estabilizadores y salió disparado hacia la derecha en el mismo instante en que la colosal máquina procesadora de hielo agrandaba un poco más la abertura del túnel por el que había emergido y se aferraba a las paredes con sus orugas tractoras provistas de pinchos.

Han pasó a toda velocidad junto al pozo surgido de la nada, y sintió cómo una ráfaga de vapor caliente le rozaba las mejillas. Los cristales de sus gafas quedaron cubiertas de vapor, pero logró llegar a la cascada de hielo, el último obstáculo que se interponía entre él y la línea de llegada. El borde del precipicio estaba lleno de hileras de carámbanos parecidos a cables colgantes que habían ido formándose allí a lo largo de los siglos durante los cortos deshielos primaverales.

Kyp se lanzó sobre el borde del río congelado volviendo a encender los cohetes de sus dos turboesquís en el mismo instante. Han le imitó y pegó sus palos deflectores a los costados mientras veía cómo la nieve subía hacia él con la velocidad del rayo, y siguió contemplándola hasta que la dura capa blanca y el fondo de sus turboesquís entraron en contacto con un golpe seco que resonó a lo largo de los campos de hielo, produciendo un sinfín de ecos que se confundieron con los que acompañaron el aterrizaje de Kyp.

Los dos siguieron avanzando unos momentos a toda velocidad, y después fueron girando para frenar hasta que se detuvieron delante del grupo de barracones prefabricados. Kyp echó hacia atrás la capucha de su chaquetón y empezó a reír. Han

se apoyó en sus palos deflectores, sintiendo cómo todo su cuerpo temblaba a causa del alivio y de una sobredosis de emociones. Después también empezó a reírse.

—Eso ha sido una auténtica estupidez, chico —consiguió decir por fin.

—Oh, ¿sí? —Kyp se encogió de hombros—. ¿Y quién ha sido lo bastante estúpido como para seguirme? Después de haber estado en las minas de especia de Kessel, no me parece que bajar por una pequeña pendiente en turboesquí sea demasiado peligroso... Eh, cuando volvamos quizá podríamos pedirle a Cetrespeó que nos calculara cuáles son las probabilidades de bajar por esa pista y llegar al final del trayecto enteros.

Han meneó la cabeza y contempló a Kyp con una sonrisa torcida en los labios.

—No me interesan las probabilidades —replicó—. Lo hicimos, y eso es lo único que importa.

Kyp clavó la mirada en la lejanía helada. Sus ojos parecieron seguir las líneas rectas como flechas que trazaban los conductos de agua no reflectantes, rodeados a intervalos regulares por estaciones de bombeo y conexiones de presión.

—Me alegra mucho que nos hayamos divertido tanto, Han —dijo mientras contemplaba algo que sólo él parecía poder ver—. Desde que me rescataste lo he pasado tan bien que... Bueno, es como si llevara una vida entera recuperándome de todo lo que me había ocurrido antes.

La intensa emoción que captó en el tono de voz de Kyp hizo que Han se sintiera un poco incómodo, e intentó ponerle de mejor humor.

—Bueno, chico, tú jugaste un papel tan importante en nuestra huida como yo.

Kyp no parecía haberle oído.

—He estado pensando en lo que dijo Luke Skywalker cuando descubrió mi capacidad para utilizar la Fuerza —murmuró—. Sé muy poco sobre ella, pero parece estar llamándome... Podría prestar un enorme servicio a la Nueva República. El Imperio ha arruinado mi vida y destruyó a mi familia, así que me encantaría tener una ocasión de cobrarme las deudas pendientes que tengo con él.

Han trazó saliva. Ya había entendido lo que estaba intentando decirle el chico.

—Así que crees estar preparado para irte a estudiar con Luke y los otros candidatos Jedi, ¿eh?

Kyp asintió.

—Preferiría quedarme aquí y dedicar el resto de mi vida a divertirme, pero...

—Ya sabes que te lo mereces, ¿no? —le interrumpió Han en voz baja y suave.

Pero Kyp meneó la cabeza.

—Creo que ha llegado el momento de que empiece a tomarme un poco en serio a mí mismo. Si realmente poseo el don de utilizar la Fuerza, no puedo permitirme no sacarle provecho.

Han le puso una mano en el hombro y apretó con fuerza, sintiendo la delgadez de

Kyp a través de sus gruesos guantes.

—Me ocuparé de buscarte una buena nave para que vayas a Yavin 4.

El zumbido de unos haces repulsores rompió el silencio que había seguido a sus palabras. Han alzó la mirada y vio aproximarse a un androide mensajero que avanzaba por encima de los campos de hielo a tal velocidad que parecía un proyectil cromado. El androide fue en línea recta hacia ellos.

—Si tiene algo que ver con la estación de turboesquí, presentaré una protesta formal por lo de esa máquina minera que salió del hielo —masculló Han—. Podríamos habernos matado.

Un instante después el androide mensajero se detuvo por encima de ellos, bajó hasta quedar al nivel de los ojos de Han y abrió un panel sensor en su estructura.

—Le ruego que confirme la identificación, general Solo —dijo con su voz monótona y asexuada—. Bastará con una comparación vocal.

Han dejó escapar un gemido.

—¡Oh, vamos, estoy de vacaciones! No quiero que me molesten con deberes diplomáticos de ninguna clase...

—Comparación vocal satisfactoria. Gracias —dijo el androide—. Prepárese para recibir el mensaje codificado.

El androide siguió flotando delante de Han y empezó a proyectar una imagen holográfica sobre la limpia blancura de la nieve. Han reconoció al instante la silueta de Mon Mothma gracias a sus cabellos castaño rojizos, y se irguió mientras ponía cara de sorpresa. La Jefe de Estado rara vez se comunicaba directamente con él.

—Han... —dijo Mon Mothma en voz baja y llena de preocupación. Han se dio cuenta al instante de que le había llamado por su nombre en vez de usar el tratamiento formal de su rango, y sintió cómo un puño de miedo surgía de la nada y le apretaba el estómago—. Te envío este mensaje porque ha habido un accidente. La lanzadera del almirante Ackbar se ha estrellado en el planeta Vórtice. Leia iba a bordo con él, pero se encuentra a salvo y no ha sufrido ningún daño. El almirante la lanzó fuera del aparato en el asiento eyectable antes de perder el control y acabar chocando con un centro cultural de grandes dimensiones del planeta. El almirante Ackbar también consiguió activar los escudos de energía de su nave, pero toda la estructura quedó destruida. Hasta el momento, se ha confirmado la muerte de trescientos cincuenta y ocho vors entre los restos.

—Es un día trágico para todos nosotros. Han, vuelve inmediatamente a la Ciudad Imperial. Creo que Leia puede necesitarte tan pronto como haya regresado.

La imagen de Mon Mothma tembló y se disolvió en una nube de copos de nieve de estática que se esfumaron en el aire.

—Gracias —dijo el androide mensajero—. Aquí tiene su recibo.

Una ranura escupió una diminuta ficha azul, que cayó sobre la nieve a los pies de

Han.

Han mantuvo la mirada fija en el androide mientras éste giraba sobre sí mismo y se alejaba en dirección al campamento base, y después hundió la ficha azul en la nieve con la base de un turboesquí. Estaba muy afectado. Todas las intensas emociones que acababa de experimentar y toda la alegría que había vivido al lado de Kyp acababan de evaporarse, dejando en su interior únicamente el peso insoportable del temor.

—Ven, Kyp —dijo—. Tenemos que irnos.

Cetrespeó estaba pensando que si su centro de control motriz lo hubiese permitido, en aquellos momentos todo su cuerpo dorado estaría temblando de frío. Sus unidades térmicas internas no habían sido diseñadas para enfrentarse a las gélidas regiones polares de Coruscant.

Era un androide de protocolo y dominaba con fluidez más de seis millones de formas de comunicación distintas. Era capaz de llevar a cabo un número increíble de tareas distintas, y en aquellos instantes todas y cada una de ellas le parecían más atractivas que cuidar de un par de niños de dos años y medio totalmente imposibles de controlar y que lo consideraban como un mero juguete con el que entretenerse.

Cetrespeó había llevado a los gemelos a la zona de juegos que se extendía debajo de las laderas cubiertas de nieve, donde podrían montar en tauntauns domesticados. El pequeño Jacen y su hermana Jaina parecían estarlo pasando en grande con aquellas criaturas enormes y torpes que no paraban de bufar y gruñir, y el ranchero umguliano que había traído los peludos animales a Coruscant también parecía muy satisfecho de la marcha de su negocio.

Después Cetrespeó había aguantado estoicamente cuando los gemelos insistieron en transformarle en un «androide de nieve» y dejaron su resplandeciente cuerpo metálico oculto bajo un montón de capas de nieve. Aún podía sentir la presencia de los cristales de hielo que se habían formado dentro de sus articulaciones. Cetrespeó aumentó la capacidad de captación de sus sensores ópticos, y tuvo la impresión de que el metal dorado con el que estaba construido había adquirido un tono decididamente azulado debido a las bajas temperaturas.

Los gemelos estaban dando vueltas por una pista para trineos, riendo y chillando mientras rebotaban contra las protecciones acolchadas a bordo de un deslizador de las nieves para niños. Cetrespeó les esperó durante un buen rato al final de la pista, y después inició el largo ascenso colina arriba remolcando el deslizador para que los niños pudieran repetir la diversión. Se sentía igual que un androide de trabajos manuales de baja capacidad cuya potencia de computación fuese demasiado reducida para comprender lo penosa que llegaba a ser su existencia.

—Oh, cómo deseo que el amo Solo vuelva pronto... —dijo.

Llegó al comienzo de la rampa y aseguró a Jacen y Jaina en sus asientos,

cerciorándose de que estaban cómodos y bien sujetos. Los gemelos alzaron la cabeza al unísono contemplándole con sus caritas de mejillas sonrosadas. Los humanos afirmaban encontrar tonificante el frío invernal, pero Cetrespeó estaba deseando que sus constructores lo hubieran provisto de lubricantes dotados de una mayor eficiencia en situaciones de bajas temperaturas.

—Y ahora tened mucho cuidado durante el descenso, niños —dijo—. Os estaré esperando al final de la pista y os subiré hasta aquí... —Hizo una pausa—. Otra vez.

Después dio un empujón al deslizador y lanzó a los niños pendiente abajo. Jacen y Jaina rieron y chillaron mientras el vehículo giraba y se bamboleaba y los chorros de nieve salían despedidos por toda la pista. Cetrespeó empezó a bajar por la larga rampa con veloces zancadas.

Cuando llegó al final de la pista, los gemelos ya estaban intentando quitarse los arneses. Jaina había conseguido abrir una hebilla a pesar de que el empleado de la estación de alquiler de equipos había asegurado a Cetrespeó que los arneses eran totalmente a prueba de niños.

—¡No toquéis los arneses, niños! —ordenó.

Cetrespeó volvió a cerrar la hebilla del arnés de Jaina y conectó el campo de repulsión que se extendía por debajo del deslizador. Después agarró las asas y volvió a iniciar el ascenso por la pendiente en dirección a la plataforma de lanzamiento.

Apenas llegó arriba los dos gemelos gritaron «¡Otra vez!» en el mismo instante, como si tuvieran una conexión mental. Cetrespeó decidió que había llegado el momento de prevenir a los niños contra los peligros de un exceso de diversiones, pero una lanzadera repleta de pasajeros llegó a la plataforma antes de que hubiera podido componer un discurso que tuviera los niveles adecuados de firmeza y vocabulario. Han Solo salió de ella con los turboesquíes encima del hombro izquierdo y echó hacia atrás la capucha de su chaquetón gris. Kyp Durrón salió del transporte inmediatamente detrás de él.

Cetrespeó alzó un brazo dorado.

—Estamos aquí arriba —dijo—. ¡Estamos aquí, amo Solo!

—¡Papá! —exclamó Jaina, y Jacen coreó su exclamación una fracción de segundo después.

—Gracias al cielo —dijo Cetrespeó, y empezó a soltar las tiras de los arneses protectores.

—Nos vamos enseguida —dijo Han.

Fue hacia ellos con el rostro inexplicablemente lleno de preocupación. Cetrespeó dio un paso hacia adelante disponiéndose a iniciar su letanía de quejas, pero Han dejó caer los turboesquíes en los brazos del androide.

—¿Ocurre algo, amo Solo? —preguntó Cetrespeó, intentando sostener los pesados esquís sin que se le cayeran.



—Lamento tener que acortar vuestras vacaciones de esta manera, niños, pero debemos volver a casa —dijo Han sin prestar ninguna atención al androide.

Cetrespeó se irguió cuan alto era.

—Me alegra mucho oírle decir eso, señor —observó—. No es mi intención quejarme, pero no he sido diseñado para soportar temperaturas tan extremas.

Un segundo después sintió un impacto en la parte de atrás de la cabeza, y una bola de nieve de dimensiones considerables se esparció sobre su espalda.

—¡Oh! —exclamó Cetrespeó, y alzó los brazos en un gesto de alarma, faltando muy poco para que se le cayeran los turboesquí—. ¡Debo protestar, amo Solo! —dijo.

Jacen y Jaina rieron y se apresuraron a coger otra bola de nieve para arrojársela al androide.

Han se volvió hacia los gemelos.

—Dejad de jugar con Cetrespeó. Tenemos que volver a casa.

Lando Calrissian se encontraba en los hangares de reparaciones del reconstruido Palacio Imperial de Coruscant, y no conseguía entender cómo se las arreglaba Chewbacca para meter su enorme cuerpo peludo por el angosto túnel de mantenimiento del *Halcón Milenario*. Lando, de pie en el pasillo, veía al wookiee como una masa de pelaje marrón incrustada entre el generador de energía auxiliar, el compensador de aceleración y el generador del escudo antiimpactos.

La llave hidráulica que Chewbacca estaba utilizando se le escurrió entre los dedos, y el wookiee soltó un chillido. La herramienta rebotó y cayó con una serie de golpes metálicos para acabar deteniéndose en un lugar totalmente inaccesible. El wookiee gruñó, y un instante después dejó escapar un segundo chillido al golpearse la cabeza con una cañería de refrigeración.

—¡No, no, Chewbacca! —dijo Lando, echando hacia atrás su elegante capa mientras metía el brazo en el túnel de mantenimiento e intentaba señalar los circuitos—. ¡Eso va ahí, y esto va aquí!

Chewbacca soltó un rugido gutural en wookiee indicando que no estaba de acuerdo con él.

—Mira. Chewie, yo también conozco esta nave tan bien como la palma de mi mano... Supongo que ya sabes que fui su dueño durante algunos años, ¿verdad?

Chewbacca emitió una retahíla de sonidos ululantes que crearon ecos en el pequeño recinto.

—De acuerdo, hazlo a tu manera. Utilizaré las escotillas de acceso externo del casco y recuperaré tu llave hidráulica. ¿Quién sabe? Puede que encontremos un montón de trastos más perdidos por ahí...

Lando giró sobre sí mismo, fue hacia la rampa de entrada y bajó por ella hasta entrar en la cacofonía de peticiones formuladas a gritos y ruidos de motores que hacía

vibrar el hangar de naves espaciales. La atmósfera estaba impregnada de un fuerte olor a aceite que la volvía casi irrespirable, y también se podían percibir los olores de los refrigerantes gaseosos y los vapores que brotaban de los tubos de escape de aparatos de todos los modelos y tamaños imaginables, desde las pequeñas lanzaderas diplomáticas hasta los mercantes de grandes dimensiones. Ingenieros humanos y alienígenas trabajaban en sus naves. Ugnaughts bajitos y rechonchos desaparecían por las escotillas de acceso o parloteaban entre sí, solicitando herramientas y diagramas para reparar motores que no funcionaban correctamente.

La cuadrilla de astromecánicos calamarianos cuidadosamente seleccionada por el almirante Ackbar estaba supervisando las modificaciones especiales en las naves más pequeñas de la flota de la Nueva República. Terpfen, el jefe de mecánicos de Ackbar, iba de una nave a otra con la tablilla de situación interna del hangar en la mano, verificando las reparaciones solicitadas y examinando el trabajo con sus vidriosos ojos de pez.

Lando abrió la escotilla de acceso externa del casco del *Halcón*. La llave hidráulica salió por el hueco con un tintineo metálico y cayó en sus manos extendidas, junto con ciberfusibles quemados, un cambiador de hiperimpulsión averiado y el envoltorio de un paquete de comida deshidratada.

—¡Ya la tengo, Chewbacca! —gritó.

La respuesta del wookiee apenas pudo oírse fuera de la pequeña escotilla de acceso al túnel.

Lando inspeccionó las quemaduras y marcas negras esparcidas sobre el maltrecho casco del *Halcón*. La nave parecía ser una gigantesca colección de remiendos y reparaciones. Lando deslizó una mano encallecida a lo largo del casco acariciando el metal.

—Eh, ¿qué le estás haciendo a mi nave?

Lando apartó rápidamente la mano del *Halcón* y giró sobre sí mismo con una expresión entre sorprendida y culpable en la cara para ver a Han Solo viniendo hacia él. Chewbacca rugió un saludo atronador desde el túnel de mantenimiento.

El rostro de Han mostraba toda una tormenta de preocupación y mal humor mientras cruzaba el suelo lleno de herramientas y piezas sueltas del hangar de reparaciones.

—Necesito mi nave ahora mismo —dijo—. ¿Está lista para volar?

Lando puso los brazos en jarras.

—Estaba haciendo unas cuantas reparaciones y modificaciones, viejo amigo. ¿Cuál es el problema?

—¿Y quién te ha dicho que hicieras ninguna modificación en el *Halcón*? —Han parecía inexplicablemente enfadado—. Tenemos que despegar ahora mismo, Chewie. ¿Por qué has permitido que este payaso metiera las narices en mis motores?

—¡Espera un momento, Han! No sé si recuerdas que hubo un tiempo en el que esta nave me pertenecía —dijo Lando, sin tener ni idea de qué podía haber provocado tal ira en su amigo—. Y además, ¿quién sacó esta nave de Kessel? ¿Quién te ayudó a salir de aquel lío cuando estabas siendo perseguido por la flota imperial?

Cetrespeó entró a toda prisa en el hangar de reparaciones con su cuerpo metálico tan tieso y envarado como de costumbre.

—Ah, general Calrissian... Saludos —dijo.

Lando no hizo ningún caso del androide.

—Perdí el *Dama Afortunada* rescatando tu nave —siguió diciendo—. Creo que eso merece un poquito de gratitud, ¿no te parece? De hecho, y dado que sacrifiqué mi nave para salvarte el pellejo, pensé que quizá me lo agradecerías lo suficiente como para devolverme el *Halcón*.

—¡Oh, cielos! —exclamó Cetrespeó—. Esa idea quizá merezca ser tomada en consideración y meditada, amo Solo.

—Cierra el pico, Cetrespeó —dijo Han sin volver la mirada ni un solo instante hacia el androide.

—Parece que tienes un pequeño problema emocional, Han —dijo Lando.

Acompañó sus palabras con una sonrisa que sabía irritaría todavía más a su amigo, pero Han se había saltado todas las normas de la cortesía con sus secas acusaciones, y Lando no estaba dispuesto a permitir que se saliera con la suya.

Han parecía encontrarse a punto de estallar. Lando no entendía por qué estaba tan trastornado.

—Mi problema es que has estado sabotando mi nave —dijo Han—. No quiero que vuelvas a ponerle un solo dedo encima nunca más, ¿entendido'? Consíguete una nave. Teniendo en cuenta que aún no te has gastado esa recompensa de un millón de créditos que obtuviste en las carreras de amorfoides de Umgul, creo que podrías comprar la nave que te dé la gana y dejar de trastear en la mía.

—Una idea excelente, señor —intervino Cetrespeó, siempre dispuesto a ayudar—. Es cierto, general Calrissian. Con esa cantidad de dinero podría comprarse una nave realmente magnífica.

—Silencio, Cetrespeó —dijo Lando, y volvió a ponerse las manos en las caderas—. No quiero comprar otra nave, viejo amigo —añadió, poniendo un énfasis lleno de sarcasmo en las dos últimas palabras—. Si no puedo tener la *Dama Afortunada*, entonces quiero el *Halcón*. Tu esposa es la Ministra de Estado, Han. Puedes conseguir que el gobierno te proporcione el medio de transporte que más te apetezca... ¿Por qué no te consigues un caza de último modelo recién salido de los astilleros calamarianos?

—Estoy seguro de que sería factible, señor —se mostró de acuerdo Cetrespeó.

—Cierra el pico, Cetrespeó —repitió Han sin apartar los ojos de Lando—. No

quiero ninguna antigualla. El *Halcón* es mío y sólo mío.

Lando fulminó a Han con la mirada.

—Me lo ganaste en una partida de sabacc, y si quieres que te sea sincero..., viejo amigo... siempre he sospechado que hiciste trampas.

Han se puso lívido y dio un paso hacia atrás.

—¿Me estás acusando de hacer trampas? —exclamó—. ¡Me habían llamado granuja, pero nunca me han llamado tramposo! De hecho, tengo entendido que tú ganaste el *Halcón* en una partida de sabacc antes de que yo apareciese en escena —añadió en voz baja y amenazadora—. ¿Acaso no le ganaste las minas de gas de la Ciudad de las Nubes de Tibanna al antiguo Barón Administrador en otra partida de sabacc? ¿Qué pudiste poner sobre la mesa como apuesta para que el Barón Administrador se jugara las minas? Eres un condenado estafador, Lando, y será mejor que lo admitas.

—¡Y tú eres un pirata! —dijo Lando.

Dio un paso hacia adelante con los puños tensos a los lados. Lando Calrissian se había labrado toda una reputación como experto jugador.

Chewbacca gruñó dentro del *Halcón* y produjo una serie de estrepitosos ruidos metálicos al salir del angosto pasadizo. El wookiee bajó tambaleándose por la rampa de acceso, se detuvo y se agarró a los pistones del mecanismo.

Han y Lando ya estaban lo bastante cerca el uno del otro para empezar a darse puñetazos cuando Cetrespeó consiguió interponerse entre ellos.

—Discúlpenme, caballeros, pero me estaba preguntando si me permitirían hacer una sugerencia... —dijo—. Si es cierto que los dos ganaron la nave en una partida de sabacc, y si ahora no están conformes con la forma en que terminaron esas partidas, quizá podrían limitarse a jugar otra partida de sabacc para resolver este problema de una vez por todas.

Cetrespeó volvió sus relucientes sensores ópticos primero hacia Lando y luego hacia Han.

—He venido aquí para recoger mi nave, pero ahora has convertido esto en una cuestión de honor —dijo Han.

Lando sostuvo la mirada de Han sin inmutarse.

—Puedo vencerte cualquier día de la semana, Han Solo.

—Éste no —dijo Han, bajando la voz todavía más—. Pero no estoy dispuesto a conformarme con una mera partida de sabacc. Así que jugaremos al sabacc aleatorio.

Lando enarcó las cejas, pero siguió sosteniéndole la mirada a Han.

—¿Y quién se encargará de llevar las cuentas? Han movió el mentón hacia un lado.

—Utilizaremos a Cetrespeó como nuestro modulador —dijo—. El viejo Bastón Dorado no es lo suficientemente listo para hacer trampas.

—Pero señor, la verdad es que no cuento con la programación necesaria para... — empezó a decir Cetrespeó.

—¡Cierra el pico, Cetrespeó! —gritaron al unísono Han y Lando. —Muy bien. Han —dijo Lando un momento después—. Hagámoslo antes de que pierdas el valor.

—Tú habrás perdido algo más que eso antes de que esta partida haya terminado, Lando —dijo Han.

Lando se ocupó de preparar las cartas y la mesa de sabacc mientras Han Solo expulsaba al último integrante del grupito de burócratas que había estado disfrutando de un rato de descanso en la salita.

—Fuera —dijo llevándolos hacia la puerta—. ¡Venga, largo! Tenemos que utilizar este sitio durante un rato.

Hubo protestas y objeciones formuladas en toda una variedad de lenguajes, pero Han se mantuvo inflexible y fue dirigiendo a los burócratas hacia la salida con suaves empujones.

—Presentad una queja a la Nueva República. —Después cerró la puerta, activó los sellos y se volvió hacia Lando—. ¿Todavía no has terminado?

La estancia era muy distinta de las salas de juego de atmósfera asfixiante y saturada por el humo del tabaco en las que Han solía jugar al sabacc, como aquel garito subterráneo donde había ganado un planeta para Leia en un intento de conseguir su afecto.

Lando desplegó sobre la mesa un puñado de cartas rectangulares con pantallas cristalinas incrustadas entre dos capas de metal.

—Si tú estás listo, yo también lo estoy, viejo amigo. —Pero parecía un poco inquieto—. Han, ya sabes que en realidad no es necesario que hagamos esto...

Han olisqueó el aire y arrugó la nariz al captar los intensos olores de las neblinas desodorizantes y los perfumes de los embajadores.

—Sí, ya lo sé —replicó—. Pero Leia ha tenido un accidente durante una de sus misiones diplomáticas, y quiero que vuelva a casa conmigo en vez de hacerlo a bordo de un navío hospital.

—¿Leia está herida? —exclamó Lando, poniéndose en pie y mirándole con cara de sorpresa—. Así que por eso estabas tan trastornado... Olvídalo y llévate la nave. Sólo te estaba tomando el pelo. Ya jugaremos al sabacc en alguna otra ocasión.

—¡No! —replicó Han—. Jugaremos ahora, o de lo contrario nunca conseguiré que me dejes en paz. Ven de una vez, Cetrespeó. ¿Por qué tardas tanto?

El androide dorado emergió de la terminal de ordenadores que había al fondo de la sala de reposo, pareciendo tan nervioso y alterado como de costumbre.

—Ya estoy aquí, amo Solo —dijo—. Sólo estaba revisando la programación concerniente a las reglas del juego.

Han tecleó la petición de bebidas en la consola del androide camarero, sonriendo

para sí mientras seleccionaba un cóctel afrutado que estaba haciendo furor entre las solteronas —con una flor tropical azul de adorno incluida— para Lando, y una cerveza con especias para él. Después se sentó, deslizó el cóctel sobre la superficie de la mesa en dirección a Lando y tomó un sorbo de su cerveza.

Lando probó su copa, torció el gesto y se obligó a sonreír.

—Gracias, Han —dijo—. ¿Doy cartas?

Ya tenía la baraja de sabacc en la mano, y empezó a inclinarse sobre el campo proyector de la mesa.

—Todavía no. —Han alzó una mano—. Cetrespeó, comprueba que las superficies de esas cartas no presentan ningún factor de orden y que son totalmente aleatorias.

—Pero señor, seguramente...

—Haz lo que te he dicho, ¿de acuerdo? Queremos estar totalmente seguros de que nadie cuenta con una ventaja injusta... ¿No es así, viejo amigo?

Lando se las arregló para mantener su sonrisa forzada mientras entregaba las cartas a Cetrespeó, que las metió en el difusor de aleatoriedad colocado en un lado de la mesa.

—Han quedado completamente desordenadas, señor —anunció el androide.

Después Cetrespeó repartió meticulosamente cinco de las delgadas cartas metálicas a Lando y otras tantas a Han.

—Como ya saben, van a jugar al sabacc aleatorio, que es una combinación de varias formas del juego —dijo Cetrespeó, como si estuviera recitando la programación que acababa de introducir en sus bancos de datos—. Existen cinco conjuntos de reglas distintos ordenados mediante el azar, y un conjunto es sustituido por otro a intervalos de tiempo totalmente irregulares determinados por el ordenador que genera el factor de azar... ¡En este caso, yo!

—¡Conocemos las reglas! —gruñó Han, aunque en realidad no estaba tan seguro de ello como quería aparentar—. Y también sabemos qué hay en juego.

Los ojos de Lando se encontraron con los suyos desde el otro extremo de la mesa, y Han sintió el peso de la mirada de aquellas pupilas insondables que parecían tan duras como el pedernal.

—El ganador se lleva el *Halcón* —dijo Lando—. El perdedor... Bueno, a partir de ahora el perdedor tendrá que utilizar los transportes públicos de Coruscant.

—Muy bien, señores —dijo Cetrespeó—. Activen sus cartas. El primer jugador que llegue a los cien puntos será declarado ganador. Nuestra primera ronda se jugará según... —El androide guardó silencio durante unos momentos mientras su circuito aleatorio llevaba a cabo una selección de entre la lista de reglas que ya había sido sometida a un proceso de ordenación aleatoria previo—. Sí, según las reglas alternativas del Casino de la Ciudad de las Nubes.

Han contempló las imágenes que fueron apareciendo en sus cartas mientras su

mente funcionaba a toda velocidad intentando recordar en qué se diferenciaban las reglas del Casino de la Ciudad de las Nubes de las utilizadas en la variedad Estándar Bepiniano del juego. Sus ojos no se apartaron ni un instante de las cartas de los cuatro palos existentes en el sabacc —espadas, monedas, recipientes y báculos—, con sus distintos valores positivos y negativos, que le habían tocado en suerte.

—Cada jugador puede escoger una, y sólo una, de sus cartas para llevar a cabo un cambio de orientación —dijo Cetrespeó—. Después haremos el recuento para averiguar quién se ha acercado más a una puntuación de veintitrés positivo o negativo o al cero.

Han siguió contemplando sus cartas concentrándose al máximo, pero no encontró ningún conjunto cuya suma de valores pudiera dar una puntuación adecuada. Los labios de Lando estaban curvados en una gran sonrisa, pero naturalmente no había que olvidar que Lando siempre sonreía de aquella manera cuando jugaba a las cartas. Han tomó un sorbo de su cerveza con especias y escogió una carta.

—¿Listo? —preguntó, y alzó los ojos para mirar a Lando.

Lando presionó el diminuto botón de aleatoriedad que había en la esquina inferior izquierda de una carta. Han le imitó, y vio cómo la imagen del ocho de monedas parpadeaba y se alteraba hasta convertirse en el doce de recipientes. Sumado al nueve de recipientes que tenía en su mano, había alcanzado un total de veintiuno. No era gran cosa, pero cuando vio que Lando contemplaba su nueva carta con el ceño fruncido se permitió albergar la esperanza de que resultaría suficiente.

—Veintiuno —dijo, depositando las cartas sobre la mesa.

—Dieciocho —replicó Lando sin dejar de fruncir el ceño—. Obtienes la diferencia.

—¡Cambio de reglas! ¡El tiempo fijado ha transcurrido! —anunció Cetrespeó—. Tres puntos a favor del amo Solo. La próxima ronda se juega con..., con el sistema Preferido de la Emperatriz Teta.

Han contempló su nueva mano de cartas, muy complacido al ver que tenía una excelente combinación. Pero si su memoria no le estaba traicionando, según las reglas de la Emperatriz Teta los jugadores intercambiaban una carta escogida al azar, y cuando Lando alargó la mano para coger una carta del lado derecho Han pensó que podría sustituir la suya por un Comandante de Espadas... pero no logró ligar la mano. Lando ganó la ronda y obtuvo una pequeña ventaja, pero Cetrespeó intervino gritando de nuevo «¡Cambio de reglas!» antes de que pudieran sumar los totales. La siguiente ronda se jugó según las reglas del Estándar Bepiniano, y Lando logró doblar su ventaja.

Han se maldijo a sí mismo mientras contemplaba las pésimas cartas que le tocaron en la mano siguiente. No tenía ni idea de cuáles debía conservar y cuáles no, pero el reloj aleatorio del cerebro electrónico de Cetrespeó obligó al androide a

anunciar otro cambio de reglas antes de que Han pudiera tomar una decisión.

—Ahora le toca el turno al Gambito Corelliano, señores...

Han lanzó un grito de deleite, pues las nuevas reglas hacían que sus cartas encajaran a la perfección unas con otras formando una combinación totalmente distinta.

—¡Te pillé! —exclamó, y puso su mano sobre la mesa.

Lando soltó un gruñido y mostró una carta que le costó perder catorce puntos en el nuevo sistema de puntuación a pesar de que había sido muy valiosa tan sólo unos momentos antes.

Han fue acumulando una cierta ventaja durante las manos siguientes, y después perdió terreno cuando las reglas cambiaron de nuevo y entró en vigor la variedad Casino de la Ciudad de las Nubes, que prohibía cualquier clase de cambio de cartas. Cuando eso ocurrió, Han acababa de alargar la mano para coger una de las cartas de Lando en el mismo instante en el que Lando escogía una de las cartas de Han para llevar a cabo el cambio de aleatoriedad. Los dos se quedaron totalmente inmóviles.

—Vuelve a decirnos bajo qué reglas jugamos, Cetrespeó.

—No es necesario, ya que ha transcurrido un nuevo intervalo de tiempo —respondió el androide dorado—. Cambio al Estándar Bepiniano. No, esperen... ¡Otro intervalo de tiempo! ¡Volvemos a las reglas de la Emperatriz Teta!

Han y Lando volvieron a contemplar sus cartas, cada vez más confusos y sintiendo que empezaba a darles vueltas la cabeza. Han tomó otro sorbo de su cerveza con especias y Lando apuró su brebaje de frutas torciendo el gesto. La flor azul había empezado a desarrollar raicillas que se retorcían y serpenteaban por el fondo de la copa.

—¿Puedes repetirnos las puntuaciones, Cetrespeó? —preguntó Lando.

—Por supuesto, señores. Después de haber hecho los cálculos correspondientes al último cambio de reglas, el total es de noventa y tres puntos para el amo Solo y de ochenta y siete para el general Calrissian.

Han y Lando se miraron fijamente.

—La última mano, viejo amigo —dijo Han.

—Disfruta de tus últimos segundos como propietario del *Halcón Milenario*, Han —dijo Lando.

—Reglas del Gambito Corelliano, caso especial de la última mano —anunció Cetrespeó.

Han intentó recordar qué ocurría en la última mano del Gambito Corelliano y sintió que le empezaba a palpar la cabeza. Un instante después vio cómo Lando fijaba el valor de una sola de sus cartas y se preparaba para colocar el resto de su mano en el campo de flujo del centro de la mesa de sabacc.

Han estudió sus cartas de más valor, Equilibrio y Moderación, cada una de las



cuales le colocaría por encima de los cien puntos. Pulsó el botón fijador de la carta de Equilibrio dejándola configurada en once puntos, y después metió el resto de su mano en el campo de flujo.

Han y Lando se inclinaron sobre el campo y contemplaron con los ojos llenos de tensión y expectativa cómo las imágenes de las cartas cambiaban a toda velocidad, pasando de un valor a otro con tal rapidez que las figuras apenas podían distinguirse hasta que acabaron estabilizándose una por una.

Lando se encontró contemplando una mano de cartas de valores numéricos bastante bajos que no tenía nada de espectacular, mientras que Han obtuvo la mejor mano que le había tocado en suerte durante toda la partida. El campo de flujo le había dejado únicamente con figuras, y su nueva mano se componía del Fallecimiento, la Resistencia, la Estrella y la Reina del Aire y la Oscuridad, junto con la carta de Equilibrio que había fijado previamente. Su puntuación rebasaba limpiamente la meta acordada, con lo que Lando quedaba totalmente derrotado.

Han lanzó un grito de júbilo en el mismo instante en que Cetrespeó anunciaba otro cambio de reglas. Han se volvió hacia el androide dorado y lo fulminó con la mirada mientras aguardaba en silencio.

—Esta mano se jugará según las reglas de la Variación Ecclessis Figg —dijo Cetrespeó.

Han y Lando se miraron el uno al otro, y sus bocas se movieron al unísono articulando las mismas palabras.

—¿Qué cuernos es la Variación Figg? —murmuraron los dos.

—En la última ronda, los valores de todas las cartas impares son sustraídos de la puntuación final en vez de ser añadidos a ella —explicó Cetrespeó—. En su caso, amo Solo, eso significa que obtiene diez puntos por la Resistencia y la Reina del Aire y la Oscuridad, pero que pierde un total de cuarenta y uno por el Equilibrio, la Estrella y el Fallecimiento.

Cetrespeó hizo una breve pausa antes de seguir hablando.

—Me temo que ha perdido, señor. El general Calrissian obtiene dieciséis puntos con una puntuación total de ciento tres, en tanto que su puntuación final queda reducida a sesenta y dos.

Han parpadeó y contempló con expresión aturdida su jarra de cerveza con especias medio vacía mientras Lando celebraba su triunfo dando un puñetazo sobre la mesa.

—Ha sido una partida magnífica, Han —dijo—. Y ahora ve a recoger a Leia. ¿Quieres que vaya contigo?

Han seguía con la mirada fija en su mesa o en la jarra de cerveza, en cualquier cosa que no fuese Lando. Se sentía totalmente vacío por dentro. Aquel día horrible no sólo había traído consigo la noticia de la tragedia sufrida por Leia, sino que también

le había hecho perder la nave de la que había sido propietario durante más de una década.

—Quédatela, es tuya —farfulló, y por fin consiguió alzar la vista para que sus ojos se encontraran con los de Lando.

—Vamos. Han... Estás muy trastornado. Para empezar, no tendrías que haber apostado el *Halcón*. Basta con que...

—No, Lando. El *Halcón* es tuyo. No soy un tramposo, y me metí en esta partida de sabacc sabiendo lo que me jugaba en ella. —Han se puso en pie, y dio la espalda a Lando olvidándose de la cerveza que aún quedaba dentro de su jarra—. Autoriza un cambio de registro de propiedad para el *Halcón*, Cetrespeó. Ah, y será mejor que te pongas en contacto con el control central de transportes. Consigue un transporte diplomático para Leia, ¿de acuerdo? Parece que no podré ir a recogerla después de todo...

Lando se removió nerviosamente en su asiento.

—Yo... Eh... Cuidaré del *Halcón* lo mejor posible, Han. No sufrirá ni un arañazo.

Han fue hacia la puerta de la sala de reposo sin decir ni una palabra más, desactivó los sellos y salió a los pasillos llenos de ecos.

## 4

La almirante Daala estaba inmóvil con las manos enguantadas de negro unidas detrás de la espalda en el puente de mando del Destructor Estelar *Gorgona*.

Los torbellinos de gases resplandecientes iluminados por un nudo de gigantes azules convertían la Nebulosa del Caldero en un fabuloso espectáculo lumínico delante del visor del puente. El *Basilisco* y el *Mantícora* flotaban en perfecta formación al lado del *Gorgona*. Los gases ionizados dejaban prácticamente inservibles los sistemas sensores de las naves, lo que convertía a la nebulosa en el escondite perfecto para tres navíos de combate armados hasta los dientes.

Daala oyó el roce vacilante de un pie calzado con una bota deslizándose sobre el suelo detrás de ella, y se volvió para encontrarse con el comandante Kratas.

—¿Sí, comandante?

Cuando se movía, el uniforme de un color verde aceitunado de Daala se pegaba a su cuerpo como si fuese una segunda piel y su melena cobriza flotaba detrás de ella igual que la cola de un cometa.

Kratas saludó con impecable marcialidad y permaneció inmóvil a un paso por debajo de la plataforma de observación de la almirante.

—Nuestra evaluación de las pérdidas sufridas durante la batalla librada en Kessel ha sido completada a las nueve horas, almirante —dijo.

Los labios de Daala se tensaron hasta formar una delgada línea en una mueca totalmente desprovista de emociones. Kratas no era muy alto, y había sido reclutado por la Armada Imperial a través de una de las fuerzas de ocupación de uno de los planetas que abastecían de concriptos al Imperio. Tenía el cabello oscuro pulcramente recortado hasta dejarlo en la longitud reglamentaria, grandes ojos acuosos, cejas frondosas y un mentón prominente que parecía flotar debajo de unos labios casi inexistentes. Daala no le encontraba nada atractivo, pero había algo que le gustaba mucho de él: Kratas siempre obedecía las órdenes al pie de la letra. La Academia Militar Imperial de Carida había sabido adiestrarlo bien.

—Infórmeme de las bajas, comandante —dijo Daala.

Kratas no parpadeó mientras iba recitando las cifras que se había aprendido de memoria.

—Hemos perdido un total de tres escuadrones de cazas TIE y, naturalmente, a todos los soldados que se hallaban a bordo del *Hidra* y a toda su tripulación.

Oír el nombre del navío de combate que había quedado totalmente destruido hizo que Daala sintiera una gélida punzada de ira. Kratas debió de captar algo en su expresión, porque se encogió levemente sobre sí mismo aunque permaneció donde estaba.

El *Hidra*, el cuarto Destructor Estelar de Daala, había sido despedazado por uno

de los agujeros negros del cúmulo de las Fauces. Era la primera pérdida en combate significativa que sufría Daala, y la desaparición del *Hidra* significaba la eliminación repentina de una cuarta parte de la capacidad destructora con la que contaba. ¡Y todo eso había ocurrido debido a la intervención de Han Solo y de Qwi Xux, la investigadora que había traicionado al Imperio robando la superarma conocida como el *Triturador de Soles* y había huido de la estrechamente vigilada Instalación de las Fauces!

—Sin embargo... —siguió diciendo Kratas. La voz le tembló de una manera casi imperceptible, y volvió a erguirse—. Sin embargo —repitió—, cuarenta cazas TIE del *Hidra* lograron ponerse a salvo dentro de los otros Destrucciónes Estelares, lo que en cierta manera compensa un poco las otras pérdidas.

Los Destrucciónes Estelares de Daala habían emergido de las Fauces esperando caer sobre Han Solo para borrarle del universo, pero las naves de la almirante se habían tropezado con la abigarrada flota de Kessel, cuyas naves habían luchado tan frenéticamente como sabuesos rabiosos. Los Destrucciónes Estelares de Daala habían derrotado a casi dos tercios de las naves de Kessel, pero el *Basilisco* había sufrido serios daños, y había tenido que establecer una conexión con los ordenadores de navegación del *Gorgona* para escapar a una posición secreta en el interior de la Nebulosa del Caldero.

—¿Cuál es la situación actual del proceso de reparaciones en el *Basilisco*? —preguntó Daala.

Kratas hizo entrecostar sus talones tan secamente y con tanto entusiasmo como si le complaciera tener la ocasión de poder dar buenas noticias.

—Tres de los cuatro cañones turboláser dañados ya han sido reparados y se encuentran en condiciones de funcionar —dijo—. Esperamos terminar las reparaciones en la cuarta batería dentro de los dos días próximos. Soldados de las tropas de asalto provistos de armaduras ya han completado los trabajos de reparación en la brecha del casco exterior. Las cubiertas 7, 8 y 9 han recuperado la estanqueidad, y en estos momentos estamos volviendo a llenarlas de aire. Los circuitos del control de vuelo dañados han sido reparados, y el ordenador de navegación y las consolas de puntería ya vuelven a estar en condiciones de funcionar al cien por cien de su capacidad.

Kratas hizo una profunda inspiración de aire.

—En resumen, almirante, creo que toda nuestra flota vuelve a estar preparada para entrar en combate —concluyó.

Daala se inclinó hacia adelante acercándose un poco más a la mirilla de observación, y curvó sus largos dedos sobre la similmadera de la barandilla mientras intentaba impedir que una sonrisa apareciese en sus labios sin llegar a conseguirlo del todo. El olor a metal que impregnaba la atmósfera la reconfortaba. Llevaba más de

una década viviendo a bordo del *Gorgona*. El aire había sido reprocesado y enriquecido hasta eliminar todos los acres olores orgánicos, dejando únicamente olores estériles, el aroma levemente picante del metal y los aceites lubricantes y el tranquilizador olor de los uniformes de la Armada Imperial limpios y almidonados y de las armaduras de las tropas de asalto que habían sido concienzudamente frotadas hasta hacerlas brillar.

—Si me permite hacerle una pregunta, almirante... —dijo Kratas.

El comandante miró a su alrededor, y vio que todos los miembros de la dotación del puente mantenían la cabeza vuelta en otra dirección y fingían no escuchar la conversación y estar muy absortos en sus puestos. Daala enarcó las cejas y esperó a que siguiera hablando.

—Gracias a la información que hemos obtenido al interrogar a Han Solo y a las transmisiones que hemos recibido —dijo Kratas por fin—, sabemos que el Emperador ha muerto, que Darth Vader y el Gran Moff Tarkin también han muerto y que el Imperio ha quedado fragmentado por la guerra civil.

Kratas vaciló antes de seguir hablando, y Daala se encargó de hacerlo por él.

—¿Se está preguntando quién es nuestro comandante en jefe, comandante Kratas?

Kratas asintió vigorosamente.

—El Gran Almirante Thrawn ha muerto, al igual que el Señor de la Guerra Zsinj —dijo—. Sabemos que varios comandantes siguen luchando entre ellos disputándose los restos del Imperio, pero parecen estar más interesados en destruirse los unos a los otros que en combatir la Rebelión. Si me permite hacer una sugerencia... Bien, la Academia Militar Imperial de Carida parece seguir siendo leal al Imperio y haber conservado la estabilidad, y cuenta con una gran cantidad de armas a su disposición. Quizá sería preferible que...

—No lo creo —dijo secamente Daala.

Dio la espalda a Kratas e intentó recobrar la calma. Había sido adiestrada en la durísima Academia Militar de Carida, y había sufrido muchas ofensas y humillaciones durante su estancia en ella. Ser una mujer había hecho que fuera olvidada una y otra vez a la hora de conceder los ascensos, y siempre le habían asignado las peores misiones. La habían tratado con una increíble brutalidad, y eso sólo había servido para reforzar todavía más su decisión de triunfar.

Daala había acabado creándose una falsa identidad a través de las enormes redes de ordenadores de Carida, y había utilizado esa identidad en las salas de simulación de combates. Había vencido repetidamente, creando tácticas revolucionarias que posteriormente habían sido adoptadas por una gran parte de las fuerzas de superficie del Imperio. Después de que el Gran Moff Tarkin descubriera la verdadera identidad de Daala y comprendiera que tenía un inmenso talento, la había sacado en secreto de allí utilizando su nueva autoridad como gobernante de los territorios del Perímetro

Exterior. Tarkin la había ascendido hasta el rango de almirante, convirtiéndola —al menos por lo que ella sabía— en la única mujer que había conseguido llegar a ser almirante de la Flota Imperial.

Pero los prejuicios contra las mujeres y las razas no humanas que albergaba el Emperador habían obligado a Tarkin a guardar en secreto la verdad sobre su nueva almirante. Daala y Tarkin se habían convertido en amantes. Tarkin no quería hacer nada que pudiera atraer la atención del Emperador hacia Daala, por lo que la había puesto al mando de cuatro Destruyores Estelares a los que se les asignó la misión de vigilar y proteger el «tanque de cerebros» supersecreto oculto en el interior del cúmulo de agujeros negros.

Pero Daala ya había salido de allí con sus navíos de combate preparada para devastar cualquier planeta leal a la Rebelión, y la idea de entregar esa autoridad a sus antiguos atormentadores de Carida le resultaba sencillamente inconcebible.

Volvió a respirar hondo y se encaró con el comandante Kratas, que había permanecido totalmente inmóvil y seguía aguardando su respuesta. Algunos miembros de la dotación del puente de mando alzaron la vista de sus consolas y empezaron a volverse hacia ellos, pero bastó una mirada de Daala para que enseguida encontraran otras cosas en que ocuparse.

—Las facciones parecen haber olvidado que nuestro verdadero enemigo es la Rebelión, por lo que creo que hemos de proporcionarles un ejemplo. Debemos centrar su atención en el enemigo correcto..., los rebeldes que mataron al Gran Moff Tarkin, destruyeron la *Estrella de la Muerte* y asesinaron al Emperador. El Gran Almirante Thrawn era el único alto mando de la Flota Imperial con un rango superior al mío, por lo que debo suponer que ahora mi rango es como mínimo igual al de cualquiera de los aspirantes.

Kratas abrió mucho los ojos, pero Daala meneó la cabeza. Su larga cabellera osciló de un lado a otro como una hoguera centelleante.

—No, comandante, no tengo ni la más mínima intención de tomar parte en la lucha por adueñarse de los restos del Imperio. No es el tipo de trabajo que me gusta. Dejaremos eso para los mezquinos e insignificantes aspirantes a dictadores... Lo único que quiero es causar daños. Muchos daños...

Sus labios se fruncieron en una mueca salvaje, y su voz se volvió ronca y gutural.

—Dada la situación, creo que lo más aconsejable es confiar en las tácticas de ataque y retirada inmediata y librar una guerra de guerrillas. Disponemos de tres Destruyores Estelares, una fuerza suficiente para barrer las civilizaciones de un gran número de mundos... Debemos atacar por sorpresa y esfumarnos inmediatamente después. Seguiremos golpeando a los rebeldes allí donde más les duela mientras podamos hacerlo.

Daala recorrió el puente de mando con la mirada y vio que toda la dotación la

estaba observando, algunos con la boca y los ojos muy abiertos, otros sonriendo. Sus hombres llevaban demasiado tiempo atrapados en el interior de las Fauces, preparados para luchar pero viendo cómo se les negaba cualquier oportunidad de entrar en acción porque estaban obligados a proteger al grupo de prodigios científicos encargados de crear superarmas para el Imperio.

Daala volvió la cabeza hacia la Nebulosa del Caldero y contempló los brillantes resplandores procedentes de los soles de otros sistemas estelares que se abrían paso a través de la calina de gases ionizados. Había muchos objetivos esperándola ahí fuera.

Se volvió hacia el puesto de navegación.

—Quiero que trace un curso que nos lleve a las rutas comerciales más recientes que figuren en nuestros bancos de datos y que estén más próximas a nuestra situación actual, teniente.

—Sí, almirante —dijo el teniente, y fue hacia su puesto casi a la carrera.

—Informe a todo el personal de las otras tres naves —dijo Daala.

Una sonrisa llena de osadía y seguridad en sí misma iluminó todo su rostro. Se sentía como si su sangre se hubiera convertido en cobre fundido. Sus verdes pupilas parecían arder con el centelleo de haces láser listos para ser disparados contra presas que no sospechaban lo que iba a ser de ellas.

El combate estaba a punto de empezar.

—Vamos a ir de caza —dijo Daala, y una ovación espontánea brotó de las gargantas de todos los miembros de la dotación del puente de mando.

La flotilla de Destruidores Estelares aguardaba en el espacio con los sensores en estado de alerta máxima y escrutando el vacío para detectar las ondulaciones provocadas por la aproximación de una nave. Se encontraban en un nódulo hiperespacial situado en el extremo más alejado de la Columna Vertebral de Comercio Corelliana, donde todas las naves que iban a Bepin, Anoat y los planetas situados a lo largo de la ruta emergían del hiperespacio para recalibrar su curso y reemprender su viaje siguiendo un nuevo vector.

Daala iba y venía por el puente de mando del *Gorgona*, manteniendo su mirada en continuo movimiento y observando a la dotación mientras esperaban. Tenían que esperar, y el escrutinio de Daala servía para que todos siguieran nerviosos y alerta y se mantuvieran decididos a desempeñar sus funciones sin ningún error. Daala se sentía orgullosa de su dotación, y estaba segura de que conseguirían vencer a la escoria rebelde obteniendo una victoria de la que todos podrían sentirse muy orgullosos.

Un teniente se irguió delante de su consola sensora.

—¡Almirante! Las fluctuaciones indican la aproximación de una nave por el hiperespacio. La estoy siguiendo... Está a punto de emerger.

Daala empezó a dar órdenes.

—¡Alerta máxima! Comuniquen al *Basilisco* y al *Mantícora* que deben activar los sistemas de energía de sus baterías turboláser.

El comandante Kratas se levantó a toda prisa de su puesto para ir delegando las tareas a cumplir. La sirena de alerta retumbó en todas las cubiertas del Destructor Estelar. Los soldados de las tropas de asalto corrieron a sus puestos de combate envueltos en el repiqueteo de su armadura y sus armas.

—¡Quiero que dejen incapacitada esa nave, artilleros, no que la destruyan! —gritó Daala por el intercomunicador—. Debemos hacernos con ella.

—¡Aquí viene! —exclamó el teniente.

Daala giró sobre sí misma y clavó la mirada en la negrura vacía del espacio y en las estrellas suspendidas en la más absoluta inmovilidad que formaban complejos dibujos. Primero apareció una ondulación, como un arañazo en un cristal pintado de negro, y un instante después una nave de dimensiones medias entró en el espacio normal y se detuvo con la maniobra de frenado preprogramada necesaria para llevar a cabo una recalibración de navegación.

Daala sonrió e intentó imaginarse la expresión que habría aparecido en el rostro del capitán al ver su curso repentinamente bloqueado por tres destructores estelares de la clase Imperial.

—Es una corbeta corelliana, almirante —dijo Kratas, como si Daala no fuera capaz de identificar la nave sin su ayuda. Daala contempló la inconfundible forma de cabeza de martillo de la sección del puente y la hilera de doce enormes motores hiperespaciales y cohetes sublumínicos envuelta por el resplandor blanco azulado de las emanaciones que brotaban de las toberas—. Son los transportes más comunes en la galaxia... Quizá sean comerciantes.

—¿Qué importa eso? —replicó Daala—. Prepárense para hacer fuego. Vamos a averiguar qué tal funcionan las baterías turboláser que repararon en el *Basilisco*.

—La corbeta nos está haciendo señales, almirante —dijo el oficial de comunicaciones.

—Ignórelas. Abra fuego, *Basilisco*. Dos disparos quirúrgicos... Destruya las unidades hiperimpulsores traseras.

Daala clavó la mirada en el visor, experimentando la sensación electrizante del mando. Dos haces de un verde tan intenso que resultaba casi cegador salieron disparados hacia el vacío. El primer impacto se esparció sobre los escudos de la corbeta, que estaban funcionando a plena potencia, pero el segundo haz se abrió paso a través de la zona debilitada y destruyó los motores. La corbeta se bamboleó en el espacio, y después empezó a girar lentamente sobre sí misma como un roedor muerto colgado de un cable. Un débil resplandor rojo amarillento brotó de un núcleo motriz que había sido hecho pedazos por el impacto.

Los tres destructores estelares se colocaron sobre la nave incapacitada.



—La corbeta está enviando la señal de rendición —dijo el oficial de comunicaciones.

Daala sintió una fugaz punzada de desilusión, pero la reprimió casi al instante. No podía permitirse el lujo de cometer más errores estúpidos. Ya se había dejado dominar por el entusiasmo cuando se lanzó en persecución de Han Solo y del *Triturador de Soles* robado... y ese exceso de celo había hecho que perdiera el *Hidra*.

El comandante Kratas acababa de aparecer detrás de ella.

—¿Y si esta nave no forma parte de la Alianza Rebelde? —preguntó en voz baja—. Muchos contrabandistas también utilizan corbetas corellianas.

—Una observación interesante —dijo Daala. Tarkin le había hecho comprender hacía ya mucho tiempo que un buen oficial superior siempre escuchaba las opiniones y las sugerencias de los subordinados en los que tenía confianza—. Si el capitán de la nave tiene conexiones con una red de contrabandistas en vez de con la Rebelión, entonces quizá podamos conseguir que trabaje para nosotros. No nos iría mal contar con unos cuantos espías y saboteadores.

Kratas acogió la sugerencia de Daala con un asentimiento de cabeza.

—Preparen un rayo tractor —ordenó Daala—. Abran las puertas de la bodega inferior, y meteremos a la corbeta dentro de nuestro hangar.

Daala activó el sistema de comunicaciones de banda estrecha que había junto a su puesto de mando, y una imagen de un general del ejército imperial surgió de la plataforma de proyección. Su silueta temblaba con un resplandor azulado en los bordes debido a las distorsiones de la transmisión. Daala se inclinó sobre la imagen como un gigante que contemplara un juguete.

—Prepare su grupo de abordaje, general Odosk. ¿Ha dado instrucciones a sus hombres?

—Sí, almirante —respondió la voz filtrada por el circuito—. Sabemos qué debemos hacer.

Daala pulsó un botón que disolvió la imagen en pequeñas chispas de estática, diciéndose que había hecho bien al permitir que el grupo de abordaje que subiría a su primera nave capturada estuviera formado por supervivientes del *Hidra*.

La corbeta incapacitada, que aún estaba envuelta en las emisiones térmicas que se escapaban del núcleo motriz destrozado, tembló al sentir el tirón de los hilos invisibles del rayo tractor del *Gorgona* y empezó a subir hacia él. Las puertas de la bodega inferior del Destructor Estelar se abrieron como las fauces de un gigantesco carnívoro.

El oficial de comunicaciones volvió a hablar.

—La capitana de la corbeta sigue solicitando instrucciones, almirante —dijo—. Parece bastante nerviosa.

Daala giró sobre sí misma.

—¿Nerviosa? ¿La corbeta está al mando de una capitana?

—Es una voz de mujer, almirante.

Daala tabaleó con los dedos sobre un panel mientras evaluaba la nueva información. Las mujeres parecían tener muchas menos dificultades a la hora de ocupar puestos de mando en la Alianza Rebelde que en el Imperio, pero tener que cargar con el peso extra de una lucha brutal había hecho que Daala fuese más fuerte.

—Deje que siga sufriendo.

—La captura ha sido completada, almirante —dijo el comandante Kratas—. La corbeta no ha ofrecido ninguna resistencia. El grupo de abordaje ya está preparado.

—Cierren las puertas del hangar —dijo Daala—. Envíen un equipo de sondeo para que examine el núcleo del ordenador de la nave prisionera y extraiga toda la información posible de él. Necesitamos mapas, cintas de historia... Hay demasiadas preguntas a las que debemos encontrar respuesta.

—Pero ¿no acaba de ordenar al general Odosk y su grupo especial que suban a la nave? —preguntó Kratas.

Daala le miró con el ceño fruncido.

—Ellos tienen otras órdenes. Obedezca las suyas, comandante.

—Sí, almirante —dijo Kratas con un hilo de voz.

—Lleve a la capitana de la corbeta a una de las salas de interrogatorio. Quizá tengamos que ejercer un poco de presión para obtener respuestas sinceras...

Kratas asintió y salió rápidamente del puente de mando.

La puerta de la sala de interrogatorio se abrió con un nada amenazador suspiro de aire comprimido. Daala entró y quedó considerablemente desilusionada al ver que habían capturado a un ser alienígena procedente de Sullusta. La criatura era bastante baja, y tenía un rostro ratonil y gruesas mejillas de aspecto gomoso que colgaban alrededor de un mentón redondeado. Sus grandes ojos vidriosos de relucientes pupilas negras como la pez le recordaron los agujeros negros del cúmulo de las Fauces.

El terror estaba haciendo que parloteara a toda velocidad, y la saliva que brotaba de su boca le había humedecido los labios haciéndolos brillar. A su lado había un androide de protocolo plateado de un modelo bastante antiguo que le servía como traductor. El androide movía los brazos y las piernas con estridentes chirridos de sus motivadores, como si su ordenador cerebral estuviera tan confuso que ya no era capaz de controlar todos los sistemas al mismo tiempo.

El androide se volvió hacia Daala y le habló. Tenía voz de mujer, y Daala enseguida comprendió que la nave no estaba al mando de una capitana después de todo.

—¡Almirante! No sabe lo mucho que me alegra conocer a la persona que está al mando de todo esto... ¿Podemos aclarar este malentendido? No hemos hecho nada

malo.

El sullustano se había quedado inmóvil junto al androide, y estaba tirando del bonete que cubría la pronunciada curva de su cabeza. Sus labios se movían sin cesar emitiendo un monótono blub-blub-blub.

El androide se encargó de traducirlo.

—El capitán T'Nun Bdu exige una explicación... —El sullustano lanzó un balbuceo alarmado y agarró al androide por un brazo plateado—. Corrección: el capitán le suplica con todos los respetos que tenga la bondad de explicar sus acciones. Le ruega que nos diga si puede hacer algo para evitar que se produzca un incidente diplomático, ya que no tiene el más mínimo deseo de iniciar cualquier clase de conflicto.

El sullustano asintió vigorosamente. Una fina capa de saliva se había acumulado sobre sus labios y estaba empezando a desbordarse, bajando en forma de hilillos por las arrugas de sus gruesas mejillas colgantes.

—Límpiese el mentón —dijo Daala.

Volvió la mirada hacia la horripilante silla de interrogatorio medio oculta entre las sombras de la habitación. Las paredes estaban cubiertas con placas de hierro sin pulir sostenidas mediante grandes remaches. Las manchas indicaban los lugares que no habían sido limpiados después de interrogatorios anteriores. La silla contaba con tuberías y conductos dispuestos en complejos ángulos y curvas, tiras de sujeción, cadenas, protuberancias metálicas y pinchos, pero la gran mayoría de aquellos objetos sólo eran adornos cuya única función era incrementar el terror de la víctima.

—Lo que nos gustaría obtener del capitán en estos momentos es un poco de información —dijo Daala, volviéndose de espaldas a la silla como si hubiera decidido ignorar su presencia—. Quizá pueda proporcionárnosla sin que nos sea necesario recurrir a ningún método de interrogatorio... desagradable.

El capitán se encogió sobre sí mismo, visiblemente aterrorizado.

El androide de color plateado se removi6 apoyando su peso primero en un pie y luego en otro, y después pareció tomar una decisión. El androide contempló con aparente adoración al capitán sullustano y después se irguió.

—Yo puedo proporcionarle esa información, almirante —dijo con una voz límpida y nada estridente—. No es necesario que torture a mi capitán.

El sullustano volvió a emitir su monótono blub-blub-blub, pero el androide no pareció oírle.

—Se nos ha asignado la misión de entregar suministros y nuevas unidades de alojamiento a una pequeña colonia del planeta Dantooine —dijo—. Por el momento la colonia no mantiene relaciones formales con la Rebelión, y los colonos son refugiados totalmente inofensivos.

—¿Cuántas personas hay en esa colonia? —preguntó Daala.

—Aproximadamente cincuenta. Antes vivían en el viejo puesto avanzado minero de Eol Sha, y actualmente no están armadas.

—Comprendo —dijo Daala—. Bien, capitán, me temo que debemos quedarnos con su cargamento. Tengo entendido que lo habitual es que la bodega de carga de una corbeta corelliana contenga una gran cantidad de provisiones, y que en algunos casos ese cargamento es lo bastante grande como para que la tripulación pueda sobrevivir durante un año sin necesidad de reaprovisionarse... El Imperio necesita esas provisiones, y voy a confiscarlas. Esa colonia de Dantooine tendrá que obtener sus suministros de alguna otra forma.

El sullustano emitió un balbuceo consternado, y Daala le atravesó con la mirada.

—Quizá prefiera salir por la escotilla y presentar una queja, capitán...

El sullustano se calló al instante.

La puerta de la sala de interrogatorios volvió a abrirse con un suspiro, y reveló a dos guardias de las tropas de asalto y al comandante Kratas.

—Lleve al capitán y a este androide de vuelta a su nave —dijo Daala, y después inclinó la cabeza para contemplar al sullustano—. Nuestros hombres ya están vaciando sus bodegas de carga, pero el general Odosk ha ordenado a los técnicos de su grupo de abordaje que reparen el motor dañado y establezcan un cableado de emergencia. Eso bastará para que puedan llegar hasta otro sistema, aunque tardarán bastante en hacerlo.

El sullustano se inclinó sin dejar de parlotear ni un momento en su lengua, que recordaba mucho los chillidos y gruñidos de los roedores. El androide se apresuró a cuadrarse.

—Vaya, almirante, muchas gracias —dijo con voz asombrada—. Muy amable por su parte. Le agradecemos mucho su hospitalidad.

Los guardias de las tropas de asalto se los llevaron por los pasillos impolutos del Destructor Estelar. La puerta de la sala de interrogatorios volvió a cerrarse, dejando a Daala a solas con el comandante Kratas.

—¿Es que nos hemos rebajado hasta el nivel de los piratas espaciales, almirante? —preguntó Kratas, volviéndose hacia ella y mirándola fijamente con sus ojos oscuros muy abiertos bajo sus frondosas cejas—. ¿Vamos a dedicarnos a atacar naves de transporte para robarles los suministros?

Daala cogió el tablero de datos que colgaba de su cadera y pulsó un botón solicitando la última lectura registrada en él. Después lo volvió hacia Kratas para que pudiera ver la información.

—Aprecio en lo que vale el respeto que siente hacia el honor de la Armada Imperial, comandante —dijo—, pero antes de venir a ver a los cautivos recibí un informe concerniente al contenido de la bodega de carga de la corbeta corelliana. Hay suministros para una nueva colonia, cierto, pero también hemos encontrado

armamento pesado, sistemas de comunicaciones y equipo prefabricado para hangares de cazas espaciales.

Daala movió una mano señalando la puerta.

—Volvamos al puente —dijo—. Quiero ver qué ocurre ahora.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Kratas.

Daala apagó el tablero de datos y le miró.

—Ya lo verá. Tenga un poco de paciencia y espere.

Salieron de la sala de interrogatorios y la puerta se cerró detrás de ellos, ocultando la oscuridad y el olor del miedo atrapados en la habitación.

La imagen del general Odosk parpadeaba y oscilaba, pero aun así Daala pudo ver la sonrisa de satisfacción que había en su curtido rostro moreno.

—Misión cumplida, almirante.

—Excelente, general. Supongo que está en una posición desde la que puede observarlo todo, ¿no?

Odosk asintió.

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo—. Muchas gracias, almirante.

Daala se volvió hacia el visor del puente. La corbeta corelliana emergió lentamente del hangar del *Gorgona* y quedó flotando en el espacio.

—Retroceda —le dijo al navegante—, y ordene al *Basilisco* y al *Mantícora* que hagan lo mismo.

—Sí, almirante.

Los tres Destruidores Estelares se desplegaron en abanico y se alejaron de la corbeta, que parecía insignificante en comparación con ellos. El motor que había recibido los impactos ya había dejado de brillar.

Kratas meneó la cabeza.

—Sigo sin poder creer que les esté dejando marchar... —dijo.

Daala le contempló en silencio durante unos momentos, y después habló en un tono de voz lo bastante alto para que el resto de la dotación del puente de mando pudiera oírla. Rara vez sentía la necesidad de explicar sus órdenes a los subordinados, pero había momentos en los que explicar sus razonamientos podía servir para que la respetaran todavía más de lo que ya la respetaban.

—Las desapariciones de naves en el espacio son algo que ocurre continuamente, comandante —dijo—. Si nos limitáramos a destruir esta nave, quizá pensarían que ha sufrido algún accidente durante el curso de su misión. Una tormenta de meteoros, una placa del reactor que se rompe, un fallo de navegación a través del hiperespacio... Pero si permitimos que este capitán envíe un mensaje antes, entonces la Alianza Rebelde se enterará de lo que hemos hecho. Después podremos llevar a cabo nuestra labor destructiva tal como lo habíamos planeado, pero así incrementamos considerablemente el terror y el caos. ¿Está de acuerdo conmigo?

Kratas asintió, pero seguía sin parecer demasiado convencido.

—El transductor que hemos instalado en su sistema de comunicaciones acaba de ser activado —dijo el oficial de comunicaciones—. El capitán está enviando una transmisión en un haz concentrado dirigido a unas coordenadas determinadas.

Daala sonrió.

—Excelente —murmuró—. Ya suponía que no esperaba a estar lejos de nosotros.

El oficial de comunicaciones presionó el receptor de mensajes que llevaba en la sien.

—Está informando de la situación, almirante. Tres Destruidores Estelares... Dispararon contra ellos sin ninguna advertencia previa... Fue hecho prisionero e interrogado.

—Creo que ya es suficiente —dijo Daala, y abrió el canal de comunicación—. Ya puede actuar, general Odosk —ordenó, y se tapó los ojos con una manó.

Los detonadores térmicos que habían sido colocados junto a las paredes del reactor en cada uno de los doce módulos de los cohetes estallaron simultáneamente, dejando en libertad el infierno que había estado aprisionado por el blindaje del reactor y enviando una oleada de radiaciones mortíferas por toda la nave corelliana. Un instante después el tremendo calor del núcleo evaporó todo el casco convirtiéndolo en vapor metálico. Los módulos de los cohetes estallaron con una deslumbrante serie de conflagraciones solares, y después el resto de la nave quedó pulverizado y los fragmentos se expandieron creando una nube cegadora.

Daala asintió.

—Bien, me parece que los supervivientes del *Hidra* acaban de cobrarse venganza. Kratas sonrió y la contempló con una mezcla de aturdimiento y admiración.

—Eso creo, almirante.

Daala se volvió hacia la dotación del puente de mando.

—Ahora disponemos de mapas y de información precisa sobre la situación política de la Alianza Rebelde. Hemos asestado nuestro primer golpe..., el primero de muchos.

Daala respiró hondo, sintiéndose más viva que nunca y llena de una jubilosa exaltación. El Gran Moff Tarkin habría estado orgulloso de ella.

—Nuestra próxima parada será el planeta Dantooine —dijo—. Tenemos una colonia que visitar.

## 5

Luke Skywalker, Maestro Jedi, había reunido a sus doce estudiantes en la gran sala de audiencias del templo massassi.

Una difusa claridad anaranjada se filtraba por los angostos ventanales del techo y las lianas crecían exuberantemente sobre las paredes de piedra, desplegándose por los rincones para formar telarañas de verdor. Casi todas las losas eran de un color gris humo y sus superficies opacas no reflejaban ninguna imagen, pero la inmensa cámara estaba adornada con losas color verde oscuro, rojo y ocre.

Luke no había olvidado aquel lejano día de su juventud en que había estado allí durante su breve celebración de la victoria después de la destrucción de la *Estrella de la Muerte*. Sonrió al recordar cómo él, Han Solo y Chewbacca habían recibido sus medallas de manos de la princesa Leia. Pero de eso ya hacía mucho tiempo, y en aquellos momentos la gran sala de audiencias estaba totalmente vacía salvó por Luke y su grupito de candidatos Jedi.

Luke contempló la fila de estudiantes que iba avanzando hacia él a lo largo de la espaciosa avenida. Los candidatos vestían túnicas Jedi marrón oscuro, y caminaban en un silencio casi fantasmal sobre las resbaladizas losas que habían sido pulidas hasta brillar hacía muchísimo tiempo por la misteriosa raza massassi.

Streen y Gantoris venían los primeros andando el uno al lado del otro, y Gantoris parecía sentirse muy seguro de sí mismo y estar convencido de su gran valía. De todos los candidatos que Luke había reunido en su centro de adiestramiento Jedi, Gantoris era el que más había progresado hasta el momento y el que había dado muestras de poseer una mayor fortaleza interior, pero el hombre de Eol Sha no parecía ser consciente de que se hallaba en una encrucijada. Gantoris no tardaría en tener que decidir cómo iba a seguir avanzando en su proceso de familiarización con la Fuerza y su desarrollo como Jedi.

Detrás de ellos venían Kirana Ti, una de las jóvenes y poderosas brujas de Dathomir, que había dejado a las otras amazonas de rancors capaces de manejar la Fuerza en su mundo natal para aprender a controlarla mejor. La ayuda de Kirana Ti y de las otras brujas habían jugado un papel decisivo en la recuperación de una antigua estación espacial semidestruida llamada Chu'unthor que contenía muchos registros y datos sobre el antiguo adiestramiento Jedi, y que Luke había estudiado para desarrollar ejercicios con los que entrenar a sus candidatos Jedi.

Al lado de Kirana Ti caminaba Dorsk 81, un humanoide calvo de piel verde y amarilla procedente de un mundo en el que todas las unidades familiares eran genéticamente idénticas. Los habitantes de aquel mundo nacían mediante clonación y eran educados para que nada cambiara nunca, pero Dorsk 81, la octogésimo primera reencarnación de los mismos atributos genéticos, había sufrido un cambio tan

espectacular como carente de explicación. Parecía idéntico en todos los aspectos, pero su mente funcionaba de una manera distinta y sus pensamientos discurrían por senderos distintos, y aparte de todo eso también podía sentir cómo la Fuerza operaba a través de él. Dorsk 81 se había marchado de su planeta natal de seres idénticos con la esperanza de encontrar algo nuevo y poder convertirse en un Caballero Jedi.

Después venía Kam Solusar, un hombre ya bastante mayor hijo de un Jedi al que Vader había matado hacía mucho tiempo. Solusar había huido del Imperio después de la gran purga de los Jedi, y había pasado varias décadas viviendo en el aislamiento más allá de los sistemas estelares habitados. Al volver había sido capturado y torturado por un Jedi malvado que se había dejado atraer por el lado oscuro de la Fuerza, pero Luke había conseguido vencer a su atormentador en el juego del Lado de la Luz. Solusar había recibido adiestramiento avanzado en ciertas facetas del uso de la Fuerza, pero el exilio que se autoimpuso había tenido como resultado que siguiera sabiendo muy poco sobre otros muchos aspectos de ella.

El resto de los candidatos se congregó alrededor de la plataforma y Luke echó hacia atrás su capucha con un encogimiento de hombros mientras intentaba ocultar el orgullo que sentía al ver al grupo. Si lograba completar con éxito su adiestramiento, aquellos candidatos formarían el núcleo de una nueva orden de Caballeros Jedi, campeones de la Fuerza que ayudarían a proteger a la Nueva República contra las épocas oscuras.

Oyó cómo se removían levemente sin hablar entre ellos, y no le cupo ninguna duda de que en la mente de cada uno sólo había lugar para la idea de establecer contacto con la Fuerza y encontrar nuevos caminos hacia la fortaleza interior, descubriendo ventanas al universo que únicamente las enseñanzas Jedi eran capaces de abrirles. Su talento colectivo le asombraba, pero Luke albergaba la esperanza de aumentar todavía más el número de estudiantes. Han Solo no tardaría en enviarle a su joven amigo Kyp Durrón, y después de que él y su antigua oponente Mara Jade hubieran llegado a una especie de tregua durante la batalla contra Joruss C'Baath. Luke le había dejado muy claro que deseaba que se uniera a ellos.

Luke se irguió sobre la plataforma intentando parecer lo más alto posible. Buscó en su interior, y halló el núcleo de paz que le permitía hablar con una voz firme y segura de sí misma.

—Os he traído aquí para estudiar y aprender, pero yo mismo sigo aprendiendo —dijo—. Cada ser vivo debe seguir aprendiendo hasta que muere. Aquellos que cesan de aprender, mueren mucho más pronto de lo que habrían muerto si hubiesen seguido haciéndolo.

—Quizá no debería haber llamado a este lugar una "academia" para Jedi, pues eso puede haceros llegar a conclusiones equivocadas. Os enseñaré todo lo que sé, pero no quiero que os limitéis a escucharme mientras hablo.



—Vuestro adiestramiento será un paisaje de autodescubrimiento. Aprended cosas nuevas y compartid lo que habéis aprendido con otros. Llamaré a este lugar "praxeum". Esta palabra, compuesta a partir de antiguas raíces, fue utilizada por primera vez por el estudioso Jedi Krena cuando destiló los conceptos del aprendizaje combinado con la acción. Así pues, nuestro praxeum es un lugar para el aprendizaje de la acción. Un Jedi ha alcanzado la consciencia, pero no desperdicia el tiempo en la contemplación inconsciente de lo que le rodea. Cuando la acción llega a ser necesaria, un Jedi actúa.

Luke colocó un pequeño cubo traslúcido sobre el estrado que había detrás de él. Después deslizó los dedos sobre la fría superficie del antiguo depósito de conocimientos que Leia había robado al Emperador resucitado, el Holocrón Jedi.

—Invocaremos a un Maestro Jedi del pasado mediante el Holocrón —dijo Luke—. Hemos utilizado este artefacto para ir descubriendo los secretos de los antiguos Caballeros Jedi. Veamos qué historias tiene que ofrecernos esta mañana.

Luke activó aquel artefacto valiosísimo. En el lejano pasado había sido tradición que cada Maestro Jedi recopilase los conocimientos obtenidos a lo largo de su vida y los guardara en un gran depósito como aquel cubo, que después era confiado al cuidado de uno de sus estudiantes. Luke apenas había empezado a investigar sus profundidades.

Una imagen se formó tanto dentro como fuera del cubo, una proyección semitangible que era algo más que unos cuantos datos almacenados: también era una representación interactiva del Maestro Jedi, un alienígena no muy alto cuyo aspecto hacía pensar en un cruce entre el insecto y el crustáceo. El Maestro Jedi parecía estar encorvado a causa de la edad o de un exceso de gravedad. Su cabeza se extendía formando un largo embudo, como una especie de pico del que colgaban protuberancias recubiertas de vello. Sus ojos, vidriosos y bastante juntos, eran dos relucientes puntitos de sabiduría que brillaban con una mirada profunda y penetrante.

La criatura se apoyaba en un largo báculo de madera y en dos piernas flacas y nudosas. Su rostro en forma de embudo giró para contemplar a su nueva audiencia. Su cuerpo estaba recubierto de maltrechos harapos que sobresalían en direcciones bastante extrañas, no estando muy claro si eran prendas o piel. La voz que surgió de su boca hacía pensar en una frágil melodía, como una música muy aguda que estuviera siendo interpretada bajo una veloz corriente de agua.

—Soy el Maestro Vodo-Siosk Baas —dijo la criatura.

—Maestro Vodo, yo soy el Maestro Skywalker y éstos son mis estudiantes —dijo Luke—. Has visto muchas cosas y has registrado muchos pensamientos. Nos sentiríamos muy honrados si nos dijeras algo que debamos saber.

La imagen del Maestro Vodo-Siosk Baas inclinó su cabeza en forma de pico hasta apoyarla sobre la compleja articulación de su cuello, como si se hubiera sumido en

una profunda reflexión. Luke sabía que en realidad lo único que ocurría era que el Holocrón estaba accediendo a enormes cantidades de datos, examinándolos después a toda velocidad para escoger una historia adecuada a través de un algoritmo de personalidad que había sido grabado en su interior junto con la imagen del Maestro Jedi.

—Debo decirles que la Gran Guerra Sith que tuvo lugar... —La imagen hizo una pausa mientras el Holocrón evaluaba la situación actual—. Que tuvo lugar hace cuatro mil años antes de vuestra época —siguió diciendo—, fue provocada por un estudiante mío llamado Exar Kun que descubrió enseñanzas prohibidas de los antiguos Sith. Imitó los actos de los Sith, que habían caído hacía ya mucho tiempo, y los utilizó para formar su propia filosofía del Código Jedi, una distorsión de todo aquello que sabemos es verdadero y justo. Exar Kun utilizó esos conocimientos para establecer una vasta y poderosa hermandad, y reclamó para sí el título de primer Señor Oscuro del Sith.

Luke se envaró.

—Otros han vuelto a reclamar ese título, y han seguido haciéndolo hasta esta época —dijo.

Incluido Darth Vader...

El Maestro Vodo-Siosk Baas pareció apoyarse más pesadamente en su báculo.

—Había albergado la esperanza de que Exar Kun y los suyos hubieran sido derrotados de una vez por todas —siguió diciendo—. Exar Kun se alió con Ulic Qel-Droma, otro Jedi muy poderoso que era un gran señor de la guerra. Exar Kun infiltró su trama de hilos invisibles por toda la textura de la Antigua República, y provocó su caída mediante la traición y las habilidades distorsionadas para usar la Fuerza que había adquirido.

El Maestro Vodo contempló a los estudiantes congregados a su alrededor. Gantoris parecía increíblemente impaciente por oír más cosas sobre aquellos acontecimientos tan alejados en el tiempo, pues se había inclinado hacia adelante y estaba contemplándole con sus oscuros ojos muy abiertos. La imagen del Maestro Jedi muerto hacía mucho se volvió hacia Luke.

—Debes advertir a tus estudiantes para que tengan mucho cuidado con las tentaciones de conquista. Eso es todo cuanto puedo decirte por ahora.

La imagen parpadeó y se esfumó. Luke desactivó el Holocrón sintiéndose profundamente inquieto. Las imágenes volvieron a su estado anterior de remolinos color perla dentro de sus paredes cúbicas.

—Creo que ya es suficiente por esta mañana —dijo Luke—. Todos sabemos que otros Jedi han seguido el camino equivocado, con un resultado final catastrófico y lleno de sufrimientos no sólo para ellos, sino también para millones de vidas inocentes; pero yo confío en vosotros. Un Jedi debe confiar en sí mismo, y un

Maestro Jedi debe confiar en sus discípulos.

»Exploraos a vosotros mismos y explorad cuanto os rodea, en equipos o solos, como os sintáis más cómodos... Id a la jungla. Id a otras zonas de este templo, o sencillamente volved a vuestras cámaras. La elección es vuestra.

Luke se sentó en el borde de la plataforma y contempló cómo los estudiantes iban saliendo de la gran sala. El cubo traslúcido del Holocrón permanecía en silencio junto a él, un recipiente lleno de conocimientos tan valiosos como peligrosos.

Obi-Wan Kenobi había sido el maestro de Luke. Luke había escuchado con gran atención cada palabra salida de los labios del anciano y siempre las había creído y había confiado en él, pero posteriormente había descubierto con cuánta frecuencia había oscurecido los hechos y distorsionado la información... o, tal como lo explicaba Obi-Wan, cómo se había limitado a ofrecerle la verdad «desde cierto punto de vista».

Luke siguió contemplando las siluetas envueltas en túnicas oscuras, y se preguntó si sus estudiantes serían capaces de asimilar y utilizar los conocimientos que llegaran a descubrir. ¿Y si, como le había ocurrido a Exar Kun en la historia que había contado el Maestro Vodo, sentían la tentación de buscar las enseñanzas prohibidas de los Sith, que se diferenciaban del Código Jedi de una manera muy sutil pero terriblemente crucial?

Luke temía lo que podía llegar a ocurrir si uno de sus estudiantes empezaba a avanzar por el camino equivocado. Pero también sabía que tenía que confiar en ellos..., pues de lo contrario jamás podrían llegar a convertirse en Caballeros Jedi.

La noche estaba muy avanzada, y Gantoris se hallaba encorvado sobre su mesa de trabajo construyendo su propia espada de luz en secreto.

Estaba envuelto por una capa de sombras que eliminaba cualquier distracción que pudiera apartarle de su tarea. Sus oscuras pupilas ya se habían adaptado al haz direccional de la lámpara, que arrojaba un charco de áspera claridad sobre la superficie de trabajo repleta de piezas y equipo, dejando el resto de la habitación sumida en la penumbra. Gantoris se movió para coger otra herramienta de precisión, y su sombra aleteó sobre los viejos muros de piedra como un ave de presa.

El Gran Templo estaba muy silencioso, como si fuera una antigua trampa concebida para ahogar todos los sonidos. Los otros estudiantes de la Academia Jedi del Maestro Skywalker —su praxeum, como la había llamado él— se habían retirado a sus cámaras privadas para caer en el profundo sopor del agotamiento o para meditar sobre las técnicas de relajación Jedi.

El cuello de Gantoris estaba dolorido, y las muchas horas que llevaba manteniendo la misma postura habían hecho que le ardieran todos los músculos. Tragó aire y lo expulsó, y su nariz captó los olores del humo antiguo y del musgo que se había esforzado durante milenios para abrirse paso a través de las grietas en los

bloques que habían sido colocados con tanta exactitud por los alienígenas desaparecidos al erigir su templo.

El musgo se había marchitado poco después de que Gantoris se hubiera instalado en las cámaras...

La jungla de Yavin 4 hervía con la continua agitación de una vida nerviosa que se movía, parloteaba, cantaba y chillaba mientras las criaturas más fuertes se alimentaban y las criaturas más débiles morían.

Gantoris siguió trabajando. Ya no necesitaba dormir. Podía obtener la energía que necesitaba utilizando distintos métodos, secretos que le habían sido revelados y cuya existencia ni siquiera era sospechada por los otros estudiantes. Se había deshecho la trenza y su abundante melena negra era una masa de rizos y mechones desordenados, y un olor acre muy parecido al de la pólvora se había pegado a su capa y a su piel.

Concentró su atención en los componentes esparcidos sobre la mesa: metal mate, cristal resplandeciente, sistemas electrónicos plateados... Deslizó las yemas de sus dedos sobre los fríos trocitos de cable y alzó una caja de microcontrol de cantos afilados en sus manos temblorosas. Gantoris abrió los ojos con irritación, clavó la mirada en sus manos hasta que los temblores se desvanecieron, y después reanudó el trabajo.

Ya había comprendido cómo tenían que encajar todas las piezas. Le bastaba con acumular el conocimiento Jedi suficiente para conocer las respuestas que andaba buscando, y entonces todo le parecía obvio. Sí, todo era tan obvio...

La elegante hoja de energía cumplía la función de arma personal del Jedi, y era un símbolo de autoridad, capacidad y honor. Armas más toscas podían causar una mayor destrucción indiscriminada, pero no existía ningún otro artefacto capaz de invocar tanta leyenda y misterio como la espada de luz. Gantoris no estaba dispuesto a conformarse con ningún otro.

Cada Jedi construía su espada de luz. Era un rito que marcaba una nueva etapa en el adiestramiento de un nuevo estudiante. El Maestro Skywalker todavía no había empezado a enseñarle cómo hacerlo a pesar de que Gantoris había esperado pacientemente durante mucho tiempo. Sabía que era el mejor de todos sus estudiantes... y Gantoris había decidido que no seguiría esperando.

El Maestro Skywalker no sabía todo lo que un verdadero Maestro Jedi debía enseñar a sus discípulos. Había muchos huecos en sus conocimientos, espacios en blanco que o no comprendía o no deseaba enseñar. Pero el Maestro Skywalker no era la única fuente de conocimiento Jedi disponible...

En cuanto se hubo acostumbrado a prescindir del sueño. Gantoris se dedicó a vagar por los salones y pasadizos del Gran Templo, deslizándose en silencio con los pies descalzos sobre los fríos suelos de piedra, que parecían absorber el calor y mantenerse siempre igual de fríos sin importar lo muy caliente que hubiera podido

llegar a estar la jungla durante el día.

A veces vagabundeaba por la selva durante la noche, rodeado por las hilachas de niebla y el canturreo de los insectos. El rocío le mojaba los pies y empapaba su túnica, creando dibujos de significado indescifrable sobre su cuerpo y cubriéndolo con pautas tan extrañas como otros tantos mensajes en código. Gantoris caminaba sin inmutarse mientras desafiaba en silencio a cualquier depredador a que le atacara, sabiendo que sus capacidades Jedi bastarían para imponerse a meras garras y colmillos. Pero nunca fue molestado, y sólo en una ocasión oyó el estrépito de un animal de grandes dimensiones que huía a toda velocidad por entre la espesura alejándose de él.

Pero la voz oscura y misteriosa que había llegado a él en sus pesadillas le había explicado cómo construir una espada de luz, y de repente Gantoris se había visto impulsado por un nuevo propósito. Un auténtico Jedi estaba lleno de recursos. Un auténtico Jedi siempre era capaz de arreglárselas sin ayuda. Un auténtico Jedi encontraba lo que necesitaba.

Gantoris se abrió paso a través de los cierres herméticos de las salas de control rebeldes que había en los niveles inferiores del templo utilizando su capacidad para manipular objetos simples. Encontró largas hileras de maquinaria, ordenadores, paneles de control de las pistas de descenso y sistemas defensivos automatizados cubiertos por el polvo acumulado durante una década de abandono. El Maestro Skywalker sólo había reparado una parte muy pequeña del equipo, ya que los discípulos Jedi no lo necesitaban prácticamente para nada.

Gantoris había trabajado a solas y en silencio. Había quitado paneles de acceso y había extraído microcomponentes, lentes de enfoque, diodos láser y una estructura cilíndrica hueca de veintisiete centímetros de longitud.

Había necesitado tres noches de trabajo para desmontar el equipo desactivado y silencioso, tres noches en las que sus manipulaciones habían creado nubes de polvo y esporas y habían hecho huir a roedores y arácnidos en busca de un lugar más seguro. Pero Gantoris había encontrado lo que necesitaba.

Unió las piezas.

Gantoris extendió las manos bajo la áspera claridad del haz direccional de la lámpara y alzó la estructura cilíndrica. Después utilizó una soldadora láser de micropunto para hacer las muescas de los controles.

Cada Jedi construía su espada de luz guiándose por sus preferencias personales y según un diseño determinado. Algunas tenían un interruptor de seguridad que desactivaba la hoja resplandeciente si se dejaba de sostener la empuñadura, y otras armas permitían bloquear la hoja energética dejándola activada permanentemente.

Gantoris tenía algunas ideas propias.

Instaló una célula de energía pequeña pero muy eficiente. La célula entró en su

hueco con un leve chasquido, y las conexiones quedaron establecidas de una manera impecable. Gantoris suspiró, se concentró un momento para eliminar los temblores que habían vuelto a adueñarse de sus manos y cogió otro juego de finos alambres.

Y de repente se encogió sobre sí mismo y giró en redondo para escrutar las sombras que había detrás de él. Había creído oír una respiración, y el crujido casi imperceptible de una túnica oscura. Gantoris contempló las tinieblas con sus ojos ribeteados de ojeras rojizas, intentando discernir la borrosa silueta humana que había en el rincón.

—¡Habla si estás ahí! —gritó.

Su voz sonó tan áspera y enronquecida como si acabara de tragarse un puñado de ascuas al rojo vivo.

Las sombras no le respondieron, y Gantoris dejó escapar un suspiro de alivio. Tenía la boca reseca, y la sequedad se iba extendiendo poco a poco por su garganta hasta convertirse en dolor, pero eliminó las sensaciones con un esfuerzo de voluntad. Ya podría beber agua fresca por la mañana. Un auténtico Jedi era capaz de soportar todas las penalidades.

Construir la espada de luz era su prueba personal. Tenía que hacerlo él solo y sin ayuda de nadie.

Después cogió el componente más valioso e inapreciable del arma: tres joyas corusca sacadas del infierno de altas presiones que era el núcleo de Yavin, el gigante gaseoso. Gantoris había encontrado aquellas gemas en las paredes de obsidiana que se alzaban en un ángulo casi vertical hacia el cielo cuando él y Streen, su estúpido compañero, descubrieron el nuevo templo massassi en las profundidades de la jungla. Las gemas incrustadas en los pictogramas casi hipnóticos tallados en el oscuro cristal volcánico relucían bajo la vaporosa luz anaranjada.

Aquellas tres gemas no habían sido tocadas por nadie durante millares de años, pero se desprendieron de la pared mientras Gantoris las estaba contemplando. Cayeron a sus pies sobre los fragmentos de rocas volcánicas que rodeaban el templo perdido. Gantoris había recogido las gemas, y después había sostenido aquellos cristales suavemente cálidos en las palmas de sus manos mientras Streen iba y venía por entre los obeliscos hablando en voz baja consigo mismo.

Gantoris cogió las joyas. Una era de un rosa acuoso, otra rojo oscuro, y la tercera era increíblemente transparente y estaba iluminada por un fuego interior azul eléctrico que ardía a lo largo de las aristas. Aquellas joyas estaban destinadas a su espada de luz, y habían sido creadas para acabar en las manos de Gantoris. Por fin lo había comprendido. Gantoris había acabado entendiendo el significado de todas sus pesadillas y temores anteriores.

La gran mayoría de espadas de luz sólo tenían una joya que concentraba la energía pura de la célula convirtiéndola en un delgado haz. Al utilizar más de una

joya, la hoja de Gantoris tendría capacidades inesperadas que sorprenderían considerablemente al Maestro Skywalker.

Gantoris se irguió por fin. Tenía los dedos despellejados y doloridos, y al moverse el dolor trazó líneas de fuego a lo largo de su cuello, sus hombros y su espalda, pero Gantoris lo eliminó con un sencillo ejercicio Jedi. Podía oír la sinfonía cambiante de ruidos de la jungla que resonaban fuera del Gran Templo a medida que las criaturas nocturnas iban a sus madrigueras y los animales diurnos empezaban a agitarse.

Gantoris sostuvo en la mano la empuñadura cilíndrica de su espada de luz y la inspeccionó bajo la implacable luz de la lámpara. En un arma como aquella la habilidad del artesano siempre era el factor más importante, ya que una variación apenas perceptible podía causar un error de consecuencias desastrosas. Pero Gantoris lo había hecho todo bien. No había intentado apresurarse, y no se había permitido el más mínimo error o improvisación. Su arma era perfecta.

Presionó el botón activador. La impresionante hoja de energía surgió de la empuñadura con un crujido siseante, y tembló y palpitó ante él como si fuese un ser vivo. La cadena formada por las tres joyas teñía la hoja con un pálido tono purpúreo, blanco en el núcleo y amatista en los bordes, y había temblorosas oleadas de todos los colores del arco iris subiendo y bajando continuamente a lo largo del haz.

Gantoris se había acostumbrado a la penumbra, y tuvo que cerrar los ojos ante aquel repentino resplandor. Después los fue abriendo poco a poco y contempló con expresión asombrada lo que había creado.

Movió la hoja, y el aire chisporroteó alrededor de su cuerpo. El zumbido le pareció tan ensordecedor como un trueno, pero ningún estudiante podría oírlo a través del grosor ciclópeo de los muros de piedra. Sostener aquella hoja en su mano era como empuñar una serpiente alada, y el picante olor del ozono brotó de ella y formó volutas en el aire para acabar introduciéndose en sus fosas nasales.

Gantoris dio mandobles con la hoja moviéndola de un lado a otro. La espada de luz se convirtió en una parte de su ser, una extensión de su brazo conectada a través de la Fuerza que sería capaz de abatir a cualquier enemigo. Gantoris no percibió ni un solo hálito de calor procedente de la hoja que vibraba suavemente, sólo un frío fuego aniquilador.

Desactivó la hoja de energía sintiéndose invadido por la euforia, y ocultó cuidadosamente la espada de luz terminada debajo del catre en el que dormía.

—Ahora el Maestro Skywalker por fin se dará cuenta de que soy un auténtico Jedi... —dijo.

Sus palabras iban dirigidas a las sombras que se acumulaban a lo largo de las paredes, pero ninguna le respondió.

## 6

El almirante Ackbar no podía estar presente durante el desarrollo de la sesión de investigación secreta del Consejo de Gobierno de la Nueva República. El calamariano esperaba en la antesala con los ojos clavados en la gran puerta de petriacero como si fuese una muralla con la que acababa de chocar y que le separaba del final de su vida. Sus ojos contemplaban sin parpadear las molduras y adornos que el Emperador Palpatine había diseñado inspirándose en antiguos jeroglíficos Sith, y los iban encontrando más y más inquietantes a cada momento que pasaba.

Ackbar estaba sentado en el frío banco de piedra sintética, y sólo sentía su abatimiento, su desesperación y el peso de su fracaso. Apoyó el brazo izquierdo vendado en el regazo, y sintió cómo el dolor subía y bajaba por su bíceps, desgarrando toda la zona en la que unas agujas diminutas mantenían unidos los bordes de la herida abierta en su piel color salmón. Ackbar había rechazado el tratamiento estándar de un androide médico o la curación en un tanque bacta programado para la fisiología calamariana. Prefería permitir que el doloroso proceso de la recuperación le sirviera como recordatorio de toda la destrucción que había causado en el planeta Vórtice.

Inclinó a un lado su enorme cabeza y escuchó el continuo subir y bajar de las voces que discutían al otro lado de la puerta cerrada. Sólo podía distinguir un murmullo formado por varias voces mezcladas, algunas estridentes y otras llenas de insistencia. Bajó la mirada y deslizó una mano sobre la blancura impoluta de su uniforme de almirante, como queriendo limpiar una suciedad inexistente.

El resto de sus heridas parecían insignificantes comparadas con el dolor que ardía dentro de él. Ackbar seguía viendo cómo la estructura cristalina de la Catedral de los Vientos se hacía añicos a su alrededor, convirtiéndose en una avalancha de fragmentos y esparciendo una tempestad de dagas de cristal que se alejaban velozmente en todas direcciones. Veía los cuerpos alados de los vors cayendo allá donde mirase, degollados por aquellos sables de cristal afilados como navajas. Ackbar había conseguido salvar a Leia eyectándola de la nave, pero en aquellos momentos lo único que deseaba era haber tenido el valor suficiente para desconectar el escudo antiimpactos, porque no quería seguir viviendo con el peso de un desastre semejante sobre su conciencia. Eran sus manos las que habían estado pilotando la nave mortífera, no las de otro. Era él quien se había estrellado contra aquel monumento inapreciable conocido como la Catedral de los Vientos, y no otro.

Alzó la mirada al oír el sonido de unas pisadas que venían hacia él, y vio a otro calamariano que se aproximaba con paso vacilante por los pasillos de tonos rosados. El recién llegado bajó la cabeza, pero hizo girar sus enormes ojos de pez hacia arriba para contemplar al almirante.



—Terpfen... —dijo Ackbar. Su voz sonó tan hueca y átona como si las palabras fueran guijarros que habían caído sobre el reluciente suelo pulimentado, pero intentó inyectar algo de entusiasmo en su tono—. Así que has venido después de todo, ¿eh?

—Yo nunca sería capaz de abandonarle, almirante. Las dotaciones calamarianas siguen estando a su lado incluso después de...

Ackbar asintió, conociendo muy bien la inconvertible lealtad de su jefe de mecánicos espaciales. Al igual que muchos nativos de su mundo, Terpfen fue sacado a la fuerza de su planeta acuático. Había sido secuestrado por unos traficantes de esclavos imperiales y obligado a trabajar en el diseño y puesta a punto de los Destruidores Estelares del Imperio, que había explotado al máximo las grandes capacidades para la construcción de naves espaciales por las que eran famosos los calamarianos. Pero Terpfen había intentado sabotearlas y había sido torturado. La sesión de tortura había sido larga y salvaje, y las cicatrices aún eran visibles en su cabeza.

El mismo Ackbar no había tenido más remedio que servir a las órdenes del Gran Moff Tarkin durante la ocupación imperial de su planeta. Había servido a Tarkin varios años hasta que consiguió escapar al producirse un ataque rebelde.

—¿Has terminado tu investigación? —preguntó Ackbar—. ¿Has repasado todos los registros que no quedaron destruidos en el accidente?

Terpfen volvió la cabeza y juntó sus grandes manos-aletas. Su piel se cubrió de manchas amarronadas, una señal inconfundible de la vergüenza y la incomodidad que estaba sintiendo en aquellos momentos.

—Ya he presentado mi informe al Consejo de la Nueva República —respondió, y después lanzó una mirada a la puerta cerrada de la sala—. Sospecho que todavía lo están discutiendo.

Ackbar se sintió como si estuviera en las aguas de su planeta y hubiera intentado pasar nadando por debajo de un témpano.

—¿Y qué has descubierto? —preguntó con voz firme y serena, intentando resucitar el poder del mando.

—No he encontrado ninguna indicación de que se produjera algún fallo mecánico, almirante. He repasado las cintas una y otra vez, y he simulado el curso de vuelo a través de las pautas de vientos de Vórtice grabadas en los registros..., y siempre encuentro la misma respuesta. Su nave estaba en perfecto estado.

Terpfen alzó la mirada hacia el almirante, y volvió a ladear la cabeza. Ackbar se dio cuenta de que decirle aquello le resultaba tan difícil como a él oírlo.

—Yo mismo inspeccioné su nave antes de que partiera hacia Vórtice —añadió el jefe de mecánicos—. No encontré ninguna indicación de problemas mecánicos. Supongo que se me podría haber pasado por alto alguna cosa, claro...

Ackbar meneó la cabeza.

—No, Terpfen, eso es imposible. Te conozco demasiado bien para poder creer que te equivocarás.

—Los datos de que dispongo sólo me permiten llegar a una conclusión, almirante... —siguió diciendo Terpfen en voz baja, y se interrumpió de repente como si sus labios se negaran a articular lo inevitable.

Ackbar se encargó de hacerlo por él.

—Fue un error del piloto —dijo—. Yo causé la colisión. La culpa fue mía, y lo he sabido todo el tiempo.

Terpfen permaneció inmóvil ante él con la cabeza tan baja que sólo se podía ver la abultada cúpula en forma de saco de su cráneo.

—Ojalá tuviera alguna forma de demostrar que se debió a otra causa, almirante.

Ackbar extendió una mano-aleta y la puso sobre el uniforme gris de tripulante que vestía Terpfen.

—Sé que has hecho todo lo posible, y ahora te ruego que me hagas un favor más. Prepara otro caza B para mi uso personal, y aprovisionalo para un largo viaje. Volaré solo.

—Quizá haya alguien al que no le guste demasiado que usted vuelva a pilotar una nave, almirante —dijo Terpfen—, pero no se preocupe. Encontraré alguna manera de resolver ese pequeño problema. ¿Adónde irá?

—A casa, pero antes he de ocuparme de un asunto que tengo pendiente —respondió Ackbar.

Terpfen se cuadró ante él y le saludó.

—Su nave le estará esperando, señor.

Ackbar sintió que se le formaba un nudo en el pecho mientras le devolvía el saludo. Fue hacia la puerta de petriacero cerrada y golpeó la superficie repleta de tallas y adornos exigiendo que se le permitiera entrar.

La gruesa puerta giró sobre sus bisagras automatizadas con un leve chirrido. Ackbar permaneció inmóvil en el umbral mientras los miembros del Consejo se volvían a mirarle.

Los asientos de piedra de flujo habían sido tallados y pulimentados hasta hacerlos brillar, incluido el lugar vacío en el que todavía se podía ver su nombre. La atmósfera estaba demasiado seca para sus fosas nasales, y además se hallaba impregnada por el desagradable olor a polvo viejo típico de un museo. Ackbar también pudo detectar el olor acre y nervioso del sudor humano mezclado con el vapor levemente especiado procedente de los refrescos y bebidas calientes que habían escogido los miembros del Consejo.

El obeso senador Threkin Horm movió una mano regordeta señalando a Ackbar.

—¿Por qué no le ponemos al frente del equipo de reparaciones? —preguntó—. Me parece muy adecuado.

—No creo que los vors quieran volver a verle en los alrededores de su planeta —dijo el senador Bel-Iblis.

—Los vors no nos han pedido ninguna clase de ayuda para llevar a cabo la reconstrucción —dijo Leia Organa Solo—, pero eso no significa que debamos olvidar que la Catedral ha quedado destruida.

—Tenemos suerte de que los vors no sean tan emotivos como otras razas —dijo Mon Mothma—. Lo ocurrido es una terrible tragedia, pero no parece probable que vaya a convertirse en un incidente galáctico.

La Jefe de Estado se agarró al borde de la mesa. Después se puso en pie y por fin reconoció la presencia de Ackbar. Su piel estaba muy pálida y su rostro había adelgazado de tal manera que sus ojos parecían haberse hundido en las órbitas, y tenía las mejillas chupadas. Últimamente había estado ausente de muchas reuniones importantes, y Ackbar se preguntó si la tragedia ocurrida en Vórtice habría empeorado su estado de salud.

—La sesión se celebra a puerta cerrada, almirante —dijo Mon Mothma—. Le llamaremos después de que hayamos terminado con la votación.

Su voz sonó seca y quebradiza, sin que hubiera en ella ni rastro de aquella profunda compasión que siempre había impulsado su carrera en la política galáctica.

La Ministra de Estado Organa Solo le contempló con sus ojos oscuros. Su rostro estaba lleno de simpatía hacia él, pero Ackbar desvió la mirada sintiendo una punzada de ira e incomodidad. Sabía que Leia le defendería con todas sus fuerzas, y también esperaba obtener el apoyo del general Rieekan y del general Dodonna: pero no tenía ni idea de cuál sería el voto de los senadores Garm Bel-Iblis y Threkin Horm, y tampoco sabía cómo votaría Mon Mothma.

«Eso no importa», pensó. Iba a eliminar su necesidad de tomar una decisión y la posibilidad de tener que soportar todavía más humillaciones.

—Quizá pueda hacer que estas deliberaciones nos resulten un poco menos difíciles a todos —murmuró.

—¿Qué quiere decir, almirante? —preguntó Mon Mothma.

La Jefe de Gobierno le contempló con el ceño fruncido. Su rostro estaba lleno de profundas arrugas.

Leia lo comprendió de repente, y se medio incorporó en su asiento.

—¡No... !

Ackbar movió su mano-aleta izquierda en un gesto que no admitía réplica, y Leia volvió a sentarse de mala gana.

La mano-aleta de Ackbar se movió sobre el lado izquierdo de su uniforme blanco, luchó con el cierre durante unos momentos y acabó separando la insignia de su rango de almirante de la tela.

—He causado un dolor y un sufrimiento enormes al pueblo de Vórtice —dijo—.

He colocado a la Nueva República en una situación terriblemente incómoda, y me he cubierto de vergüenza. En consecuencia, presento mi dimisión como comandante de la Flota de la Nueva República con efectividad inmediata. Lamento muchísimo las circunstancias en las que se ha producido mi marcha, pero me siento muy orgulloso de todos los años que he servido a la Alianza. Ojalá pudiera haber hecho más por ella.

Ackbar dejó su insignia sobre el estante de alabastro que había delante del sillón vacío del Consejo que en tiempos había sido el suyo.

Los otros miembros del Consejo le contemplaron sumidos en un silencio perplejo, como un tribunal que hubiese enmudecido de repente. Ackbar giró sobre sí mismo antes de que pudieran abrir la boca para emitir sus inevitables y probablemente nada sinceras objeciones y salió de la sala. Caminaba lo más erguido posible, pero se sentía insignificante y lleno de abatimiento.

Volvió a sus aposentos para recoger los objetos personales que más apreciaba antes de dirigirse al hangar, donde subiría a la nave que Terpfen le había prometido. Tenía un sitio que visitar, y después volvería a Calamari, su mundo natal.

Si el general Obi-Wan Kenobi había podido esfumarse en la oscuridad en un planeta desierto como Tatooine, Ackbar podía imitarle y pasar el resto de su vida en los exuberantes bosques de árboles marinos que se alzaban debajo de las aguas.

Terpfen se estaba alejando de Coruscant a toda velocidad con el pretexto de averiguar cómo respondía un caza B bajo condiciones de tensión extrema. Los mecánicos calamarianos le desearon suerte antes de su partida, suponiendo que su auténtica intención era seguir esforzándose desesperadamente para limpiar la reputación del almirante Ackbar.

Pero Terpfen introdujo una nueva serie de coordenadas en el ordenador de navegación antes de dar el salto al hiperespacio.

El caza B tembló bajo el empujón irresistible de los motores hiperespaciales. Los trazos estelares aparecieron a su alrededor, y la nave fue transportada bruscamente al frenético e incomprensible torbellino del hiperespacio. Terpfen reaccionó automáticamente deslizando la membrana nictitante sobre sus ojos vidriosos.

Después sintió cómo todo su cuerpo era recorrido por violentos estremecimientos mientras se esforzaba por resistir la llamada, pero a esas alturas y después de tantos años ya sabía que no podía hacer nada para combatirla. Las pesadillas que aullaban dentro de su cráneo nunca le permitían olvidar la terrible prueba que había sufrido durante aquellos días de acondicionamiento infernal en Carida, el planeta de adiestramiento militar del Imperio.

Las cicatrices que cubrían su maltrecha cabeza no eran el resultado de la tortura, sino de un proceso de vivisección imperial en el que los médicos habían abierto su cráneo y habían extraído algunas porciones de su cerebro. Los segmentos que habían sido eliminados eran los que controlaban la lealtad de un calamariano, su capacidad

volitiva y su resistencia a las órdenes especiales. Los crueles xenocirujanos habían sustituido las áreas del cerebro de Terpfen extraídas con circuitos orgánicos cultivados mediante un proceso especial que imitaban a la perfección el tamaño, la forma y la composición del tejido que habían quitado.

Los circuitos orgánicos estaban protegidos por un camuflaje perfecto y no podían ser detectados ni por el examen médico más minucioso, pero convertían a Terpfen en un ciborg impotente, un espía y saboteador perfecto que era totalmente incapaz de pensar por sí mismo cuando los imperiales querían que su mente albergara únicamente los pensamientos que más les convenían. Los circuitos le dejaban la capacidad mental suficiente para interpretar su papel y para que pudiera inventarse alguna excusa cada vez que los imperiales le llamaban a su presencia.

Terpfen echó un vistazo al cronómetro después de haber pilotado su nave durante varias unidades de tiempo estándar. Después tiró de las palancas que desconectaban los motores hiperespaciales justo en el momento indicado, y conectó los propulsores sublumínicos.

Su nave se encontraba en las proximidades de la Corriente del Cron, un velo tan delicado que parecía hecho de encajes y que estaba formado por los restos gaseosos de una supernova múltiple, cuatro estrellas que habían hecho erupción simultáneamente hacía unos cuatro milenios. Las hilachas de gases chisporroteaban con destellos rosados, verdes y de un blanco cegador. Los rayos X residuales y las radiaciones gamma procedentes de la vieja supernova producían una estática continua que saturaba su sistema de comunicaciones, pero que también ocultaría aquella reunión a los ojos de cualquiera que pudiese estar cerca.

La masa oscura de una nave caridana ya estaba esperándole. La capa de camuflaje que cubría su casco hacía que la nave caridana pareciese un insecto negro como el azabache que hubiera engullido la claridad de las estrellas, dejando únicamente una silueta de contornos irregulares recortada en el panorama espacial. Las protuberancias de los cañones desintegradores y los conjuntos de antenas sensoras brotaban del casco como otras tantas espinas.

Un chorro de estática surgió del sistema de comunicaciones de Terpfen, y un instante después el haz concentrado de la holotransmisión enviada por el embajador Furgan se materializó en el interior de la cabina del caza B.

—Bien, mi pequeño pez... —dijo Furgan. Sus enormes cejas parecían plumas negras que surgían de su frente y se enroscaban hacia arriba—. ¿Cuál es tu informe? Explícame por qué tus dos víctimas no murieron en esa colisión que preparaste con tanta meticulosidad.

Terpfen intentó impedir que las palabras surgieran de su boca, pero los circuitos orgánicos entraron en acción y proporcionaron toda la respuesta que necesitaba oír el embajador imperial.

—Saboteé la nave personal de Ackbar, y eso habría tenido que significar la muerte para los dos pasajeros... pero subestimé la habilidad como piloto de Ackbar.

Furgan frunció el ceño

—Así que la misión ha sido un fracaso —dijo.

—Al contrario —replicó Terpfen—. Creo que ha tenido un éxito todavía más grande de lo que se podía esperar en un principio... Esta cadena de acontecimientos ha afectado mucho más a la Nueva República de lo que la habría afectado un simple accidente que hubiese acabado con la Ministra de Estado y el almirante. El comandante de su flota se considera tan deshonorado que acaba de presentar su dimisión, y el Consejo de Gobierno no tiene ningún sustituto.

Furgan reflexionó durante unos momentos, y después asintió mientras una sonrisa se iba extendiendo lentamente por sus oscuros y gruesos labios. El embajador cambió de tema.

—¿Has hecho alguna clase de progresos en lo que respecta a averiguar el paradero del tercer bebé Jedi?

Terpfen había pasado cuatro semanas de aquella tortura que fue su acondicionamiento con la cabeza totalmente rodeada por un casco de plástiacero que le impedía ver nada, y que emitía terribles punzadas de dolor a intervalos totalmente imprevisibles. No podía hablar, beber ni comer, y era alimentado mediante suplementos nutritivos administrados por vía intravenosa. Ya hacía mucho tiempo de aquello, pero en aquellos momentos Terpfen se encontraba atrapado en la cabina de su caza B, y de repente volvió a sentirse engullido por aquel pozo negro.

—Ya se lo he explicado anteriormente, embajador —dijo con voz átona y firme—. Anakin Solo se encuentra en un planeta secreto cuya localización sólo es conocida por muy pocos, el almirante Ackbar y el Maestro Jedi Luke Skywalker entre ellos. Creo altamente improbable que Ackbar la revele durante el curso de una conversación.

Furgan parecía haber mordido algo terriblemente agrio y estar deseando escupirlo.

—¿Y de qué nos sirves entonces? —preguntó.

Terpfen no se habría ofendido ni aun suponiendo que los circuitos orgánicos se lo hubiesen permitido.

—He puesto en marcha otro plan que quizá pueda proporcionarme la información que desea.

Terpfen había llevado a cabo esa tarea con partes de su mente que no controlaba. Después sus manos-aletas se habían movido como si tuvieran voluntad propia, completando aquello contra lo que el resto de su mente quería lanzar alaridos de desesperación.

—Más te vale que dé resultado —dijo Furgan—. Ah, una última pregunta... Me

he dado cuenta de que Mon Mothma lleva varias semanas evitando aparecer en público. No ha asistido a muchas reuniones de gran importancia, y se ha limitado a enviar representantes. ¿Qué tal anda la salud de nuestra querida Mothma?

Furgan empezó a reír suavemente.

—No muy bien —replicó Terpfen, maldiciéndose a sí mismo.

Las carcajadas de Furgan se esfumaron de repente, y los ojos del holograma se clavaron en los grandes discos acuosos de Terpfen.

—Vuelve a Coruscant antes de que se den cuenta de tu ausencia, mi pequeño pez. No queremos perderte cuando todavía queda tanto trabajo por hacer.

Furgan cortó la transmisión. Un instante después la nave negra que parecía un insecto viró, se introdujo en un pliegue del espacio con un destello blanco azulado de sus motores hiperespaciales y desapareció.

Terpfen se encontró solo en la oscuridad con la mirada fija en el tajo reluciente que era la Corriente del Cron, rodeado por los muros en los que todavía resonaban los ecos de su traición.

Luke estaba guiando a una procesión de estudiantes Jedi por los niveles inferiores del templo massassi, iluminando su camino con una lamparilla. Todos vestían su túnica con capucha y ninguno había protestado ante la excursión nocturna decidida por Luke, pues llevaban el tiempo suficiente con él como para haberse acostumbrado a sus excéntricos métodos de adiestramiento.

Luke sintió el frío roce de las piedras pulimentadas en sus pies, pero enseguida eliminó la sensación. «Un Jedi debe ser consciente de cuanto le rodea, pero no debe permitir que le afecte de maneras que no desea» Luke se repitió la frase a sí mismo, y concentró su mente en el estado de control perfecto que había ido descubriendo y dominando poco a poco gracias a las enseñanzas de Obi-Wan Kenobi y Yoda y a sus propios ejercicios de autodescubrimiento.

Al principio había percibido el silencio del templo, pero no tardó en ampliar el alcance de sus percepciones y se riñó mientras lo hacía. El Gran Templo no se hallaba sumido en el silencio: los bloques de piedra crujían y temblaban mientras se iban enfriando a medida que transcurría la noche. Las corrientes de aire danzaban con débiles susurros, ríos que se movían lentamente a través de los corredores. Diminutos arácnidos cuyas patas terminaban en duras y afiladas puntas de queratina se deslizaban por los suelos y las paredes con un veloz repiqueteo. El polvo se iba aposentando lentamente.

Luke guió a su grupo en un lento descenso por el tramo de escalones hasta que se encontró con un muro de piedra, y esperó a que todos hubieran llegado.

Gantoris, el de los cabellos oscuros, fue el primero en darse cuenta de la hilacha casi imperceptible de neblina que se abría paso por una pequeña grieta de la roca.

—Veo vapor —dijo.

—Huelo a azufre —dijo Kam Solusar.

—Muy bien —dijo Luke.

Hizo funcionar el panel secreto que movía la puerta de piedra y revelaba un laberinto de pasadizos medio derrumbados. El túnel bajaba rápidamente de nivel, y los estudiantes le siguieron mientras Luke se agachaba para internarse en la negrura tenebrosa de las sombras. Su lámpara emitía un tembloroso charco de claridad que formaba un círculo a su alrededor. Su sombra hacía pensar en un monstruo encapuchado, una distorsión de la negra silueta de Darth Vader que se estuviera recortando sobre los muros.

El pasadizo subterráneo se desviaba hacia la izquierda, y Luke no tardó en poder captar el acre olor de los vapores sulfurosos. Las protuberancias rocosas lloraban humedad condensada. Un instante después pudo oír el gorgoteo del agua y el susurro del vapor, y los débiles suspiros que emitía la piedra al dejar escapar el calor



acumulado en ella.

Luke entró en la gruta y se detuvo para tragar una honda bocanada de aquella atmósfera impregnada de olores acres y minerales. La piedra estaba caliente y húmeda bajo las plantas de sus pies, y la condensación la volvía un poco resbaladiza.

Los estudiantes se reunieron con él y bajaron la mirada para contemplar un manantial de aguas minerales que brotaba de un agujero circular. Cadenas de burbujas que parecían perlas formaban delicados encajes sobre la límpida superficie, y los gases volcánicos se filtraban por las pequeñas hendiduras de las rocas. El agua reflejaba la débil claridad que brotaba de su lámpara, y las algas que recubrían los lados del estanque le daban un color azulado tan hermoso como si brotara de una gema. Cornisas de piedra y depósitos minerales que se habían ido acumulando lentamente con el paso del tiempo formaban asideros y angostos asientos en las paredes del manantial de agua caliente.

—Éste es el final de nuestro viaje —dijo Luke, y apagó la lámpara.

La oscuridad del subsuelo cayó sobre ellos engulléndolos, pero sólo durante un momento. Luke oyó cómo dos estudiantes tragaban aire con un jadeo ahogado —eran Streen y Dorsk 81—, pero los demás consiguieron reprimir su sorpresa.

Luke clavó la mirada en la negrura y concentró su voluntad ordenándole que se apartara. La luz se fue filtrando poco a poco a través de la negrura, un destello lejano de resplandor estelar reflejado que procedía de una abertura en el techo que se encontraba muy por encima de sus cabezas.

—Este ejercicio os ayudará a concentraros y a establecer una sintonía más perfecta con la Fuerza —dijo Luke—. El agua está a la temperatura ideal. Flotaréis dentro de ella sin oponerle ninguna resistencia, y así podréis salir de vosotros mismos para entrar en contacto con el resto del universo.

Luke se quitó la túnica Jedi, fue hacia el manantial moviéndose ágilmente y sin vacilaciones por entre la penumbra, y entró en él sin producir el más leve chapoteo. Después oyó el roce de la tela cuando los estudiantes le imitaron, quitándose las túnicas y avanzando hacia la orilla.

El repentino calor del agua fue como un aguijonazo en su piel, y el espumear de burbujitas que brotó del manantial envolvió su cuerpo con un suave cosquilleo. Una sucesión de ondulaciones recorrió el estanque de un extremo a otro a medida que los estudiantes Jedi se iban introduciendo en él uno por uno. Luke sintió cómo empezaban a flotar y se relajaban poco a poco, permitiéndose dejar escapar un suspiro de placer y satisfacción.

Luke fue respirando despacio y muy profundamente, dejando que el agua le acunase mientras limpiaba su mente y su cuerpo. La sombra de olor a azufre que impregnaba la atmósfera se deslizó por su garganta frotándola hasta dejarla limpia, y el calor y las burbujas le abrieron los poros.

—No hay emoción, sino paz —dijo, repitiendo palabras del Código Jedi que le había enseñado Yoda—. No hay ignorancia, sino conocimiento. No hay pasión, sino serenidad. No hay muerte, sino la Fuerza.

Oyó el susurro de las voces mezclándose unas con otras mientras los doce estudiantes repetían sus palabras. Pero todo aquello le resultaba demasiado rígido y envarado, porque Luke quería que sus estudiantes le comprendieran y no se conformaba con que aprendieran unos cuantos mantras de memoria.

—Estáis flotando en el calor, envueltos en una oscuridad casi absoluta... —siguió diciendo—. Imaginad que estáis totalmente sumergidos, rodeados, libres... Dejad que vuestras mentes vagabundeen por donde les plazca, y permitid que viajen sobre las ondulaciones de la Fuerza.

Movió las manos acariciando delicadamente las aguas hacia adelante y hacia atrás para producir olas en el estanque. Los otros estudiantes se removieron. Luke pudo sentir su presencia a su alrededor, y se dio cuenta de que se estaban concentrando de una manera excesivamente consciente y forzada.

—Mirad hacia arriba —dijo—. Antes de poder viajar a otro sitio tenéis que descubrir en qué lugar estáis.

Una rebanada de estrellas parecía desparramarse a través de una grieta que atravesaba las rocas del techo muy por encima de él. Los puntitos luminosos parpadeaban y temblaban debido a las corrientes de la atmósfera de Yavin 4.

—Sentid la Fuerza —murmuró, y después repitió las palabras alzando la voz—. Sentid la Fuerza... Sois parte de ella. Podéis viajar con la Fuerza, descendiendo hasta el núcleo de esta luna y saliendo de ella para llegar a las estrellas... Cada criatura viviente hace que la Fuerza sea más grande, y todo obtiene su fortaleza de ella. Concentraos conmigo, y observad los panoramas ilimitados que os mostrarán vuestras capacidades.

Luke siguió flotando en el agua caliente sintiendo el siseo de las burbujas que rozaban su piel. Después alzó la mirada hacia aquel retazo de estrellas confinadas en el orificio del techo y volvió a bajarla hacia las oscuras aguas del estanque.

—¿Podéis verlo? —preguntó.

El fondo del estanque empezó a brillar con un tenue centelleo luminoso, y se abrió de repente revelando un umbral al universo. Luke vio el glorioso esplendor de las estrellas, los brazos de la galaxia y los soles que estallaban en titánicos paroxismos de muerte y a las nebulosas que se fundían en una deslumbrante oleada de nacimiento.

Oyó los jadeos de sorpresa que brotaron de las bocas de los estudiantes Jedi cuando contemplaron la misma visión. Cada uno de ellos parecía haberse convertido en una silueta inmensamente libre e independiente de todo cuanto la rodeaba que flotaba sobre el universo, allí donde podían obtener la perspectiva final e insuperable,

un auténtico panorama desde las alturas.

Luke sintió cómo el asombro palpitaba en su interior cuando identificó Coruscant y los mundos del Núcleo del Emperador. Vio los sistemas azotados por las batallas donde los maltrechos restos del Imperio se enfrentaban unos a otros en una cruenta guerra civil, y vio los sistemas vacíos que en el pasado habían estado controlados por el Imperium Ssi Ruuk hasta que los alienígenas fueron derrotados por las fuerzas combinadas rebeldes y del Imperio en Bakura. Luke reconoció y nombró planetas cuya superficie había pisado: Tatooine, Bespin, Hoth, Endor, Dathomir y muchos otros, incluido el mundo secreto de Anoth, donde él y el almirante Ackbar habían escondido al tercer bebé de Han y Leia.

Pero de repente los nombres y las coordenadas de aquellos planetas parecieron llenar su mente de disgusto, y Luke se riñó a sí mismo por haber estado pensando como si fuera un estratega o un piloto de nave espacial. Los nombres y las situaciones no significaban absolutamente nada. Cada mundo y cada estrella formaban parte del todo de la galaxia, de la misma manera que Luke y sus estudiantes también formaban parte de ella en el praxeum Jedi. De la misma manera que las plantas y los animales de la jungla que se extendía sobre sus cabezas...

Y entonces sus sentidos agudizados captaron un cambio repentino en las profundidades de las cámaras subterráneas donde se encontraban las válvulas volcánicas dormidas que proporcionaban el calor geotérmico al manantial de aguas minerales. Una burbuja acababa de reventar en algún lugar de la corteza de Yavin 4 y había dejado escapar un chorro de gases calientes que estaba ascendiendo a gran velocidad, filtrándose a través de las grietas de las rocas en un continuo hervor que subía incesantemente en busca de una ruta de huida..., y viniendo hacia ellos al hacerlo.

Una brecha oscura apareció en la imagen de la galaxia que había debajo de ellos. Cuatro estudiantes Jedi se agitaron en una repentina ondulación llena de alarma y se debatieron en el agua caliente, chapoteando e intentando llegar a la orilla. Otros estudiantes empezaron a sucumbir al pánico y se rodearon con los brazos.

Luke se enfrentó a su miedo y luchó con él hasta dominarlo, y cuando habló hizo que su voz sonara potente y segura de sí misma, como había intentado que sonara en el pasado cuando estaba negociando con Jabba el Hutt. Las palabras brotaron rápidamente de sus labios, llenando los segundos que les quedaban.

—Un Jedi no siente el calor o el frío —dijo—. Un Jedi puede hacer que el dolor se extinga y desaparezca. ¡Utilizad la Fuerza para fortaleceros!

Luke recordó el momento en que había caminado sobre la lava durante una de las pruebas por las que le había obligado a pasar Gantoris. Después concentró toda su voluntad en el deseo de obtener una protección extra para su cuerpo, formando una envoltura imaginaria tan delgada como un pensamiento y tan fuerte como ese mismo

pensamiento alrededor de su piel desnuda.

Luke recorrió los rostros llenos de preocupación de sus estudiantes con una rápida mirada. Vio cómo Kirana Ti cerraba sus verdes ojos y apretaba los dientes hasta hacerlos rechinar: cómo Kam Solusar clavaba la vista en la nada, pero se las arreglaba para parecer seguro de sí mismo a pesar de todo: y que Streen, el ermitaño de las nubes de Bespin, no parecía entender nada y sin embargo reaccionaba instintivamente aumentando su protección.

Las burbujas terminaron su agitado viaje llegando a la superficie del estanque, y en ese mismo instante Dorsk 81, el clon de piel amarilla llegado del planeta burocrático, se debatió frenéticamente y empezó a ir hacia la orilla. Luke enseguida se dio cuenta de que no disponía del tiempo necesario para ponerse a salvo. Si Dorsk 81 no alzaba sus defensas personales durante los próximos segundos, se cocería vivo cuando el gas recalentado se mezclara con la atmósfera de la gruta.

Gantoris agarró a Dorsk 81 antes de que Luke pudiera moverse, aferrando el hombro desnudo del alienígena con su mano encallecida.

—¡Ven conmigo! —exclamó Gantoris, alzando su voz para hacerse oír por encima del estridente siseo.

La superficie del manantial caliente ya se estaba llenando de burbujas de gases volcánicos. Luke vio cómo un muro de protección increíblemente sólido y potente rodeaba a Gantoris y Dorsk 81... y un instante después los gases surgidos de las entrañas de la luna de Yavin 4 hicieron erupción a su alrededor y agitaron las aguas convirtiéndolas en un furioso hervidero espumeante.

Luke sintió la punzada del intensísimo calor, pero la rechazó con un esfuerzo de voluntad. Después pudo sentir cómo la potencia iba creciendo poco a poco a medida que los estudiantes comprendían lo que debían hacer y se reforzaban unos a otros. La oleada de calor abrasador sólo duró unos segundos, y la hirviente superficie del estanque no tardó mucho en ir recobrando la inmovilidad.

La ventana al universo se había esfumado.

—Ya es suficiente por esta noche —dijo Luke, dejando escapar un suspiro de satisfacción. Trepó por la orilla del manantial de aguas minerales y se puso en pie, rociando el suelo con las gotitas que se desprendían de su cuerpo desnudo. Pudo oler las nubes de vapor sulfuroso que brotaban de su piel mientras buscaba a tientas hasta encontrar los ásperos pliegues de la túnica Jedi que había dejado en el suelo—. Pensad en lo que habéis aprendido.

Los estudiantes empezaron a reír y a intercambiar felicitaciones, y fueron saliendo uno a uno del estanque. Gantoris ayudó a Dorsk 81, y el alienígena le dio las gracias antes de ponerse la túnica.

—La próxima vez seré más fuerte —dijo Dorsk 81 en la penumbra.

—Sé que lo serás.

Luke fue hacia Gantoris mientras su estudiante empezaba a pasarse la túnica por encima de su oscura cabellera.

—Te has portado muy bien, Gantoris —dijo.

—No era más que calor —replicó Gantoris, y su rostro se puso muy serio—. Hay cosas mucho peores que el calor... —Hizo una breve pausa, y después habló en el tono de quien revela un gran secreto—. Maestro Skywalker... No eres el hombre oscuro que aparecía en las pesadillas que tuve en Eol Sha. Ahora lo sé.

La confesión cogió desprevenido a Luke y le sorprendió bastante. La penumbra le impedía ver la expresión de Gantoris. Sabía que Gantoris había padecido premoniciones terribles cuando estaba en Eol Sha, pero no había vuelto a hablar de sus pesadillas desde que llegaron a Yavin 4. Luke abrió la boca disponiéndose a preguntarle por qué había decidido hablarle de ellas precisamente en aquel momento, pero Gantoris giró sobre sí mismo y se deslizó en silencio junto a los otros estudiantes, dejándolos atrás mientras iniciaban el regreso por los túneles sumidos en la oscuridad.

Los estudiantes se habían reunido en la pista de descenso para seguir con sus ejercicios. La mañana de Yavin 4 era tan húmeda como de costumbre, y las nieblas subían lentamente hasta llegar a la cima del Gran Templo. Los sonidos que brotaban de la jungla eran como un zumbido continuo que se agitaba alrededor de los estudiantes mientras practicaban las extrañas y a veces incluso un poco ridículas lecciones que les permitirían mejorar su equilibrio sobrenatural y llevar a cabo sus primeras y más simples hazañas de levitación.

Luke iba y venía por entre ellos mientras los estudiantes trataban de hacer las cosas que Yoda le había enseñado en los neblinosos pantanos de Dagobah. Sonrió al ver cómo Kirana Ti y Tionne, la joven trovadora e historiadora, unían sus fuerzas. Las dos mujeres se concentraron, y acabaron consiguiendo alzar por los aires a Erredós en un gran esfuerzo de concentración. El androide había estado recorriendo la pista para arrancar la maleza y los hierbajos que siempre estaban amenazando con invadirla, y lanzó un indignado chorro de pitidos y silbidos electrónicos apenas descubrió que sus orugas tractoras estaban girando en el aire.

Gantoris surgió repentinamente de las sombras que llenaban la entrada del templo y entró en la luz caliginosa de la mañana. Luke se volvió hacia él.

—¡Vaya, Gantoris, me alegra mucho ver que podemos contar con tu compañía! —exclamó, combinando el buen humor con una leve sombra de reproche mientras alzaba significativamente la mirada hacia el gigante gaseoso, cuya masa anaranjada ya había subido lo suficiente para llenar una gran parte del cielo.

Gantoris tenía el rostro tan enrojecido como si se hubiera quemado, pero en la parte de su frente donde tendrían que haber estado sus cejas sólo había piel lisa y dura. Había recogido su abundante melena negra en una larga trenza que le colgaba

por debajo de los hombros.

—Me he estado preparando para una nueva prueba —dijo Gantoris, y después deslizó una mano por entre los pliegues de su túnica y extrajo un cilindro negro.

Luke parpadeó con expresión asombrada al ver una espada de luz recién construida.

Erredós cayó estrepitosamente al suelo con un chillido de terror cuando la sorpresa hizo que Kirana Ti y Tionne fueran incapaces de seguir manteniendo su estado de concentración. Los otros estudiantes interrumpieron sus ejercicios y se volvieron hacia Luke y Gantoris para observarles con los ojos llenos de asombro.

—Lucha conmigo, Maestro Skywalker —dijo Gantoris, y se quitó la túnica para revelar el uniforme acolchado de capitán que llevaba cuando era líder de sus gentes en Eol Sha.

—¿Dónde has conseguido una espada de luz? —preguntó cautelosamente Luke mientras su mente funcionaba a toda velocidad.

Ninguno de sus estudiantes tendría que haber progresado lo suficiente como para poder dominar la tecnología implícita en aquel aspecto de la disciplina Jedi.

Gantoris acarició los controles de la empuñadura y la hoja resplandeciente surgió de ella con un siseo estridente, un núcleo incandescente de energía ribeteado por franjas de un color violeta oscuro. Movié la muñeca agitando la hoja de un lado a otro para probarla, y un zumbido que hacía vibrar los huesos hendié el aire.

—¿Acaso la verdadera prueba del Jedi no es construir su propia espada de luz?

Luke decidió que debía actuar con la máxima prudencia posible.

—La espada de luz puede parecer la más sencilla de las armas, pero aprender a emplearla correctamente exige mucho tiempo —le explicó—. Quien no esté acostumbrado a manejarla tiene tantas probabilidades de hacerse daño a sí mismo como de hacérselo a su oponente. No estás preparado para esto, Gantoris.

Pero Gantoris permaneció tan inmóvil ante él como si fuera un coloso massassi desgastado por las inclemencias del tiempo, sosteniendo la hoja reluciente de su espada de luz en posición vertical delante de su cara.

—Si no activas tu espada de luz y luchas conmigo, te partiré por la mitad ahora mismo. —Hizo una pausa y sonrió sarcásticamente—. Supongo que eso sería un destino bastante indigno de un Maestro Jedi, ¿verdad?

Luke se quitó de mala gana la túnica con un encogimiento de hombros. Después descolgó su espada de luz del cinturón de su mono de vuelo gris y lo activó, haciendo surgir la hoja verde amarillenta mientras sentía cómo la Fuerza palpitaba a través de su cuerpo.

Los otros estudiantes seguían observándoles en silencio y con los ojos llenos de asombro. Luke se preguntó cómo podía haber llegado a cometer un error de cálculo tan grande, y cómo se las había arreglado Gantoris para obtener acceso a una

información que sólo habría tenido que estar al alcance de un estudiante avanzado.

Dio un paso hacia adelante mientras alzaba su hoja. Gantoris le contempló sin parpadear. Luke vio que sus ojos ribeteados de rojo ardían con una intensidad insondable, y sintió una punzada de temor.

Cruzaron sus hojas con un chisporroteo de energía que se disipó en el aire en una primera finta para evaluarse el uno al otro. Luke sintió la resistencia de las hojas de energía y el flujo de la Fuerza. Su espada de luz volvió a chocar con la de Gantoris, esta vez con más ímpetu que la primera, y un diluvio de chispas voló por los aires.

De repente Gantoris abandonó toda pretensión de estar haciendo una mera prueba, y se lanzó sobre Luke repartiendo feroces tajos y mandobles con su sable blanco violeta. Luke detuvo cada golpe, pero se limitó a luchar a la defensiva para no provocar a su estudiante y enfurecerlo todavía más de lo que ya estaba.

Gantoris no dejaba escapar ningún sonido mientras lanzaba un golpe detrás de otro. Las espadas de luz entrechocaban con un deslumbrante destello de resplandores multicolores. La furia que se había adueñado de Gantoris asombró a Luke, y fue retrocediendo poco a poco hasta el comienzo de la jungla, sintiéndose cada vez más preocupado ante aquella terrible violencia.

Gantoris siguió atacando. Luke se concentró en olvidar la presencia de los otros estudiantes que les estaban observando.

—¿Ya soy un Jedi? —preguntó Gantoris con voz enronquecida.

Luke paró su golpe y bloqueó el siguiente, inmovilizando las dos hojas en un siseante choque de energías repentinamente liberadas.

—El adiestramiento exige diligencia y compromiso... y control —murmuró entre dientes—. Un Jedi debe saber algo más que cómo construir una espada de luz. ¡También debe aprender cómo y cuándo hay que utilizarla!

Luke se lanzó hacia adelante tomando repentinamente la ofensiva. Lanzó un golpe detrás de otro, evitando cuidadosamente hacer ningún daño a Gantoris, pero atacando con una inconmovible confianza en sí mismo y mostrando todo su dominio del arma de energía a cada momento.

—La espada de luz es el arma de un Caballero Jedi, pero un verdadero Jedi rara vez la utiliza para resolver una disputa —dijo—. Siempre es preferible pensar más deprisa que tu oponente y adelantarte a él con tus maniobras, pero cuando se ve obligado a hacerlo... ¡Entonces un Jedi golpea con la velocidad del rayo y con una potencia irresistible! —añadió mientras hacía bajar su espada de luz en un mandoble impulsado por todas sus fuerzas.

Gantoris se defendió torpemente y fue retrocediendo poco a poco hasta el comienzo de la jungla. Nubes de rocío brotaron de la maleza cuando pisotearon los macizos de helechos gigantes, y su combate asustó a una bandada de criaturas aladas que se alejaron volando entre chillidos estridentes. Gantoris lanzó un desesperado

diluvio de golpes contra la espada de luz de Luke, utilizando la fuerza bruta pero sin ninguna sutileza. De repente tropezó con el enorme tronco de un árbol massassi, y las escamas de corteza purpúrea cayeron al suelo con un repiqueteo desigual.

Luke se alzó sobre él con la intención de poner fin al duelo, pero entonces los ojos de Gantoris se iluminaron con un resplandor todavía más intenso que el de antes. Presionó un botón de la empuñadura de su espada de luz con la misma expresión que si estuviera haciendo funcionar una trampa... y la hoja de bordes violetas se extendió repentinamente como si fuese una lanza, saliendo disparada hacia adelante hasta casi doblar su longitud inicial.

Los reflejos de Luke reaccionaron con una velocidad increíble haciéndole saltar a un lado, y la punta de la hoja de energía de Gantoris atravesó la manga de su mono de vuelo gris, dejando un orificio humeante en la tela.

Luke contempló con incredulidad a Gantoris durante una fracción de segundo preciosa. Su estudiante no sólo había construido su propia espada de luz, sino que además la había dotado de un sistema alimentador de gemas múltiples que le permitía alterar la longitud de su hoja a voluntad. Un arma semejante resultaba como mínimo dos veces más difícil de manejar que una espada de luz tradicional, ¡y Gantoris había hecho todo aquello sin ayuda!

Gantoris siguió explotando su ventaja momentánea sin perder ni un instante, y lanzó una nueva estocada con su hoja de longitud superior a la normal, sabiendo que Luke no podía aproximarse lo suficiente para tocarle.

—¡Gantoris! —gritó la frágil y estridente voz de Streen.

Ni Luke ni Gantoris le hicieron ningún caso. Los otros estudiantes se apresuraron a avanzar hacia el comienzo de la jungla, pero la batalla era únicamente entre Gantoris y Luke.

Luke se sintió consternado al ver la temeridad de que estaba dando muestra Gantoris, sobre todo porque le recordó la última batalla que había librado con Darth Vader mientras el Emperador les contemplaba con satisfacción, animando a Luke a permitir que la ira fluyese a través de él. Luke había estado a punto de caer en la trampa. Y había faltado muy poco para que se dejara controlar por su ira e iniciase el viaje que habría acabado llevándole al lado oscuro. Pero al final había demostrado ser lo suficientemente fuerte para resistir la tentación.

Gantoris parecía encontrarse peligrosamente cerca del borde de aquel abismo.

Luke tensó los músculos, hizo acopio de energías y saltó hacia arriba. Se impulsó con su capacidad levitatoria y salió disparado hasta una altura suficiente para alcanzar una gruesa rama inferior del árbol massassi. Después se posó suavemente sobre ella, manteniendo el equilibrio sin ninguna dificultad mientras bajaba la mirada hacia Gantoris, que parecía estar más enfurecido que nunca.

—¿Cómo has aprendido todo esto? —gritó Luke para hacerse oír por encima del



zumbido de las espadas de luz, tratando de que su voz se abriera paso a través de la obsesiva decisión de Gantoris.

Gantoris alzó el rostro hacia él y le contempló con sus ojos ribeteados de rojo en los que ardía toda la apasionada hoguera de sus emociones.

—¡No eres el único que puede enseñar a seguir el camino Jedi! —replicó.

Después Gantoris dejó escapar un grito ahogado, levantó su espada de luz empuñándola con las dos manos y lanzó un potente mandoble lateral que se abrió paso a través del enorme tronco del árbol con un agudo chisporroteo. Las chispas, el humo y el olor a canela húmeda de la savia derramada impregnaron el aire. El viejo árbol se inclinó a un lado, y después fue desplomándose con un estrépito ensordecedor a través de las ramas más altas de otros árboles para irse derrumbando poco a poco.

Luke saltó de él y se posó sobre un montón de musgo y ramas caídas. Tenía que poner fin a todo aquello lo más pronto posible. Gantoris parecía estar poseído por una ira que era totalmente incapaz de controlar, y las técnicas Jedi para producir un efecto calmante más sencillas no tenían ningún efecto sobre él.

Gantoris acortó su hoja de energía hasta dejarla en una longitud que resultaba más fácil de manejar, igualándola a la de Luke mientras se preparaba para el ataque. Luke permitió que su estudiante le obligase a retroceder paso a paso por entre los helechos y las masas resplandecientes de las orquídeas nebulosa. Desplegó sus percepciones a través de la Fuerza sintiendo la presencia de jungla que les rodeaba, y buscó una diversión útil.

Y la encontró.

Fingió que tropezaba con una roca medio desmenuzada cubierta de hongos e inclinó el cuerpo a un lado, tambaleándose como si fuera a caer sobre un matorral. Gantoris se lanzó sobre él apartando las lianas con feroces mandobles de su espada de luz que las convertían en nubecillas de vapor grisáceo. Gantoris estaba haciendo tanto ruido que no podría oír los gruñidos y burbujeos que brotaban del matorral.

Luke saltó a un lado justo cuando Gantoris descargaba su espada de luz sobre él. La hoja blanca y violeta se abrió paso a través de la maraña de tallos y espinos... y un animal tan sorprendido como asustado emergió de la espesura lanzando un trompeteo tan espectacular que no habría desentonado en una representación de ópera.

El runyip volvió frenéticamente su corpachón de un lado y a otro mientras les dejaba atrás en una desesperada huida. Era una criatura enorme y torpe cubierta de un pelaje aceitoso, y las pellas de tierra pegadas a su nariz flexible indicaban que la había estado utilizando para hurgar entre la vegetación medio podrida.

La repentina aparición del animal sólo distrajo a Gantoris un segundo, pero Luke utilizó ese momento para desplegar la Fuerza hacia él. Manos invisibles arrancaron la empuñadura de la espada de luz de Gantoris de entre sus dedos, y después Luke

utilizó sus capacidades Jedi para presionar el botón que desactivaba la hoja.

Luke tomó el arma de Gantoris con su mano izquierda en pleno vuelo, y después desactivó su espada de luz. La repentina desaparición del rugido sibilante de las dos hojas enfrentadas en combate hizo que la jungla pareciera quedar inquietantemente silenciosa.

Gantoris le miró fijamente sin moverse. Los dos hombres jadeaban y temblaban a causa del agotamiento. Se encontraban tan cerca el uno del otro que les habría bastado con alargar un brazo para poder tocarse. Sus frentes estaban perladas de sudor.

Luke acabó tomando una decisión y rompió aquel momento de inmovilidad que parecía estar haciéndose eterno. Hizo girar la empuñadura de la espada de luz de Gantoris, dirigiendo el orificio por el que brotaba la hoja de energía hacia la pechera de su mono gris, y se la ofreció a su oponente. Gantoris aceptó el arma después de una breve vacilación, la contempló en silencio durante unos instantes y volvió a alzar la cabeza. Sus ojos se encontraron con la mirada de Luke.

—Ha sido un ejercicio excelente, Gantoris —dijo Luke—, pero debes aprender a controlar tu ira. Podría acabar siendo tu perdición.

Kyp Durrón estaba contemplando el gigantesco espino que era el *Triturador de Soles* a través de la calina iridiscente de un campo energético de seguridad erigido en los laberintos de acerocreto de Coruscant.

Entrecerró los ojos intentando verlo mejor, y se inclinó hacia adelante hasta que tres centinelas de la Nueva República fuertemente armados aparecieron de repente para obstruirle el paso. Kyp recorrió el hangar con la mirada y pudo ver otro grupo de centinelas montando guardia alrededor del *Triturador de Soles*. Al otro lado del campo electrostático de seguridad había una gigantesca puerta blindada que podía cerrarse en un instante apenas se diera la orden.

Kyp era bajito y delgado, con una sonrisa jovial y una revuelta cabellera oscura, y pensó que con ese aspecto no podía haber nadie capaz de considerarle como una amenaza, pero los tres centinelas alzaron sus rifles desintegradores y los apuntaron hacia su pecho.

—Se encuentra en una zona de acceso restringido —dijo el sargento—. Márchese inmediatamente o dispararemos.

—¡Eh, tranquilo! —exclamó Kyp alzando las manos—. Si quisiera robar ese trasto, lo primero que hubiese hecho habría sido no traerlo aquí.

El sargento le contempló con escepticismo. Estaba claro que no sabía de qué le estaba hablando.

—Soy Kyp Durrón. Piloté el *Triturador de Soles* con Han Solo desde la Instalación de las Fauces hasta aquí. Sólo quería echarle otro vistazo, ¿sabe?

La pétrea impasibilidad del sargento no se alteró en lo más mínimo.

—No conozco personalmente al general Solo —dijo—, pero tengo orden de impedir el acceso a todo el mundo..., sin excepciones.

Kyp se inclinó hacia un lado para poder echar un vistazo por entre los centinelas. Hizo caso omiso de su presencia, y volvió a contemplar la silueta llena de ángulos de la superarma que había sido desarrollada por Qwi Xux, la investigadora cautiva en la Instalación de las Fauces.

La doctora Xux había diseñado un arma que podía hacer estallar una estrella, barriendo la vida de todo un sistema estelar. Qwi había actuado de una manera totalmente inocente, ya que para ella crear el *Triturador de Soles* era un mero ejercicio, una manera de averiguar los límites de sus capacidades científicas: pero Han había logrado abrirse paso a través del lavado de cerebro al que había sido sometida, y había conseguido hacerle entender qué había creado en realidad. Después Qwi les había ayudado a robar la superarma y a huir de la almirante Daala y la Instalación de las Fauces.

Kyp se alegraba de que el *Triturador de Soles* estuviera en manos de la Nueva

República, pero le preocupaba un poco que el Senado pareciese ser incapaz de decidir qué hacer con él. La existencia de un arma tan poderosa parecía alterar las actitudes de todo el mundo, incluso de personas básicamente buenas que ocupaban cargos gubernamentales.

Kyp contempló cómo los mecánicos e ingenieros intentaban comprender el funcionamiento del *Triturador de Soles*. Estaban utilizando sopletes láser para tratar de abrirse paso a través de la armadura cuántica ultra densa, pero no había nada que fuese capaz de arañar el casco de aquella nave indestructible.

Dos mecánicos salieron por la escotilla superior transportando un cilindro metálico de un metro y medio de longitud y medio metro de anchura. Tres ingenieros que estaban trabajando en el fondo del hangar alzaron la cabeza para contemplar el cilindro y dejaron caer sus llaves hidráulicas al suelo mientras ponían cara de horror. Otro ingeniero soltó su calibrador de precisión y empezó a retroceder moviéndose muy despacio.

—¡Es un torpedo supernova! —gritó uno de los ingenieros.

Los dos mecánicos que cargaban con el cilindro parecieron quedar paralizados de repente. Los centinelas que montaban guardia al otro lado del campo de seguridad corrieron de un lado a otro buscando blancos a los que disparar. Los ingenieros y mecánicos atrapados dentro del perímetro energético empezaron a pedir a gritos que se desconectara el mortífero campo de seguridad para que pudiesen evacuar el hangar. Los tres centinelas que se encontraban fuera giraron sobre sí mismos y alzaron sus rifles desintegradores para apuntar a Kyp, como si el joven se hubiera convertido repentinamente en una amenaza después de todo.

Kyp se echó a reír.

—No es más que un cilindro de mensajes —dijo—. Ábranlo y lo verán... Sirve para guardar los sistemas de grabación, y eso permite lanzar al espacio los datos de más importancia poniéndolos a salvo si el *Triturador de Soles* es destruido.

Pero las alarmas seguían atronando y los hombres dominados por el pánico corrían de un lado a otro del hangar de acceso restringido y los centinelas no demostraron sentir el más mínimo interés por las explicaciones de Kyp.

—Será mejor que te vayas, chico —dijo el sargento—. ¡Inmediatamente!

Kyp meneó la cabeza en un gesto mitad de diversión y mitad de disgusto, y se alejó por el laberinto de largos pasillos circulares que iban subiendo poco a poco de nivel mientras se preguntaba cuánto tiempo necesitarían aquellos tipos que se suponía eran unos expertos para darse cuenta de su error.

Wedge Antilles estaba contemplando con admiración a la hermosa y etérea investigadora alienígena llamada Qwi Xux, que acababa de dar un paso hacia adelante y se preparaba para dirigirse a la Asamblea de la Nueva República.

A Qwi no le gustaba nada hablar en público, y había pasado varios días muy

nerviosa después de haber preparado su discurso. Siempre había llevado una existencia muy, solitaria, pero por fin había empezado a confiar en Wedge después de que éste hubiera sido nombrado guardaespaldas y enlace oficial de la investigadora y tuviera que pasar la mayor parte de su tiempo al lado de ella. Wedge la había animado en todo lo posible, intentando tranquilizarla e insistiendo en que estaba haciendo un trabajo magnífico. También la había apoyado en su convicción de que ya no podía seguir ignorando la existencia del *Triturador de Soles* por más tiempo.

Qwi le había contemplado con expresión agradecida. Sus enormes ojos color índigo creaban un contraste asombroso con su piel de un azul pálido y la capa de plumas perlinas parecida a un bonete de gemas que cubría toda la parte superior de su cabeza y bajaba hasta sus hombros.

Qwi estaba mirando a Mon Mothma y los ministros. La investigadora irguió la espalda y permitió que sus delgados brazos colgaran inmóviles a los lados, y después empezó a hablar con una voz levemente aflautada que recordaba el canto de los pájaros.

—Mon Mothma, estimados representantes del gobierno de la Nueva República... —empezó diciendo Qwi—. Cuando me presenté por primera vez ante vosotros solicitando un refugio y trayendo conmigo el *Triturador de Soles*, me invitasteis a hablar siempre que sintiera la necesidad de hacerlo. Ahora debo comunicaros mis graves preocupaciones. Intentaré ser breve, ya que debéis tomar una decisión.

La enorme silueta de Chewbacca dejó escapar un gruñido ahogado de disgusto al lado de Wedge, pero aun así Wedge estaba impresionado ante lo inmóvil y callado que había conseguido permanecer el wookiee hasta aquel momento. Chewbacca nunca había sido muy capaz de permanecer sentado en silencio.

—Cálmate, Chewbacca —dijo Cetrespeó en voz baja y suave—. Pronto tendrás una oportunidad de hablar. ¿Estás totalmente seguro de que no deseas que retoque un poco tus palabras para que resulten más adecuadas a las circunstancias? Ya sabes que soy un androide de protocolo, y estoy muy familiarizado con las exigencias de esta clase de situaciones.

Chewie resopló una negativa no muy ruidosa pero tajante. Wedge les hizo callar con un siseo para poder oír hablar a Qwi. Su voz musical no tembló ni vaciló, y Wedge empezó a sentir cómo el calor del orgullo se iba extendiendo por su pecho.

—El *Triturador de Soles* es el arma más formidable jamás concebida —estaba diciendo Qwi—. Yo lo sé mejor que nadie, pues la he diseñado. Pertenece a un orden de magnitud todavía más peligroso que la mismísima *Estrella de la Muerte*. Ya no se encuentra a disposición de los poderes imperiales..., pero me preocupa cuáles puedan ser las intenciones de la Nueva República. Me he negado a revelar cómo funciona por una razón, pero habéis mantenido oculto al *Triturador de Soles* en vuestros hangares de investigación durante semanas. Habéis hurgado en él, lo habéis estudiado y habéis

intentado descifrar sus secretos. Vuestros esfuerzos no os servirán de nada.

Hizo una pausa para respirar hondo, y Wedge se preocupó al pensar que quizá le estaba fallando el valor. Pero Qwi enseguida irguió su esbelta silueta y volvió a hablar.

—Os apremio a que destruyáis el *Triturador de Soles* —dijo—. Un arma tan poderosa no debería ser confiada a las manos de ningún gobierno.

Mon Mothma, que parecía estar muy cansada y pálida, bajó la mirada hacia Qwi Xux. El anciano general Jan Dodonna estaba sentado debajo de ella y a su izquierda, y fue el primero en hablar.

—Según los informes que nos han proporcionado nuestros ingenieros, el arma no puede ser destruida —dijo—. La armadura cuántica hace imposible incluso el intentar desmantelarla, doctora Xux.

—Entonces deben encontrar otra manera de hacer desaparecer el *Triturador de Soles* —dijo Qwi.

El senador Garm Bel-Iblis se puso en pie. El antiguo enemigo de Mon Mothma parecía estar bastante irritado.

—No podemos permitirnos el lujo de perder un arma tan poderosa —dijo—. El *Triturador de Soles* nos proporciona una ventaja táctica que no se encuentra al alcance de ninguno de nuestros enemigos imperiales.

—Basta —dijo Mon Mothma con voz temblorosa. El rubor que cubría sus mejillas hacía resaltar todavía más la palidez de su piel—. Hemos discutido este asunto en muchas ocasiones, y mis opiniones no han cambiado —siguió diciendo—. Un arma que posee un poder destructivo tan horripilante es un artefacto brutal e inhumano. El Emperador quizá fuese lo suficientemente monstruoso como para tomar en consideración la posibilidad de utilizarla, pero la Nueva República jamás se rebajará a semejante barbarie sean cuales sean las circunstancias. No necesitamos tal arma, y su presencia sólo sirve para dividirnos. Vetaré cualquier intento de seguir estudiando el *Triturador de Soles*, y me opondré hasta mi último aliento a quien sugiera utilizarlo contra cualquier enemigo, ya sea imperial o de otra clase.

Contempló en silencio a sus jefes militares, y Wedge se sintió un poco intimidado por la ira y la convicción que habían impregnado su voz. El asiento sin ocupar del almirante Ackbar, que siempre había defendido la cordura y la moderación, era como el terrible vacío de una profunda herida. Wedge apremió en silencio a Qwi a que volviese a hablar y expusiera su idea.

—Disculpadme, pero me estaba preguntando si se me permitiría hacer una sugerencia —dijo Qwi en aquel mismo instante, como si hubiera leído los pensamientos de Wedge—. El *Triturador de Soles* no puede ser destruido mediante los métodos normales, por lo que deberíamos utilizar el piloto automático para enviarlo al corazón de una estrella o por lo menos, al núcleo de un gigante gaseoso,

donde resultaría totalmente imposible recuperarlo.

—Bastaría con un gigante gaseoso —dijo el general Crix Madine—. Las presiones existentes en el núcleo son tremendamente superiores a las que pueden soportar incluso nuestras naves más sofisticadas. El *Triturador de Soles* nunca podría ser sacado de allí.

Bel-Iblis miró a su alrededor, y sus oscuros ojos lanzaron destellos de ira.

—Muy bien —dijo, como si estuviera presintiendo la derrota y comprendiera que un gigante gaseoso era un poco más aceptable que la furia cegadora de una estrella—. Enviadlo al núcleo de un gigante gaseoso, y olvidémonos del *Triturador de Soles* ya que no puede servirnos de nada.

Mon Mothma alzó una mano como si fuera a emitir una directiva oficial, pero Bel-Iblis se le adelantó.

—Y hablando de un tema estrechamente relacionado con éste, espero que no hayan olvidado que la Instalación de las Fauces continúa siendo una amenaza —dijo—. La almirante imperial puede haberse marchado con sus Destruccioneros Estelares, pero los científicos siguen dentro del cúmulo de agujeros negros. Según el informe del general Solo, cuentan con un prototipo de *Estrella de la Muerte* plenamente capaz de operar.

Chewbacca se puso en pie y lanzó un rugido ensordecedor. El sonido creó ecos en toda la cámara, y detuvo todas las conversaciones. Cetrespeó agitó sus brazos de metal dorado.

—¡Todavía no, Chewbacca, todavía no! Aún no es nuestro turno de hablar.

Pero Mon Mothma miró al cada vez más nervioso wookiee e inclinó la cabeza.

—¿Tienes algo que decirnos, Chewbacca? Bien, entonces te ruego que lo hagas.

Chewbacca pronunció una larga frase retumbante en su lengua. Cetrespeó permaneció inmóvil junto al wookiee mientras hablaba, y fue traduciendo rápidamente lo que decía con su atiplada voz sintética.

—Chewbacca desea recordar a esta augusta asamblea que la Instalación de las Fauces no sólo acoge a un gran número de científicos imperiales altamente inteligentes, sino que también sirve como prisión a muchos cautivos wookiees que llevan casi una década allí. Chewbacca desea sugerir respetuosamente que...

Cetrespeó alzó una mano metálica delante de la boca del wookiee.

—¡No corras tanto, Chewbacca! Lo estoy haciendo lo mejor posible... —El androide giró sobre sí mismo y volvió a encararse con la Jefe de Estado y los altos cargos de la Nueva República—. Disculpenme. Chewbacca desea solicitar con el máximo respeto que el Consejo de la Nueva República tome en consideración la posibilidad de enviar una expedición a la Instalación de las Fauces, y que ésta sea organizada de tal manera que cumpla la doble función de grupo de rescate y fuerza de ocupación de la Instalación de las Fauces.

Chewbacca lanzó un rugido, pero Cetrespeó no se inmutó.

—Ya sé que no es lo que dijiste, Chewbacca, pero es lo que querías decir..., así que calla y deja que acabe.

»Ejem... Con una fuerza de ocupación semejante, la Nueva República podría garantizar la seguridad y el paradero de cualquier terrible superarma que haya sido desarrollada en la Instalación de las Fauces. Chewbacca les agradece el tiempo y la consideración que le han dedicado, y les desea que tengan un buen día.

El wookie le lanzó un puñetazo y Cetrespeó perdió el equilibrio y cayó, agitando sus brazos y piernas doradas con su habitual torpeza envarada hasta quedar sentado en el suelo.

—Oh, cállate —dijo el androide—. Todos los cambios que he introducido han sido mejoras.

Mon Mothma contempló a los miembros del Consejo. Todos ellos parecían muy complacidos con la sugerencia de enviar una expedición a la Instalación de las Fauces. Qwi Xux fue retrocediendo poco a poco hacia Wedge sintiéndose tan nerviosa como aliviada, y Wedge le dio un suave apretón en el hombro felicitándola por su actuación. Qwi le sonrió, y Wedge le devolvió la sonrisa.

—Creo que todos estamos de acuerdo..., por una vez —dijo Mon Mothma, y logró curvar los labios en la sombra de una sonrisa—. Organizaremos una fuerza de ocupación y rescate que partirá hacia la Instalación de las Fauces. Debemos actuar con decisión y lo más pronto posible, pero no tan deprisa como para cometer errores.

Mon Mothma miró a su alrededor, y la expresión de su rostro parecía indicar que lo único que deseaba en aquellos momentos era salir de la cámara y volver a sus aposentos, donde podría descansar. Wedge frunció el ceño, sintiéndose cada vez más preocupado por ella.

—Si no hay ningún otro asunto que tratar, queda levantada la sesión —dijo Mon Mothma.



## 9

El Destructor Estelar *Gorgona* entró en órbita, un inmenso cuchillo de hoja ancha dispuesto para atacar. El navío insignia estaba flanqueado por el *Basilisco* y el *Mantícora*, dos cruceros de batalla plenamente operacionales.

El comandante Kratas transmitió un mensaje desde su consola de navegación.

—Estamos orbitando Dantooine —dijo.

Daala juntó sus manos enguantadas a la espalda y se volvió hacia el puente de mando.

—Lleven a cabo un barrido de sensores —ordenó, y esperó en silencio mientras el teniente calibraba sus instrumentos para que examinaran la superficie visible del planeta.

—Es un mundo muy primitivo, almirante. No hay industrias detectables. Unas cuantas aglomeraciones de nómadas... —Hizo una pausa—. Un momento... He detectado un grupo en el terminador.

Daala estudió la masa de remolinos azules, marrones y verde aceituna que formaban el rostro del planeta, y contempló cómo el filo de luz diurna se iba deslizando lentamente sobre la superficie.

—He descubierto lo que parecen ser las ruinas de una base de grandes dimensiones que al parecer está prácticamente abandonada —siguió diciendo el teniente—. La zona habitada no está muy desarrollada, y básicamente consiste en pequeñas moradas prefabricadas.

El teniente se rascó su corta cabellera castaña y se inclinó sobre su pantalla.

—Veo excavaciones en las que se están erigiendo nuevas superestructuras —dijo un instante después alzando la mirada hacia Daala—. La configuración que he detectado corresponde a una antena transmisora de gran tamaño, y quizá incluso podría tratarse de un generador de campo.

La frente de Daala se llenó de arrugas mientras pensaba a toda velocidad, intentando decidir cómo se habría enfrentado a aquella situación el Gran Moff Tarkin, su antiguo mentor.

El comandante Kratas pareció percibir su vacilación.

—No parecen ser capaces de ofrecer una gran resistencia —dijo como intentando tranquilizarla.

Daala frunció los labios.

—Seguiríamos siendo capaces de derrotarles aunque ofrecieran resistencia. No es eso lo que me preocupa... —Deslizó un delgado dedo a lo largo de su mentón y después apartó los mechones cobrizos de su cabellera recogéndolos detrás de sus hombros—. Para empezar, destruiremos la base abandonada con nuestras baterías turboláser sin salir de la órbita. Será una exhibición destructiva realmente

espectacular.

El Destructor Estelar de Daala tenía una potencia de fuego lo bastante grande para convertir planetas enteros en montones de escoria fundida, pero Daala no quería hacer eso con aquel mundo.

—Dantooine está demasiado alejado, y una demostración no resultaría efectiva —dijo—, pero aun así podemos utilizarlo de otra manera. Quiero que se ponga al frente de una fuerza de asalto, comandante Kratas. Coja dos transportes blindados del *Gorgona* y un par de cada una de las otras dos naves. Seis transportes blindados deberían bastar...

—¿Yo, almirante? Pero seguramente el general Odoosk o cualquier otro oficial superior del Ejército Imperial...

—¿Tiene algún tipo de objeción que hacer a mis órdenes, comandante?

—No, almirante. En absoluto.

—Quiero que demuestre su versatilidad. ¿O es que no le hicieron tomar parte en esa clase de ejercicios cuando estaba en Carida?

—Sí, almirante —dijo Kratas—. Es sólo que... Bueno, pensé que resultaría más eficiente limitarnos a acabar con ellos desde la órbita planetaria.

Daala le fulminó con su mirada verde esmeralda.

—Pues entonces considérelo como un ejercicio más, comandante. Hemos pasado demasiado tiempo inactivos vigilando la Instalación de las Fauces, y no tendremos otra oportunidad de sorprender tan desprevenida a la Nueva República.

Warton se había convertido en un colono lleno de esperanzas, y cada día se levantaba lo suficientemente temprano para presenciar el pacífico amanecer impregnado de colores rosados de Dantooine.

Se estiró y salió de su unidad de alojamiento prefabricada autoerigible, disfrutando de cada momento del amanecer. Se sentía a salvo y en paz por primera vez en toda su vida.

Le dolían los huesos, pero se trataba del agradable cansancio resultado de un trabajo que deja satisfecho a quien lo hace. Nunca se recuperaría por completo de su penosa existencia en el torturado mundo de Eol Sha, pero el mero hecho de pasar un día sin terremotos, inundaciones de lava o géiseres de agua hirviendo ya bastaba para que se sintiera feliz.

Las otras unidades de la colonia, fabricadas con polímeros de colores abigarrados en los que había incrustadas ventanas de transpariacero, se extendían sobre las sabanas susurrantes de Dantooine. Todos los habitantes que habían sido rescatados del antiguo puesto avanzado de Eol Sha estaban de acuerdo en que los exuberantes pastizales que se agitaban impulsados por el viento y los árboles blba de grueso tronco y ramas retorcidas hacían que aquel lugar pareciera un paraíso.

El horizonte empezó a iluminarse por el sureste en el lugar donde no tardaría en

hacerse visible el sol ambarino de Dantooine. Warton alzó la mirada hacia los cielos purpúreos y vio tres estrellas muy brillantes que se movían rápidamente sobre el telón formado por los otros puntitos de luz.

Seis meteoros surcaron el cielo de repente dirigiéndose velozmente hacia el horizonte, dejando tras de sí estelas brillantes que parecían huellas de garras luminosas. Un instante después el alarido supersónico de su descenso hizo añicos el silencio de las primeras horas de la mañana. Warton pudo ver el impacto de los meteoros, y la sabana quedó iluminada por el resplandor de las llamas que surgieron de la nada no muy lejos de la colonia.

Otros colonos de Eol Sha salieron a toda prisa de sus unidades de alojamiento, despertados por el estrépito llegado del cielo. Las ruinas desiertas de la vieja base rebelde que se alzaba no muy lejos al este de ellos sobresalían de los pastizales como enormes baluartes de adobe. Un pequeño equipo de ingenieros de construcción de la Nueva República iba y venía a toda prisa por su campamento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Glena, su esposa.

Warton vio que acababa de salir de la unidad y estaba junto a él. La miró y meneó la cabeza, sintiéndose incapaz de responder.

Un instante después un diluvio de rayos mortíferos empezó a bajar del cielo.

El canturreo de los enormes moscardones de Dantooine cesó al instante. Haces cegadores de verde fuego láser descendieron a toda velocidad para caer sobre la base abandonada, creando enormes nubes formadas por restos de edificios pulverizados y fragmentos de roca sintética.

Los haces volvieron a surgir de las baterías turboláser en órbita y se deslizaron por segunda vez sobre su objetivo, resiguiendo el camino que habían trazado antes. Unos cuantos segundos les bastaron para hacer desaparecer toda la base abandonada, y cuando se esfumaron sólo había una cicatriz humeante cubierta de cascotes.

Los colonos ya habían salido de sus unidades. Algunos gritaban, y otros se limitaban a contemplar la destrucción con el rostro estupefacto, enmudecidos por el terror. Luke Skywalker les había prometido que encontraría un lugar seguro donde alojar a los habitantes de Eol Sha... pero al parecer el Jedi había cometido un terrible error.

Las ruinas de la base seguían chisporroteando y expulsando nubes de humo y los incendios ya habían empezado a desplegarse por las sabanas, y un instante después Warton oyó un sonido muy extraño, una especie de vibración temblorosa: era el zumbido de gigantescos motores acompañado por el atronador estruendo de unas colosales pisadas metálicas.

Entrecerró los ojos para protegerlos de la creciente claridad del amanecer, todavía deslumbrado por los haces verdosos de los láseres, y escrutó el horizonte hasta que consiguió distinguir las monstruosas siluetas de unas máquinas gigantescas que

avanzaban rápidamente hacia el pequeño campamento. Los walkers imperiales, enormes estructuras metálicas de cuatro patas cuya forma recordaba vagamente a los camellos, se apartaron de las columnas de humo emitidas por la tierra calcinada que indicaban sus puntos de descenso y atravesaron la sabana en una impresionante formación.

Las cabinas que formaban las «cabezas» de los AT-AT<sup>[1]</sup> se inclinaron para apuntar sus baterías de cañones láser. Haces de fuego rojo y verde salieron disparados hacia el suelo con una increíble precisión. Los enormes troncos de los árboles blba, que habían crecido durante siglos hasta alcanzar su tamaño actual, se convirtieron en bolas de fuego que se fueron desplegando y formaron círculos concéntricos sobre los tallos de hierba seca. Anillos de humo grasiento brotaron de los pastizales y subieron en lentas volutas hacia el cielo, llevando consigo la pestilencia de la vegetación quemada y los pequeños animales reducidos a cenizas.

—¡Corred! —gritó, Warton—. Alejaos de las unidades de alojamiento... Serán su primer objetivo.

Los refugiados de Eol Sha empezaron a abrirse paso por entre los enormes tallos de hierba mientras los walkers imperiales avanzaban hacia ellos. Un solo paso de los AT-AT les permitía recorrer más distancia de la que un ser humano podía correr en medio minuto. Los walkers centraron sus sistemas de puntería en los colonos que intentaban huir, y descargaron sobre cada individuo una potencia de fuego lo bastante grande para destruir un caza espacial.

Glena sacó bruscamente la mano de entre los dedos de Warton.

—¡Espera un momento! —gritó.

Warton vio cómo giraba sobre sí misma y echaba a correr hacia su pequeña morada.

—¡No! —aulló, incapaz de imaginarse nada que pudiese impulsarla a correr hacia la zona que estaba siendo atacada con tal salvajismo.

Un deslumbrante haz de fuego turboláser se desparramó sobre el pecho de su esposa antes de que Glena hubiera podido pronunciar una sola palabra más, y Warton contempló con los ojos llenos de horror cómo Glena se esfumaba convirtiéndose en una nube de vapores rojizos que siseaban y chisporroteaban.

Los seis walkers siguieron avanzando sin dejar de disparar ni un momento contra los árboles blba, las unidades de alojamiento de la pequeña colonia y cualquier cosa que se moviera. Las enormes máquinas se desplegaron formando un círculo alrededor de la aglomeración de unidades.

Los ingenieros de la Nueva República habían conseguido montar un cañón iónico en su campamento. Warton, que seguía paralizado por el horror, vio cómo sus diminutas siluetas se afanaban desesperadamente para conectar el generador en forma de plato. Sabía que las personas que intentaban hacer funcionar el cañón iónico eran

simples ingenieros de construcción sin ningún adiestramiento de combate.

—¿Por qué? —logró preguntar por fin al cielo.

Había tantas preguntas zumbando locamente dentro de su cabeza que Warton no pudo ser más preciso, y sus labios sólo fueron capaces de articular aquellas dos palabras.

Los ingenieros de la Nueva República activaron el cañón iónico y lanzaron una descarga contra la sección inferior del walker imperial más próximo. El disparo dio en el blanco y dejó inutilizada la articulación de la rodilla de una pata delantera del AT-AT, derritiendo los mecanismos de los servomotores. El walker se detuvo y trató de retroceder, cojeando en una lenta y torpe retirada.

Los otros cinco AT-AT hicieron girar sus cabezas al unísono, y descargaron un río de haces láser sobre el cañón iónico. Los chorros de energía se fundieron en una sola y gigantesca gota de fuego verde que hizo desaparecer el equipo de comunicaciones y el cañón iónico en un destello cegador.

Los walkers reanudaron su avance y siguieron haciendo fuego a discreción contra todo lo que les rodeaba. Las unidades prefabricadas de la colonia fueron estallando una a una. Cortinas de llamas hambrientas se deslizaron velozmente a través de los secos pastizales de la sabana.

Los colonos gritaban mientras corrían, y tropezaban, caían y morían. El rugido de la destrucción vibraba en los oídos de Warton, y seguía siendo incapaz de moverse. Permanecía inmóvil con las manos colgando flácidamente a los lados, y todo su cuerpo estaba temblando.

La vida en Eol Sha había sido difícil y peligrosa, pero incluso los peores momentos de la existencia en aquel mundo estaban muy lejos de ser tan terribles como el infierno en que se había convertido Dantooine.

El comandante Kratas estaba sentado en la cabina del AT-AT, dirigiendo el movimiento de las seis máquinas gigantes que tenía a sus órdenes y sintiéndose un poco incómodo en aquel recinto con el que no estaba familiarizado. Los walkers disparaban contra cualquiera que intentase escapar, incendiando islas de hierba y desintegrando a los colonos que habían intentando refugiarse en ellas y que desaparecían envueltos en llamas. Kratas estaba decidido a no dejarles ningún lugar en el que pudieran ocultarse.

Comprobó que todas las unidades habían sido destruidas y que todos los colonos que corrían de un lado a otro habían sido eliminados mientras huían. Los ingenieros rebeldes y su cañón iónico habían sido desintegrados con una sola ráfaga, y los daños de escasa importancia que habían infligido a un walker podrían ser reparados sin ninguna dificultad en los talleres del *Gorgona*.

—Preferiría que se moviese... —dijo el artillero.

Kratas bajó la mirada y vio a un hombre inmóvil entre los restos de la

destrucción, una silueta que permanecía tan quieta como una estatua y que mantenía los ojos clavados en la nada.

—Acertar a un blanco estacionario no tiene mucho mérito —dijo el artillero mientras alzaba el visor de su casco negro—. Si echara a correr, al menos podría ejercitar mi puntería.

Kratas contempló la devastación y los anillos negros de las humaredas que iban subiendo hacia el cielo desde un millar de incendios. Estaba claro que ya no tenían nada más que hacer allí.

—Acabe con él aunque no se mueva —dijo—. No podemos perder el tiempo con jueguitos.

El artillero presionó sus botones de disparo, y el único superviviente de la colonia desapareció en un estallido de fuego verde.

El comandante Kratas se puso en contacto con el navío insignia, y saludó con una inclinación de cabeza a la imagen en miniatura de la almirante Daala que apareció sobre la plataforma del transmisor envuelta en una nube iridiscente.

—La misión ha sido cumplida con un éxito total, almirante —dijo—. Un AT-AT ha sufrido averías menores, y no hemos tenido bajas.

—¿Está seguro de que no queda nadie con vida ahí abajo? —preguntó Daala.

—Estoy seguro, almirante. No hemos dejado ni una sola estructura en pie, y todo ha quedado destruido.

—Excelente —dijo Daala con un leve asentimiento de cabeza—. Pueden volver a las naves. Creo que hemos alcanzado nuestro objetivo de hacer un poco de ejercicio. —Daala sonrió—. La próxima vez escogeremos un mundo más importante que atacar.

## 10

El descanso de un Jedi rara vez se veía turbado por los sueños. Las técnicas de concentración y meditación permitían obtener un estado de reposo casi perfecto que dejaba muy poco lugar a los pensamientos inquietantes o las ilusiones y sombras de la mente. Pero aquella noche las pesadillas surgieron de la nada y cayeron sobre Luke Skywalker.

Todo empezó con una voz que llegaba hasta él a través de un vacío lleno de niebla.

—Luke... Luke, hijo mío... ¡Tienes que oírme!

Una silueta oscura empezó a emerger de las sombras mientras todo lo que rodeaba a Luke iba adquiriendo más nitidez. Luke se vio a sí mismo vestido con su mono de vuelo gris manchado por el sudor, el aceite y el dolor. Era el aspecto que tenía cuando había sacado el cuerpo de su padre de la segunda *Estrella de la Muerte*.

Los rasgos de la silueta espectral brillaban con una débil aura iridiscente. Luke vio el rostro de rasgos enérgicos de Anakin Skywalker, intacto y tal y como había sido antes de que sufriera los daños que el mal de Darth Vader había producido en su cuerpo.

—¡Padre! —gritó Luke.

Su voz había adquirido una extraña cualidad de eco, como si rebotara en los muros de neblina.

—Luke... —dijo la imagen de Anakin.

Luke sintió cómo un cosquilleo de asombro recorría todo su cuerpo. Era otro mensaje enviado a través de la mente, al igual que lo había sido el último contacto que tuvo con Obi-Wan Kenobi. Pero Obi-Wan se había despedido de Luke, y había afirmado que nunca volvería a ponerse en contacto con él.

Anakin se irguió y los pliegues de su túnica ondularon impulsados por un viento cada vez más fuerte que fue disipando las neblinas. De repente el mundo que les rodeaba dejó de ser una masa borrosa y carente de rasgos, y Luke se dio cuenta de que él y la imagen de su padre se encontraban en la cima del Gran Templo de Yavin 4. El gigante gaseoso anaranjado flotaba sobre sus cabezas, y las junglas intemporales que se extendían debajo de ellos parecían no haber cambiado en lo más mínimo. Pero las piedras del templo eran nuevas y de un brillante color blanco, y mostraban las cicatrices producidas hacía muy poco tiempo al extraerlas de la cantera. Un muro de la pirámide estaba cubierto por una complicada y frágil estructura de andamios. Luke oyó voces ahogadas y cánticos muy por debajo de él, y sus oídos captaron los encantamientos mágicos de los esclavos que trabajaban y sufrían.

Vio a los massassi desaparecidos afanándose para transportar inmensos bloques de piedra a lo largo de caminos que habían abierto a través de la jungla. Los massassi

eran humanoides de lisa piel verde grisácea y ojos tan grandes que parecían linternas. Anakin Skywalker permanecía inmóvil en el ápice del templo, como si estuviera dirigiendo el trabajo de las cuadrillas que se movían lentamente debajo de él.

—No te dejes engañar, Luke. No confíes en todo lo que crees es verdad. —Las palabras de Anakin le hicieron pensar en un canturreo extrañamente lejano, como si estuvieran teñidas por el acento casi imperceptible de una raza muy antigua—. Obi-Wan te mintió en más de una ocasión.

Luke sintió cómo la inquietud empezaba a adueñarse de él y se iba extendiendo por todo su cuerpo. Había querido muchísimo a Obi-Wan Kenobi, pero sabía que el anciano no siempre había sido totalmente franco con él.

—Sí, ya sé que me ocultó la verdad —replicó—. Me dijo que Darth Vader te había matado, cuando en realidad lo que ocurrió es que te convertiste en Vader.

Anakin dio la espalda a los massassi que sólo existían en el sueño y que seguían trabajando debajo de ellos, y sostuvo la mirada de Luke con ojos que parecían tan insondables como el universo.

—¿Y ésa fue la única mentira de Obi-Wan?

—No. También me ocultó otras cosas.

Luke volvió la cabeza hacia las junglas que se perdían en la lejanía, y contempló el horizonte extrañamente próximo de la luna para ver otro claro y otro inmenso templo que estaba siendo erigido en él.

—Y Obi-Wan lo justificó diciendo que mentía por tu bien y para protegerte. ¿Acaso le pediste esa protección, Luke?

—No.

Luke intentó reprimir su creciente inquietud.

—Obi-Wan quería que fueses su estudiante, pero no te permitió disponer de la libertad necesaria para tomar tus propias decisiones. ¿Tan poco confiaba en ti? ¿Siempre estabas de acuerdo con ese «cierto punto de vista» suyo?

—No —dijo Luke, sintiendo que la duna engullía su palabra.

Cuando volvió a hablar la voz de Anakin estaba llena de ira.

—Obi-Wan luchó contra las complejas enseñanzas de los Sith que había descubierto —dijo—. No las comprendía, pero me prohibió estudiarlas..., aunque siempre insistió en que debía aprender por mí mismo y elegir mi propio camino. Me rebelé contra él debido a su estrechez de miras, e insistí en sacar a la luz secretos para los que no estaba preparado. Al final eso me consumió... Sucumbí ante el lado oscuro, y me convertí en el Señor Oscuro del Sith.

Anakin contempló a Luke con el rostro lleno de angustia, y su expresión parecía estar pidiéndole disculpas.

—Pero si Obi-Wan me hubiera permitido ir asimilando todas esas enseñanzas poco a poco, entonces habría llegado a ser más fuerte. Habría seguido siendo puro, en



vez de acabar corrompido. Obi-Wan nunca lo entendió.

La imagen de Anakin meneó la cabeza.

—Si vas a enseñar a otros Jedi, Luke, debes comprender las consecuencias de lo que pueden llegar a aprender —siguió diciendo—. Tú también debes estudiar la antigua herencia de los Sith. Es una parte más de tu adiestramiento Jedi.

Luke tragó saliva.

—No me atrevo a creerte, padre. Ya he sentido el inmenso poder del lado oscuro.

Las cuadrillas de trabajadores massassi gemían y canturreaban con sus voces átonas que habían superado hacía ya mucho tiempo los límites del agotamiento mientras iban izando un gigantesco bloque a lo largo de una rampa de troncos cubiertos de barro.

La imagen oscilante de Anakin Skywalker contempló a Luke desde la cima del templo del sueño, y cuando volvió a hablar su voz sonó todavía más apremiante.

—Sí, pero los caminos del Sith pueden llevarte a comprender y controlar mucho mejor tu propio poder. Puedes acabar con los últimos vestigios de ese patético Imperio que sigue acosando a tu Nueva República. Puede convertirte en algo más que un mero sirviente de un gobierno débil y corrupto. Puedes guiar a la galaxia como benévolo gobernante de todos los planetas.

—Lo mereces más que cualquier otra persona. Luke. Si utilizas la Fuerza como herramienta en vez de permitir que llegue a convertirte en su sirviente..., entonces podrás controlarlo todo.

Luke se envaró, sintiéndose incapaz de creer en lo que le estaba diciendo su padre. Un instante después se dio cuenta de que la imagen de Anakin Skywalker se había ido volviendo más borrosa a medida que su voz se iba llenando de pasión y urgencia, y vio cómo temblaba y se esfumaba hasta que sólo quedó un contorno negro, un vacío en forma de silueta encapuchada que parecía absorber la energía del aire.

Y Luke comprendió la verdad.

—¡Tú no eres mi padre! —gritó mientras la ilusión empezaba a desmoronarse—. Al final mi padre fue curado por el lado de la luz, y volvió a ser un hombre bueno.

Franjas de luz cegadora destellaron sobre el cielo de aquel Yavin 4 de la antigüedad que Luke estaba contemplando en su sueño. Los esclavos massassi huyeron aterrorizados y se internaron en la jungla mientras los inmensos templos se derrumbaban bajo el diluvio de haces láser enviado desde la órbita planetaria. Los navíos de combate de la Antigua República acababan de surgir del hiperespacio para convertir la superficie de la luna en un gigantesco cementerio.

—¿Quién eres? —le gritó Luke a la silueta a través del rugido de la devastación que se había desencadenado repentinamente a su alrededor—. ¿Quién eres?

Pero no obtuvo respuesta y la sombra hueca rió y rió, ignorando la destrucción

que se adueñaba de las gigantescas obras... o, quizá, sintiendo una horrible diversión ante ella. Los templos massassi explotaron, y las selvas estallaron en una erupción de llamas.

La silueta del hombre oscuro se fue haciendo cada vez más grande y acabó engullendo el cielo. Luke retrocedió intentando alejarse de ella, pero sus pies no tardaron en llegar al final de la terraza que coronaba el imponente templo massassi, y Luke se tambaleó y acabó cayendo de espaldas y se precipitó en el vacío..., en el vacío...

Gantoris se hallaba rodeado por los gruesos muros de piedra de su cámara, pero ni tan siquiera había intentado dormir. Estaba sentado sobre su catre, esperando y temiendo la llegada del hombre oscuro de sus pesadillas.

Acarició la espada de luz que había construido y sus dedos sintieron la lisa suavidad del cilindro, las pequeñas asperezas de los lugares en los que había soldado las distintas piezas y las protuberancias de los botones que activarían la hoja de energía. Gantoris se preguntó cómo podría utilizarla contra el viejo espectro que le había enseñado cosas que le aterraban, cosas que el Maestro Skywalker jamás revelaría a sus estudiantes Jedi.

—¿Pretendes atacarme con esa arma? —preguntó de repente una voz hueca y sibilante.

Gantoris giró sobre sí mismo para ver cómo la silueta formada por una oscuridad aceitosa e infinitamente negra emergía poco a poco de las enormes piedras del muro en un lento rezumar. Su primer impulso fue activar la espada de luz para mover la hoja blanca y violeta en un feroz mandoble dirigido a la silueta oscura, pero se contuvo porque sabía que hacerlo no le serviría de nada.

El hombre hecho de sombras rió, y después volvió a hablar con aquel extraño acento antiguo.

—¡Excelente! Me alegra mucho ver que has aprendido a respetarme. Hace cuatro mil años toda la flota militar de la Antigua República y las fuerzas combinadas de centenares de Maestros Jedi no bastaron para destruirme, y puedo asegurarte que tú solo tampoco lograrías hacerlo.

El hombre oscuro le había mostrado cómo podía robar energía de otras criaturas vivas para ir acumulando sus propias reservas de vigor. La mente de Gantoris se encontraba alerta y despierta, pero sus nervios estaban en tensión y su cuerpo se hallaba exhausto.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Gantoris—. Quieres algo más que ser mi maestro, ¿verdad?

El hombre hecho de sombras asintió.

—Quiero tu ira, Gantoris. Quiero abrirte los umbrales del poder. No puedo acceder al plano físico..., pero si tuviera un número de seguidores Sith lo bastante

grande podría sentirme satisfecho. Incluso podría volver a vivir...

—No dejaré que te quedes con mi ira. —Gantoris tragó saliva y buscó desesperadamente en su interior, tratando de hallar un núcleo de resistencia y voluntad que le diera fuerzas—. Un Jedi no se deja dominar por la ira. No hay pasión, sino serenidad.

—¡No me respondas con frases huecas! —replicó el hombre oscuro, y su voz helada hizo vibrar el aire.

—No hay ignorancia, sino conocimiento —siguió diciendo Gantoris, repitiendo el Código Jedi—. No hay pasión, sino serenidad.

El hombre oscuro volvió a reír.

—¿Serenidad? Deja que te muestre lo que está ocurriendo en estos momentos, Gantoris... ¿Te acuerdas de las personas a las que salvaste de la furia de Eol Sha? ¿Te acuerdas de lo mucho que te alegraste al saber que habían sido llevadas a un lugar donde estarían a salvo, a un mundo paradisíaco? Mira...

Una imagen apareció dentro del vacío negro que era la silueta del hombre encapuchado, y Gantoris pudo ver los pastizales del planeta Dantooine. La escena le resultaba familiar gracias a las cintas que mostraban los trabajos de construcción que le había entregado Wedge Antilles.

Pero lo que veía en aquella imagen era los haces de los láseres imperiales que llovían del cielo destrozando los edificios de la colonia, y las gigantescas estructuras blindadas de los walkers que avanzaban a toda velocidad sobre la sabana, disparando contra todo lo que se movía e incendiando las unidades de alojamiento provisional. Hombres y mujeres corrían gritando de un lado a otro. Eran su gente.

Gantoris reconoció casi todos los rostros, pero se disolvieron uno por uno en cegadores destellos luminosos mientras intentaban huir antes de que pudiera pronunciar sus nombres. Los árboles ardían formando hogueras cónicas, y las nubes de humo negro se alzaban hacia el cielo arremolinándose y girando locamente.

—¡Mientes! ¡No es más que una ilusión, un engaño... !

—No necesito utilizar mentiras cuando la verdad es tan devastadora, Gantoris. No puedes hacer nada para evitar la destrucción de la colonia. ¿Disfrutas viendo morir a tu gente? ¿No sientes cómo eso aviva tu ira? Hay una gran fortaleza en tu ira, Gantoris...

Gantoris vio cómo el anciano Warton, al que había conocido durante toda su vida, permanecía inmóvil en el centro de aquel holocausto. Warton estaba mirando a su alrededor con las manos colgando a los lados, paralizado por el horror, y así permaneció hasta que un grueso haz de energía verdosa acabó con él.

—¡No! —gritó.

—Deja en libertad a tu ira. Hazme más fuerte.

—¡No! —repitió Gantoris, y volvió la cabeza para no ver las imágenes de las

ruinas en llamas y los cadáveres ennegrecidos.

—Todos han muerto. No queda ninguno con vida... —siguió torturándole implacablemente el hombre oscuro—. No hubo supervivientes.

Gantoris activó su espada de luz y se lanzó sobre el hombre oscuro.

Erredós arrancó a Luke de sus pesadillas con una insistente sucesión de pitidos. Luke despertó de golpe, y utilizó una técnica Jedi para disipar el cansancio y la desorientación causada por aquel despertar tan repentino.

—¿Qué pasa, Erredós?

El androide emitió un silbido electrónico, algo sobre que había un mensaje esperándole en el antiguo centro de mando. Luke se puso la túnica y fue con paso presuroso por los fríos suelos, caminando rápidamente bajo las primeras luces enviadas por el planeta que estaba apareciendo encima del horizonte. Cogió el turboascensor para bajar al segundo nivel del templo, y entró en la gran sala que había estado tan llena de actividad cuando era el centro de mando de la base rebelde.

—Enciende las luces, Erredós.

Luke avanzó por entre el equipo, las sillas cubiertas de polvo, las consolas de ordenador desconectadas y las mesas para documentos llenas de restos y basura hasta llegar a la estación de comunicaciones que Wedge había insistido en instalar durante su último viaje de aprovisionamiento, y la activó.

La imagen de Han Solo apareció de repente en el holocampo, removiéndose nerviosamente en lo que estaba claro era una espera llena de impaciencia. Han alzó la mirada hacia Luke apenas le vio aparecer en el foco de transmisión, y sonrió.

—¡Eh, Luke! Lo siento, pero no me he acordado de la diferencia horaria... Allí aún no debe de haber amanecido, ¿verdad?

Luke deslizó los dedos por entre su cabellera castaña intentando alisar sus revueltos mechones.

—Incluso los Jedi tienen que dormir en algún momento, Han.

Han se rió.

—Bueno, pues me temo que cuando tu nuevo estudiante haya llegado tendrás todavía menos tiempo para dormir que ahora... Sólo quería decirte que Kyp Durrón ya se ha hartado de las vacaciones. Creo que todos esos años en las minas de especia le han acostumbrado a pasarlo mal, ¿entiendes? Estuve pensando un buen rato, y al final decidí que el sitio más parecido a las minas de especia que conocía era tu Academia Jedi. Así Kyp podrá trabajar durante todo el día, pero al menos eso le servirá para ir mejorándose a sí mismo.

Luke contempló a su viejo amigo y sonrió.

—Será un gran honor tenerle con nosotros, Han. Le he estado esperando, ¿sabes? De todos los candidatos que he conocido hasta ahora, Kyp es el que tiene un potencial Jedi más grande.

—Sólo quería informarte de que no tardará en llegar —dijo Han—. Estoy intentando meterle en el próximo transporte a Yavin 4.

Luke frunció el ceño.

—¿Y por qué no lo traes hasta aquí en el *Halcón Milenario*?

Han inclinó la cabeza y pareció extremadamente afectado.

—Porque ya no soy propietario del *Halcón*.

—¿Qué?

Han se sentía muy incómodo y avergonzado, y estaba claro que lo único que deseaba en aquellos momentos era cortar la comunicación.

—Oye, he de irme... Saludaré a Leia por ti y daré un abrazo a los niños de tu parte, ¿de acuerdo?

—Claro, Han, pero...

Han se despidió con una sonrisa abatida y cortó rápidamente la comunicación.

Luke siguió con la mirada clavada en el vacío donde había estado la imagen de Han hasta hacía unos momentos. Primero su pesadilla de un hombre oscuro que había fingido ser Anakin Skywalker, y después la mala noticia de que Han había perdido el *Halcón Milenario*...

De repente oyó ruidos que se aproximaban por el pasillo, y un instante después distinguió gritos aterrorizados y pasos que se tambaleaban sobre el suelo de piedra lanzados en una torpe carrera. Luke alzó la vista disponiéndose a reñir a uno de sus estudiantes por haberse permitido perder el control de una manera tan evidente, y un instante después el clon alienígena Dorsk 81 entró corriendo en el centro de control.

—¡Tienes que venir inmediatamente, Maestro Skywalker!

Luke percibió las oleadas de horror y abatimiento que emanaban de su estudiante.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. Utiliza la técnica tranquilizadora que te he enseñado.

Pero Dorsk 81 le cogió del brazo sin hacer ningún caso de sus palabras.

—¡Por aquí!

El alienígena de piel verde amarillenta tiró de él haciéndole salir de la sala de control. Luke fue captando ondulaciones de miedo y alarma que se iban haciendo cada vez más amplias, y comprendió que estaban difundiéndose a través de los bloques de piedra del templo como si fueran las ondas sísmicas de un terremoto.

Corrieron por los pasillos enlosados, se metieron a toda prisa en el turboascensor y subieron hasta la sección de cámaras y celdas en las que se habían alojado los estudiantes.

El aire estaba impregnado por un desagradable olor a humo rancio, y Luke sintió que se le formaba un bulto helado en el estómago mientras avanzaba cautelosamente. Kam Solusar y Streen estaban inmóviles delante de la entrada a la cámara de Gantoris, y tanto el inteligente y enérgico Kam como el siempre un poco aturdido

Streen tenían el rostro muy pálido y parecían a punto de vomitar.

Luke vaciló durante una fracción de segundo y después cruzó el umbral.

Entró en la pequeña estancia de muros de piedra y vio lo que quedaba de Gantoris. El cuerpo calcinado y ennegrecido yacía en el suelo, consumido desde el interior hacia fuera. Las manchas negras esparcidas sobre las losas mostraban cómo se había debatido durante aquella horrible conflagración. La piel de Gantoris se había convertido en una masa de cenizas negruzcas que apenas cubrían sus frágiles huesos pulverizados. Hilachas de vapor brotaban de los trozos de tela de su túnica Jedi que no se habían quemado.

La espada de luz que había construido hacía sólo un par de días estaba a su lado allí donde Gantoris la había dejado caer, como si se hubiera enfrentado con algo... y hubiera perdido.

Luke tuvo que apoyarse en el frío muro de piedra para no perder el equilibrio. Sintió que se le nublaba la vista, pero no podía apartar la mirada de los restos de su estudiante muerto que yacían, horriblemente desfigurados, ante él.

Los otros estudiantes ya habían llegado. Luke se agarró a los pequeños bloques de piedra que formaban el quicio de la puerta y los apretó con tanta fuerza que al final incluso sus contornos redondeados y desgastados por el paso del tiempo acabaron incrustándose dolorosamente en sus dedos. Tuvo que utilizar una técnica de relajación Jedi tres veces antes de sentirse lo bastante seguro de que no se le quebraría la voz cuando hablara. Después Luke repitió las palabras que había oído salir de los labios de Yoda hacía ya tanto tiempo, y sintió que llenaban su boca con el amargo sabor de un puñado de cenizas mojadas.

—Cuídate del lado oscuro... —murmuró.

Ackbar dio ocho saltos hiperespaciales aparentemente elegidos al azar para despistar a cualquier posible perseguidor, y después colocó a su caza B en el vector correcto, que llevaba hasta el planeta secreto de Anoth. Terpfen había «tomado prestado» el caza para él, asegurándole que había eliminado todos los registros en los que figuraba. Ackbar no había querido saber cómo se las había arreglado su jefe de mecánicos para burlar a los sistemas de seguridad con tanta facilidad.

El remoto y aislado mundo de Anoth llevaba años siendo el refugio ideal para los niños Jedi gracias a que estaba protegido por su perfecto anonimato y oscuridad. Los gemelos habían ido a vivir a Coruscant hacía tan sólo un par de meses, pero el más pequeño de los tres hijos de Leia —Anakin, que sólo tenía un año de edad— permanecía bajo la protección de Winter, la leal sirvienta de Leia, alejado de los inquisitivos ojos imperiales o de las influencias del lado oscuro que podrían corromper la frágil mente del bebé, sensible a la Fuerza.

El espacio recobró su nitidez habitual alrededor de la nave y Ackbar vio el conjunto que era el planeta múltiple de Anoth. El mundo estaba formado por tres fragmentos de gran tamaño que orbitaban un centro de masa común. Los dos fragmentos de mayores dimensiones casi se rozaban, y compartían una atmósfera venenosa y continuamente agitada por las tempestades. El tercer fragmento era el más alejado y su órbita lo mantenía en una posición precaria pero casi estable, y había sido escogido por Ackbar, Luke y Winter para acoger una fortaleza escondida.

Las descargas electrostáticas se desprendían a cada momento de los dos fragmentos de Anoth que se hallaban en contacto, y la furia ionizada bañaba el fragmento habitable con una sucesión inacabable de tormentas eléctricas que servían para ocultar el planeta protegiéndolo de cualquier búsqueda. Todo el sistema era altamente inestable y se autodestruiría en un parpadeo del tiempo cósmico, pero la vida humanoide había podido establecer una avanzadilla en él durante el último siglo.

Ackbar pilotó su caza B en un vector de aproximación a través de los cielos purpúreos de Anoth. Las chispas seguían brotando del ala de su caza, pero Ackbar no percibía ninguna amenaza en ellas. Aquello no se parecía en nada a la terrible experiencia de volar por entre las tormentas de Vórtice.

La cabina del caza B resultaba un poco pequeña para la corpulencia de Ackbar, y sólo llevaba un mono de vuelo en vez de su uniforme de almirante. Después dejaría el caza que había «tornado prestado» en los astilleros calamarianos, donde un piloto de la Nueva República podría llevarlo de regreso a Coruscant. Ackbar nunca volvería a pilotar un caza estelar, por lo que no tenía ninguna necesidad del aparato.

Envío una breve señal para informar a Winter de su llegada, pero no respondió a su sorpresa o sus preguntas. Desconectó la unidad de comunicaciones del caza y

empezó a pensar en cómo le contaría todo lo que había ocurrido. Después se concentró en la tarea de pilotar el caza B durante el descenso.

La superficie de Anoth se extendía debajo de él formando un bosque de pináculos rocosos, cornisas y picos en forma de garra que estaban repletos de las cavernas que se habían ido produciendo a medida que las bolsas de sustancias volátiles atrapadas en los peñascos se habían evaporado poco a poco a lo largo de los siglos, dejando tras de sí únicamente roca que parecía cristal.

Winter había creado un hogar temporal para los bebés Jedi en el interior de aquel laberinto de túneles de paredes pulimentadas. Ya sólo le quedaba un niño del que cuidar, y dentro de un año Winter volvería a Coruscant con el pequeño Anakin, que por aquel entonces ya tendría dos años, y se reincorporaría al servicio activo del gobierno de la Nueva República.

El pequeño sol blanco nunca cedía mucha luz diurna a Anoth, y bañaba el planeta en un lúgubre crepúsculo púrpura, iluminado esporádicamente por los destellos producidos al descargarse los rayos interplanetarios. Ackbar y Luke Skywalker habían descubierto el planeta y lo habían escogido entre todas las posibilidades como el lugar más seguro para esconder a los pequeños Jedi, y Ackbar estaba volviendo a él por última vez antes de regresar a su mundo natal.

Ackbar compadecía al pequeño Anakin, que había pasado todo el primer año de su existencia allí sin poder conocer ningún lugar más acogedor. Siempre se había sentido muy unido al tercer niño, pero había venido a despedirse antes de desaparecer de la vida pública para siempre.

Pilotó el caza B por entre los bosques de cimas y promontorios rocosos. Anoth le recordaba las esbeltas torres gigantes de la Catedral de los Vientos de Vórtice. El recuerdo llegó acompañado por una punzada de dolor casi insoportable, y Ackbar intentó no volver a pensar en lo que había ocurrido allí.

Siguió pilotando la nave por entre las rocas, guiándola con rápida seguridad en una trayectoria directa hacia la abertura que daba acceso al laberinto de cavernas. Ackbar posó el caza estelar sobre el suelo de la enorme cueva con una cuidadosa manipulación de los haces repulsores y los chorros de las toberas de descenso.

Una puerta blindada se abrió mientras desconectaba los motores y se preparaba para desembarcar. Una mujer alta y de aspecto un poco hosco apareció en el umbral. Su túnica y su cabellera blanca la identificaban sin lugar a dudas: era Winter, la sirviente de Leia. Winter nunca parecía envejecer, y Ackbar siempre la había encontrado tan peculiar que podía reconocerla sin ninguna dificultad a pesar de que fuese humana.

Ackbar salió de la nave con movimientos lentos y un poco envarados después de llevar tanto tiempo sentado, y ladeó su cabeza color salmón para que sus ojos no se encontrasen con los de Winter. Una rápida mirada hacia atrás le bastó para ver que el



bebé estaba acurrucado a los pies de Winter emitiendo ruiditos de satisfacción mientras estiraba el cuello hacia el recién llegado con obvia curiosidad. Ackbar sintió que un estremecimiento recorría todo su cuerpo al comprender que probablemente nunca más volvería a ver a aquel niño de cabellos oscuros.

Winter habló con su voz átona en su habitual tono firme y un poco seco. Ackbar la conocía desde hacía mucho tiempo, pero nunca había detectado tanta preocupación en ella.

—Le ruego que me cuente lo que ha ocurrido, almirante Ackbar —dijo la sirvienta de Leia.

Ackbar se volvió hacia ella para mostrarle su mono de vuelo y la ausencia de toda insignia militar.

—Ya no soy almirante —replicó—, y es una historia muy larga.

Ackbar estaba comiendo una cena de raciones reconstituidas que Winter había logrado volver sabrosas de alguna manera inexplicable. Winter le contempló en silencio mientras Ackbar le contaba hasta el último detalle de la tragedia ocurrida en Vórtice y cómo había presentado su dimisión. No pareció juzgarle en ningún momento y se limitó a escucharle, parpadeando en muy raras ocasiones y asintiendo todavía con menos frecuencia.

Anakin estaba sentado en el regazo de Ackbar soltando un chorro ininterrumpido de balbuceos llenos de curiosidad y extendiendo las manos de vez en cuando para tocar la piel húmeda y un poco pegajosa o los enormes ojos vidriosos del calamariano. Anakin se echaba a reír cada vez que Ackbar hacía girar sus ojos perfectamente redondos en varias direcciones para evitar sus deditos regordetes.

—¿Pasaré la noche aquí... ? —preguntó Winter, y se interrumpió de repente como si hubiera estado a punto de terminar su pregunta llamándole «almirante».

—No —dijo Ackbar, sosteniendo al bebé junto a su pecho con sus manos-aletas—. No puedo hacerlo. Nadie debe sospechar que he venido aquí, y si tardo demasiado en llegar comprenderán que no he ido directamente a Calamari.

Winter vaciló, y cuando volvió a hablar su voz pareció ser menos capaz de ocultar sus emociones de lo que era normalmente.

—Ya sabe que siento un gran respeto hacia sus capacidades, Ackbar —dijo—. Me sentiría muy honrada si se quedara aquí conmigo en vez de ir a esconderse a su mundo natal, y Ackbar contempló a la humana y sintió una profunda emoción que se fue extendiendo por todo su ser. La mera sugerencia de Winter había bastado para hacer desaparecer las capas de culpabilidad y vergüenza en las que se había ido envolviendo a sí mismo. Winter vio que tardaba en responder, e insistió.

—Estoy sola aquí, y su ayuda me resultaría muy útil —añadió—. A veces el bebé se siente muy solo..., Y yo también.

Ackbar por fin consiguió hablar. Rehuía la mirada de Winter, pero respondió sin

darse tiempo a cambiar de opinión.

—Tu oferta me honra muchísimo, Winter, pero no soy digno de ella. Al menos, no por el momento... Debo ir a Calamari y buscar la paz allí. Si yo... —Las palabras se le atascaron en la garganta, y se dio cuenta de que estaba temblando—. Si encuentro la paz, quizá vuelva contigo... y con el bebé.

—Si cambia de parecer, yo... Bueno, si cambia de parecer le estaremos esperando —dijo Winter, y después le acompañó hasta la gruta que servía como hangar.

Ackbar sintió cómo Winter le observaba mientras subía al caza B. Alzó la nave sobre los haces repulsores y se dio la vuelta para verla inmóvil en el umbral, y la saludó encendiendo y apagando las luces del casco.

Winter alzó una mano en un gesto de despedida lleno de tristeza. Después rodeó el bracito regordete de Anakin con la otra mano y lo hizo subir y bajar para que el bebé también se despidiera de Ackbar.

Y el caza de Ackbar se alejó con un rugido, perdiéndose en el espacio y dejándoles atrás.

Terpfen estaba acostado en el dormitorio de sus alojamientos en Coruscant, temblando y haciendo esfuerzos desesperados para resistirse a las órdenes de los circuitos orgánicos. El jefe de mecánicos hizo cuanto pudo, pero al final los sistemas de control ocultos dentro de lo que quedaba de su cerebro acabaron venciendo.

Bajó al centro de envío y recepción de los niveles inferiores del antiguo Palacio Imperial moviéndose con el caminar lento y envarado que le dictaban los circuitos orgánicos. La gran sala estaba tan llena de ruidos y de agitación que nadie se fijó en él, y Terpfen pasó totalmente desapercibido entre el continuo ir y venir de androides diplomáticos y paquetes automatizados que partían hacia varias embajadas y espaciopuertos de Coruscant llevando mensajes de gran importancia.

Terpfen codificó el mensaje secreto, resumiendo la información que había recibido del sensor que había ocultado en la nave de Ackbar. Después metió el mensaje en un tubo de correo hiperespacial del tamaño de un ataúd, lo selló y protegió el tubo con un campo energético. Lanzó una mirada suspicaz a su alrededor antes de teclear el código diplomático de seguridad personal de Ackbar, que permitiría que el mensaje pasara por todos los controles y puntos de revisión sin ser inspeccionado. Hasta el momento a nadie se le había ocurrido revocar el código de acceso de Ackbar.

Las puertas de envío se abrieron al otro extremo del centro y el tubo plateado que contenía el mensaje se alzó sobre sus campos de lanzamiento. Terpfen extendió las manos en un acto reflejo e intentó agarrar los escurridizos lados del recipiente arañándolos con las afiladas puntas de sus manos-aletas, pero el recipiente salió disparado hacia arriba y empezó a surcar velozmente la atmósfera de Coruscant acelerando más y más a cada momento que pasaba.

Terpfen había programado cinco rutas alternativas para impedir cualquier intento de seguimiento. El recipiente del mensaje llegaría a la Academia Militar Imperial de Caricia sin ser interceptado y sin sufrir retrasos. Los sistemas de codificación sólo mostrarían el mensaje a los ojos del embajador Furgan... y al hacerlo revelarían la localización del planeta secreto en el que estaba escondido el último bebé Jedi.

## 12

—Lo harás estupendamente, chico —dijo Han intentando mantener su sonrisa despreocupada y fanfarrona.

Kyp Durrón asintió ante la puerta de los aposentos de Han y Leia, pero Han captó un leve temblor alrededor de los labios del joven.

—Ya sabes que lo haré lo mejor que pueda, Han.

Han se sintió repentinamente incapaz de pronunciar ni una sola palabra más y abrazó a Kyp, maldiciendo en silencio las lágrimas que habían surgido de la nada para invadir sus ojos.

—Serás el Jedi más grande que haya existido jamás —murmuró—. Creo que incluso conseguirás superar a Luke.

—Lo dudo —dijo Kyp.

Se apartó de su amigo y desvió la mirada, pero no antes de que Han hubiera podido ver que sus ojos también brillaban a causa de las lágrimas.

—Espera un momento —dijo—. Tengo algo para ti antes de que te vayas.

Entró en la habitación y volvió a la puerta con un paquete en las manos. Kyp lo aceptó con una sonrisa vacilante y quitó el papel de regalo que lo envolvía.

Han mantuvo los ojos clavados en el rostro del joven para ver su expresión. Kyp acabó de apartar el papel y se encontró sosteniendo en las manos una capa que brillaba con el suave resplandor de las hebras subliminales reflectivas y que parecía haber sido tejida con rayos de luz de las estrellas.

—Me la dio Lando —dijo Han—. Supongo que se sentía un poco culpable por haberme ganado el *Halcón* jugando al sabacc, pero no puedo llevar algo así. Quiero que te la quedes. Te mereces poder disfrutar de las cosas hermosas después de todos los años que pasaste en aquellas asquerosas minas de especia.

Kyp se echó a reír.

—¿Para estar elegante cuando asista a las fiestas en la Academia Jedi, quieres decir? —Su expresión se volvió repentinamente seria—. Gracias. Han..., por todo. Pero ahora he de irme. El general Antilles va a escoltar el *Triturador de Soles* hasta Yavin, y voy a ir con él. Me dejará en la academia de Luke.

—Buena suerte —dijo Han.

—Lamento mucho que hayas perdido el *Halcón* —dijo Kyp.

—No te preocupes por eso —replicó Han—. De todas maneras no es más que un montón de chatarra, así que...

—Oh, desde luego que lo es —dijo Kyp con una sonrisa, pero los dos sabían que no hablaba en serio.

—¿Quieres que te acompañe hasta el hangar? —preguntó Han, y mientras lo hacía se dio cuenta de que en realidad no estaba muy seguro de querer hacerlo.

—No —dijo Kyp, empezando a dar la espalda a la puerta—. Odio las despedidas prolongadas. Ya nos veremos.

—Claro que sí, chico —dijo Han.

Después permaneció inmóvil contemplando la espalda de Kyp durante un buen rato mientras el joven se alejaba con un paso falsamente elástico y jovial por los pasillos que llevaban al turboascensor.

Han pensó en volver a entrar, pero acabó decidiendo que iría a tomar una copa. Leia estaba ocupada en otra reunión del Consejo con Mon Mothma que se prolongaría hasta muy tarde y los gemelos ya estaban acostados, por lo que Han dio instrucciones a Cetrespeó de permanecer activado para que pudiera cuidar de ellos.

Un rato después se encontró en el salón donde él y Lando se habían jugado la posesión del *Halcón* al sabacc.

La ventana permitía contemplar el inmenso despliegue geométrico del horizonte urbano de la Ciudad Imperial reconstruida. Inmensas columnas de metal y transpariacero se alzaban hasta alturas en las que la atmósfera se rarificaba tanto que llegaba a ser casi irrespirable. Las luces de las balizas de advertencia y las torres de transmisión parpadearon creando un sinfín de pautas multicolores cuando una nave se deslizó velozmente a través de las corrientes de aire ascendente que subían por entre los colosales edificios.

Un embajador ithoriano estaba sentado a otra mesa con su cabeza en forma de martillo inclinada sobre un pequeño sintetizador musical, e iba canturreando un acompañamiento a los ruidos atonales mientras arrancaba hojitas de una especie de helecho que acababan de servirle. Un ugnought bastante mayor con el rostro lleno de arrugas parloteaba incesantemente mientras jugaba a los dados electrónicos con un ranat de aspecto muy elegante. El androide camarero iba y venía por entre las mesas intentando atender lo más esmeradamente posible a toda la clientela.

Han no tardó en quedar absorto en sus pensamientos y se preguntó cómo había podido acabar allí. Después empezó a pensar en lo mucho que había cambiado su vida desde sus años como contrabandista de especia al servicio de Jabba el Hutt primero, y como general de la Alianza Rebelde después.

Seguía dedicando su vida a hacer cosas importantes, pero ya no le parecían reales. Han había disfrutado mucho de todo el tiempo que pasó junto al joven Kyp Durrón. El chico le recordaba muchísimo a él mismo tal como había sido en el pasado... y de repente Kyp se había marchado para convertirse en un Jedi como Luke.

—Echarás de menos al chico, ¿verdad? —preguntó de repente una voz grave y musical.

Han alzó la mirada y vio a Lando Calrissian contemplándole con una gran sonrisa en los labios.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó en un tono bastante malhumorado.

—Invitarte a una copa, viejo amigo —contestó Lando.

Su mano empujó hacia adelante uno de aquellos cócteles de frutas con flor tropical de muchos colores incluida que Han había pedido para él durante la noche en que jugaron su partida de sabacc.

Han torció el gesto y lo aceptó.

—Muchísimas gracias.

Tomó un sorbo, volvió a torcer el gesto y acabó tomando un buen trago del cóctel. Lando cogió una silla y se sentó.

—No te he invitado a sentarte —dijo Han.

—Oye, Han, ¿acaso estuve varios años poniendo mala cara y negándome a hablarte después de que me ganaras el *Halcón* en una partida de sabacc? —preguntó Lando, adoptando un tono de voz un poco más seco.

Han se encogió de hombros y alzó la mirada.

—No lo sé —replicó—. Creo recordar que me mantuve alejado durante algunos años. —Hizo una pausa antes de seguir hablando—. Y cuando volvimos a vernos, nos traicionaste y nos pusiste en manos de Darth Vader —añadió.

—Eh, eso no fue culpa mía y creo que lo he compensado sobradamente desde entonces —dijo Lando—. Oye, quiero proponerte un trato... Cuando tengas algo de tiempo libre, ¿por qué no cogemos el *Halcón* y volvemos a lo que queda de Kessel? Quizá consigamos encontrar mi antigua nave. Si lo conseguimos, me encantará recuperar a mi querida *Dama Afortunada* y entonces tú podrás quedarte con el *Halcón*. —Lando extendió su robusta mano hacia Han—. ¿Trato hecho?

Han admitió de mala gana que era lo mejor que podía esperar dadas las circunstancias.

—De acuerdo, compañero —dijo, y le estrechó la mano.

—¡Ah, Solo! —exclamó de repente una voz femenina—. Me dijeron que te encontraría aquí...

—¿Es que no hay manera de disfrutar de un poco de paz? —dijo Han.

Se volvió para ver a una mujer esbelta y atractiva inmóvil en la entrada del salón. Llevaba el cabello largo hasta los hombros, y su melena tenía un peculiar color castaño rojizo que hacía pensar en una especie exótica. Sus rasgos estaban delicadamente modelados: tenía el mentón estrecho, y una boca que parecía haber pasado demasiados años fruncida en una mueca de disgusto y que por fin estaba aprendiendo a sonreír. Las astillas de hielo que eran los ojos de Mara Jade parecían haberse vuelto un poco menos gélidos desde la última vez en que Han la había visto.

Lando se puso en pie recogiendo su capa a la espalda y extendiendo la mano.

—Vaya, vaya... ¡Hola! Le ruego que se una a nosotros, señorita Jade. ¿Puedo traerle alguna cosa? Nos hemos visto antes, pero no sé si me recordará. Soy...

—Cierra el pico, Calrissian. Necesito hablar con Solo.

Lando se rió y fue a traerle una copa de todas maneras.

Los hombros y las mangas de la chaqueta de vuelo de Mara mostraban señales oscuras, como si en tiempos lejanos hubieran lucido las insignias del servicio militar. Mara Jade había sido la Mano del Emperador, una servidora especial del mismísimo Palpatine, y había visto cómo su vida se hacía añicos después de su muerte. Había culpado a Luke de ello, y se había embarcado en una venganza personal contra él a la que no había renunciado hasta hacía muy poco tiempo.

La decisión de abandonar sus negocios tomada por el gran contrabandista Talon Karrde había hecho que Mara pareciera abrirse un poco y estar más dispuesta a tomar parte en la vida de la galaxia. Había conseguido que una precaria coalición de contrabandistas prestara su ayuda en la lucha contra el Gran Almirante Thrawn, y seguía manteniendo su tenue alianza con la Nueva República a pesar de que algunos de los marginados que tenían un historial delictivo más largo, como Moruth Doole de Kessel, se negaban a tener nada que ver con la Nueva República y la alianza de contrabandistas.

—¿Qué te ha hecho venir a Coruscant, Mara? —preguntó Han.

Lando volvió con otro de sus cócteles de frutas para ella y uno para él. Mara le echó una mirada a la copa la ignoró con gélida indiferencia y siguió hablando con Han.

—He traído un mensaje que puedes transmitir a las personas adecuadas —dijo—. Tu amiga imperial la almirante Daala ha estado desplegando sus antenas y ha intentado contratar contrabandistas para que actúen como espías y sabotadores. Algunos han aceptado su oferta, pero dudo que muchos de ellos puedan llegar a confiar en Daala después de lo que le hizo a las fuerzas de Kessel. Moruth Doole no formaba parte de nuestra alianza, pero aun así seguía siendo un contrabandista y los contrabandistas tienden a ayudarse entre ellos..., especialmente contra los imperiales.

—Sí —dijo Han—. Nos hemos enterado de que atacó una de las naves de suministros y de que la destruyó antes de que pudiera llegar a Dantooine.

Mara le miró fijamente y sus ojos volvieron a endurecerse.

—¿Y no te has enterado de lo que le ha ocurrido a vuestra colonia de Dantooine? Daala ya ha estado allí, ¿sabes?

—¿Qué? —exclamó Han, y Lando reaccionó con idéntica sorpresa—. Un pequeño grupo de ingenieros de la Nueva República está instalando una base de comunicaciones allí —siguió diciendo Han—, pero no nos hemos puesto en contacto con ellos desde hace un par de semanas.

—Bueno, pues ya no hay ninguna necesidad de que lo intentéis —dijo Mara—. Dantooine ha sido arrasado. Toda la gente de vuestra colonia y todos vuestros ingenieros de la Nueva República murieron hace dos días. Daala atacó el planeta con sus tres Destrucción Estelares y volvió a esfumarse inmediatamente para regresar a

su escondite, dondequiera que esté.

—¿Y has venido aquí sólo para darnos esta información? —preguntó Han, intentando recuperarse de su estupor.

Mara tomó un largo y lento trago del dulzón brebaje que parecía estar gustando muchísimo a Lando, y después se encogió de hombros.

—Hice, un trato con la Nueva República, y siempre soy fiel a mis tratos.

Han sintió que la ira y la perplejidad empezaban a hervir dentro de él, pero Lando escogió ese momento para cambiar de tema.

—¿Y dónde irá ahora, señorita Jade? —preguntó.

Se había inclinado sobre la mesa y parecía estar intentando derretir a Mara Jade con sus grandes ojos castaños. Han le miró y acabó alzando los suyos hacia el techo.

—Podría quedarse aquí durante una temporada —siguió diciendo Lando—. Me encantaría mostrarle algunas de las bellezas de la ciudad. La cima de las Grandes Torres ofrece panoramas magníficos, ¿sabe?

Mara le miró como si estuviera intentando decidir qué cantidad de energía podía permitirse desperdiciar contestando a sus preguntas.

—Me iré de inmediato —dijo por fin—. Voy a pasar algún tiempo en el centro de adiestramiento Jedi de Luke Skywalker. Aprender a utilizar mis capacidades Jedi está empezando a parecerme una gran idea..., aunque sólo sea como sistema de autoprotección.

Han se irguió en su asiento y la contempló con cara de sorpresa.

—¿Vas a estudiar con Luke? ¡Creía que todavía odiabas a Luke! Bueno, por lo menos has intentado matarle en varias ocasiones y...

Los ojos de Mara le devolvieron la mirada con tanta dureza como si quisieran fulminarle, pero no tardaron en suavizarse y al final incluso se permitió sonreír.

—Hemos... Bueno, digamos que hemos logrado encontrar una manera de reconciliar nuestras diferencias. Se podría decir que hemos negociado una tregua. —Bajó la mirada hacia su copa, pero no la tocó—. Al menos de momento —añadió, y su sonrisa se hizo un poco más ancha—. Gracias por tu tiempo, Solo.

Después se puso en pie y salió sin prestar la más mínima atención a Lando.

Lando la siguió con los ojos, admirando la forma en que la tela satinada de sus pantalones grises y su ajustada chaqueta de vuelo revelaban los contornos de su cuerpo.

—Parece que cada día está más guapa, ¿eh?

—Sí —respondió Han—. He oído comentar que les ocurre a todos los profesionales del asesinato cuando se retiran. Lando no pareció oírle.

—¿Cómo es posible que se me pasara por alto en la sala del trono de Jabba el Hutt? —murmuró—. Ella estaba allí y yo también estaba allí, pero no me fijé en ella ni un solo instante.



—Yo también estaba allí y no la vi —dijo Han—. Por aquel entonces me encontraba congelado dentro de un bloque de carbonita, naturalmente.

—Creo que le gusto —dijo Lando—. Quizá me ofrezca voluntario para llevar el próximo envío de suministros a Yavin 4... Sólo para verla, ¿entiendes?

Han meneó la cabeza.

—Ella sólo quería que desaparecieses, Lando —dijo—. De hecho, se comportó como si no estuvieras aquí.

Lando se encogió de hombros.

—Bueno, a veces mi gran encanto personal tarda un poco más de lo habitual en surtir efecto —respondió, y obsequió a Han con una de sus mejores sonrisas de rompecorazones—. Pero cuando por fin surte efecto...

—Oh, amigo... —suspiró Han.

Acabó su copa, y dejó a Lando sentado a la mesa y totalmente absorto en sus fantasías románticas con su cóctel intacto delante.

# 13

La noche siguiente Leia acababa de sentarse para disfrutar de un rato de tranquilidad cenando con su esposo y sus hijos cuando recibió una llamada de Mon Mothma.

Como de costumbre, había pasado todo el día muy atareada con los problemas gubernamentales. No había tenido ni un momento de respiro desde la catástrofe de Vórtice, y la presión había ido aumentando a medida que Mon Mothma iba renunciando a una parte cada vez mayor de sus responsabilidades, dejando de asistir a las recepciones y reuniones de menos importancia y enviando a Leia como representante suya.

Vivir en el apacible mundo de Alderaan siendo la hija del poderoso senador Bail Organa había hecho que Leia creciera rodeada por la política. Estaba acostumbrada a las constantes exigencias, las emergencias repentinas, el que los comunicados llegaran a todas horas, las negociaciones en susurros y las sonrisas que no tenían nada de sinceras. Había escogido seguir los pasos del senador Bail Organa sabiendo lo mucho que eso exigiría de ella.

Pero los escasos ratos de paz que lograba robar a sus deberes políticos para estar a solas con Han y los niños eran como un tesoro para ella. Parecía como si hubiesen transcurrido siglos desde la última vez en que pudo visitar al pequeño Anakin, aunque Han había visitado a Winter en dos ocasiones durante los dos últimos meses.

Aquella noche Leia había llegado a casa tarde y sintiéndose muy cansada, pero Han le estaba esperando con Jacen y Jaina. Habían retrasado la cena aguardando su llegada, y Cetrespeó había preparado todos los platos como manera de poner a prueba su nueva y no muy fiable programación de alta gastronomía adaptada al manejo de los sintetizadores de alimentos.

Estaban sentados en el área de las comidas, donde tiras de iluminación bañaban la estancia con suaves matices rosados y ameloconados. Han había programado una relajante selección de la música de uno de los compositores de Alderaan favoritos de Leia, y todos se habían sentado a una mesa cubierta con la más delicada porcelana imperial procedente de las colecciones del difunto Emperador.

La presencia de los gemelos de dos años y medio de edad que golpeaban la mesa con sus cubiertos de plata y exigían una atención constante impedía que la cena pudiera ser considerada como una velada romántica, pero a Leia no le importaba. Han había hecho cuanto estaba en sus manos para que pudieran disfrutar de aquel rato como una familia.

Leia sonrió mientras Cetrespeó traía la cena, que consistía en una roulade de herbívoro que tenía un aspecto muy pasable acompañada por pinchos de tubérculos sazonados con especias y bayas dulces fritas.

—Creo que quedará francamente impresionada, ama Leia —dijo el androide con una reverencia mientras colocaba platos más pequeños delante de Jacen y Jaina.

—Aaaaj, qué asco... —dijo Jacen.

Jaina miró a su hermano como solicitando una confirmación antes de hablar.

—No me gusta —dijo después.

Cetrespeó se irguió con indignación.

—Ni siquiera habéis probado las viandas, niños —dijo—. Insisto en que probéis vuestra cena.

Leia y Han se miraron el uno al otro y sonrieron. Jacen y Jaina tenían la mirada vivaz y los ojos brillantes, y unos rasgos enérgicos y armoniosos debajo de una abundante cabellera castaño oscuro, igual que sus padres. Los gemelos eran extremadamente precoces. Hablaban con frases cortas pero completas, y siempre lograban asombrar a sus padres con los conceptos que ya habían conseguido comprender y comunicar.

Jacen y Jaina parecían compartir una especie de conexión psíquica, pues siempre hablaban entre sí con frases que dejaban a medias, y en algunas ocasiones incluso lograban comunicarse en el más completo silencio. Aquello no sorprendía a Leia. Como le había dicho Luke, la Fuerza era muy grande en su familia.

Han afirmaba que los gemelos sabían bastante más de lo que admitían acerca de cómo utilizar sus poderes. Había encontrado puertas de armario misteriosamente abiertas después de que las hubiera cerrado y activado los bloqueos, y de vez en cuando objetos brillantes dejados en estantes muy altos aparecían repentinamente en el suelo como si los gemelos hubiesen estado jugando con ellos. En una ocasión los sintetizadores de comida, que deberían ser totalmente inaccesibles a los pequeños, habían sido reprogramados para añadir una ración doble de endulzante a todas las recetas, la sopa incluida.

Cetrespeó había llegado a sentirse tan perplejo ante aquellos acontecimientos misteriosos que se había dedicado a investigar en diversos bancos de datos peculiarmente oscuros que casi nunca eran consultados, y había acabado insistiendo en que la mejor explicación podía encontrarse en la antigua superstición de los poltergeists, pero Leia sospechaba que lo ocurrido tenía mucho más que ver con un par de niños Jedi.

Dio un mordisco a las delgadas rebanadas de herbívoro cubiertas por una fina capa de hierbas. Las volutas de aroma que subían hasta sus fosas nasales estaban impregnadas por un delicioso olor a nueces, y la carne había sido delicada e impecablemente sazonada a fin de contrarrestar el acre y desagradable regusto que solía encontrarse en los filetes de herbívoro importados. Leia pensó por un momento en felicitar a Cetrespeó, pero decidió que eso probablemente haría que el androide de protocolo se sintiera demasiado satisfecho de sí mismo.

—¡Mirad qué está haciendo Jaina! —exclamó Jacen de repente.

Leia contempló con asombro cómo la niña mantenía su pincho de tubérculos sazonados en un equilibrio imposible sobre la punta y utilizaba la Fuerza para hacerlo girar igual que si fuese una peonza.

—¡Haga el favor de dejar de jugar con su comida, ama Jaina! —dijo Cetrespeó.

Leia y Han intercambiaron una mirada de asombro. Han se alegró de que Luke hubiera creado su Academia Jedi, ya que eso permitiría que sus hijos aprendieran a comprender el poderoso y magnífico don que se les había dado.

El timbre de la puerta sonó de repente y esparció sus melodiosos ecos de campana tubular por las habitaciones. El ruido sobresaltó a Jaina, y el pincho que había estado sosteniendo en un delicado equilibrio cayó sobre la mesa..., con el resultado de que la niña se echó a llorar.

Han suspiró, y Leia se levantó frunciendo el ceño.

—Ya me imaginaba que no podríamos disfrutar de toda una cena sin que hubiera alguna clase de interrupción... —murmuró.

Abrió la puerta, y la placa de plástiacero cubierta de molduras y tallas se hizo a un lado con un suave zumbido para revelar a un androide mensajero que estaba flotando en el pasillo con sus luces encendiéndose y apagándose en un parpadeo continuo.

—La Jefe de Estado Mon Mothma requiere su presencia de inmediato en sus aposentos privados para hablar de un asunto muy importante, ministra Leia Organa Solo —dijo el androide mensajero—. Le ruego que me siga.

Han puso los ojos en blanco y lanzó una mirada de furia al techo al ver que los deberes de Estado iban a apartar nuevamente a Leia de su lado. Jaina seguía llorando, y Jacen decidió añadir sus sollozos al estrépito. Cetrespeó intentó calmar a los dos niños, pero sus esfuerzos no sirvieron de nada.

Leia lanzó una mirada implorante a Han, pero su esposo se limitó a mover una mano en un gesto de despedida.

—Anda, vete —dijo—. Mon Mothma te necesita.

Leia se mordió el labio inferior, percibiendo la amargura que Han trataba de ocultar.

—Intentaré abreviarlo al máximo —dijo—. Volveré lo más pronto posible.

Han asintió y volvió a concentrar la atención en su plato como si no la creyera. Leia sintió que se le formaba un nudo en el estómago mientras se apresuraba a seguir al androide, que flotaba en el aire avanzando velozmente bajo los arcos de los pasillos brillantemente iluminados. Sintió cómo la irritación y una tozuda resistencia iban adueñándose de ella, y siguió caminando con paso rápido y decidido.

Había dejado que se abusara de ella accediendo a demasiadas cosas. Leia siempre inclinaba la cabeza e iba corriendo a cualquier sitio cada vez que Mon Mothma se lo pedía. Bueno, pues Leia tenía su propia vida y tenía que pasar más tiempo al lado de

su familia. Su carrera también era importante —crucial, de hecho—, y se prometió que se ocuparía de las dos cosas; pero antes tenía que dejar claras algunas prioridades y reglas básicas.

Mientras seguía al androide mensajero al interior de un turboascensor que los llevó hasta una zona del antiguo Palacio Imperial muy alejada del ajetreo de la actividad cotidiana, Leia incluso se alegró de que Mon Mothma la hubiera hecho llamar. Tenía unas cuantas cosas que decir a la Jefe de Estado, y en cuanto lo hubiera hecho las dos tendrían que llegar a alguna clase de compromiso.

Pero cuando el androide transmitió el código desactivador especial que hizo que la gruesa puerta blindada de Mon Mothma se deslizara a un lado con un leve chirrido, Leia sintió como si una uña helada hubiese surgido de la nada y empezara a hurgar en su pecho. Los aposentos de Mon Mothma estaban demasiado oscuros, y parecían iluminados únicamente por el suave brillo verdoso de lamparillas diseñadas para que emitiesen una luz suave, relajante... y curativa. Captó el olor dulzón de extrañas medicinas, y el regusto pegajoso de la enfermedad se quedó adherido a su garganta con cada inhalación de aire.

Leia siguió avanzando por los aposentos y vio que estaban llenos de lirios nova y orquídeas nebulosa que impregnaban la atmósfera con su potente perfume, disimulando el desagradable olor de las medicinas.

—¿Mon Mothma? —preguntó.

Su voz sonó frágil y quebradiza en aquellos recintos cerrados.

Un movimiento a su derecha hizo que Leia volviera la mirada en esa dirección para ver un androide médico del modelo 2-1B con su típica cabeza en forma de bala. Mon Mothma estaba acostada en un gran lecho rodeado por equipos de diagnóstico de todas clases, y se la veía agotada y casi esquelética. Otro androide más pequeño estaba observando las lecturas. Todo se hallaba sumido en el silencio más absoluto salvo por el zumbido casi inaudible de la maquinaria.

Leia también vio —y pensó que era una estúpida por fijarse en un detalle tan insignificante— que Mon Mothma tenía el tocador lleno de recipientes de maquillaje y colorantes sintéticos de la piel en un intento desesperado de ofrecer un aspecto presentable durante sus apariciones en público.

—Ah, Leia... —dijo Mon Mothma. Su voz sonaba patéticamente débil, como un crujir de hojas secas—. Te agradezco mucho que hayas venido. Ya no puedo seguir ocultando mi secreto durante más tiempo... Debo contártelo todo.

Leia tragó saliva. Todos sus argumentos indignados se evaporaron como una nubecilla de niebla bajo los rayos de una gigante roja. Se sentó en el silloncito que había al lado de la cama de Mon Mothma y escuchó.

Han no había tenido tiempo de acostar a los gemelos antes de que Leia volviera. Se había sentido irritado y distraído durante el resto de la cena, y el que Leia hubiera

tenido que volver a marcharse le había dejado bastante abatido. Había jugado un rato con los niños, intentando encontrar algo de alivio en su compañía.

Cetrespeó estaba terminando de preparar el baño de burbujas nocturno de los niños cuando Leia cruzó el umbral sin hacer ningún ruido. Han había estado sentado en la sala, contemplando las melancólicas imágenes enmarcadas de la serie «Recuerdos de Alderaan» que había regalado a su esposa. Un pequeño pedestal cuidadosamente colocado para atraer la máxima atención posible exhibía la ridícula estatuilla mascota de una cadena de locales de comida rápida corelliana que Leia le había comprado, creyendo que era una tosca pero importante muestra del arte escultórico del mundo natal de Han.

Han se apresuró a erguirse y se alisó los cabellos con los dedos apenas vio entrar a Leia, pero su esposa le dio la espalda y manipuló los controles de la puerta sin decir nada. Leia parecía haberse encogido y estar totalmente absorta en sí misma. Se movía con extremada lentitud y cautela, como si todo lo que la rodeaba pudiera romperse al primer movimiento repentino.

—Creía que ibas a tardar mucho más en volver —dijo Han—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Conseguiste que Mon Mothma se compadeciera de ti y te dejara marchar?

Cuando se volvió hacia él, Han vio que los ojos de Leia brillaban con los puntitos de luz de las lágrimas que estaba conteniendo a duras penas. La piel de alrededor de sus ojos estaba un poco enrojecida, y tenía los labios tensos.

—¿Qué pasa? —preguntó Han—. ¿Qué quiere Mon Mothma que hagas esta vez? Oye, si se ha excedido iré a hablar personalmente con ella. Deberías...

—Se está muriendo —dijo Leia.

Han la contempló boquiabierto y le pareció que los argumentos que se disponía a utilizar reventaban como frágiles burbujas de jabón. Leia empezó a hablar antes de que Han pudiera decir ni una palabra.

—Padece una misteriosa enfermedad consuntiva. Los androides médicos no han logrado establecer un diagnóstico... Nunca habían visto nada parecido, y la enfermedad progresa a una velocidad increíble. Es como si algún extraño desorden genético estuviera royéndola por dentro.

»¿Te acuerdas de esos cuatro días en los que se suponía que había ido a una conferencia secreta en la Ciudad de las Nubes? No fue a ningún sitio, y no hubo ninguna conferencia. Pasó todo ese tiempo dentro de un tanque bacta en un último esfuerzo desesperado para curarse... pero el tanque bacta no pudo ayudarla a pesar de que llevó a cabo una limpieza completa de su organismo. Su cuerpo parece estar desmoronándose. La enfermedad está progresando tan deprisa que podría... Bueno, puede que Mon Mothma muera en menos de un mes.

Han tragó saliva, y pensó en la mujer decidida y llena de energías que había fundado la Nueva República y que había asumido todo el peso y las

responsabilidades de la actividad política de la Alianza Rebelde.

—Por eso ha estado delegando una parte tan grande de sus responsabilidades —dijo—. Ésa es la razón por la que has tenido que sustituirla cada vez con más frecuencia en los últimos tiempos, ¿verdad?

—Sí. Está intentando mantener las apariencias en público, pero... ¡Oh, Han, tendrías que verla! Apenas parece capaz de tenerse en pie. No podrá seguir manteniendo esta farsa mucho más tiempo.

—Entonces... —empezó a decir Han, no sabiendo qué podía decir o qué sugerencia podía hacer—. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué tienes que hacer?

Leia se mordió el labio y pareció extraer fuerzas de una reserva oculta de energías interiores. Fue hacia Han y le abrazó. Han la estrechó entre sus brazos.

—Mon Mothma se está debilitando a cada momento que pasa y el almirante Ackbar ha partido hacia el exilio, y eso significa que la facción moderada del Consejo no tardará en desaparecer —le explicó—. No puedo permitir que la Nueva República se convierta en un gobierno agresor. Ya hemos sufrido demasiado, Han... Ha llegado el momento de que reforcemos nuestros lazos y de que hagamos más sólida la Nueva República a través de las alianzas políticas, con nuevos sistemas planetarios uniéndose a nosotros. No podemos perder más tiempo dedicando todos nuestros esfuerzos a acabar con las fortalezas imperiales que aún quedan en este sector de la galaxia.

—Bueno, creo que no me costaría mucho adivinar quién prefiere seguir luchando —dijo Han.

Estaba pensando en varios de los viejos generales que habían disfrutado de sus días de gloria durante las grandes batallas de la Rebelión.

—He de hacer volver a Ackbar —dijo Leia.

Alzó la vista hasta que su mirada se encontró con la de Han. Su rostro estaba muy pálido, pero a Han nunca le había parecido tan hermosa como en aquellos momentos. Se acordó de cómo le había mirado Leia en la Ciudad de las Nubes un instante antes de que Darth Vader le metiera en la cámara congeladora de la carbonita. Han había pasado meses atrapado en una no existencia helada con el eco del «Te amo» de Leia resonando en su mente como único consuelo.

Han la miró e intentó ocultar la desilusión que sentía.

—Así que irás a Calamari, ¿eh?

Leia asintió, pero mantuvo el rostro pegado a su pecho.

—He de hacerlo, Han. No podemos permitir que Ackbar se esconda en unos momentos semejantes. No puede seguir culpándose por lo que no fue más que un accidente... Le necesitamos, y tiene que estar aquí.

Cetrespeó les interrumpió entrando en la sala.

—¡Oh! —dijo sobresaltándose—. Buenas noches, ama Leia. Bienvenida a casa.

Hilillos de agua del baño se deslizaban por su reluciente cuerpo metálico hasta caer al suelo. El androide sostenía dos enormes toallas blancas que parecían tan suaves como plumas en los brazos, y de repente dos niños desnudos pasaron a toda velocidad por el pasillo del fondo y corrieron a su dormitorio entre risitas.

—Los gemelos están preparados para oír su cuento de cada noche —dijo Cetrespeó—. ¿Desea que escoja uno, señor?

Han meneó la cabeza.

—No. Tus selecciones siempre consiguen que acaben llorando... —Miró a Leia—. Anda, tú también puedes escucharlo. Les contaré un cuento para que se duerman.

Los gemelos ya llevaban sus pijamas y estaban cómodamente acurrucados bajo las mantas. Han se sentó entre sus camitas, y Leia se sentó en una silla y lanzó una mirada llena de tristeza y amor a sus hijos.

—¿Qué cuento queréis oír esta noche, chicos? —preguntó Han, sosteniendo ante él una plataforma de cuentos en la que irían apareciendo palabras e imágenes animadas.

—Me toca escoger —dijo Jaina.

—Quiero escogerlo yo —dijo Jacen.

—Anoche lo escogiste tú, Jaina. Ahora le toca el turno a tu hermano.

—Quiero que nos cuentes El cachorrito de bantha perdido —dijo Jaina.

—¡No, me toca escoger a mí! —insistió Jacen—. El cachorrito de bantha perdido. Han sonrió.

—Menuda sorpresa —murmuró.

Leia vio que ya había tecleado aquel cuento en la plataforma antes de que los gemelos tomaran su decisión.

Han empezó a leer.

—Después de la tempestad de arena que lo había expulsado de su hogar, el cachorrito de bantha perdido empezó a vagar de un lado a otro.

—Caminó y caminó y caminó a través del calor del desierto hasta el mediodía, cuando se encontró con un vehículo de las arenas jawa encima de una duna.

—Me he perdido —dijo el cachorrito de bantha—. Ayudadme a encontrar mi rebaño, por favor...

»Pero los pequeños jawas menearon la cabeza, y no hubo manera de convencerles de que le ayudaran.

Los gemelos se inclinaron hacia adelante para ver mejor las imágenes activadas por la voz de Han y las palabras que desfilaban en la pantalla acompañando el cuento. Ya lo habían oído una docena de veces, pero aun así todavía parecían quedar muy desilusionados cuando los jawas se negaban a ayudar al cachorrito.

—El cachorrito siguió caminando y caminando hasta que se encontró con un androide que brillaba muchísimo. El cachorrito llevaba mucho tiempo solo, así que se



puso muy contento.

»—Me he perdido —dijo—. Ayúdame a encontrar mi rebaño. por favor...

»No estoy programado para ayudarte —le contestó el androide—. No digas tonterías, ¿entendido?

—El androide siguió caminando con sus sensores clavados en el horizonte sin mirar ni a derecha ni a izquierda, y el cachorrito de bantha no supo qué hacer y le siguió con la mirada hasta que el androide hubo desaparecido.

Leia siguió escuchando a Han, y las aventuras del cachorrito de bantha perdido prosiguieron trayendo consigo el encuentro con un granjero de humedad primero y con un enorme dragón krayt después. Los gemelos se habían quedado totalmente inmóviles y miraban a su padre con los ojos desorbitados por el suspense.

—Te voy a comer... —ronroneó el dragón.

—¡Y de repente se lanzó sobre el cachorrito abriendo sus fauces! El cachorrito de bantha perdido echó a correr.

Jacen y Jaina quedaron encantados cuando el cachorrito de bantha perdido por fin encontró a una tribu del Pueblo de las Arenas que le ayudó a volver con sus padres y con su rebaño. Leia meneó la cabeza, maravillada ante la fascinación de los niños.

Han y Leia dieron un beso de buenas noches a los gemelos después de que Han hubiera terminado el cuento y hubiese desconectado la plataforma que había estado sosteniendo en las manos, y los arrojaron antes de salir al pasillo procurando no hacer ningún ruido.

—Desearía que me permitiese embellecer su relato con efectos de sonido, amo Han —dijo Cetrespeó mientras caminaba a su lado—. Resultaría mucho más realista, y los niños lo disfrutarían mucho más.

—Ni lo sueñes —dijo Han—. Conseguirías que tuvieran pesadillas.

—¡Oh! —exclamó Cetrespeó con indignación, y se fue a la zona de la cocina.

Leia sonrió, cogió a Han del brazo y se pegó a él.

—Eres un padre estupendo, Han —dijo, y le besó en la mejilla. Han se puso rojo, pero no rechazó el cumplido.

La superarma pequeña pero infinitamente letal conocida con el nombre de *Triturador de Soles* se puso en órbita alrededor de Yavin, el gigante gaseoso, con el transporte blindado de la Nueva República volando junto a ella.

El joven Kyp Durrón estaba sentado en el asiento anatómico de pilotaje y sentía cómo los sofisticados controles del *Triturador de Soles* respondían al más mínimo roce de las yemas de sus dedos. Alzó la mirada hacia el visor segmentado y contempló el planeta envuelto en remolinos anaranjados que se extendía debajo de él, aquel abismo sin fondo que aguardaba la llegada del *Triturador de Soles* para engullirlo por toda la eternidad.

—¿Listo para enviarlo abajo, Kyp? —preguntó la voz de Wedge Antilles, surgiendo de la unidad de comunicaciones acompañada por un chisporroteo de estática—. Una zambullida en línea recta, ¿de acuerdo?

Kyp acarició los controles y sintió un escalofrío de reluctancia. El *Triturador de Soles* era un arma tan perfecta... Su diseño era realmente impecable, y tenía la capacidad de resistir cualquier tipo de ataque sin sufrir ningún daño. Kyp se sentía extrañamente unido a aquella nave en forma de astilla que había permitido que él y Han Solo recuperasen la libertad. Pero también sabía que Qwi Xux tenía razón cuando afirmaba que la tentación de utilizar un poder semejante acabaría corrompiendo a todo aquel que lo tuviera en sus manos. Qwi guardaba aquellos conocimientos en su cabeza, y había jurado no compartirlos nunca con nadie ocurriera lo que ocurriese. Pero la superarma existía y podía ser utilizada, y había que impedir que eso llegara a suceder.

Kyp hizo los últimos ajustes en los vectores de la trayectoria sublumínica.

—Estoy programando los sistemas de navegación de la nave —dijo—. Preparados para el ataque.

Kyp introdujo un conjunto de coordenadas que activarían las toberas de maniobra del *Triturador de Soles* y harían que la pequeña nave descendiese a toda velocidad, trazando una apretada elipse que acabaría sumergiéndola en las turbulencias de nubes y el núcleo de altas presiones que tenían debajo.

—Estamos preparados para la transferencia —dijo Wedge.

—Ya casi he terminado —respondió Kyp.

Bloqueó los controles y acarició por última vez aquel panel tan engañosamente sencillo. Los científicos e ingenieros de la Nueva República no habían sido capaces de comprender la maquinaria que había debajo de él. No sabían cómo desactivar los torpedos de resonancia que provocarían las explosiones de las supernovas. Qwi Xux se había negado a ayudarles... y el *Triturador de Soles* no tardaría en desaparecer para siempre.

El trino musical de la voz de Qwi brotó del canal de comunicaciones interrumpiendo el curso de los pensamientos de Kyp.

—Asegúrate de que todos los sistemas de energía están desconectados y sella el campo de envoltura —dijo.

Kyp movió una hilera de interruptores.

—Ya está.

Oyó el golpe ahogado de un casco entrando en contacto con otro cuando Wedge pegó el transporte blindado al flanco del *Triturador de Soles*.

—Los campos magnéticos están en posición, Kyp —dijo Wedge—. Abre la escotilla y reúnete con nosotros.

—Estoy preparando el cronómetro —dijo Kyp.

Activó el piloto automático, atenuó las luces de la cabina y fue hacia la pequeña escotilla. La abrió y se encontró con los brazos de Wedge. El sonriente general de cabellos oscuros le había estado esperando para ayudarlo a entrar en el transporte.

Cerraron y bloquearon la escotilla del *Triturador de Soles* detrás de ellos, y después retiraron la conexión de ataque. Wedge fue hacia el asiento de pilotaje del transporte blindado y se instaló en él, dejándose caer al lado del asiento ocupado por la delgada y frágil silueta de Qwi Xux.

Qwi estaba totalmente inmóvil con el cuerpo rodeado por las tiras de su arnés de seguridad. Su piel azul claro parecía salpicada de manchitas oscuras, y resultaba obvio que se encontraba muy nerviosa y preocupada. Wedge movió la palanca de control de las toberas de maniobra y dio la vuelta al transporte blindado para que pudieran observar el descenso de la superarma. La angulosa silueta cristalina del *Triturador de Soles* se iba alejando rápidamente, aproximándose cada vez más a las fauces gravitacionales de Yavin.

Kyp se había colocado entre Wedge y Qwi, y mantenía los ojos clavados en el visor mientras el *Triturador de Soles* seguía su curso preprogramado. Podía ver el generador del campo de resonancia de forma toroidal colocado en el extremo cóncavo del largo espino que era la superarma.

El *Triturador de Soles* se fue encogiendo hasta convertirse en un puntito que se aproximaba a las caóticas tormentas de Yavin. Kyp dejó escapar un suspiro de alivio al saber que aquella arma nunca podría ser utilizada para destruir ningún sistema estelar.

Qwi permanecía en silencio, con los labios tensos y la vista clavada en el *Triturador de Soles*. Wedge extendió la mano para darle una palmadita en el brazo, y Qwi se sobresaltó.

Kyp seguía con toda su atención concentrada en el *Triturador de Soles*, observando el puntito en que se había transformado. No se atrevía a desviar la mirada porque temía perder de vista a la nave en aquel titánico panorama de nubes

anaranjadas.

Vio cómo el puntito entraba en las capas superiores de la atmósfera, siguiendo su curso inalterable hacia el núcleo planetario, y se imaginó al *Triturador de Soles* sumergiéndose más y más en aquella atmósfera tan densa. El calor abrasador generado por la fricción atmosférica crearía ondulaciones y estallidos sónicos a medida que el *Triturador de Soles* fuera bajando con rumbo al núcleo del gigante gaseoso, que era tan duro como el diamante.

—¡Bueno, ahora ya nunca más tendremos que volver a preocuparnos por ese trasto! —dijo Wedge con animación.

El delgado rostro de elfo de Qwi parecía un catálogo de expresiones contradictorias. La investigadora alienígena le miró, y las espesas pestañas de sus ojos color índigo aletearon rápidamente.

—Es mejor así —dijo Kyp, y sus palabras casi sonaron como un balbuceo.

Wedge conectó las toberas de maniobra del transporte blindado y pilotó la nave en un arco que la sacó de la órbita cercana llevándoles hasta los confines del sistema de lunas.

—Qwi y yo tenemos que inspeccionar los trabajos de reparación en Vórtice —dijo—. ¿Sigues queriendo bajar a las junglas de esa luna, Kyp?

Kyp asintió. Se sentía un poco nervioso, pero ardía en deseos de dar comienzo a una nueva fase de su vida.

—Sí —respondió en voz baja, y después respiró hondo—. ¡Sí! —repitió, alzando la voz para demostrar su entusiasmo—: El Maestro Skywalker me está esperando.

Wedge se volvió hacia los controles de la nave, y lanzó el transporte blindado en un vector de aproximación directa hacia el diminuto círculo esmeralda que era la cuarta luna de Yavin.

—Bueno, Kyp... En ese caso, que la Fuerza te acompañe —dijo sonriendo.

Luke Skywalker salió del gran templo massassi seguido por su grupo de estudiantes para contemplar la llegada del transporte y de su nuevo candidato.

Luke ya les había comunicado la llegada de Kyp. Todos habían respondido con un moderado entusiasmo: se alegraban al saber que el grupo de aspirantes iba a verse aumentado con la incorporación del joven, pero el recuerdo de la oscura muerte que había consumido a Gantoris y había calcinado su cuerpo seguía estando presente en las mentes de todos.

Una nave rectangular en cuyo casco se veía el signo azul de la Nueva República iba aproximándose a través de las calinas que llenaban el cielo. Las luces exteriores parpadearon, y los soportes de descenso brotaron de sus receptáculos.

Erredós se colocó a un lado de la pista que se extendía delante del Gran Templo, y Luke fue hacia el punto en el que se disponía a descender la nave. Los chorros de las toberas repulsoras hicieron aletear el capuchón de su túnica y le revolviéron los

cabellos. Luke permaneció inmóvil con la mirada clavada en la nave, parpadeando para eliminar las partículas de polvo que le entraban en los ojos hasta que el transporte se hubo posado en el suelo.

La rampa brotó del casco y Wedge Antilles salió de la nave, volviéndose para ayudar a bajar a la investigadora alienígena de piel azulada.

Luke alzó su mano izquierda en un gesto de saludo y concentró su atención en el joven que estaba saliendo del transporte. Kyp Durrón era un muchacho de dieciocho años delgado y nervudo, lleno de energía y entusiasmo y endurecido por años de duro trabajo en las minas de especia de Kessel.

Cuando estaba en las minas de especia Kyp había recibido una pequeña iniciación en la Fuerza a través de otra prisionera, una Jedi caída llamada Vima-Da-Boda. Kyp había utilizado de manera instintiva aquellas habilidades para ayudar a Han y Chewbacca a escapar de Kessel y de la Instalación de las Fauces. Después Luke había examinado al joven mediante un detector de potencial Jedi. Y la intensidad de la respuesta de Kyp fue tan grande que Luke había salido despedido hacia el otro extremo de la habitación.

Luke llevaba mucho tiempo esperando que un estudiante como aquél llegara a su academia.

Kyp bajó a la plataforma de descenso. Al principio rehuía su mirada, pero después se detuvo y alzó la cabeza hacia Luke para mirarle directamente a los ojos. Luke vio en ellos inteligencia, un ingenio agudo y veloz y un temperamento impulsivo que podía estallar con facilidad —todos los instintos de supervivencia resultado de años de lucha—, pero también vio una decisión inquebrantable. Ése era el factor más importante para quien aspirase a convertirse en un Jedi.

—Bienvenido, Kyp Durrón —dijo Luke.

—Estoy preparado, Maestro Skywalker —respondió Kyp—. Enséñame los caminos de los Jedi.

Leia permanecía inmóvil delante de la ventana de observación de la estación orbital, y estaba pensando que los astilleros calamarianos parecían todavía más impresionantes de lo que le había inducido a esperar la reputación de la que gozaban.

Las factorías y estructuras utilizadas para la construcción de naves espaciales flotaban muy por encima del planeta moteado de manchas azules. Las plataformas de aprovisionamiento se desplegaban en tres dimensiones, puntuadas por luces rojas, verdes y amarillas cuyo continuo parpadear indicaba la situación de las pistas de descenso y de los hangares de atraque. Pequeñas grúas provistas de impulsores empujaban enormes montículos de plastiaceró que habían sido extraídos de los envíos de chatarra y escombros transorbitales procedentes de la única luna del planeta. Después, las gigantescas masas de materias primas serían refinadas y procesadas hasta acabar convirtiéndose en los famosos cruceros estelares de Mon Calamari. Módulos de construcción cuya forma era muy parecida a un cangrejo revoloteaban alrededor de un tremendo hangar de atraque espacial, un enjambre de insectos diminutos recortados contra la silueta colosal de un crucero estelar que estaba a medio construir.

—Discúlpeme, ministra Organa Solo...

Leia se volvió para ver a una calamariana no muy alta vestida con la túnica azul claro del cuerpo de embajadores. Los machos de la raza tenían cabezas bulbosas y llenas de protuberancias, pero la constitución de las hembras era más delicada y el salmón claro de su piel estaba salpicado de manchitas color verde aceituna.

—Me llamo Cilghal —dijo la embajadora.

La calamariana alzó sus dos manos-aleta, y Leia se fijó en que el tejido que unía sus dedos de forma espatulada parecía un poco más traslúcido que el de las membranas de Ackbar.

Leia levantó una mano respondiendo a su saludo.

—Gracias por haberme recibido, embajadora —dijo—. Agradezco su ayuda.

Las manchitas de la piel de Cilghal se oscurecieron un poco en una reacción que Leia reconoció como buen humor o diversión.

—Ustedes los humanos han llamado a Mon Calamari «el alma de la Rebelión» —dijo—. ¿Cómo podemos rechazar cualquier petición de ayuda después de haber recibido tal elogio?

La embajadora dio un paso hacia adelante y movió una mano señalando el ajetreo incesante del complejo de muelles de atraque y zonas de construcción espacial.

—Veo que ha estado observando nuestros trabajos en el *Marea Estelar*—dijo—. Esa nave será la primera adición que hacemos a la flota de la Nueva República en muchos meses. Hasta ahora hemos estado consagrando la mayor parte de nuestros

recursos a recuperarnos del ataque de los Devastadores de Mundos del Emperador que tuvo lugar el año pasado.

Leia asintió, y volvió a contemplar la silueta de aspecto casi orgánico del crucero calamariano a medio construir, el equivalente de la Nueva República al Destructor Estelar imperial. La estructura ovoidal del navío de combate ya contaba con las protuberancias de los emplazamientos para las baterías turboláser y los generadores de campo, y también se podían ver las mirillas y los abultamientos de los camarotes y las salas de reunión, que parecían haber sido repartidos al azar por encima del casco. Cada crucero estelar era único: siempre se partía del mismo diseño básico, pero éste era alterado en cada caso por los calamarianos para satisfacer criterios individuales que Leia no entendía del todo.

—Las unidades impulsoras están instaladas y conectadas —siguió diciendo Cilghal—, y el casco ya casi ha sido terminado. Ayer mismo probamos los motores sublumínicos haciendo que remolcaran todo el complejo del muelle espacial durante una órbita entera alrededor del planeta. Todavía harán falta dos meses más de trabajo para completar las mamparas interiores, las salas y los alojamientos de la tripulación.

Leia apartó los ojos de toda aquella actividad, miró a la embajadora y volvió a asentir.

—Los recursos y la dedicación de los calamarianos me dejan tan asombrada como siempre —dijo—. Su esclavizamiento por el Imperio y los ataques que sufrieron fueron terribles, pero han aportado tanto a la Nueva República a pesar de ello... Apenas me atrevo a pedirles más ayuda, pero necesito hablar con el almirante Ackbar lo más pronto posible.

Cilghal alisó los pliegues de su túnica azul.

—Hemos respetado la petición de soledad formulada por Ackbar y su necesidad de pasar por un período de contemplación después de la tragedia ocurrida en Vórtice —dijo—, pero nuestro pueblo sigue sintiéndose orgulloso de él, y cuenta con todo nuestro apoyo. Si desea presentar nuevas acusaciones contra él...

—¡No, no! —se apresuró a exclamar Leia—. Soy una de sus más convencidas defensoras, pero las circunstancias han cambiado desde que se exiló aquí. —Leia tragó saliva y decidió que conseguiría llegar más lejos si confiaba en Cilghal—. He venido para suplicarle que vuelva.

El tono verde aceitunado de la piel de Cilghal se volvió un poco más oscuro, y la embajadora se movió con tal rapidez que pareció deslizarse sobre el suelo de la estación orbital.

—En ese caso, una lanzadera está preparada para llevarla a nuestro mundo —dijo.

Leia se agarró a los brazos del espacioso y cómodo asiento de pasajeros mientras Cilghal maniobraba la lanzadera ovoidal a través de las cortinas de lluvia que repiqueteaban sobre el casco y las masas grisáceas de las nubes de tormenta.

La oscura superficie de los profundos océanos de Calamari estaba tachonada de olitas blancas. Cilghal hizo descender un poco más la lanzadera sin que parecieran preocuparle en lo más mínimo los vendavales de las tormentas. La embajadora mantenía sus grandes manos-aleta sobre los controles mientras se inclinaba encima de los paneles visores. Los sensores de alta resolución habían sido específicamente diseñados para los ojos enormes y muy separados de los calamarianos, y los controles de gran tamaño y carentes de ángulos cortantes también estaban adaptados a la manipulación por los dedos del pueblo acuático.

Cilghal siguió maniobrando la lanzadera con tanta facilidad como si ésta fuese un esbelto pez que se deslizaba a través de las aguas. La nave trazó una curva alejándose de un grupo de pequeñas islas pantanosas, unos cuantos puntitos de tierra habitable donde la raza anfibia de los calamarianos había establecido su civilización por primera vez. Hilillos de agua de lluvia empezaron a bajar rápidamente por la ventanilla lateral de Leia cuando Cilghal hizo virar la lanzadera dejando encarado al viento aquel lado de la nave.

La embajadora calamariana movió una de las bulbosas palancas de control y habló por un micrófono invisible.

—Ciudad de la Espuma Vagabunda, aquí lanzadera SQ/uno —dijo—. Les ruego que me proporcionen un vector de aproximación y los últimos datos climatológicos.

La voz de Cilghal era firme y segura de sí misma, pero la embajadora habló en un tono tan suave como si no hubiera tenido necesidad de gritar en ningún momento de su vida.

La voz gutural de un calamariano brotó de la rejilla del comunicador unos instantes después.

—Estamos transmitiendo su vector de aproximación, embajadora Cilghal. En el momento actual tenemos vientos que se están intensificando, pero que están muy lejos de las pautas máximas habituales de la estación. No esperamos tener dificultades, pero vamos a emitir un comunicado desaconsejando los viajes por la superficie durante esta tarde.

—Recibido —dijo Cilghal—. Planeamos hacer el resto del trayecto por vía subacuática, Gracias. —Cortó la comunicación y se volvió hacia Leia—. No se preocupe, ministra. Puedo captar su inquietud, pero le aseguro que no existe ni el más mínimo motivo de preocupación.

Leia se irguió en su asiento, y trató vanamente de dominar el nerviosismo que la estaba invadiendo hasta que consiguió identificar su origen.

—No dudo de su palabra, embajadora —dijo—. Es sólo que... Bueno, la última vez que volé a través de una tormenta fue en Vórtice. Cilghal asintió sombríamente.

—Lo comprendo. —Leia captó la sinceridad de Cilghal, y se dio cuenta de que su rostro de pez había adquirido una expresión de profunda simpatía—. Descenderemos



dentro de unos minutos.

Leia vio cómo se aproximaban a una isla metálica que fue cobrando nitidez y haciéndose más claramente visible entre la neblina y los chorros de espuma a cada momento que pasaba. La Ciudad de la Espuma Vagabunda surgía de las olas formando un hemisferio lleno de protuberancias, a pesar de lo cual tenía una apariencia general tan curiosamente lisa y reluciente como si fuera un arrecife de coral orgánico. Un bosque de atalayas reforzadas y antenas de comunicaciones brotaba de la parte superior de la ciudad, pero el resto de la metrópolis a la deriva mostraba el mismo tipo de ángulos rebajados y promontorios pulimentados que distinguía a los cruceros estelares de Mon Calamari.

Las luces de los millares de ventanas situadas por encima de la superficie arrojaban joyas de luz visibles incluso a través de las cortinas de lluvia que no paraban de caer del cielo. Leia sabía que todas las ciudades flotantes tenían muchas torres submarinas y enormes complejos que iban bajando por debajo de la cúpula hemisférica, creando una especie de imagen reflejada del horizonte urbano de Coruscant. Los rascacielos invertidos de las unidades de alojamiento y las estaciones procesadoras de agua alojadas debajo del hemisferio hacían que la ciudad pareciera una medusa mecánica.

Las islas pantanosas de Mon Calamari apenas tenían materias primas, por lo que los calamarianos no habían sido capaces de crear una civilización hasta que unieron sus fuerzas a las de otra especie inteligente que vivía en las profundidades de los océanos. Los quarrens, una raza humanoide con la cabeza en forma de casco y un rostro que parecía un puñado de tentáculos brotando debajo de unos ojos muy juntos, habían encontrado yacimientos de minerales metálicos en la corteza del océano. Los quarrens empezaron a colaborar con los calamarianos y construyeron docenas de ciudades flotantes. Los quarrens también podían respirar aire, pero prefirieron permanecer en las profundidades marinas mientras los calamarianos diseñaban naves espaciales para poder explorar las «islas resplandecientes del espacio».

Cilghal se fue aproximando al hemisferio salpicado de protuberancias de la Ciudad de la Espuma Vagabunda y trazó un círculo hacia aquella parte del perímetro en que la masa de la metrópolis protegería su lanzadera del azote de los vientos. Las olas se estrellaban contra las placas gris oscuro del casco exterior de la ciudad, creando arcos de gotitas que subían centelleando como puñados de diamantes antes de volver a caer al océano.

—Abran las compuertas de oleaje —dijo Cilghal por el micrófono.

Después dirigió la lanzadera hacia una hilera de potentes luces que guiaron a la nave durante la maniobra de entrada. Unas gruesas puertas se abrieron ante la proa de la lanzadera, moviéndose en diagonal para formar una especie de boca torcida antes de que Leia hubiese podido detectar las juntas.

Cilghal metió la nave por un túnel de paredes lisas bañadas por el resplandor verde de las tiras de iluminación sin reducir la velocidad. Las puertas se cerraron detrás de la lanzadera, volviendo a proteger la metrópolis contra las embestidas de la tormenta.

Leia tenía la sensación de ser arrastrada por una corriente invisible mientras la embajadora avanzaba con una gracia líquida, moviéndose en un progreso tan tranquilo como incontenible por las secciones submarinas de la ciudad flotante. Cilghal había impuesto desde el principio un paso rápido y sin interrupciones que ayudaba a Leia a darse prisa sin llegar a alarmarla. Aquello no era una simple misión diplomática.

Mientras atravesaba las curvas llenas de colorido de los niveles superiores Leia se acordó de las cámaras que se retorcían en el interior de una colcha gigante. No vio ningún ángulo, sólo bordes redondeados y adornos minuciosamente pulidos de coral y madreperla. La atmósfera olía a sal incluso dentro del recinto protegido de la ciudad, pero el débil olor a mar no resultaba desagradable.

—¿Sabe dónde está Ackbar? —preguntó por fin.

—No exactamente —dijo la embajadora—. Respetamos su derecho a la intimidad y no le seguimos. —Cilghal rozó el hombro de Leia con su gran mano-aleta—. Pero no se preocupe... Los calamarianos poseen fuentes de información cuya existencia jamás llegó a ser sospechada por el Imperio. Conseguimos mantener intacto nuestro conocimiento colectivo incluso durante la ocupación, y le aseguro que encontraremos a Ackbar.

Leia siguió a Cilghal al interior de un turboascensor que se precipitó hacia las profundidades de los niveles submarinos de la ciudad flotante. Cuando salieron de él, Leia vio que la apariencia general de los pasillos había cambiado. La iluminación era más tenue y estaba impregnada de matices iridiscentes azulados que hacían pensar en la claridad de una inmensa gema reflejada a través de las muchas lámparas facetadas y las gruesas ventanas de transpariacero que permitían contemplar los abismos oceánicos.

Leia pudo ver siluetas que nadaban por entre el amasijo de redes y cables de ataque, jaulas satélite y pequeños vehículos sumergibles que iban y venían alrededor de las torres invertidas de la ciudad. La atmósfera se había vuelto más húmeda e impregnada de olores. Los habitantes de aquellos niveles eran casi todos quarrens, y parecían estar tan absortos en sus asuntos que no prestaron ninguna atención a la presencia de las dos visitantes.

Los quarrens y los calamarianos se habían aliado para construir su civilización, pero Leia sabía que aun así la colaboración entre las dos comunidades no estaba exenta de pequeñas fricciones. Los calamarianos insistían en hacer realidad sus sueños de llegar a las estrellas, mientras que los quarrens deseaban volver a los

océanos. Algunos rumores sugerían que los quarrens habían traicionado su planeta al Imperio, pero lo que resultaba innegable era que durante la ocupación imperial habían sido tratados con tanta dureza como los calamarianos.

Cilghal se detuvo y habló con un quarren que estaba atendiendo un puesto de control de válvulas. El quarren alzó la mirada ante la interrupción y sus ojos oscuros se posaron primero en Leia y luego en Cilghal. La embajadora calamariana habló en un lenguaje estridente que parecía una sucesión de burbujes, y el quarren respondió secamente de una manera muy similar. Después señaló una empinada rampa en forma de tornillo que descendía hasta el nivel inferior y que empezaba a su izquierda.

Cilghal le dio las gracias con un asentimiento de cabeza sin parecer molesta por la brusquedad del quarren, y llevó a Leia hacia la rampa. Salieron a una gran explanada llena de equipo, y Leia se encontró en un hangar abierto que había sido presurizado para permitir un acceso fácil y rápido a las aguas.

Cinco calamarianos estaban trabajando en un pequeño sumergible suspendido de un rayo tractor, moviéndose al unísono para descargar cajas goteantes de una bodega de carga. Quarrens vestidos con trajes negros que parecían estar cubiertos de diminutas escamas relucientes atravesaban campos de acceso para zambullirse en las profundidades del océano. Las paredes del hangar brillaban cada vez que débiles rayos de tenue claridad subían y bajaban por las superficies pulimentadas, creando un ambiente general de verdes y azules oscuros que resultaba casi hipnótico.

Cilghal fue hacia una hilera de pequeños compartimentos de porcelana y abrió uno. Dos trabajadores quarrens fueron rápidamente hacia ella antes de que pudiera meter las manos dentro, hablando a toda prisa su lenguaje burbujeante en un tono bastante seco. Leia captó un nuevo olor acre que brotaba de sus cuerpos.

Cilghal se inclinó pidiéndoles disculpas, y después fue a otra hilera de compartimentos que examinó con más cautela antes de abrirlos. Leia la siguió intentando pasar lo más desapercibida posible. Ya se había dado cuenta de que en toda la gran estancia no había más que nativos. Los quarrens la miraban fijamente, aunque los calamarianos no parecían prestarle ninguna atención.

Cilghal sacó un par de los trajes de apariencia mojada y escurridiza que llevaban los quarrens en el océano y entregó uno a Leia. Leia deslizó sus dedos sobre la tela. Parecía estar viva, y se la notaba pegajosa y resbaladiza al mismo tiempo. El diminuto entramado casi invisible de fibras se expandía y se contraía como si estuviera buscando la forma más adecuada a la criatura que se disponía a utilizarlo.

Cilghal le señaló una puerta del tamaño de la de un armario.

—Me temo que los compartimentos que usamos para cambiarnos no son muy espaciosos —dijo.

Leia entró y activó el bloqueo de la puerta detrás de ella mientras la luz azul verdosa se intensificaba dentro del pequeño recinto. Se desnudó y se puso el traje

negro, sintiendo un cosquilleo en la piel cuando la tela se alteró y se ajustó a ella intentando adaptarse lo mejor posible a los contornos de su cuerpo. Cuando la sensación de que algo se estaba arrastrando sobre su piel se esfumó, Leia descubrió que el traje negro era la prenda más cómoda que había llevado en toda su vida: abrigaba pero era fresco, conseguía aislar del exterior aunque apenas pesaba nada, y producía una agradable sensación de grosor sin estorbar los movimientos en lo más mínimo.

Leia salió del compartimiento y vio que Cilghal estaba esperándola al lado de la puerta con el traje submarino ya puesto. Cilghal colocó un propulsor acuático sobre los hombros de Leia sin decir una palabra, y después recogió su larga cabellera en una redecilla improvisada.

—Supongo que aquí no tienen mucha necesidad de redecillas para el pelo, ¿verdad? —dijo Leia mientras contemplaba la lisa cúpula salmón y verde aceituna que era la cabeza de Cilghal y los cráneos totalmente desnudos de los quarrens.

Cilghal emitió un sonido que Leia sospechó podía ser una carcajada y la llevó hasta uno de los campos de acceso. Cilghal sumergió sus grandes manos aleta en una urna burbujeante que había al lado de un orificio redondo donde se veía la débil iridiscencia estática de la energía que mantenía a raya al océano de Calamari, sacó de ella una lámina traslúcida que se doblaba y curvaba entre sus dedos y la alzó ante su rostro. El agua goteó de la superficie del objeto, siseando con un hervor de burbujas diminutas.

—A veces los humanos la encuentran un poco desagradable —dijo Cilghal—. Le pido disculpas.

Después colocó la masa gelatinosa sobre la boca y la nariz de Leia sin más advertencia previa aparte de sus palabras. La membrana estaba fría y mojada, y se pegó a sus mejillas y su piel. Leia se envaró y trató de quitársela sintiéndose bastante alarmada, pero aquella extraña gelatina ya había quedado firmemente adherida a su cara.

—Relájese y podrá respirar —dijo Cilghal—. El simbiote actúa como filtro extractor del oxígeno que hay en el agua del mar, y puede seguir haciéndolo durante semanas.

Leia estaba empezando a necesitar desesperadamente un poco de aire. Hizo una profunda inspiración y descubrió que podía inhalar un aire muy limpio que olía a ozono. El oxígeno puro llenó sus pulmones, y cuando dejó escapar el aliento lentamente vio que las burbujas atravesaban la membrana del simbiote sin ninguna dificultad.

Cilghal aplicó un segundo simbiote a su rostro anguloso y después incrustó un diminuto micrófono en la blanda gelatina antes de colocarse un receptor dentro de la oreja.

A continuación entregó a Leia otro par de aquellos diminutos artefactos de comunicación. El micrófono entró en la membrana gelatinosa como si fuera a atravesarla, pero el simbiote enseguida se cerró a su alrededor dejándolo firmemente sujeto. Leia se puso la unidad receptora dentro de la oreja y enseguida oyó con toda nitidez la voz de Cilghal.

—Debe procurar articular con mucha claridad las palabras, pero el sistema proporciona una comunicación muy satisfactoria —dijo Cilghal.

Cilghal la cogió del brazo. Leia pudo sentir el contacto de los dedos de la embajadora, y la sorprendente rejilla del traje le transmitió hasta el último detalle táctil del roce de sus manos palmeadas. Atravesaron el campo de contención juntas y se zambulleron en las profundidades de los océanos de Calamari.

Mientras surcaban velozmente las aguas Leia sintió corrientes cálidas en su frente y alrededor de sus ojos. El simbiote le proporcionaba un suministro de aire continuo y regular, y la extraña tela de aquel traje submarino la mantenía caliente, seca y muy cómoda. Algunos mechones de su cabellera habían escapado de la redecilla improvisada, y bailaban lentamente alrededor de su cabeza mientras avanzaba por las profundidades.

La resplandeciente metrópolis invertida de la Ciudad de la Espuma Vagabunda flotaba detrás de ellas como una gigantesca criatura subacuática con miles de siluetas diminutas agitándose a su alrededor. Leia bajó la mirada hacia el lecho marino y pudo ver resplandores anaranjados y pequeñas ciudades cubiertas con cúpulas que indicaban los lugares en los que los quarrens estaban llevando a cabo sus trabajos de extracción minera de la corteza oceánica. La luz se volvía un poco lechosa por encima de su cabeza al filtrarse a través de las olas que eran agitadas incesantemente por las tormentas.

Leia se mantenía lo más cerca posible de Cilghal mientras sus propulsores las hacían avanzar dejando un chorro de burbujas a su espalda. Cilghal acabó moviendo una mano para señalar una hendidura que se abría en la corteza oceánica y que estaba rodeada por macizos de coral y los tallos rojos y marrones de algas marinas que ondulaban lentamente de un lado a otro.

—Vamos al banco de conocimientos calamariano —le explicó la voz de Cilghal por el diminuto receptor.

Siguieron avanzando en zigzag en el laberinto de protuberancias rocosas recubiertas por las lentas esculturas de los corales y los zarcillos finos como cabellos de las plantas de las profundidades. La velocidad con que se movía el agua se incrementó a medida que los muros de roca iban canalizando las pequeñas corrientes. Bancos de peces multicolores iban y venían por encima de sus cabezas y a su alrededor, y servían de alimento a peces de mayor tamaño que se lanzaban sobre ellos, engullían su presa y volvían rápidamente para seguir alimentándose.

Leia miró hacia delante y vio un gran lecho de conchas, enormes moluscos de caparazones muy lisos y de apariencia casi lustrosa que tendrían un metro de diámetro cada uno. Los caparazones parecían emanar un débil resplandor iridiscente.

Cilghal desconectó su propulsor de repente y Leia la dejó atrás, pasando junto a ella a la velocidad de un cohete antes de que lograra apagar sus toberas. Cilghal empezó a mover sus grandes pies para impulsarse hacia el fondo con suaves movimientos deslizantes.

Leia intentó no quedarse muy atrás mientras se iban aproximando a los enormes moluscos. Cilghal siguió moviendo lentamente los pies para mantener su posición contra la corriente y extendió los brazos a los lados mientras se inclinaba sobre el más grande de los caparazones que formaban la primera hilera del lecho de moluscos. Después empezó a canturrear, produciendo un sonido muy extraño que pareció crear una vibración en las aguas al mismo tiempo que surgía del circuito receptor introducido en la oreja de Leia.

—Tenemos preguntas —dijo Cilghal dirigiéndose a las conchas gigantes—. Solicitamos acceso al conocimiento que ha sido almacenado aquí en la gran acumulación de memorias. Debemos saber si tenéis las respuestas que andamos buscando.

La valva superior del enorme molusco se abrió con un leve crujido. La grieta casi imperceptible que había entre las dos mitades del caparazón se fue haciendo más y más grande y de repente un chorro de luz dorada brotó de ella, como si el tesoro de la claridad solar hubiera sido capturado y mantenido prisionero dentro de aquellas gruesas valvas impenetrables.

Leia estaba tan asombrada que no pudo decir nada. Las dos valvas siguieron separándose cada vez más, y por fin pudo distinguir la blanda masa carnosa que contenían. Leia vio que las protuberancias y circunvoluciones formaban algo más que el cuerpo de un molusco, y comprendió que estaba contemplando los contornos de un cerebro enorme que latía sin cesar y del que emanaba una potente claridad amarilla.

Los oídos de Leia captaron un lento tamborileo transmitido por el agua, y Cilghal se volvió hacia ella.

—Responderán —dijo.

Leia vio cómo hilera tras hilera de moluscos iban abriendo sus caparazones, derramando rayos de una cálida claridad en la angosta cañada subacuática y revelando las enormes masas llenas de surcos y profundas arrugas de otros cerebros colosales.

—Nunca se mueven —dijo Cilghal—. Esperan y escuchan. Están al corriente de todo lo que ocurre en este planeta... y nunca olvidan nada.

Cilghal inició una larga comunión ritual con el banco de conocimientos de los moluscos en un lenguaje lento e hipnótico. Leia siguió flotando junto a ella y la

observó, perpleja y un poco inquieta.

Cilghal acabó retrocediendo, moviendo sus manos-aleta hacia adelante y hacia atrás mientras se alejaba lentamente del banco. Los moluscos cerraron sus conchas y ocultaron la luz dorada que había disipado las sombras del desfiladero subacuático.

La repentina oscuridad que había vuelto a adueñarse de las profundidades hizo que Leia apenas pudiera ver nada, pero las palabras de la embajadora le llegaron con toda nitidez a través del receptor de su oreja.

—Me han dicho dónde podemos encontrarle.

Leia no pudo detectar ninguna emoción en la voz firme y serena de Cilghal, pero sintió que una punzada de excitación recorría todo su cuerpo.

Se dieron la vuelta para empezar a subir, y Leia volvió la mirada hacia el borde de la cañada..., y se quedó paralizada al ver una silueta tan esbelta y letal como una nave de ataque imperial suspendida encima de ella. Era una gigantesca criatura viva con un cuerpo muy largo en forma de bala, aletas con protuberancias espinosas y una boca llena de colmillos. A cada lado de la boca brotaba un manojo de tentáculos que se movían lentamente, y cada tentáculo terminaba en un par de pinzas cuyos bordes interiores estaban tan afilados como navajas de afeitar.

Leia empezó a nadar frenéticamente hacia atrás, pero Cilghal la agarró por el hombro y tiró de ella haciéndola bajar.

—Un krakana —dijo.

El monstruo pareció percibir las burbujas provocadas por la agitación de Leia. El jadeo de terror que escapó de los labios de Leia hizo que el simbiote emitiera un chorro de burbujas, pero Cilghal seguía sujetándola con firmeza impidiéndole moverse.

—¿Nos atacará? —murmuró Leia por el micrófono.

—Lo hará si nos detecta —respondió Cilghal—. El krakana es capaz de comer cualquier cosa.

—¿Entonces qué... ? —empezó a decir Leia. —No nos encontrará.

Cilghal parecía excesivamente tranquila. Los peces se alejaban frenéticamente de la silueta en forma de torpedo del depredador, pero Cilghal daba la impresión de estar concentrándose.

—No, se alimentará con ese pez de ahí... —dijo Cilghal moviendo una de sus grandes manos-aleta—. El kieler de las rayas azules y amarillas será su presa. Después se lanzará sobre ese pez anaranjado más pequeño del centro del banco. Para aquel entonces los otros peces ya habrán huido, y el krakana seguirá su camino. Entonces podremos marcharnos.

—¿Cómo sabe todo eso? —preguntó Leia, agarrándose a un promontorio de coral que sobresalía al lado del abismo.

—Lo sé —dijo Cilghal—. Es una pequeña habilidad que poseo.

Leia contempló con horrorizada fascinación cómo el krakana salía disparado hacia delante, surgiendo inesperadamente desde abajo y desplegando su masa de tentáculos para atrapar al kieler de rayas azules y amarillas, haciéndolo pedazos antes de llenarse la boca repleta de colmillos con ellos.

Cuando el monstruo hubo conseguido capturar al pez anaranjado, el resto del banco ya se había esfumado en los rincones ocultos de la hendidura o había huido a las inmensas extensiones de aguas abiertas del océano. El krakana se alejó lentamente y reanudó su incesante deambular por las profundidades, siempre en busca de un nuevo alimento.

Leia miró a Cilghal, asombrada ante aquella extraña capacidad presciente de la que acababa de dar muestra, pero la embajadora calamariana se limitó a apretarle suavemente el brazo antes de volver a conectar su mochila propulsora.

—Ahora debemos ir en busca de Ackbar —dijo.



Leia y Cilghal se acercaron un poco más a la agitada superficie del océano después de haber pasado varias horas deslizándose bajo las olas. Los árboles marinos de troncos coriáceos recorridos por vetas iridiscentes de tonos azules y rojos que se alzaban a su alrededor ondulaban en la corriente, agitados por la tempestad que seguía desencadenándose sobre las aguas.

Los grandes tallos-tronco de los árboles marinos formaban un bosque en continuo movimiento alrededor de ellas, y en la espesura había miles de peces de formas extrañas, crustáceos y criaturas con tentáculos. La gran mayoría era de pequeñas dimensiones, pero otros proyectaban sombras enormes mientras iban y venían por entre los troncos alimentándose con los frutosvejiga llenos de aire que mantenían a flote toda aquella densa masa de vegetación.

—Cuando Ackbar era más joven tenía una pequeña morada en los bosques de árboles marinos —dijo Cilghal—. Los peces han detectado su regreso. Su memoria no retiene los acontecimientos durante mucho tiempo, pero han ido pasando la noticia de una criatura a otra hasta que llegó al banco de conocimientos de los moluscos.

Leia llevaba tanto rato nadando que empezaban a dolerle los brazos y las piernas a pesar de que la maravillosa tela de aquel traje también parecía ser capaz de revitalizar sus músculos.

—Lo único que quiero es hablar con él —dijo.

No tardó en ver alzarse ante ella una esfera hecha de plástiacero recubierta de algas y helechos que habían ido creciendo poco a poco alimentados por la corriente que se deslizaba incesantemente sobre la estructura. Grandes válvulas de equipos para la recirculación del agua, sistemas desalinizadores y mirillas redondas puntuaban los espacios abiertos en las curvaturas de los muros, y había una cubierta que parecía tan limpia y reluciente como si se la hubiese frotado hacía poco. La masa oval de un sumergible blanco provisto de una masa de brazos articulados oscilaba lentamente al final del cable que la unía a un extremo de la cubierta.

Leia emergió a la superficie bajo el azote del viento y la lluvia sin dejar de respirar ni un momento a través de su simbionte. Cilghal tiró de su brazo indicándole que debía volver a sumergirse.

—La entrada estará abajo —dijo.

Descendieron unos metros. El módulo de alojamiento estaba anclado mediante gruesos troncos de árbol marino que impedían el que se alejara a la deriva, aunque su peso no bastaba para evitar una leve oscilación. Había trampas y redes flotando en el agua, y algunas contenían diminutos peces verdosos que podían atravesar sin dificultad los agujeros de la malla. Los rayos de luz que brotaban del interior del módulo se perdían en las profundidades, hundiéndose velozmente como otras tantas

lanzas acuosas.

Encontraron una abertura que parecía una gran boca en el fondo del módulo. Cilghal fue la primera en cruzar el campo de retención, y Leia la siguió sintiendo cómo sus hombros rozaban el reborde metálico. Su cabeza entró en el oscuro interior del módulo y Leia se quitó el simbiote, se sacudió y contempló el pequeño recinto que se había convertido en el hogar de Ackbar.

Ackbar se levantó del banco de piedra de flujo tallada en el que había estado sentado y contempló con expresión alarmada cómo Cilghal y Leia salían del océano. La sorpresa le había dejado sin habla. El cuerpo de Leia chorreó agua durante unos momentos hasta que la maravillosa tela del traje la absorbió y logró disiparla en sus finísimas capas de micro fibras.

Leia lanzó un suspiro de alivio al ver a Ackbar, pero captó la repentina incomodidad que le producía su presencia... y algo más. Todos los discursos que había ensayado tantas veces se le escaparon repentinamente como si fuesen chorros de agua de mar que caían al suelo. Leia y Ackbar permanecieron inmóviles y en silencio, y se miraron fijamente durante un momento que pareció hacerse muy largo hasta que Leia se recobró lo suficiente para hablar.

—Me alegra mucho que le hayamos encontrado, almirante Ackbar —dijo.

—Leia... —murmuró Ackbar. Extendió las manos delante de él, y después las retiró como si no supiera qué hacer—. Creo que nos hemos visto en dos ocasiones, embajadora —añadió volviéndose hacia Cilghal.

—Y en ambas me sentí muy honrada, almirante —replicó Cilghal.

—Le ruego que me llame Ackbar. Ya no ostento ese rango.

Su morada era como una gran burbuja sólida con protuberancias para sentarse, pedestales que servían de mesas y huecos para guardar objetos. Las posesiones de Ackbar se hallaban desperdigadas por todas partes, pero la parte de atrás del recinto estaba pulcramente ordenada y muy limpia, como si Ackbar hubiera empezado a reparar y organizar meticulosamente todo aquel caos concentrando sus esfuerzos en un metro cuadrado antes de ocuparse del siguiente.

Ackbar movió una mano-aleta señalando las luces del área que servía como cocina, donde un guiso que desprendía un olor delicioso burbujeaba encima de un calentador.

—¿Queréis compartir mi cena? —preguntó—. No voy a insultar a una Jedi en potencia preguntándote cómo me habéis encontrado..., pero sí me gustaría saber qué te ha hecho venir desde Coruscant.

Un rato después estaban terminando sus cuencos de pescado estofado, que había sido preparado de una manera sencilla pero deliciosa. Leia masticó la tierna carne, tragó otro bocado y se lamió los labios para saborear el cosquilleo entre dulce y abrasador de las especias calamarianas.

Había estado intentando hacer acopio de valor desde que se sentaron a cenar, pero fue Ackbar quien acabó sacando a relucir el tema que la había traído hasta allí.

—Todavía no me has explicado por qué estáis aquí, Leia —dijo.

Leia respiró hondo y se irguió en su asiento.

—Para hablar con usted, almi... Eh... Para hablar con usted, Ackbar, y para hacerle la misma pregunta. ¿Por qué está aquí?

Ackbar pareció no querer comprender su pregunta.

—Éste es mi hogar.

Leia sintió una punzada de frustración, pero aún no estaba dispuesta a rendirse.

—Ya sé que éste es su mundo natal, pero hay muchos otros que le necesitan. La Nueva República...

Ackbar se puso en pie, le dio la espalda y empezó a recoger los cuencos vacíos.

—Mi pueblo también me necesita —dijo—. La destrucción ha sido terrible. Ha habido tantas muertes...

Leia se preguntó si se estaría refiriendo a los ataques imperiales padecidos por Calamari o a su colisión con la Catedral de los Vientos.

—Mon Mothma se está muriendo —dijo de repente, siguiendo sus impulsos antes de que la cautela pudiera hacerla cambiar de parecer.

Cilghal se irguió en la reacción más brusca que Leia había presenciado hasta aquel momento en la siempre impasible embajadora.

Ackbar hizo girar sus ojos llenos de cansancio para mirarla y dejó los cuencos del estofado sobre la mesa.

—¿Cómo puedes estar segura de eso?

—Una enfermedad consuntiva la está royendo por dentro —respondió Leia—. Los androides médicos y los expertos no han encontrado nada que explique su estado, pero está agonizando. Su aspecto empeora a cada día que pasa. Ackbar... Usted la vio antes de irse, ¿no? Bien, pues Mon Mothma está ocultando los peores estragos de la enfermedad con maquillaje para disimular hasta qué punto se encuentra mal.

—Necesitamos que vuelva, almirante.

Leia había utilizado su rango deliberadamente. Se inclinó sobre la mesita de Ackbar y le miró fijamente, implorándole con sus grandes ojos oscuros.

—Lo siento, Leia —dijo Ackbar meneando la cabeza, y señaló su equipo y la parte del módulo impecablemente ordenada que servía como zona de trabajo—. Tengo cosas muy importantes que hacer aquí... Mi planeta sufrió daños muy graves durante los ataques imperiales, y se han producido muchas perturbaciones tectónicas. He decidido que debo averiguar si la corteza del planeta se ha vuelto inestable. Necesito acumular más datos. Mi gente podría estar en peligro... No se perderán más vidas por mi culpa.

Cilghal volvía la cabeza de un lado a otro, presenciando la discusión sin decir

nada.

—No puede permitir que la Nueva República se desmorone meramente porque se siente culpable, almirante —dijo Leia—. Hay muchas vidas en juego en toda la galaxia.

Pero Ackbar se removió nerviosamente, como si estuviera intentando no escuchar las palabras de Leia y quisiera impedir que entraran en sus oídos.

—Hay tanto trabajo por hacer que no puedo perder ni un instante más —dijo—. Cuando llegasteis me estaba preparando para instalar unos cuantos sensores sísmicos. —Ackbar fue hacia un estante lleno de equipo electrónico—. Os ruego que me dejéis solo.

Leia se apresuró a ponerse en pie.

—Le ayudaremos a instalar sus sensores, almirante —dijo.

Ackbar vaciló, como si se sintiera solo, pero no se atreviera a aceptar la compañía que le estaba ofreciendo Leia. Después se volvió lentamente hacia ella, y su mirada se posó primero en Leia y luego en Cilghal.

—Me sentiría muy honrado si me ayudarais —dijo—. Mi sumergible puede llevarnos a los tres. —Sus enormes ojos llenos de tristeza parpadearon—. Vuestra compañía me resulta muy agradable... aunque me estás pidiendo algo a lo que quizá me sea imposible acceder.

Leia se instaló en el asiento de la pequeña cabina, se puso el arnés de seguridad y observó cómo el agua empezaba a agitarse alrededor de las mirillas superiores. El mar engulló al sumergible y fueron descendiendo hacia el bosque de árboles marinos, bajando poco a poco hasta que el océano pareció convertirse en gigantescos paneles de cristal ahumado verde oscuro que se alzaban a su alrededor. Leia contempló con respetuoso asombro cómo Ackbar pilotaba el sumergible por entre las colosales columnas rocosas y los gruesos amasijos de algas que parecían cables de amarre.

Las flores subacuáticas desplegaban toda una gama de rojos y azules iridiscentes para atraer a veloces criaturas que entraban y salían continuamente de la vegetación. Un pececillo se acercó demasiado a una flor de colores abigarrados y los pétalos se contrajeron de repente igual que un puño, atrapando a su presa y engulléndola de golpe.

—Apenas he empezado a instalar mi red detectora de sismos —dijo Ackbar como si quisiera desviar el curso de la conversación—. He colocado la parrilla de base debajo de mi módulo, pero he de extenderla hasta el bosque de árboles marinos para obtener mediciones sónicas de alta resolución.

—Está haciendo un trabajo que tiene una gran importancia para nuestro planeta, almirante, y le felicito por ello —dijo Cilghal.

A Leia le divirtió ver que la embajadora seguía utilizando el antiguo título militar de Ackbar, aunque no pudo decidir si lo hacía deliberadamente o era inconsciente de

ello.

—Debemos dedicar nuestra vida a hacer cosas importantes —dijo Ackbar.

Después se quedó callado y pareció envolverse en un infranqueable muro de silencio. El equipo sísmico colocado al lado de las redes y los cestos para la cosecha marina vacíos, crujía y chirriaba de vez en cuando detrás de ellos.

Leia carraspeó para aclararse la garganta.

—Sé lo que debe de estar sintiendo en estos momentos, Ackbar —dijo, intentando que su voz sonara lo más suave posible—. Yo también estaba allí, ¿recuerda?

—Te agradezco tus palabras. Leia, pero no puedes comprender lo que siento. ¿Acaso estabas pilotando el caza B cuando se estrelló? ¿Eres responsable de centenares de muertes? —Ackbar meneó la cabeza con expresión entristecida—. ¿Oyes sus voces llamándote cada noche en tus sueños?

Ackbar encendió las luces de profundidad del sumergible y un haz en forma de cono hendió las aguas por delante de ellos. El embudo de iluminación parecía rebotar en los peces multicolores y los macizos de algas marinas.

—No puede esconderse en Calamari eternamente —dijo Leia, guiada más por su intuición que por un conocimiento racional. Ackbar seguía negándose a mirarla.

—No me estoy escondiendo —replicó—. Tengo un trabajo que hacer, y es un trabajo muy importante.

Siguieron descendiendo hacia el fondo arenoso del océano hasta encontrarse muy cerca de uno de los nudosos troncos de los árboles marinos. Promontorios redondeados de roca oscura surgían de la arena lechosa. Una capa de algas alisaba cada superficie haciendo que el fondo del océano pareciese blando y acogedor. Ackbar se inclinó hacia adelante para escrutar la penumbra, buscando un lugar estable en el que colocar otro sensor sísmico.

—Quizá sea un trabajo muy importante, pero no es su trabajo —siguió diciendo Leia—. Hay muchos calamarianos que estarían dispuestos a llevar a cabo esa investigación, almirante. ¿Está preparado para enfrentarse a una tarea semejante sin la ayuda de nadie? ¿Recuerda ese antiguo proverbio que usted solía citar cuando yo me quejaba de que las reuniones del Consejo no servían para nada? «Muchos ojos ven lo que uno solo no puede ver» ¿No cree que sería preferible que compartiese sus preocupaciones con un equipo de especialistas? Bien, pues...

Cilghal la interrumpió de repente al inclinarse hacia adelante para señalar unas placas curvas de metal medio enterradas en la arena que parecían pertenecer a la estructura interna de una especie de módulo de salvamento.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Los bordes estaban corroídos, y había algas creciendo en las grietas y hendiduras más profundas.

—Quizá sean los restos de una nave que naufragó —dijo Ackbar. Cilghal asintió.

—Cuando los imperiales intentaron esclavizarnos nos resistimos, naturalmente —dijo—. Muchas naves nuestras yacen debajo de las aguas.

Ackbar metió las manos en los guantes de control remoto de las garras metálicas automatizadas que podían extenderse desde la proa del pequeño sumergible. Los movimientos bruscos y espasmódicos de los brazos mecánicos recordaron a Leia al temible monstruo llamado krakana que había visto en los alrededores del banco de conocimientos de los moluscos.

—Si esos restos llevan años estables aquí, debe de ser un buen sitio para colocar otro conjunto de sensores —dijo Ackbar.

Leia siguió contemplando los brazos externos y vio cómo Ackbar sacaba un recipiente del compartimento de almacenamiento exterior del casco del sumergible. Después Ackbar descendió un poco más hasta que el movimiento de los motores creó chorros de arena blanquecina que subieron poco a poco hacia ellos, como en una tempestad de polvo de Tatooine vista a cámara lenta. Las ágiles garras robóticas colocaron el cilindro en posición vertical sobre el fondo del océano.

Ackbar invirtió el sentido de giro de las hélices, alejó el sumergible del sensor y pulsó el botón activador mientras estiraba el cuello para poder ver mejor por la mirilla delantera. El recipiente sísmico hizo estallar su diminuta carga explosiva con un sonido casi inaudible acompañado por una vibración que Leia pudo sentir a través del casco del sumergible. Una varilla muy larga se hundió en el suelo del océano al mismo tiempo que el recipiente desplegaba una red de sensores secundarios, que se esparcieron alrededor del núcleo de una manera tan simétrica como las partículas de una estrella fugaz.

—Ahora enviaremos una señal de prueba —dijo Ackbar.

Hizo subir el sumergible a través de la densa vegetación del bosque de árboles marinos impulsándolo hacia arriba con un zumbido de los motores, y fue avanzando lo bastante despacio para que la proa pudiera ir apartando los tallos de apariencia plumosa y hacer que resbalaran sobre la superficie del casco.

Leia se estaba removiendo en su asiento, ensayando una frase detrás de otra y descartándolas rápidamente porque todas le parecían huecas y nada convincentes.

—Almirante, usted sabe mejor que nadie lo importante que es contar con el liderazgo adecuado y hacer que todo el mundo aporte sus esfuerzos dirigiéndolos hacia una meta común —dijo por fin—. Usted ayudó a organizar un grupo de rebeldes procedentes de cien planetas distintos, lo convirtió en una flota unida que fue capaz de derrotar al Imperio y guió a esos rebeldes mientras formaban un nuevo gobierno.

Ackbar permitió que el sumergible flotase a la deriva y se volvió hacia ella. Leia se apresuró a seguir hablando con la esperanza de poder convencerle antes de que

Ackbar tuviera tiempo de oponerle nuevos argumentos.

—Al menos venga conmigo a Coruscant y hable con Mon Mothma —dijo—. Usted y yo llevamos muchos años formando parte del mismo equipo... No puede quedarse a un lado cruzado de brazos viendo cómo la Nueva República se desintegra.

Ackbar suspiró y volvió a coger los controles. Las ramas de los árboles marinos se agitaban lentamente de un lado a otro golpeando las ventanillas de observación.

—Bien, al parecer me conoces mejor de lo que pensaba —dijo por fin—. Yo...

Una alarma empezó a sonar de repente en el panel de control. Ackbar reaccionó rápidamente pero sin perder la calma, y fue reduciendo la velocidad del sumergible.

—Esto es bastante interesante —dijo después de haber echado un vistazo a las dos lecturas del sensor estereoscópico, que estaban bastante separadas para que sus ojos de calamariano pudieran verlas sin dificultad.

—¿De qué se trata? —preguntó Leia.

—Hay otra masa metálica de grandes dimensiones entre la vegetación por encima de nosotros.

—Quizá formara parte de esa nave —dijo Cilghal.

—Si algo cayó en el bosque de árboles marinos, podría pasarse toda la eternidad aquí —dijo Ackbar, y reanudó el avance.

Cuando distinguió el contorno de una gran estructura con muchas patas envuelta por los árboles marinos y medio recubierta de algas, Leia pensó que era alguna especie de forma de vida alienígena. Un instante después reconoció la cabeza elíptica achatada, el núcleo corporal segmentado del que brotaban los brazos mecánicos articulados y la superficie de un negro mate.

Había visto algo parecido en el planeta helado de Hoth cuando Han Solo y Chewbacca se habían encontrado con el androide de exploración imperial.

—Almirante... —empezó a decir.

—Ya lo veo —dijo Ackbar—. Es un Arakyd Víbora de la serie Probot de exploración... El Imperio envió millares a todos los rincones de la galaxia para descubrir las bases de los rebeldes.

—Debió de llegar a Calamari hace años —dijo Cilghal—. Los restos que encontramos más abajo eran su módulo de descenso.

Ackbar asintió.

—Pero el androide de exploración se enredó en la vegetación marina cuando intentó subir a la superficie —dijo—. Sus sistemas automáticos debieron de desactivarse.

Acercó el sumergible un poco más y deslizó el haz luminoso por encima del blindaje del androide.

Pero cuando el haz luminoso cayó sobre la cabeza redondeada del artefacto, toda la hilera de ojos redondos se encendió de repente.

—¡Se ha activado! —exclamó Leia.

Un instante después pudo oír el estridente zumbido de unos potentes generadores cuando el androide de exploración empezó a moverse de nuevo. La cabeza giró sobre su eje y dirigió su propio haz luminoso hacia el sumergible.

Ackbar invirtió la rotación de las hélices, pero el probot extendió sus patas de araña terminadas en garras antes de que el sumergible hubiera podido alejarse. Los brazos mecánicos aferraron una de las aletas redondeadas del sumergible. La cabeza del androide de exploración volvió a girar lentamente intentando centrar las miras de sus cañones láser, pero la vegetación de los árboles marinos se enredó en sus articulaciones.

Ackbar puso los motores a máxima potencia en un intento de huir, pero sólo consiguió llevarse consigo al androide de exploración, liberándolo de las tiras de algas que lo habían mantenido aprisionado durante años.

Ackbar metió sus manos-aleta en los guantes que controlaban los brazos articulados del sumergible. Alzó dos de las herramientas mecánicas segmentadas y empezó a luchar con las temibles garras negras del androide de exploración que se habían aferrado al casco.

Un chorro de parloteo subespacial envuelto en estática brotó de repente de los altavoces de la unidad de comunicaciones. El androide de exploración acababa de emitir alguna clase de potente señal codificada, y la larga cadena de datos salió disparada hacia el espacio mientras la máquina mortífera seguía enfrentándose al sumergible de Ackbar.

El androide negro por fin consiguió hacer girar su cabeza y fue moviendo sus cañones láser hacia el sumergible.

Ackbar disparó los chorros laterales, haciendo que el sumergible y el androide de exploración girasen bruscamente un instante antes de que una andanada de rayos láser pasara chirriando junto a ellos y abriera un repentino túnel de vapor entre las aguas. Después Ackbar tiró de los guantes de control y se dispuso a utilizar otro de sus brazos—herramienta, un pequeño láser de corte.

La punta del cortador láser se iluminó con un resplandor incandescente poniéndose al rojo blanco y Ackbar lo movió sobre la garra metálica del androide de exploración que estaba sujetando el casco, cortando el plásticero y liberándoles. Ackbar hizo retroceder el sumergible y volvió a alzar el cortador láser justo cuando el androide de exploración giraba para lanzar una segunda andanada de disparos láser.

Leia sabía que estaban perdidos. No podían escapar. El cortador láser no podría hacer nada contra el armamento inmensamente superior del probot y, a diferencia de Luke, Leia había avanzado tan poco en su adiestramiento Jedi que ni siquiera era capaz de utilizar la Fuerza para crear una pequeña defensa. Pero Ackbar, que seguía impasible y no había perdido el control de sí mismo, disparó dos ráfagas de fuego



láser contra la cabeza del androide de exploración intentando cegar sus sensores ópticos. Los haces de baja intensidad dieron en el blanco...

Y el probot estalló de repente. Cegadoras oleadas concéntricas de luz hicieron que el sumergible saliera despedido hacia atrás girando locamente sobre sí mismo. Aquella explosión totalmente inesperada hizo que todos se vieran arrojados contra los respaldos, y Leia sintió cómo las tiras de seguridad de su asiento se tensaban automáticamente alrededor de ella. La onda expansiva recorrió todo el casco, haciendo vibrar el interior del sumergible con un sonido muy parecido al de un gong. Una nube de burbujas, polvo y pequeños fragmentos hirvió a su alrededor durante unos momentos. Los grandes trozos de madera en que se habían convertido los árboles marinos destrozados por la detonación fueron descendiendo lentamente hacia el fondo del océano.

—¡El androide de exploración se ha autodestruido! —gritó Cilghal—. Pero si no teníamos ninguna posibilidad contra él...

Leia se acordó de la conjetura que Han había expuesto en Hoth.

—Los androides de exploración han sido programados para autodestruirse cuando exista el riesgo de que los datos que han recogido puedan caer en manos enemigas —explicó.

Ackbar por fin consiguió estabilizar el sumergible deteniendo su rotación. Cuatro de los brazos mecánicos que brotaban de la proa del sumergible habían sido arrancados, y lo único que quedaba de ellos era los bordes irregulares del metal desgarrado y los circuitos destrozados.

Ackbar expulsó el contenido de uno de los tanques de lastre y el sumergible fue subiendo hacia la superficie. Leia vio que había tres grietas delgadas como cabellos en la ventanilla de transpariacero, y comprendió lo cerca que habían estado de perecer aplastados por la onda expansiva.

—Pero el probot ya había enviado su señal —dijo Cilghal—. La oímos antes de que se autodestruyera.

Leia sintió cómo el puño helado del miedo se tensaba alrededor de su estómago, pero Ackbar no parecía considerar que hubiera ningún peligro.

—Ese androide de exploración llevaba allí diez años o más, y estoy casi seguro de que el código ya había quedado totalmente anticuado —dijo—. Aunque los imperiales siguieran siendo capaces de entender su mensaje, ¿quién puede estar ahí fuera para escucharlo?

Sus tres Destruyores Estelares ya estaban a salvo ocultos entre las islas ionizadas de la Nebulosa del Caldero, y la almirante Daala se había retirado a sus aposentos para estudiar las tácticas que iba a emplear.

Se sentó rígidamente en un cómodo sillón, negándose a relajarse en aquel ambiente cálido y acogedor. Un exceso de comodidad siempre hacía que Daala se sintiera claramente incómoda.

La imagen holográfica del Gran Moff Tarkin compartía la penumbra de la habitación con ella, y todos los años transcurridos no la habían hecho cambiar en lo más mínimo. La delgada silueta de aquel hombre que había sido tan duro como el acero estaba presentando sus conferencias y sus comunicados en forma de grabaciones holográficas, y Daala ya las había visto docenas de veces.

Daala aprovechó la intimidad que le ofrecían sus aposentos para permitirse echar de menos a la única persona de la Academia Militar Imperial que había sido capaz de percibir su talento. Tarkin había elevado su rango al de almirante, convirtiéndola —al menos que ella supiese— en la mujer de más alta graduación de todas las fuerzas armadas imperiales.

Daala había repasado en muchas ocasiones las grabaciones de Tarkin durante sus años de exilio en la Instalación de las Fauces, pero en aquellos momentos las estaba estudiando con gran atención. Sus cejas se fruncieron hasta quedar unidas, y sus luminosos ojos verdes se entrecerraron mientras se concentraba en cada palabra que salía de los labios de Tarkin, buscando algún consejo indispensable para asegurar el éxito de su guerra privada contra la Rebelión.

«Eliminar una docena de pequeñas amenazas siempre resulta más sencillo que acabar con un centro de desafío bien sólidamente establecido —estaba diciendo la imagen holográfica en un discurso pronunciado durante una visita a Carida en la que había explicado la "Doctrina Tarkin"—. Gobernad mediante el miedo que inspira la fuerza en vez de mediante la misma fuerza. Si utilizamos nuestro poderío con prudencia y sabiduría, intimidaremos a millares de planetas con el ejemplo de unos cuantos seleccionados entre ellos.»

Daala rebobinó la holocinta para volver a escuchar las palabras de Tarkin mientras pensaba que a su mente le había faltado muy poco para comprender algo de una importancia crucial, pero el timbre de la puerta la interrumpió.

—Luces —dijo mientras alargaba la mano para desconectar el holoprojector.

La corpulenta silueta del comandante Kratas permanecía rígidamente inmóvil delante de su puerta con las manos unidas a la espalda. Kratas estaba intentando disimular una sonrisa de satisfacción, pero la expresión escapaba a su control y se revelaba en un pequeño tic facial y en la leve inclinación hacia arriba de sus labios,

tan delgados que resultaban casi invisibles.

—¿Sí, comandante? —preguntó Daala—. ¿Qué ocurre?

—Hemos interceptado una señal —dijo Kratas—. Al parecer procede de un androide de exploración imperial que ha transmitido datos codificados recogidos en un importante planeta rebelde llamado Calamari en el que se encuentran algunos de los astilleros más importantes de la Alianza. No tenemos ninguna forma de averiguar la antigüedad de la información.

Daala enarcó las cejas y permitió que sus pálidos labios se curvaran en una sonrisa. Alzó las dos manos para recoger su cabellera del color del metal fundido detrás de los hombros y sintió el chisporroteo de la electricidad estática entre las yemas de sus dedos, como si la excitación que se había empezado a adueñar de ella fuese lo bastante intensa como para generar diminutas descargas de energía.

—¿Está seguro de que la transmisión es auténtica? —preguntó—. ¿Hacia dónde iba dirigida?

—Era una señal de amplio espectro, almirante. Mi hipótesis es que esos androides de exploración fueron dispersados con una gran amplitud y de manera aleatoria, por lo que nunca conocerían la situación de ningún Destructor Estelar determinado cuando transmitieran su información.

—¿Y no podría ser una falsificación enviada por los rebeldes? Quizá se trate de una trampa.

—No lo creo. El código era muy complicado. De hecho, no conseguimos descifrarlo hasta que no efectuamos una nueva comparación con uno de los códigos que nos entregó el Gran Moff Tarkin durante su última visita a la Instalación de las Fauces.

—Excelente, comandante —dijo Daala, y deslizó las palmas de las manos sobre la tela gris verdosa de los pantalones de su uniforme como queriendo alisar unas arrugas inexistentes—. Estábamos buscando un nuevo objetivo que atacar, y si esos astilleros son tan importantes como dice... Bueno, entonces Calamari parece un buen candidato. Supongo que es un objetivo tan bueno como cualquier otro. Quiero que usted y los capitanes de las otras dos naves se reúnan conmigo en la sala de guerra. Preparen los Destrucción Estelares para la partida inmediata, recarguen todas las baterías turboláser y aprovisionen a los cazas TIE.

—Esta vez seguiremos la estrategia del Gran Moff Tarkin al pie de la letra —añadió Daala, puntuando sus palabras con movimientos del dedo índice como si acuchillase el aire—. Que todo el mundo repase las grabaciones del Gran Moff Tarkin. No quiero errores, ¿entendido? El ataque debe ser impecable.

Daala salió al pasillo y atenuó las luces. Sus dos guardaespaldas de las tropas de asalto se colocaron inmediatamente detrás de ella, y los tacones de sus botas golpearon el suelo creando un mismo eco sin un solo segundo de diferencia.

—Se acabaron los entrenamientos —dijo Daala mirando a Kratas—. Después de nuestro ataque, el planeta Calamari no será más que un montón de escombros.

Leia estaba pilotando el deslizador acuático de cabina abierta de Ackbar, y el casco avanzaba velozmente sobre los océanos de Calamari. El cielo seguía pareciendo una sopa congelada de nubes oscuras, pero la tormenta del día anterior por fin había acabado disipando sus energías. El viento continuaba siendo bastante fresco y lanzaba gotitas de espumilla salada sobre sus rostros, pero Leia no pudo evitar sonreír con alivio al pensar que Ackbar había accedido a ir a Coruscant con ella, aunque sólo para hablar con Mon Mothma.

Leia y Cilghal estaban llevándole de vuelta a la Ciudad de la Espuma Vagabunda, donde Ackbar podría entregar sus datos sísmicos a los científicos calamarianos. Ackbar estaba sentado en el banco trasero del deslizador acuático y parecía muy inquieto e intranquilo, como si no se sintiera nada seguro de sí mismo.

El hemisferio lleno de protuberancias de la ciudad calamariana era tan grande que parecía una isla de color gris metálico. Pequeños vehículos acuáticos entraban y salían de ella, recogiendo redes y volviendo rápidamente hacia las aberturas de acceso.

Ackbar se irguió en su asiento.

—¡Escucha! —exclamó.

Leia aguzó el oído, y de repente oyó el gemido estridente de una alarma imponiéndose al estrépito del viento y las olas. Cogió la unidad de comunicación y pulsó los botones que la pondrían en contacto con el centro de control de la Ciudad de la Espuma Vagabunda.

—Aquí el deslizador acuático diecisiete-cero-uno-siete —dijo—. ¿Cuál es la causa de la alarma?

Un telón de luz deslumbrante se abrió paso a través de las nubes antes de que Leia hubiera podido recibir una respuesta y hendió la superficie del océano muy cerca de la ciudad flotante. Géiseres de agua repentinamente vaporizada salieron disparados hacia el cielo con un siseo ahogado.

—¡Son turboláseres! —gritó Leia.

Ackbar se agarró a la borda del deslizador.

—Están disparando contra nosotros desde una órbita muy baja —dijo.

—Las compuertas de oleaje se están cerrando —dijo de repente una voz calamariana increíblemente firme y tranquila por el sistema de comunicaciones—. Todos los ciudadanos deben ponerse a cubierto inmediatamente. Repetimos, las compuertas de oleaje se están cerrando...

La gran mayoría de vehículos acuáticos ya había desaparecido por los distintos orificios de acceso esparcidos sobre el casco de la Ciudad de la Espuma Vagabunda. Los que no habían podido llegar a las compuertas abandonaron sus vehículos y

saltaron por la borda para bajar nadando hasta las entradas sumergidas.

Muchas compuertas ya se habían cerrado con su peculiar movimiento de bocas que se deslizaban en diagonal. Leia enfiló la proa del deslizador hacia una de las entradas que aún no se habían cerrado y aceleró al máximo. El repentino empujón hacia atrás hizo que los tres fueran arrojados contra el respaldo de sus asientos.

Un escuadrón entero de cazas y bombarderos TIE apareció de repente sobre ellos como una bandada de aves carroñeras de cuerpos angulosos y filos cortantes como navajas. El escuadrón inició un picado muy pronunciado, descendiendo a toda velocidad entre el alarido ensordecedor de los motores iónicos gemelos.

Los bombarderos TIE lanzaron cargas de energía que estallaron en el mar produciendo enormes olas y nubes de espuma. Los cazas TIE pasaron rugiendo sobre la Ciudad de la Espuma Vagabunda, sembrando el caos y la destrucción con sus cañones láser. Lanzas de luz verdosa dibujaron un tapiz humeante sobre el casco de la ciudad.

Una ola lanzó un muro de agua contra el deslizador. Leia luchó desesperadamente para no perder el control del vehículo, pero no redujo la velocidad y mantuvo los ojos clavados en las compuertas de oleaje que habían empezado a cerrarse. Si no conseguían meterse por aquel hueco cada vez más reducido, quedarían atrapados en la superficie del océano y se convertirían en blancos indefensos del bombardeo imperial.

—Dejamos apostado un escuadrón de cazas B para que defendiera los astilleros orbitales —dijo Ackbar—. ¿Dónde están? He de averiguar qué está ocurriendo allí arriba...

—Quizá tienen asuntos más urgentes de los que ocuparse —dijo Cilghal, y su voz sonaba tan firme y tranquila como siempre.

—¡Aguantad! —gritó Leia, y disparó los chorros impulsores de emergencia.

El deslizador subió un metro más por encima de la superficie del océano, y salió disparado hacia adelante en un último esfuerzo desesperado para atravesar el hueco entre las compuertas. Leia se agachó mientras veía cómo las puertas de metal seguían avanzando en diagonal, acercándose cada vez más la una a la otra...

El afilado reborde de plástiacero de la entrada rozó el casco del deslizador cuando Leia logró hacerlo pasar por encima de la gruesa compuerta metálica, y un instante después se encontraron a salvo en el túnel iluminado por las tiras verdosas. El vehículo había estado viajando a una velocidad tan grande que incluso ese pequeño impacto bastó para que empezara a dar tumbos. Leia luchó con los controles e intentó reducir la velocidad mientras el deslizador chocaba primero con una pared y luego con la otra, provocando diluvios de chispas con cada colisión. Leia por fin logró detenerlo, y las compuertas de oleaje se cerraron detrás de ellos con un estrépito ensordecedor.

Leia salió del deslizador después de haberse asegurado que los tres se encontraban ilesos. Podía oír el repetido retumbar de las explosiones causadas por los bombarderos TIE y los estridentes alaridos que acompañaban a cada disparo de los cañones láser, una cacofonía de ruidos tan terrible que lograba atravesar incluso el grueso blindaje de la ciudad flotante.

Ackbar dio la espalda al deslizador averiado y se volvió hacia Cilghal.

—Lléveme al centro de control inmediatamente —dijo—. Quiero establecer conexión con las fuerzas de defensa orbital. —Ya parecía más despierto y más lleno de energías—. Si puedo averiguar qué está ocurriendo, quizá consiga dar con alguna forma de ayudarnos a todos.

—Sí, almirante —dijo Cilghal, y Leia volvió a preguntarse si había utilizado su rango de manera deliberada.

Las luces de alarma se encendían y se apagaban y el gemir de las sirenas creaba ecos en los pasillos serpenteantes por los que echaron a correr. Se encontraron con varios grupos de quarrens cuyos rostros tentaculados dejaban escapar burbujeantes chorros de exclamaciones mientras descendían a toda prisa por los pozos de acceso que llevaban a los niveles subacuáticos. Leia estaba segura de que habían empezado a abandonar la estructura de la ciudad, y que bajarían nadando a las profundidades del océano hasta que se creyeran a salvo.

Cilghal extendió el brazo hacia las puertas de un turboascensor, y otros calamarianos corrieron hacia ella en un intento desesperado de llegar hasta la protección que ofrecía el recinto interno de la ciudad. Cilghal reaccionó alzando la voz por primera vez desde que Leia la había conocido.

—¡Abrid paso al almirante Ackbar! —gritó—. Tenemos que llegar al Centro de Mando.

—Ackbar... —repitieron varios calamarianos, haciéndose a un lado para dejarle pasar—. ¡Almirante Ackbar!

Ackbar parecía más alto y erguido, y en su rostro ya no se veía aquella expresión de tristeza acosada que se había adueñado de él desde el accidente en Vórtice. Leia sabía que todos los calamarianos recordaban la horrible pesadilla de los ataques imperiales..., pero si existía alguien capaz de montar una defensa con los escasos recursos de que disponían, no cabía duda de que era Ackbar.

El turboascensor abrió sus puertas en el nivel del Centro de Mando y la embajadora Cilghal les guió. Después utilizó sus códigos de acceso diplomático para que pudieran entrar en el núcleo de la Ciudad de la Espuma Vagabunda, y unos instantes después se encontraron rodeados por el caos que se había adueñado del Centro de Mando.

Siete expertos en tácticas calamarianos estaban sentados en los puestos de mando contemplando la batalla que se desarrollaba en los cielos por encima de sus cabezas.

En el centro de la sala había un diagrama holográfico del planeta y su luna suspendido entre puntitos de luz que representaban a las formaciones defensivas de cazas.

Leia contempló con estupor los dos Destruidores Estelares que orbitaban el planeta, flotando el uno al lado del otro mientras lanzaban descargas de sus baterías turboláser contra el océano. Los escuadrones de cazas TIE seguían atacando la Ciudad de la Espuma Vagabunda. Los visores externos mostraban los agujeros humeantes que habían aparecido allí donde las bombas de protones habían atravesado el blindaje defensivo de la ciudad. Los láseres defensivos de la ciudad flotante lanzaban sus haces hacia los cielos eliminando una nave detrás de otra..., pero siempre aparecían más atacantes.

El comandante de la ciudad dio la espalda a su puesto, giró con un movimiento tambaleante hacia ellos y los vio por primera vez.

—¡Almirante Ackbar! Tiene que ayudarnos en las operaciones defensivas, señor... Me pongo a sus órdenes.

—Necesito una evaluación táctica de la situación actual —dijo Ackbar yendo hacia la proyección holográfica.

—Llévame hasta el sistema de comunicaciones, Cilghal —dijo Leia, alzando la voz para hacerse oír por encima de la confusión—. Puedo utilizar mis códigos de prioridad para solicitar ayuda militar de la Nueva República. Si empleo una frecuencia lo bastante baja, los códigos podrán abrirse paso a través de cualquier pantalla de interferencias emitida por esos Destruidores Estelares.

—¿Cree que sus navíos de combate podrán llegar aquí a tiempo? —preguntó Cilghal.

—Eso dependerá de cuánto rato seamos capaces de seguir defendiéndonos —respondió Leia.

Leia no podía ver ninguna emoción en el rostro de Cilghal, pero cuando le respondió sí pudo captar una sombra de orgullo en su voz.

—Mon Calamari se liberó de la primera ocupación imperial utilizando únicamente herramientas y equipo científico. Ahora contamos con armas de verdad, y podremos mantenerles a raya todo el tiempo que sea necesario. —Cilghal movió una mano-aleta señalando un panel de control cercano—. Puede utilizar ese puesto de comunicaciones para enviar su mensaje.

Leia corrió hacia el panel y tecleó los códigos de alta prioridad que enviarían una señal codificada en forma de haz restringido directamente a Coruscant.

—Aquí la ministra Leia Organa Solo —dijo—. El planeta Calamari está siendo atacado por dos Destruidores Estelares del Imperio. Solicitamos ayuda inmediata... Repito, ¡solicitamos ayuda inmediata! Si no llegan pronto, no hará falta que se molesten en venir.

El comandante de la ciudad metió una mano palmeada en el diagrama holográfico que mostraba el desarrollo de la batalla.

—Hemos colocado todo el escuadrón de cazas B en esta zona para defender los astilleros porque pensamos que serían el objetivo con más probabilidades de ser atacado —empezó a explicar—. Pero los Destruidores Estelares se pusieron en órbita alrededor del planeta nada más salir del hiperespacio y empezaron a atacar las ciudades flotantes. En estos momentos los dos Destruidores Estelares están concentrando toda su potencia de fuego sobre la Ciudad Arrecife del Hogar. Han dejado dos escuadrones de cazas y bombarderos TIE para que sigan atacando nuestra ciudad, y tres escuadrones más están bombardeando Abismos de Coral.

—Hemos perdido todo contacto con Arrecife del Hogar, comandante —dijo uno de los expertos en táctica alzando la mirada sin apartar la mano-aleta del micrófono que llevaba dentro de la oreja—. Según sus últimas transmisiones había un mínimo de quince brechas distintas en el casco exterior, y el agua estaba entrando en cantidades considerables. La última imagen mostraba una explosión de grandes dimensiones. El análisis de la estática parece indicar que toda la ciudad ha sido destruida.

Un gemido de consternación recorrió todo el Centro de Mando.

—Me disponía a retirar defensas de los astilleros para atacar los Destruidores Estelares —dijo con voz vacilante el comandante de la ciudad.

Ackbar estaba contemplando a los enjambres de cazas B que seguían acosando a los cazas imperiales.

—Una decisión muy acertada, comandante —dijo, pero su mirada seguía clavada en el mapa, la luna y los dos Destruidores Estelares que se encontraban al otro lado del planeta—. Espere un momento... —murmuró—. Hay algo que me resulta muy familiar en todo esto.

Ackbar guardó silencio durante unos momentos y acabó asintiendo muy despacio, como si su enorme cabeza se hubiera vuelto repentinamente demasiado pesada para sus hombros.

—Sí, comandante... Retire todos los cazas B de sus posiciones actuales en los astilleros y envíelos contra los Destruidores Estelares. Deje los astilleros totalmente indefensos.

—¿Cree que es prudente hacerlo, almirante? —preguntó Leia.

—No —replicó Ackbar—. Es una trampa.

La almirante Daala se encontraba en el puente del Destructor Estelar *Gorgona* contemplando cómo la batalla se desarrollaba debajo de ella siguiendo justo el curso que había planeado.

Pensó en lo soberbio que había sido el genio táctico del Gran Moff Tarkin y se sintió invadida por una cálida sensación de orgullo. El *Basilisco* flotaba en órbita



junto a la nave de Daala, dejando un surco de muerte por encima de la superficie de los océanos. Los cazas TIE revoloteaban de un lado a otro como un enjambre de insectos enfurecidos, barriendo la insignificante resistencia que los calamarianos habían conseguido organizar.

Los cazas B rebeldes y algunas de las naves de dimensiones medias que se encontraban en órbita sólo habían resultado ser una molestia menor. El *Gorgona* y el *Basilisco* habían ido llevando a cabo todas las fases del ataque de diversión cuidadosamente coreografiado, y las fuerzas defensivas calamarianas habían reaccionado de la manera esperada, dejándose manipular con tanta facilidad como si fuesen títeres suspendidos de hilos invisibles.

Daala se volvió hacia el oficial de comunicaciones inclinado sobre sus paneles.

—Póngase en contacto con el capitán Brusc del *Mantícora* —dijo—. Las fuerzas calamarianas por fin han dejado indefensos sus astilleros. El *Mantícora* puede iniciar su ataque de inmediato.

Ackbar movía las manos y hablaba muy deprisa, como si supiera que no disponía de mucho tiempo.

—Antes de ser liberado por la Alianza Rebelde yo era ayudante personal del Gran Moff Tarkin —estaba diciendo—. Tarkin siempre disfrutaba enormemente contándome con toda exactitud lo que iba a hacer para esclavizar nuevos mundos. Observándole aprendí los fundamentos tácticos de la guerra espacial, las estrategias favoritas de Tarkin incluidas.

Ackbar movió una mano-aleta señalando las imágenes de los dos Destruidores Estelares.

—Tarkin ha muerto, pero reconozco este truco —siguió diciendo—. Sé qué planea hacer el comandante de esas fuerzas imperiales. ¿Disponemos de una red de sensores al otro lado de la luna?

—No, almirante —dijo el comandante de la ciudad—. Hace unos años estuvimos pensando si debíamos instalarla, pero...

—Ya me lo imaginaba —le interrumpió Ackbar—. Eso quiere decir que no podemos saber qué está ocurriendo allá, ¿verdad?

—Así es.

—¿Adónde quiere llegar, almirante? —preguntó Leia.

—Hay un tercer Destructor Estelar oculto detrás de nuestra luna.

Las palabras de Ackbar hicieron que la mitad de las voces que habían estado oyéndose en la sala hasta aquel momento callaran de repente. Todos se volvieron hacia él y le contemplaron con expresiones asombradas.

—¿Qué pruebas tiene?

Leia intentó usar sus incipientes poderes con la Fuerza para detectar la presencia del enemigo oculto, pero o éste se encontraba demasiado lejos o ella no era lo

suficientemente hábil... o el enemigo no estaba allí.

—Las acciones del comandante de las fuerzas imperiales me dicen todo lo que necesito saber —explicó Ackbar—. Su objetivo principal es el complejo de los astilleros, por supuesto. Unos instantes después de que esos dos Destruidores Estelares salieran del hiperespacio, un tercero emergió también, oculto en la sombra de nuestra luna. El ataque de vanguardia ha sido calculado para atraernos haciendo que nos alejemos de los astilleros, y su objetivo es engañarnos y conseguir que lancemos todas nuestras defensas contra una finta. Cuando el tercer Destructor Estelar aparezca y avance al máximo de velocidad sublumínica que pueden proporcionarle los motores, los astilleros se encontrarán totalmente indefensos. Una sola pasada bastará para que el tercer Destructor Estelar destruya por completo nuestros complejos de construcción de naves sin sufrir prácticamente ninguna pérdida.

—Pero entonces, almirante... ¿Por qué acabamos de retirar todas nuestras fuerzas de los astilleros? —preguntó el comandante de la ciudad.

—Porque ahora va a proporcionarme los códigos de control remoto de esa nave —dijo Ackbar, y movió la cabeza señalando el inmenso hangar espacial en órbita junto al que flotaba el esqueleto del nuevo crucero de batalla a medio construir, el *Marea Estelar*.

—Pero... El *Marea Estelar* todavía no cuenta con ningún sistema de armamento en condiciones de funcionar, señor.

—Pero a menos que esté equivocado sus motores sí pueden funcionar, ¿verdad?

—Sí —dijo el comandante de la ciudad—. Las pruebas de los motores sublumínicos se llevaron a cabo la semana pasada. El núcleo del reactor de hiperimpulsión también ha sido instalado, pero nunca hemos llevado la nave al hiperespacio.

—No es necesario que pueda viajar por el hiperespacio —dijo Ackbar—. ¿Han evacuado a todos los ingenieros de construcción?

—Sí, fueron evacuados a la primera señal de que estábamos siendo atacados.

—Entonces quiero tener acceso al sistema de control remoto de esa nave.

—Almirante... —murmuró el comandante de la ciudad con expresión dubitativa, pero acabó tecleando la secuencia de un código de mando—. Si se tratara de cualquier otro en vez de usted...

Ackbar asumió el mando y entró en el campo donde se proyectaban las imágenes virtuales con un paralaje concebido para ojos telescópicos y muy separados.

La nave a medio construir encendió sus motores y entró en la modalidad de control remoto. El navío de combate desarmado se alejó lentamente de los astilleros orbitales con un rugido inaudible de sus gigantescos motores sublumínicos, y fue acelerando poco a poco a medida que ascendía por el pozo gravitatorio del planeta.

Los motores eran lo suficientemente poderosos como para llevarse consigo todas las estructuras del muelle espacial que estaban conectadas a la nave.

A Ackbar no te importaba. Cuanto más masa hubiera, mejor.

Leia se mordió el labio mientras escuchaba los ecos atronadores del ataque que llegaban desde arriba. Los sensores visuales externos estaban mostrando los daños sufridos por el casco de la Ciudad de la Espuma Vagabunda, y otra oleada de cazas TIE acababa de surgir de los cielos y estaba bajando en un veloz picado para calcinar cualquier superficie expuesta.

Cilghal parecía haber entrado en una especie de trance, y Leia se preguntó si no estaría aturdida ante la ferocidad del ataque y los horribles daños que estaba causando. La embajadora permanecía inmóvil ante las imágenes orbitales que mostraban a los enjambres de cazas, de cazas B defensores y de aparatos TIE atacantes. Leia vio cómo extendía las manos para rozar puntos de luz aparentemente escogidos al azar con las puntas de los dedos.

—Éste. Ahora éste... Ahora este otro —decía Cilghal.

Leia vio cómo la pantalla se iluminaba una fracción de segundo después de que Cilghal hubiera rozado cada punto, y supo que aquellos destellos cegadores indicaban la destrucción de las naves señaladas.

Leia estaba asombrada, y no podía creer que Cilghal hubiera sido capaz de escogerlas con tanta precisión. Pero las habilidades incipientes que le había enseñado Luke le permitieron sentir un tirón impalpable procedente de la embajadora, que estaba llevando a cabo una manipulación instintiva de la Fuerza.

—¿Cómo está haciendo eso? —preguntó, aunque ya sospechaba cuál iba a ser la respuesta.

—Igual que lo hice con el banco de peces —respondió Cilghal en voz baja—. No es más que un truco... Pero ojalá pudiera ponerme en contacto con nuestros cazas. ¡Ése, ése!

Cilghal extendió un largo dedo para ir siguiendo la trayectoria de un caza B que parecía estar a salvo de cualquier peligro en el centro de su escuadrón, pero de repente un caza TIE dañado que había perdido el control atravesó el grupo de naves moviéndose en una veloz espiral y chocó con el caza B que la embajadora calamariana había presentido estaba condenado a la destrucción. Cilghal había hecho exactamente lo mismo con el banco de peces mientras la monstruosa criatura llamada krakana se alimentaba.

La embajadora parecía atónita y muy afectada.

—No hay tiempo suficiente —dijo—. No consigo averiguarlo con la antelación suficiente...

Leia sintió un escalofrío de asombro maravillado que no podía ser disipado ni por toda la furia del ataque imperial. Sabía sin necesidad de llevar a cabo ninguna clase

de examen que Cilghal tenía el potencial de utilizar sus poderes igual que un Jedi. Leia tendría que enviar a Cilghal al centro de adiestramiento que Luke había establecido en Yavin 4..., si lograban sobrevivir al infierno que se había desencadenado sobre Calamari.

Ackbar tenía la sensación de formar parte de la inmensa nave a medio construir que estaba controlando desde el núcleo interno de la Ciudad de la Espuma Vagabunda. No prestaba ninguna atención a la ensordecedora confusión de los informes y las alarmas que sonaban en el Centro de Mando. Todo su cuerpo se había convertido en una extensión del *Marea Estelar*, y Ackbar estaba viendo a través de los ojos mecánicos de los sensores.

Los motores daban cada vez más velocidad al inmenso casco. La luna de Calamari se fue haciendo más grande a medida que Ackbar se aproximaba a ella, y después el *Marea Estelar* empezó a moverse a gran velocidad muy cerca de la superficie sin atmósfera llena de cráteres para llegar al lado oscuro de la luna y salir del radio de acción de los sistemas sensores... allí donde el tercer Destructor Estelar acechaba emboscado.

Ackbar conectó los reactores de hiperimpulsión del *Marea Estelar* y apagó los sistemas automáticos de refrigeración. Las alarmas resonaron por todo su cuerpo cuando las rutinas de advertencia de la nave entraron en acción y empezaron a avisarle con sus alaridos electrónicos. Pero Ackbar aumentó todavía más la salida de potencia e intentó aguantar, manteniendo a raya aquel hervidero de furiosa energía que esperaba impacientemente el momento en que podría escapar del gigantesco navío de combate a medio construir.

Ackbar guió el *Marea Estelar* alrededor de la curvatura de la luna y vio la punta de flecha que era el tercer Destructor Estelar empezando a activar sus baterías de armamento.

—Allí está...

Un instante después el tercer Destructor Estelar detectó la presencia del crucero de combate de Mon Calamari y empezó a descargar un diluvio de haces turboláser sobre él... pero a Ackbar no le importaba en lo más mínimo.

Un haz de energía destruyó un punto de unión en la estructura del muelle espacial que envolvía al *Marea Estelar*, y todo un andamiaje de vigas salió despedido al espacio. Un diluvio de gotitas de metal fundido brotó de las planchas de estribor allí donde un impacto directo había convertido en vapor una buena parte del casco.

Ackbar siguió avanzando a toda velocidad en su misión suicida, yendo en línea recta hacia la garganta del Destructor Estelar. La nave imperial seguía disparando.

Ackbar desactivó los últimos mecanismos de seguridad que mantenían controlado el reactor de hiperimpulsión, que carecía de escudos o protecciones. Faltaban muy pocos segundos para que la reacción que se estaba desarrollando dentro del horno de

energía super-recalentada llegase al punto en el que la explosión sería inevitable.

Después Ackbar se desconectó de la consola de mandos y permitió que las leyes de la física siguieran su curso.

—¡Dígame qué está ocurriendo, capitán Brusc! —gritó la almirante Daala por el sistema de comunicaciones.

El *Mantícora* acababa de iniciar su aceleración triunfal para destruir los astilleros calamarianos cuando de repente todo pareció enloquecer. Las alarmas interrumpieron la transmisión de Daala.

El capitán logró restablecer la conexión y empezó a gritar órdenes.

—¡Hay otra nave, almirante! —dijo Brusc, lanzándole una rápida mirada de soslayo y ardiendo en deseos de dar más órdenes, pero sin atreverse a ignorar del todo a Daala—. Ha surgido de la nada... Debían, de saber que estábamos aquí.

—Eso es imposible —replicó Daala—. No tenían forma alguna de detectarnos. No hemos dejado ningún rastro que pueda ser captado por los sensores. ¡Oficial de comunicaciones! ¡Quiero una conexión inmediata con los sensores tácticos del *Mantícora*!

Daala se inclinó sobre la pantalla y vio su tercer Destructor Estelar y la estructura esquelética del crucero estelar calamariano a medio construir. La pesada masa de los andamios de construcción que arrastraba hacía que pareciese ridículamente torpe y lento... pero avanzaba inexorablemente. Daala comprendió al instante la táctica suicida que iba a emplear.

—¡Salga de ahí ahora mismo!

El *Mantícora* viró para alejarse de la trayectoria que seguía el *Marea Estelar*, pero el crucero calamariano se estaba moviendo demasiado deprisa. Las baterías turboláser del *Mantícora* no podían hacer nada para frenar su incontenible avance.

Daala mantuvo la espalda rígida y se obligó a no encogerse sobre sí misma. Tensó las manos alrededor de la fría barandilla del puesto de mando del puente hasta que sus nudillos palidecieron, y le pareció que el plásticero se alejaba a toda velocidad debajo de ella. Su boca reseca se abrió para articular un silencioso alarido de negativa.

El navío de combate calamariano chocó con la parte inferior del casco del *Mantícora*, pero el *Marea Estelar* se convirtió en una pequeña nova una fracción de segundo antes del impacto. La explosión lo desintegró por completo y emitió cegadoras oleadas de energía que hicieron pedazos al *Mantícora*.

La transmisión del capitán Brusc se interrumpió de repente.

Daala dio la espalda a las pantallas, apretando los dientes y negándose a permitir que las lágrimas abrasadoras del fracaso invadieran sus verdes ojos mientras pensaba en todo el armamento, todo el personal y toda la responsabilidad que acababan de ser destruidos.

Después mantuvo la mirada clavada en el espacio, cegada por la deslumbrante explosión doble que surgió detrás de la luna de Calamari creando un eclipse artificial.

Kyp Durrón sentía un júbilo incontenible, y al mismo tiempo tenía la sensación de estar haciendo el ridículo. Los otros estudiantes Jedi habían interrumpido sus ejercicios y habían retrocedido un poco para contemplar cómo se adiestraba.

Kyp mantuvo en equilibrio su cuerpo rodeado por el denso follaje de la jungla mientras sentía cómo el aire cargado de humedad lo envolvía igual que una manta de sudor. Sus pies estaban extendidos en el aire y tenía la espalda rígida, manteniéndose erguido sobre la palma que apoyaba en el suelo. El reborde de su mano se hundió un poco en la blandura de la tierra, y Kyp sintió el roce afilado de los tallos de hierba que habían quedado atrapados entre sus dedos.

Podía mantenerse en equilibrio con menos dificultades encima de un suelo que no estuviera tan lleno de irregularidades, pero aquello hubiese resultado demasiado fácil. Su cabellera oscura colgaba alrededor de su rostro, y las gotitas de transpiración se iban acumulando poco a poco hasta formar hilillos que se deslizaban a lo largo de su cuero cabelludo.

Kyp estaba usando la otra mano para sostener una roca cubierta de musgo que había sacado del suelo. Granitos de polvo y pequeñas pellas de barro se iban desprendiendo de la roca y caían sobre la hierba. Kyp podía mantener la roca en el aire con un esfuerzo muy pequeño gracias a que estaba utilizando la Fuerza para que hiciera la mayor parte del trabajo.

Erredós dejó escapar un pitido de alarma, y Kyp oyó su veloz parloteo electrónico entre las ramas que tenía encima. El joven lo había levitado hasta allí arriba como ejercicio de precalentamiento y bajaría al pequeño androide a su tiempo, pero de momento tenía que seguir manteniendo su intensa concentración.

Kyp eliminó de su mente la presencia de los otros estudiantes Jedi y permitió que sus ojos quedaran entrecerrados mientras se concentraba y alzaba por los aires una rama de árbol desprendida del tronco y cubierta de hongos, arrancándola de un macizo de matorrales de hoja azul y moviéndola hasta colocarla en posición vertical junto a él.

Después dejó escapar muy despacio el aire que había estado conteniendo dentro de sus pulmones y se concentró en mantenerlo todo allí donde estaba en aquellos momentos. El resto del universo empezó a girar alrededor de Kyp. El joven había alcanzado un grado muy elevado de sintonización mental, y de repente sintió una vibración en la Fuerza, una ondulación de asombro y orgullo.

El Maestro Skywalker había venido a ver cómo se ejercitaba.

Kyp sabía cómo captar la presencia de la Fuerza y cómo utilizarla. Era una habilidad natural en él, y el hacerlo le parecía una reacción tan instintiva como lo había sido pilotar el *Triturador de Soles* cuando se encontraba dentro del cúmulo de

agujeros negros. Tenía la sensación de que había pasado toda su vida estando preparado para aquello, pero que no había podido verlo hasta entonces sencillamente porque nunca le habían enseñado cómo utilizar sus capacidades. El Maestro Skywalker por fin le había dado el pequeño empujón inicial que necesitaba, y la nueva capacidad había surgido de la nada y había inundado todo su ser como si una válvula que llevara mucho tiempo cerrada hubiese sido abierta de repente.

Kyp sólo había necesitado poco más de una semana de trabajo intensivo para superar los logros de todos los otros estudiantes Jedi. Se había concentrado en el adiestramiento, y apenas había mantenido contactos con los otros candidatos. Hablaba con muy pocos de ellos, y dedicaba cada momento de su tiempo a reforzar y refinar sus capacidades Jedi, aumentar su concentración y desarrollar una estrecha intimidad con la Fuerza. Siempre estaba persiguiendo al Maestro Skywalker para que le asignara nuevas tareas y le presentara desafíos más grandes, para así poder seguir aprendiendo y avanzar un poco más en la comprensión de la Fuerza.

Mientras permanecía inmóvil rodeado por la jungla y observado por los otros estudiantes, Kyp no consideraba que sus ejercicios fueran una forma de exhibirse para presumir de sus progresos. Le daba igual que el Maestro Skywalker le estuviera viendo o no. Lo único que quería era seguir ampliando los límites de lo que era capaz de hacer. Después de haber completado un conjunto de ejercicios siempre probaba con una rutina más difícil, y añadía desafíos más grandes a los ya superados. Eso le permitiría seguir mejorando.

Cuando estaba prisionero en los niveles de celdas del Destructor Estelar *Gorgona* después de haber sido sentenciado a muerte por la almirante Daala, Kyp se había jurado a sí mismo que nunca se permitiría volver a estar tan indefenso e impotente. Un Jedi nunca se veía reducido a la impotencia, pues la Fuerza procedía de todas las criaturas vivas.

Kyp captó la presencia de las otras formas de vida de la jungla y fue siguiendo las ondulaciones que creaban en el gran tapiz de la Fuerza mientras mantenía el equilibrio. Sus ojos oscuros estaban cerrados, y podía percibir los olores de las plantas, las flores y las pequeñas criaturas de la selva. Enjambres de insectos diminutos giraban alrededor de su cabeza y su cuerpo, pero Kyp los ignoró.

Desplegó sus pensamientos hacia el espacio sideral y sintió las vibraciones de marca de Yavin, el gigante gaseoso, y de sus otras lunas. Se sentía totalmente en paz, una parte más del cosmos entre muchas otras, y se preguntó qué nuevas dificultades podía añadir a su ejercicio de equilibrista. Pero antes de que se le pudiera ocurrir alguna complicación suplementaria, Kyp se dio cuenta de que Erredós estaba siendo sacado de su precaria posición en la copa de un árbol massassi y era bajado lenta y suavemente al suelo. El pequeño androide empezó a emitir pitidos de alivio.

Un instante después Kyp sintió cómo la roca cubierta de musgo era sacada de su



mano por dedos invisibles y vuelta a colocar dentro de la pequeña depresión que había dejado en el suelo. La rama medio podrida también se alejó de él, y acabó en el punto exacto de la capa de restos vegetales acumulada sobre el suelo de la jungla que había estado ocupando antes de que Kyp la hiciese levitar.

Kyp sintió una punzada de irritación ante aquella brusca interrupción de su ejercicio, y abrió los ojos para ver al Maestro Skywalker contemplándole con una sonrisa de orgullo en los labios.

—Muy bien, Kyp —dijo el Maestro Skywalker—. De hecho, ha sido realmente increíble... A veces pienso que ni siquiera Obi-Wan o Yoda habrían sabido qué hacer contigo.

Kyp usó sus capacidades levitatorias para dar la vuelta en el aire y poder caer de pie. Cuando su mirada se encontró con la del Maestro Skywalker, el joven se dio cuenta de que su corazón empezaba a latir más deprisa y se sintió lleno de júbilo y excitación, y de mucha más energía de la que había aprendido a contener dentro de su cuerpo hasta aquel momento.

—¿Qué más puedes enseñarme hoy, Maestro Skywalker? —preguntó con voz entrecortada, parpadeando como si acabara de abrir los ojos para encontrarse con la gran sorpresa del luminoso día de Yavin 4.

Kyp sintió que toda su piel enrojecía, y notó las gotitas de sudor que se desprendían de su oscura cabellera y se deslizaban a lo largo de sus mejillas.

El Maestro Skywalker meneó la cabeza.

—Ya es suficiente por hoy, Kyp.

Los otros candidatos Jedi encorvaron los hombros, visiblemente agotados, y se sentaron a descansar sobre tocones y rocas cubiertas de maleza.

Kyp intentó ocultar su desilusión.

—Pero hay mucho más que aprender —dijo.

—Sí, y una de las cosas que debes aprender es a tener paciencia —respondió el Maestro Skywalker, y a duras penas pudo contener una sonrisa—. La mera capacidad de hacer una cosa no lo es todo: también debes conocer esa cosa, y tienes que dominar cada faceta de ella. Debes comprender de qué manera encaja con todo el resto de tus conocimientos. Si quieres que sea realmente tuya, debes poseerla en su totalidad.

Kyp asintió solemnemente ante aquellas palabras llenas de sabiduría, tal como se esperaba que hicieran todos los estudiantes Jedi. Pero mientras lo hacía se prometió a sí mismo que haría todo lo necesario para conseguir que aquellas nuevas habilidades le pertenecieran de verdad y por completo.

La noche ya estaba muy avanzada, pero Kyp no dormía. Había comido a solas, consumiendo una cena no muy sabrosa pero nutritiva y abundante, y después se había retirado a su fría cámara de paredes de piedra para meditar y practicar las habilidades

que ya había aprendido.

Se concentró, con el tenue brillo de la lamparilla encendida en un rincón como única fuente de claridad, y proyectó su mente hacia el exterior para que buscara en las grietas de todos los bloques de piedra del Gran Templo. Kyp fue siguiendo los ciclos vitales de las tiras de musgo. Encontró y acompañó a los arácnidos diminutos que se movían velozmente por los pasillos y se esfumaban en los lugares oscuros, desapareciendo allí donde el delicado roce de la mente de Kyp no podía seguirlos a través de la negrura para llegar hasta sus hogares ocultos.

Kyp sintió como si acabara de sumergirse en una enorme red formada por seres vivos que expandió su mente y le hizo sentirse insignificante e infinito al mismo tiempo.

Y mientras pensaba y jugueteaba con sus nuevas e incipientes habilidades, captó un repentino desgarrón en la Fuerza, como si una herida negra acabara de abrirse en la estructura del universo. Kyp salió de su estado de concentración y volvió a ser consciente de lo que le rodeaba.

Kyp giró sobre sí mismo y vio una gran sombra que se alzaba detrás de él, una silueta muy alta envuelta en una enorme capa. La habitación estaba sumida en la penumbra, pero aun así la silueta de aquel hombre oscuro parecía intensamente negra, como si fuese un agujero que engullía hasta el más pequeño destello de luz. Kyp no dijo nada, pero mientras seguía observándola vio los diminutos puntitos luminosos de soles muy lejanos parpadeando dentro de los contornos de su misterioso visitante.

—La Fuerza es grande en ti, Kyp Durrón —dijo la silueta que parecía estar hecha de sombras.

Kyp alzó la mirada sin sentir ningún temor. Había estado prisionero y había sido sentenciado a muerte por el Imperio. Había vivido durante más de una década en la tenebrosa negrura de las minas de especia de Kessel. Se había enfrentado a una araña gigante que se alimentaba de energía, y había huido hacia la libertad volando por el interior de un cúmulo de agujeros negros. Pero mientras alzaba la vista hacia aquella imponente silueta de un negro líquido, Kyp se sintió impresionado y lleno de curiosidad.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Podría ser tu maestro —dijo la silueta hecha de oscuridad—. Podría mostrarte muchas cosas que ni siquiera tu Maestro Skywalker entiende.

Kyp sintió un repentino escalofrío de excitación.

—¿Qué cosas?

—Podría revelarte técnicas que se perdieron hace millares de años, ritos secretos y umbrales ocultos que permiten acceder a un poder que ningún débil Maestro Jedi como Luke Skywalker se atreve a tocar. Pero tú eres fuerte. Kyp Durrón... ¿Osarás aprender?

Kyp era temerario e impulsivo, pero confiaba en sus instintos. Siempre le habían servido bien en el pasado.

—No me da miedo aprender —replicó—, pero debes decirme tu nombre. No estoy dispuesto a aprender nada de un hombre que no se atreve a revelar su identidad.

Kyp tuvo la sensación de haber dicho una estupidez casi antes de que las palabras acabaran de salir de sus labios. La silueta hecha de sombras pareció ondular ante él como estremecida por una risa silenciosa, y cuando volvió a hablar su voz retumbante estaba llena de orgullo.

—Fui el más grande de todos los Señores Oscuros del Sith. Soy Exar Kun.

Han entró corriendo en el dormitorio que compartía con Leia, que estaba vacío.

—¡Luces! —gritó con tal ferocidad que los receptores vocales no comprendieron sus palabras. Han se obligó a articular la palabra con una claridad brutal haciendo surgir su voz entre los dientes apretados—. Luces...

La habitación quedó iluminada.

Volvió la cabeza de un lado a otro mientras intentaba acordarse de todo lo que necesitaría coger. Desactivó el bloqueo de la cámara de seguridad codificada que había encima de uno de los armarios, cogió un desintegrador con carga máxima y después agarró una célula de energía extra. Después cogió algo de ropa limpia, y sintió una punzada de dolor cuando vio los vestidos de Leia que seguían dentro de la unidad de almacenamiento esperando a que su esposa los recogiera.

—¡Chewie! —gritó—. Estoy aquí.

Las luces controladas mediante la respuesta vocal se apagaron por alguna razón inexplicable.

—¡Luces! —ordenó secamente Han por tercera vez, frunciendo el ceño con irritación.

Cetrespeó entró en el dormitorio remolcando a dos niños que lloraban con toda la potencia de sus pulmones.

—¿Es realmente necesario que se vaya tan deprisa, amo Han? —preguntó el androide—. Está asustando a los pequeños... ¿Tendría la bondad de explicarme qué está ocurriendo?

Chewbacca lanzó un rugido en la antesala, y Han pudo oír cómo apartaba muebles a manotazos mientras corría hacia el dormitorio. El wookiee se detuvo en el umbral y Han vio que su pelaje amarronado estaba muy desordenado. Chewbacca abrió su enorme boca rosada enseñando los colmillos, y después lanzó un segundo rugido tan ensordecedor que los niños dieron un salto.

Las luces del dormitorio se apagaron por segunda vez. Han vio que Chewbacca llevaba su mortífero arco de energía y un paquete de raciones de emergencia concentradas, lo cual quería decir que ya estaba preparado para la marcha. Han buscó a tientas en la penumbra hasta que consiguió abrir otro pequeño compartimiento empotrado junto al armario y cogió el equipo médico automatizado que se había llevado del *Halcón Milenario*.

—Luces —dijo Cetrespeó sin inmutarse, y el sistema de iluminación le obedeció al instante.

—¿Dónde está Lando, Cetrespeó? —preguntó Han—. Encárgate de dar con él, ¿de acuerdo?

—Está en los hangares de naves espaciales, señor. Me dejó un mensaje

pidiéndome que le dijera que no está nada impresionado con la cantidad de tiempo y atención que usted dedicaba al mantenimiento y reparaciones de su antigua nave.

—Bueno, lo único que puedo decir es que espero por su bien que el *Halcón* esté en condiciones de funcionar —replicó Han.

—¿Dónde está mami? —logró gemir Jaina entre sollozo y sollozo mientras sorbía aire por la nariz haciendo mucho ruido.

Han se quedó tan inmóvil como si acabaran de dispararle un haz aturridor. Después se arrodilló delante de su hijita, la miró y secó las lágrimas de sus mejillas y puso las manos sobre sus diminutos hombros, apretándolos suavemente para tranquilizarla.

—Papá va a ir a rescatarla —dijo.

—¿Rescatarla? ¡Oh, cielos! —exclamó Cetrespeó—. ¿Y por qué necesita ser rescatada el ama Leia? —Chewbacca respondió con un rugido, pero Cetrespeó se limitó a agitar sus manos mecánicas ante él—. No estás ayudando nada, ¿sabes?

Han se volvió hacia el wookiee.

—Esta vez no, viejo amigo —dijo—. Te necesito aquí para que cuides de los niños. Eres el único en quien puedo confiar hasta ese extremo. —Chewbacca respondió con un trompeteo ensordecedor, pero Han meneó la cabeza—. No, todavía no tengo un plan... Lo único que sé es que he de llegar a Calamari antes de que los imperiales destruyan el planeta. No puedo quedarme cruzado de brazos aquí y permitir que Leia se enfrente a ellos sin ayuda.

Han metió lo que necesitaba en un saco de rejilla ultraligera y cogió las raciones de emergencia de las peludas manos de Chewbacca, echándoles un rápido vistazo para asegurarse de que la comida era compatible con los sistemas digestivos humanos.

—¿Cuánto tiempo estará fuera, señor? —preguntó Cetrespeó mientras intentaba impedir que Jacen practicara la escalada dentro de los armarios abiertos.

—El que necesite para rescatar a mi esposa —respondió Han.

Echó a correr hacia la puerta, pero sólo dio dos pasos antes de detenerse. Han giró sobre sí mismo y fue hacia sus dos hijos. Volvió a inclinarse ante ellos y rodeó a Jacen y Jaina con los brazos.

—Portaos bien y no hagáis enfadar a Chewie y Cetrespeó —dijo—. Tenéis que cuidar el uno del otro, ¿entendido?

—Siempre somos muy buenos —respondió Jacen con una sombra de indignación en la voz.

En aquel momento el niño se parecía tanto a Leia que Han sintió una desgarradora punzada de dolor.

—He puesto al día mi programación de cuidado infantil hace poco, señor —dijo Cetrespeó—. No tendremos ningún problema. —El androide dorado empujó

suavemente a los niños intentando llevarlos de vuelta a su habitación—. Vamos, niños. Voy a contaros un cuento muy interesante que os gustará muchísimo...

Jacen y Jaina se echaron a llorar al instante.

Han lanzó una última mirada llena de amor y tristeza a los gemelos y después salió corriendo de allí, deteniéndose sólo el tiempo necesario para poner en su sitio el sillón que Chewbacca había tirado al suelo.

El ciberfusible cayó al suelo de la cabina del *Halcón Milenario* con un tintineo metálico. Lando Calrissian lo contempló con expresión disgustada durante unos momentos, y después se volvió de nuevo hacia los paneles de control.

Había acabado de repasar y mejorar la programación del ordenador de navegación, pero por alguna razón inexplicable eso había hecho que las luces de la cabina dejaran de funcionar. Lando hurgó en la cubeta llena de fusibles viejos que olían a grasa y acabó seleccionando uno de un modelo que le pareció adecuado.

El *Halcón* había sido montado a partir de tantas piezas y sistemas distintos que nunca había podido hacerse una idea exacta de las cantidades de saliva y monofilamentos necesarias para mantenerlo en funcionamiento. Lando se preguntó por enésima vez por qué amaba tanto aquella nave.

Metió el fusible en el hueco, lo activó y movió una hilera de interruptores que permanecieron silenciosos y apagados.

—¡Oh, vamos! —exclamó Lando, y dejó caer la palma de su mano izquierda sobre el panel golpeándolo con fuerza.

Los controles cobraron vida con un zumbido, y una ráfaga de aire frío que olía a productos químicos brotó de los conductos de ventilación. Lando cerró los ojos y dejó escapar un suspiro.

—El viejo procedimiento de reparaciones de emergencia número uno nunca falla —murmuró.

—¡Eh, Lando!

La voz provenía del hangar de reparaciones. Lando no necesitó mirar para saber que Han Solo había venido a desahogarse soltándole unos cuantos gritos.

Estaba cansado, el sudor empezaba a hacer que le picara la piel y se sentía muy frustrado ante la enorme cantidad de tiempo que estaba invirtiendo en conseguir que los sistemas del *Halcón Milenario* estuviesen a la altura de lo que Lando siempre había exigido a sus naves, que era considerable. Dio la espalda a los paneles de control abiertos que estaba inspeccionando y fue por el corto pasillo con sus botas resonando impacientemente sobre las planchas de la cubierta. Llegó a la rampa de entrada y se inclinó para sacar la cabeza por el hueco de la escotilla.

—¡Eh, Lando! —repitió Han.

Echó a correr hacia él, y Lando vio que tenía el rostro enrojecido y que parecía estar muy nervioso. Su oscura cabellera estaba empapada de sudor, y Han avanzó

hacia la nave con la imparable decisión de un androide de construcción imperial.

—Cuando decidimos jugar esa partida de sabacc no me dijiste que este montón de chatarra se encontraba en tan mal estado, Han —dijo Lando frunciendo el ceño.

Han ignoró su comentario y subió corriendo por la rampa con un saco lleno de suministros a la espalda y un desintegrador colgando de la cadera. Lando enarcó las cejas.

—Han...

—Necesito el *Halcón*, Lando, y lo necesito ahora.

Pasó junto a Lando, dejó caer su saco sobre las placas de la cubierta y presionó el control de la rampa de entrada. Lando tuvo que retroceder de un salto mientras los cilindros engrasados tiraban de la larga rampa metálica levantándola hacia la entrada.

—Han, ahora esta nave es mía. No puedes venir aquí como si tal cosa y...

Han fue directamente a la cabina y se dejó caer en el asiento de pilotaje. Lando echó a correr detrás de él.

—¿Qué crees estar haciendo?

Han hizo girar el asiento hacia él y le lanzó una mirada que dejó tan paralizado a Lando como si sus pupilas fueran dos cañones de rayos aturdidores.

—En estos momentos el planeta Calamari está siendo atacado por la almirante Daala —dijo—. Leia está atrapada allí. ¿Vas a ayudarme a rescatarla con el *Halcón*, o he de agarrarte por tu sucio pescuezo y echarte a patadas de la nave?

Lando retrocedió y alzó las manos ante él en un gesto de paz.

—¡Calma, Han, calma! ¿Leia está en apuros? Bueno, pues vamos allá... Pero yo pilotaré, ¿entendido? —Movié una mano señalando el asiento del copiloto—. La nave es mía, ¿de acuerdo?

Han se quitó el arnés de seguridad de bastante mala gana y se instaló en el asiento de la derecha, que normalmente estaba reservado para Chewbacca. Lando activó el sistema de comunicaciones.

—Aquí el *Halcón Milenario* solicitando permiso para partida inmediata —dijo.

Después hizo ascender el carguero ligero modificado sobre sus haces repulsores, lo dejó suspendido en el aire durante unos momentos y conectó los motores sublumínicos en cuanto el Control de Coruscant les concedió el permiso para partir. El *Halcón* salió disparado a través de la atmósfera y puso rumbo hacia las estrellas.

Qwi Xux estaba dando un paseo por las operaciones de reconstrucción de la Catedral de los Vientos en el planeta Vórtice. Wedge Antilles, su acompañante, se había unido a las cuadrillas de limpieza de la Nueva República. Los trabajadores llevaban gruesos guantes para protegerse las manos de los bordes afilados como navajas de afeitar de los fragmentos cristalinos que llevaban a las cubetas de reprocesado, donde quedaban disueltos y servían para sintetizar nuevos materiales de construcción.

Los torbellinos de nubes grisáceas que giraban en el cielo indicaban que la estación de las tormentas ya estaba muy próxima. Los vors no tardarían en buscar el refugio de sus bunkers incrustados en el suelo, y no saldrían de ellos hasta que las tempestades huracanadas se hubieran disipado. Las primeras ráfagas de aire frío ya habían empezado a silbar sobre las llanuras cubiertas de hierba. Qwi temía que su etérea silueta pudiera salir despedida en cualquier momento, arrastrada hacia el cielo por un vendaval repentino que la reuniría con los habitantes del planeta, aquellas criaturas de alas tan delicadas como encajes.

Los vors se mantenían bastante alejados de los equipos de la Nueva República, y estaban trabajando en el lugar donde se había alzado la catedral destruida. Habían empezado a reforzar los cimientos y se preparaban para erigir un nuevo complejo de torres musicales huecas. Los alienígenas no parecían estar siguiendo ningún plan concreto, y se habían limitado a responder con el silencio cuando los ingenieros de la Nueva República solicitaron que les permitieran estudiar los diagramas arquitectónicos.

Qwi estaba contemplando toda aquella actividad deseando poder ayudar de alguna manera. Los vors no habían pedido ayuda a la Nueva República, y de hecho apenas habían reaccionado ante ella. Habían aceptado la presencia de los nuevos trabajadores y habían seguido con su proyecto, que avanzaba a una velocidad increíble. Los seres alados parecían estar totalmente desprovistos de emociones, y no sólo no habían amenazado con romper las relaciones diplomáticas sino que ni siquiera habían presentado una protesta formal. Era como si comprendiesen que la Nueva República era su amiga y que sólo deseaba ayudarles, pero la raza parecía sufrir una especie de aturdimiento colectivo y daba la impresión de ser totalmente incapaz de reanudar las actividades normales hasta que su Catedral de los Vientos volviera a cantar.

Mientras caminaba por entre los fragmentos dispersos de las tuberías de cristal, Qwi encontró un delgado tubito que se había desprendido de uno de los conductos de las torres de mayor altura donde se producían las notas más agudas. Qwi se inclinó y lo cogió con sus largos y esbeltos dedos, manipulándolo con mucho cuidado para evitar los afilados bordes.

El viento soplaba a su alrededor, haciendo ondular la tela de su chaqueta y agitando los delicados mechones de color perlino muy parecidos a plumas que cubrían su cabeza. Qwi contempló aquella flauta diminuta. Cuando estaba en la Instalación de las Fauces solía programar sus ordenadores utilizando notas musicales, silbando y canturreando para activar las subrutinas de programación. Llevaba mucho tiempo sin tocar...

Wedge y dos trabajadores tropezaron y dejaron caer al suelo un gran trozo de tubo cristalino que se hizo añicos. Wedge soltó un grito, y todos los miembros de la



cuadrilla se apresuraron a apartarse para escapar del diluvio de fragmentos.

Los vors emprendieron el vuelo tan de repente como si fueran una bandada de aves dominada por el pánico, obviamente alarmados por los sonidos de cristales rotos.

Qwi se llevó la flauta a la boca y tragó aire, sintiendo la fría suavidad del cristal en sus labios azulados. Sopló por el extremo que estaba intacto y mantuvo un dedo sobre uno de los agujeros, permitiendo que una vacilante nota de prueba se deslizara a lo largo del tubo. Qwi emitió una segunda nota y una tercera, y fue empezando a hacerse una idea de las canciones que podían llegar a surgir de la flauta de cristal.

Plantó sólidamente los pies entre los fragmentos de cristal medio aplastados que cubrían el suelo para resistir los embates del viento, y empezó a tocar. Necesitó hacer varios intentos para dar la forma que deseaba a las notas, pero no tardó en cerrar sus grandes ojos color índigo y permitió que la música saliese de ella y empezara a fluir.

Los vors aletearon por los aires acercándose a ella y trazaron círculos sobre su cabeza. Algunos se posaron sobre los tallos de hierba color lavanda agitados por el viento muy cerca de ella y volvieron sus rostros angulosos hacia Qwi, moviendo velozmente sus párpados coriáceos sobre aquellos ojos sin pupilas que eran tan negros como la obsidiana. Los vors estaban escuchándola.

Qwi pensó en la destrucción de la Catedral de los Vientos, la pérdida de aquella estructura tan enorme que había sido un monumento colosal y una obra de arte al mismo tiempo, y en las muertes de muchos vors, y la música se fue volviendo más quejumbrosa y melancólica. Qwi también estaba viendo en su mente los paisajes de Omwat, su mundo natal, y empezó a recordar el lejano día de su infancia en que Moff Tarkin la había llevado a un hábitat orbital de adiestramiento para que ella y otros niños de Omwat que tenían un gran talento pudieran ver cómo destruía los complejos parecidos a colmenas en los que vivían sus familias cada vez que alguno de ellos no conseguía superar un examen.

La música brotaba de la flauta, subiendo y bajando de tono en elegantes ondulaciones melódicas. Qwi podía oír el aleteo de las alas de los vors por encima del sonido de las notas y del viento. Parpadeó nerviosamente y alzó la mirada hacia su silencioso auditorio, pero siguió tocando.

Wedge dejó a los trabajadores de la Nueva República a los que había estado ayudando y fue corriendo hacia Qwi para averiguar si necesitaba ayuda. Los otros ingenieros humanos no tardaron en darse cuenta de la atención que había atraído.

Qwi dejó de tocar cuando vio venir a Wedge, que jadeaba y tenía los ojos desorbitados por el asombro. Qwi le miró, hizo una profunda inspiración y bajó la flauta de cristal.

Los vors que la rodeaban permanecieron en silencio. No apartaban la mirada de ella, y movían lentamente sus alas para mantener el equilibrio. Sus rostros estaban

cubiertos por una armadura coriácea segmentada que ocultaba todas las expresiones. Qwi abrió la boca, pero no se le ocurrió nada que decir.

Un vor muy corpulento, que estaba claro era alguna especie de líder de clan, fue hacia Qwi y extendió la mano pidiéndole la flauta.

Qwi, que todavía estaba bastante nerviosa, depositó el delicado instrumento sobre la dura piel parecida al cuero de su palma.

El vor cerró la mano con un gesto tan repentino como violento y aplastó la flauta. El delgado cristal quedó hecho añicos, y el vor abrió la mano y dejó que cayeran al suelo. Hilillos de sangre casi imperceptibles empezaron a aparecer en la palma de su mano.

—No más música —dijo.

Todos los vors que la habían estado escuchando desplegaron las alas de repente y se lanzaron a los vientos, alejándose a toda velocidad para volver al lugar en el que estaban construyendo la nueva Catedral de los Vientos.

El líder siguió contemplándola durante unos momentos.

—No hasta que hayamos acabado aquí —dijo, y emprendió el vuelo para reunirse con los otros vors.

Han Solo estaba atrapado en el hiperespacio y no podía hacer nada salvo esperar. No podía hacer que el tiempo transcurriese más deprisa.

Han estaba yendo y viniendo por la sala de reposo, contemplando el maltrecho tablero de juegos holográfico y recordando la primera vez que había visto jugar a Cetrespeó con Chewbacca. Por aquel entonces todavía no conocía a Leia. Luke Skywalker sólo era un joven granjero de humedad que soñaba con vivir grandes aventuras y Obi-Wan Kenobi no era más que un viejo chiflado. Ah, si hubiera sabido cómo iba a cambiar su vida después de aquel día en la cantina de Mos Eisley... Han se preguntó si habría corrido el riesgo de aceptar a aquellos dos pasajeros con sus androides para llevarlos a Alderaan si hubiese sabido lo que iba a ocurrir después.

Pero si se hubiera negado a llevarlos hasta allí nunca habría llegado a conocer a Leia, naturalmente, y nunca se habría casado con ella. No habría tenido tres hijos, y no habría ayudado a derrotar al Imperio. «Oh, sí —pensó—. Lo he pasado bastante mal y me he metido en muchos líos, desde luego, pero aun así volvería a hacer exactamente lo mismo que hice entonces...»

Y Leia estaba corriendo un gran peligro.

Lando salió de la cabina.

—He puesto el piloto automático —dijo. Miró a Han, y vio su expresión abatida y llena de tristeza—. ¿Por qué no descansas un rato, Han? Venga, a ver si conseguimos distraernos durante unos minutos... Eh, ¿qué te parece si jugamos unas cuantas manos de... sabacc? —preguntó de repente como si la idea acabara de surgir en su cabeza, enarcando las cejas y obsequiándole con una de sus típicas sonrisas radiantes.

Han se preguntó si su amigo estaría intentando animarle, y decidió averiguar si realmente hablaba en serio.

—No me apetece jugar al sabacc —dijo—. Y además supongo que no estarías dispuesto a apostar mi nave, ¿verdad? —añadió, sentándose y bajando la voz.

Lando torció el gesto.

—Es mi nave, Han.

Han se inclinó sobre el tablero holográfico.

—No por mucho tiempo, viejo amigo... ¿O es que no te atreves a jugar unas cuantas manos conmigo?

El *Halcón* surcaba velozmente el hiperespacio guiado por el piloto automático, sin saber que se estaba decidiendo a quién pertenecería en el futuro.

Han contempló sus cartas y sintió el cosquilleo de las gotitas de sudor que perlaban su nuca. Lando, que se enorgullecía de su soberbia impasibilidad a la hora de tirarse faroles, estaba mostrando preocupación e inquietud. Han vio cómo se limpiaba la frente con la mano por tercera vez en otros tantos minutos.

El ordenador que iba anotando los tanteos respectivos indicaba que estaban empatados a noventa y cuatro puntos. El tiempo estaba transcurriendo a toda velocidad, y Han se había concentrado hasta tal extremo en el juego que llevaba por lo menos quince segundos sin pensar en la desesperada situación de Leia.

—¿Cómo sé que no has programado alguna clase de truco en las cartas? —preguntó Lando de repente, contemplando las delgadas láminas metálicas al tiempo que mantenía ocultas las imágenes a los ojos de Han.

—Fuiste tú quien sugirió que jugáramos, viejo amigo —replicó Han—. Es mi vieja baraja, desde luego, pero la examinaste antes de empezar. Son cartas limpias, y no hay ningún truco. —Han permitió que una sonrisa se fuera extendiendo lentamente por sus labios—. Y esta vez no habrá ningún cambio de reglas repentino durante la última mano.

Han esperó un segundo más, y después tomó la iniciativa haciendo una mueca de impaciencia.

—Me quedo con tres —dijo.

Dejó dos cartas boca abajo en el centro del campo de aleatoriedad. Después pulsó el botón de barrido para cambiar el valor y el palo de las cartas, y las sacó del campo para averiguar cuáles eran sus nuevas cartas.

Lando extendió dos cartas hacia el campo, pareció pensárselo mejor, se mordió el labio inferior y acabó alargando otra carta más. Han se sintió invadido por el júbilo. La mano de Lando era todavía peor que la suya.

El corazón de Han estaba latiendo a toda velocidad. Tenía una escalera de báculos de valor bajo sin figuras, pero si conseguía vencer a Lando entonces la mano de su oponente le proporcionaría los puntos suficientes para superar el umbral de

puntuación fijado. Lando clavó la mirada en sus cartas. Sus labios estaban curvados en una media sonrisa, pero Han tuvo la impresión de que la sonrisa era más bien forzada.

—Adelante —dijo, y fue poniendo sus cartas encima de la plataforma una por una.

—¿Obtengo puntos extra por tener una mano totalmente aleatoria? —preguntó Lando. Después suspiró, apoyó los codos sobre la mesa y frunció el ceño.

Han golpeó su escalera de sabacc con la palma de la mano.

—¡El *Halcón* vuelve a ser mío!

Lando sonrió, como si el haber perdido la nave no fuera algo tan terrible después de todo y aquella derrota también tuviera su parte buena.

—Al menos lo recuperas en mejor estado —dijo.

Han le dio una palmada en la espalda, fue a la cabina casi bailando y se dejó caer lentamente en el asiento de pilotaje mientras exhalaba un suspiro de satisfacción.

«Ahora sólo me falta llegar a tiempo para salvar a Leia, y podré decir que ha sido un día perfecto», pensó.

Kyp Durrón estaba avanzando a través de la exuberante selva de Yavin 4, intentando encontrar senderos ocultos por donde la frondosa vegetación estuviese lo bastante separada para permitirle pasar. Sabía con toda exactitud dónde tenía que ir. El espíritu oscuro de Exar Kun se lo había mostrado.

El movimiento de la espesura hizo que una bandada de avesreptiles depredadores emprendieran el vuelo lanzando estridentes chillidos y abandonando los restos ensangrentados de una presa a la que habían arrastrado por entre la maleza.

Dorsk 81, el compañero que le había tocado en suerte, avanzaba con paso torpe y tambaleante detrás de él. El delgado alienígena de piel sin vello parecía tolerar mucho peor que Kyp aquel aire saturado de humedad y las pendientes que debían escalar.

Una salamandra lanuda que parecía una bola de pelaje purpúreo se escabulló a lo largo del amasijo de ramas y copas de los árboles massassi que se extendía por encima de sus cabezas. Dorsk 81 alzó la mirada y pareció sobresaltarse, pero Kyp ya había detectado la presencia del animal hacía varios minutos y había percibido su pánico irracional y el progresivo aumento de la indecisión que había acabado obligándole a huir.

Kyp se limpió el sudor de los ojos y meneó la cabeza esparciendo un pequeño diluvio de gotitas de transpiración. Después entrecerró los ojos y siguió avanzando todavía más deprisa que antes, sabiendo que ya casi habían llegado a su destino a pesar de que Dorsk 81 aún no tenía ni idea de que estuvieran tan cerca.

Insectos y pequeñas criaturas siempre dispuestas a picar o morder zumbaban y se agitaban a su alrededor, pero ninguno molestaba a Kyp. Estaba emitiendo una sombra consciente de miedo y nerviosismo que rodeaba todo su cuerpo, con el resultado de que las formas de vida inferiores no tenían ningún deseo de aproximarse a él. Exar Kun también le había enseñado aquel pequeño truco.

Dorsk 81 abrió su boca sin labios, jadeando mientras intentaba seguir el vigoroso avance de Kyp y no quedarse rezagado. Su piel entre amarillenta y verde aceituna no mostraba la más mínima señal o irregularidad, su nariz era achatada y sus orejas estaban tan pegadas al cráneo como si alguien hubiera diseñado su raza dentro de un túnel de viento. El alienígena parecía estarlo pasando bastante mal. Sus ojos, mucho más separados que los de un humano, no paraban de parpadear, y su rostro brillaba a causa de la película de transpiración que lo cubría.

—No fui criado para esto —dijo Dorsk 81.

Kyp aflojó el paso, pero no lo suficiente como para que eso supusiera un auténtico alivio para su compañero. Aun así, cuando habló procuró suavizar el tono de la réplica que había acudido a sus labios de una manera casi instintiva.

—No fuiste criado para nada aparte de la burocracia y una vida cómoda —dijo—.

No entiendo cómo se las ha arreglado el planeta Khomm para poder sobrevivir sin cambios durante mil años, o qué razón pudieron tener sus habitantes para querer que así fuese.

Dorsk 81 no pareció ofenderse y siguió a Kyp.

—Nuestra sociedad y nuestro nivel genético alcanzaron la perfección hace un milenio, o por lo menos eso es lo que decidimos en aquel momento —dijo—. Queríamos evitar que se produjeran cambios indeseables, por lo que detuvimos el progreso de nuestra cultura en ese estadio. Tomamos nuestra raza perfecta, y empezamos a clonar a los individuos para no correr el riesgo de que surgieran anomalías genéticas.

»Yo soy el clon número ochenta y uno de Dorsk. Las ochenta generaciones que me han precedido fueron idénticas, desempeñaron los mismos trabajos con el mismo nivel de habilidad y mantuvieron nuestro nivel de perfección sin que se produjera ningún retroceso. —Dorsk 81 frunció el ceño y rebasó a Kyp con un repentino y sorprendente derroche de energías, concentrando todas las fuerzas que poseía en la tarea de abrirse paso a través de la densa vegetación—. Pero yo fui un fracaso —añadió—. Era distinto.

Kyp movió una mano señalando un macizo de espinos negros cuyo aspecto no lo distinguía en nada de los otros macizos, detectando un camino relativamente fácil de recorrer en el laberinto invisible.

—Posees el potencial de llegar a convertirte en un Caballero Jedi —dijo—. ¿Cómo puedes considerar que eso es un fracaso?

Dorsk 81 logró salir de la maraña de tallos y hojas en la que había quedado atrapado. Los jugos de las bayas y los pétalos de flores que había aplastado al debatirse le habían manchado el uniforme.

—Ser distinto resulta... inquietante —dijo.

—Sí, pero a veces es maravilloso saber que puedes alzarte por encima de los que están atrapados debajo de ti —replicó Kyp, hablando en parte para sí mismo y en parte para su compañero.

Se agachó para meterse por el túnel de follaje y masas de musgo colgante. Insectos diminutos revolotearon por la penumbra alejándose de su rostro, y de repente todas aquellas sombras le hicieron pensar en la negrura de las minas de especia de Kessel en las que se había visto obligado a trabajar como esclavo.

»El Imperio destrozó mi vida —dijo—. Mis padres eran disidentes políticos. Conmemoraron el aniversario de la Masacre de Ghorman, y protestaron cuando Alderaan fue destruido... pero por aquel entonces el Emperador ya estaba harto de objeciones políticas y había decidido no seguir tolerándolas.

»Un grupo de soldados de las tropas de asalto llegó en plena noche, y echó abajo la puerta de nuestra casa en la colonia de Deyer. Detuvieron a mis padres...

Dispararon sus haces aturdidores contra ellos delante de nuestros ojos, dejándolos paralizados para que cayeran al suelo retorciéndose. Mi padre ni siquiera pudo cerrar los ojos... Las lágrimas bajaban por sus mejillas, pero sus brazos y sus piernas seguían temblando. No podía levantarse. Los soldados de las tropas de asalto se lo llevaron a rastras, y después se llevaron a mi madre.

»Mi hermano Zeth era cinco años mayor que yo. Se lo llevaron. Creo que por aquel entonces sólo tenía catorce años... Le pusieron esposas aturdidoras. Lo sacaron de la casa a patadas, y después me dispararon con sus pistolas paralizantes.

»Algún tiempo después me enteré de que Zeth había sido llevado a la Academia Militar Imperial de Carida. Mis padres y yo fuimos internados en la Institución Penitenciaria de Kessel, donde tuvimos que trabajar en las minas de especia. Pasaba casi todos mis días sumido en una oscuridad prácticamente absoluta porque cualquier rayo de luz que entre en los pozos de las minas echa a perder los cristales de especia. Mis padres murieron pocos años después.

»Tuve que cuidar de mí mismo incluso cuando los prisioneros se amotinaron y tomaron el control de la Institución Penitenciaria. El señor del crimen de Kessel, Moruth Doole, arrojó a los imperiales capturados a las profundidades de las minas de especia. Doole dejó en libertad a algunos prisioneros..., pero no fueron muchos y yo no estaba entre ellos. El cambio de amos no impidió que siguiéramos siendo esclavos.

Dorsk 81 le contempló con sus relucientes pupilas de alienígena extrañamente separadas.

—¿Cómo escapaste? —preguntó.

—Han Solo me rescató —respondió Kyp, y el recuerdo dulcificó su voz—. Robamos una lanzadera y huimos hacia el cúmulo de agujeros negros. Nos metimos en él y una vez dentro nos tropezamos con una instalación de investigación imperial secreta, y allí fuimos capturados de nuevo..., esta vez por la almirante Daala y su flota de Destruidores Estelares. Han logró sacarnos de allí después de que Daala me hubiera sentenciado a muerte.

La ira se adueñó de él, llenando su cabeza con un zumbido ensordecedor y haciéndole sentirse más fuerte. Kyp sintió esa nueva fuerza y empezó a alimentarse con ella.

—Supongo que ahora podrás comprender por qué odio tanto a los imperiales —siguió diciendo—. Parece como si en cada nueva fase de mi existencia tuviera que encontrarme con el Imperio, que siempre ha intentado esclavizarme y arrebatarme esos derechos y placeres de los que pueden disfrutar otras formas de vida.

—No puedes luchar contra el Imperio tú solo —dijo Dorsk 81.

Kyp tardó unos momentos en responder.

—Quizá todavía no —dijo por fin.

Kyp apartó un macizo de ramas de hoja azul antes de que Dorsk 81 pudiera decir

nada. La Fuerza le dijo que por fin habían llegado, y Kyp sintió cómo su electrizante escalofrío de excitación recorría su columna vertebral.

—Éste es nuestro destino —murmuró.

La jungla se abría ante ellos para ser sustituida por una laguna circular que brillaba con una claridad tan intensa como si fuese un enorme espejo de mercurio y se hallaba totalmente libre de ondulaciones. En el centro del lago había una pequeña isla dominada por una pirámide de obsidiana, una estructura gigantesca con una hendidura central y ángulos que parecían tan afilados como navajas y que no habían sido afectados en lo más mínimo por el paso del tiempo y la intemperie, y sobre la que se veían las inconfundibles señales y adornos típicos de la arquitectura massassi. Era otro templo, el mismo que Gantoris y Streen habían encontrado hacía varias semanas, pero Luke Skywalker todavía no lo había explorado. Exar Kun le había contado todo lo que Kyp necesitaba saber sobre el templo.

El hueco central de la gran pirámide estaba ocupado por un coloso, una estatua de lisa piedra negra que representaba a un hombre oscuro con su larga cabellera recogida a la espalda, el tatuaje de un sol negro en su frente y las prendas acolchadas de un antiguo señor... el Señor Oscuro del Sith.

Kyp tragó saliva al ver la imagen de Exar Kun.

—¿Quién crees que era? —preguntó Dorsk 81, entrecerrando los ojos en un intento de ver lo que había al otro lado de las aguas.

—Alguien muy poderoso —respondió Kyp en voz baja y enronquecida.

La gran esfera anaranjada de Yavin parecía acechar en el horizonte, con sólo una curva ondulante asomando por encima de las copas de la jungla. El pequeño sol del sistema también se ocultaría pronto. Las luces gemelas que brillaban en el cielo proyectaban dos senderos iridiscentes que se entrecruzaban sobre las tranquilas aguas del lago.

Kyp movió una mano señalando el templo.

—Si quieres podemos pasar la noche ahí —dijo.

Dorsk 81 asintió mucho más deprisa de lo que Kyp había imaginado que lo haría.

—Prefiero volver a dormir a cubierto —dijo— antes que tener que hacerlo envuelto en lianas sobre la copa de un árbol. Pero ¿cómo vamos a llegar hasta allí? ¿Qué profundidad tiene este lago?

Kyp fue hasta la orilla. El agua era tan transparente como un diamante y el lago era tan profundo que reflejaba el fondo como si fuese una lente, haciendo imposible averiguar a qué distancia se encontraba éste. Kyp vio columnas de roca que brotaban del fondo como piedras de paso sumergidas, y se dio cuenta de que terminaban cuando estaban a punto de rozar la superficie del lago.

Kyp puso un pie sobre una columna. Las límpidas aguas ondularon alrededor de la suela de su bota, pero no se hundió. Dio otro paso que lo llevó hasta una segunda



piedra.

Dorsk 81 no apartaba los ojos de él. Kyp sabía que el alienígena debía de tener la impresión de que estaba caminando sobre la superficie de las aguas.

—¿Estás utilizando la Fuerza? —preguntó Dorsk 81.

Kyp se echó a reír.

—No, estoy utilizando unas piedras de paso que permiten atravesar el lago.

Saltó sin ninguna vacilación a la piedra siguiente y luego a la otra, ardiendo en deseos de llegar hasta aquel templo que era una fuente de nuevos conocimientos y técnicas secretas. Cuando llegó a la isla avanzó sobre montículos de porosa roca volcánica salpicada por líquenes verdes y anaranjados que parecían gotitas de sangre alienígena. Ya podía sentir el poder.

Kyp se volvió para ver cómo su compañero iba atravesando el lago. Parecía como si Dorsk 81 se estuviera manteniendo en equilibrio sobre la frágil membrana de la superficie. La ilusión resultaba muy convincente. El silencio reinaba en toda la isla alrededor de Kyp, como si ninguna criatura o insecto de la jungla se atreviera a acercarse al templo vacío.

—Qué frío hace aquí —dijo Dorsk 81 mientras se sacudía el agua de los pies y miraba a su alrededor.

El alienígena de piel lisa y sin vello encogió el cuello como si intentara hacer desaparecer la cabeza entre los hombros.

—Antes te estabas quejando de que hacía mucho calor —replicó Kyp—. Deberías estar agradecido.

Dorsk 81 cerró su boca carente de labios y asintió, pero no dijo nada más.

Kyp caminó alrededor del templo contemplando los ángulos perfectos del cristal negro de la pirámide y la punta en que terminaba. La arquitectura había sido diseñada con aquella forma de embudo angular para que concentrarse la Fuerza, y había sido erigida con el único objetivo de aumentar los poderes de los rituales Sith.

Alzó la mirada hacia la estatua de Exar Kun. El imponente señor oscuro le parecía tan real y tan impresionante que Kyp casi esperaba ver cómo la estatua se inclinaba sobre él para agarrarle con sus manos.

Kyp ya sabía que el Gran Templo había sido el punto focal de toda la civilización massassi que Exar Kun había creado partiendo de la decadencia primitiva. El Gran Templo había sido el cuartel general y el foco básico durante todas las batallas que Kun había librado en la Guerra Sith. Pero aquel templo pequeño y aislado era una especie de retiro particular, y Exar Kun siempre había vuelto a él cuando se concentraba para mejorar sus capacidades y hacerse más fuerte.

Una corriente de aire frío surgía de la abertura en forma de cuña, como si el templo sumido en el silencio fuese un gigantesco monstruo dormido.

—Entremos —dijo Kyp.

Agachó la cabeza y dio un paso hacia la negrura. Pero cuando parpadeó pudo ver que el interior se iba iluminando poco a poco, como si una multitud de pequeños relámpagos atrapados dentro de las negras losas de cristal siguieran despidiendo débiles chispas que sólo podían ser vistas por el rabillo del ojo. Si se detenía ante las lisas paredes de cristal no veía nada en ellas, únicamente los surcos casi imperceptibles de los jeroglíficos tallados en un lenguaje olvidado hacía mucho tiempo. Kyp no podía leerlos.

Zarcillos de musgo verde oscuro crecían como llamas biológicas congeladas que estuvieran trepando lentamente sobre la lisa superficie de los bloques de piedra. Delante de una pared había una cisterna redondeada llena de agua.

Kyp fue hasta ella y metió los dedos en el agua, sorprendido y encantado al descubrir que el líquido estaba fresco y limpio. Se echó agua en el rostro cubierto de sudor y después bebió, saboreando la dulce caricia del agua al bajar por su garganta. Cuando hubo acabado alzó la cabeza y suspiró.

Dorsk 81 estaba inmóvil en la entrada contemplando la jungla que se extendía más allá del lago. La gran esfera de Yavin se había desvanecido por debajo de las copas de los árboles, y el cielo empezaba a teñirse con los colores purpúreos del crepúsculo a medida que el sol lejano también se iba ocultando poco a poco.

—Me ha entrado mucho sueño de repente —dijo Dorsk 81.

Kyp frunció el ceño, pero creía saber lo que estaba ocurriendo.

—Has recorrido una gran distancia —dijo—. Aquí dentro está oscuro y hace fresco... ¿Por qué no duermes un rato? El suelo parece liso, y se debe de estar bastante cómodo acostado en él. Puedes ponerte junto a una pared y dormir.

Dorsk 81 fue hacia una pared moviéndose tan despacio como si estuviera hipnotizado, y se fue dejando resbalar junto a ella hasta quedar inmóvil con la espalda pegada a la gran losa de obsidiana. Se había quedado dormido casi antes de poder sentarse en el suelo.

—Ahora tú y yo continuaremos en un ambiente más adecuado...

La voz grave y sonora creó ecos dentro de la cámara, como si truenos distantes estuvieran retumbando sobre la jungla.

Kyp giró sobre sí mismo para ver la silueta encapuchada de Exar Kun suspendida en el aire como una mancha de aceite negro. Kyp se irguió ante ella, y tuvo que reprimir el escalofrío de terror provocado por cada palabra del antiguo Señor del Sith.

Movió una mano señalando a Dorsk 81.

—¿Despertará? —preguntó—. ¿Te verá?

Exar Kun alzó sus brazos de sombra.

—No hasta que hayamos terminado —dijo.

—Muy bien.

Kyp se sentó en el frío suelo de piedra y recogió los pliegues de la túnica a su

alrededor mientras intentaba hallar una postura en la que estuviera cómodo. Sabía que aquella actitud relajada y tranquila podía parecer altivez o un desafío dirigido a Exar Kun, pero le daba igual.

El antiguo Señor del Sith empezó a hablar.

—Skywalker te ha enseñado todo lo que sabe. Intenta ganar tiempo dándote excusas, pero no puede seguir avanzando porque se ha negado a sí mismo otras opciones. Bloquear las posibilidades le impide seguir desarrollándose como Jedi, ya que ha escogido cerrar sus ojos a lo que puede ser y lo que debería ser.

Exar Kun se alzó sobre Kyp, y de repente estuvo flotando mucho más cerca de él aunque no parecía haber dado ni un solo paso.

—Tú, que eres mi discípulo, ya has aprendido más de lo que nunca llegaré a saber Skywalker.

Kyp sintió que el entusiasmo y el orgullo ardían dentro de él, y tensó todos los músculos de su cuerpo sintiendo un repentino deseo de levantarse de un salto, pero logró contenerse.

—Contempla lo que puedo mostrarte hoy —dijo Exar Kun.

Señaló los muros de obsidiana y los jeroglíficos incomprensibles que apenas eran visibles en ellos, líneas negras que se extendían sobre la negrura del cristal volcánico. Pero cuando Kyp volvió la mirada hacia ellas, las palabras parecieron quedar llenas de fuego blanco y resaltaron con cegadora claridad sobre aquel fondo opaco e insondable hasta que ardieron en sus ojos como si quisieran quedar grabadas en ellos para siempre.

Y de repente Kyp descubrió que podía comprenderlas. Las palabras se volvieron asombrosamente claras y llenaron su mente, revelándole una historia increíble ocurrida hacía cuatro mil años y contándole cómo Exar Kun había empezado a impartir las enseñanzas prohibidas, cómo había llegado a la cuarta luna de Yavin para encontrar un antiguo objeto de poder Sith perdido y cómo había esclavizado a la asustadiza y débil raza massassi, obligándola a construir templos enormes que le servirían como puntos focales para las fuerzas oscuras con las que jugueteaba.

—La Hermandad Sith podría haber gobernado la galaxia —siguió diciendo Exar Kun—. Podría haber aplastado a la tambaleante República y haber reducido a los otros Caballeros Jedi a la posición de meros magos de salón..., pero fui traicionado.

La sombra de Exar Kun flotaba sobre el suelo del templo, moviéndose de un lado a otro sin hacer ningún ruido hasta que se detuvo sobre la silueta dormida e indefensa de Dorsk 81.

—Las fuerzas combinadas de los Jedi vinieron a esta luna para enfrentarse conmigo, y desencadenaron tales poderes que me vi obligado a absorber las energías de toda la raza massassi sólo para que mi espíritu pudiera quedar atrapado dentro de estos templos y pudiera sobrevivir con la esperanza de que lograría regresar algún día

lejano.

Los brazos negros como el carbón se extendieron hacia abajo como si se dispusieran a estrangular a Dorsk 81. El clon de piel lisa y carente de vello se removió nerviosamente en aquel sopor que se le había impuesto, pero no intentó defenderse.

—¡Exar Kun! —gritó Kyp sintiendo un escalofrío de miedo y reluctancia—. Es a mí a quien estás intentando convertir en tu discípulo, ¿recuerdas? No desperdicies tu tiempo con él.

Las nuevas maravillas que Kun le había mostrado eran fascinantes, pero Kyp ya había vivido lo suficiente para poder darse cuenta de cuándo estaba siendo manipulado. Exar Kun creía haber hecho de él un converso hipnotizado al que podría utilizar a su antojo. Pero Han Solo le había enseñado las virtudes del escepticismo, y Kyp seguía manteniéndose en guardia. Aun así, podía interpretar un papel para obtener aquello que deseaba con tanto anhelo.

Exar Kun se volvió hacia él sin haber hecho ningún daño a Dorsk 81, y Kyp extendió los brazos en un gesto de completa aceptación de su nuevo instructor.

—Enséñame más cosas sobre los antiguos caminos de los Sith —dijo.

Kyp tragó saliva, y después se obligó a hablar con voz firme y clara, pues lo que iba a decir a continuación era lo único que realmente deseaba con todas sus fuerzas.

—Enséñame cómo utilizar esos nuevos poderes para que pueda aplastar al Imperio de una vez y para siempre...

Chewbacca y Cetrespeó llevaron a los gemelos por entre las columnas de aceroconcreto cubiertas de tallas que marcaban la entrada al Zoo Holográfico de Especies Extinguidas de Coruscant.

Los niños se habían portado tan mal que Chewbacca se había puesto frenético y había empezado a soltar rugidos, e incluso la programación de paciencia de Cetrespeó se había visto sometida a una dura prueba. Sacar a Jacen y Jaina de casa pareció una buena idea para todas las partes afectadas, y el cuarteto fue por los tubos de tránsito hasta los rascacielos de los niveles superiores de la antigua Ciudad Imperial, recorriéndolos hasta llegar a las terrazas que alojaban el Zoo Holográfico.

Chewbacca se detuvo ante el espectacular arco de entrada al Zoo Holográfico con sus brazos peludos colgando detrás de él y la manecita minúscula de un gemelo invisible dentro de cada manaza. El wookiee dio dos zancadas hacia adelante y esperó a que los gemelos le hubieran alcanzado, después de lo cual dio dos zancadas más y volvió a detenerse para esperarles. Cetrespeó les precedía como si estuviera al frente de la expedición. Acababa de administrarse un baño de aceite, y las aleaciones doradas de su cuerpo relucían bajo las luces artificiales.

Avanzaron bajo la sucesión de arcadas y Cetrespeó fue a la garita del portero, donde tecleó el código de crédito de Han y Leia. Chewbacca, que estaba empezando a hartarse de tener que esperar a que las cortas piernas de Jacen y Jaina logaran alcanzarle, cogió a un gemelo en cada mano y siguió al androide.

Tuvieron que soportar una aburrida introducción en una sala de espera vacía llena de sillas, jaulas y conexiones concebidas para acoger los cuerpos de toda clase de visitantes alienígenas hasta que las puertas automatizadas se abrieron con un chasquido. Chewbacca, que seguía llevando a los gemelos en brazos, avanzó por un túnel que hacía pendiente y conducía hasta los niveles inferiores. Cetrespeó se apresuró a seguirle e intentó volver a ponerse delante, pero la masa del wookiee ocupaba casi todo el espacio del túnel y no lo consiguió.

Luces multicolores brillaban en el techo y se deslizaban velozmente de un lado a otro ofreciendo simulaciones bastante incompetentes de estrellas, cometas y planetas. Los micro altavoces estéreo disimulados en las paredes dejaban escapar discursos atronadores cada vez que los visitantes pasaban junto a un sensor de movimientos.

—¡Recorran los pasillos del tiempo! —anunciaban aquellas voces retumbantes que parecían pertenecer a divinidades sin cuerpo—. ¡Viajen por los caminos del espacio! Experimentarán prodigios olvidados de tiempos pasados y lugares muy, muy lejanos... ¡Verán criaturas extinguidas que ya no existen en nuestra galaxia, pero que han sido recreadas aquí..., y ahora!

Las paredes se fueron oscureciendo gradualmente. Franjas de luz surgieron de la

nada y se unieron para formar una tosca animación de líneas estelares en un falso viaje al hiperespacio. El suelo tembló y gruñó debajo de sus pies acompañando a la simulación. Los gemelos parecieron quedar bastante impresionados, pero la calidad de los trucajes era tan baja que Chewbacca lanzó un rugido de disgusto. La ilusión terminó por fin, y la voz grabada volvió a hablar, esta vez en un melodramático susurro de conspirador.

—Hemos llegado... —anunció—. ¡Estamos en un nuevo universo lleno de posibilidades!

Había varias entradas entre las que podían escoger.

—Por aquí, niños, por aquí —dijo Cetrespeó, y se puso en movimiento. El androide ya había examinado todos los folletos explicativos de la exhibición, los había comparado con el cuadro de intereses y aficiones de los gemelos, y había decidido qué hologramas les enseñaría primero—. Vamos a ver al kángrex mamut de Calamari.

Cruzaron el umbral y los hologramas se activaron al instante, rodeándoles con un turbulento paisaje oceánico y un arrecife que sobresalía de las aguas salpicadas por la blancura de la espuma. El arrecife azotado por las olas estaba cubierto por una masa de algas verdes y púrpuras entre las que se alzaba un enorme crustáceo segmentado, un kángrex de diez patas con mandíbulas dobles en la boca, hileras gemelas de espinas óseas brotando de su espalda y dieciocho negros ojillos relucientes, cuatro de ellos en las pinzas-garras delanteras que usaba para cazar y alimentarse. El kángrex se irguió y dejó escapar un grito tan atronador como si fuese un wampa de los hielos al que acabaran de prender fuego.

Los gemelos vieron cómo tres tritones de piel verdosa emergían de las olas espumeantes empuñando lanzas de hueso. Los tritones llegaron al arrecife y atacaron.

Las lanzas atravesaron el exoesqueleto del kángrex y el monstruo se defendió con sus enormes pinzas. Giró hacia la izquierda y atrapó a un tritón, desgarrando su lisa piel verdosa y sacándolo del agua, donde las toscas piernas unidas y llenas de aletas que formaban la parte inferior de su cuerpo se agitaron como si fuesen la cola de un gran pez.

—Venga, sigamos —dijo Jaina.

—Vamos a ver la próxima simulación —dijo Jacen.

—Pero niños, si todavía no os he explicado las peculiares características biológicas de estas criaturas... —dijo Cetrespeó.

—Oh, sigamos —insistió Jaina.

Atravesaron la ilusión que les rodeaba hasta llegar a la pared del otro extremo, donde había unas cuantas puertas más. Chewbacca empujó a los gemelos hacia la puerta de la izquierda.

—Oh, Chewbacca, ésa no —dijo Cetrespeó—. No estoy seguro de si...

Pero ya habían entrado en la segunda sala, donde se encontraron rodeados por una nueva ilusión que representaba un planeta desértico. Oleadas de calor invisible brotaban de la reseca y escarpada superficie arcillosa haciendo ondular el aire. Una criatura muy extraña apareció encima de un promontorio rocoso y dejó escapar un rugido estremecedor. Tenía una cabeza humanoide de forma cuadrada y un enorme cuerpo felino, gigantescas garras curvas y una cola segmentada que ondulaba de un lado a otro y terminaba en un temible aguijón de escorpión. La criatura volvió a abrir la boca para lanzar un segundo rugido, y reveló unos colmillos amarillentos de los que goteaba veneno.

—¿Una mantícora? —exclamó Cetrespeó con incredulidad—. ¡Oh, realmente...! No entiendo cómo no han eliminado esta simulación del recorrido. Está demostrado desde hace mucho tiempo que esa criatura no era más que un montón de fósiles de distintos animales que nunca habrían debido ser unidos. Las mantícoras no han existido jamás.

Otra mantícora respondió al desafío rugido por la primera con un grito ensordecedor y trepó a las rocas calcinadas por el sol del holograma que se extendía a su alrededor. Los gemelos tiraron de los peludos brazos de Chewbacca y atravesaron a las criaturas inexistentes dirigiéndose hacia el nuevo conjunto de entradas.

—Esta vez escogeré yo, niños —dijo Cetrespeó.

Chewbacca dejó escapar un gemido.

—Quiero ir a casa —dijo Jacen.

—Yo también quiero ir a casa —dijo Jaina asintiendo con la cabeza.

—Pero... Vamos, niños, estoy seguro de que la próxima simulación os encantará —dijo Cetrespeó—. Voy a contaros todo lo que hay que saber sobre las higueras del planeta Pil Diller y las melancólicas melodías que entonan...

Después de tres dioramas y tres pesadas conferencias explicativas de Cetrespeó más, los gemelos decidieron que la perspectiva de jugar al escondite era infinitamente preferible a la de continuar con aquella tediosa expedición a través del Zoo Holográfico.

No podían comunicarse telepáticamente entre ellos transmitiendo frases palabra por palabra, pero cada gemelo siempre sabía de una forma bastante clara aunque general lo que estaba pensando el otro. Cuando Jacen se apartó de Chewbacca para echar a correr a través de los glaciares en que anidaban los halcones de las nieves, fue hacia la izquierda. Jaina echó a correr en dirección opuesta en ese mismo instante, y pasó a toda velocidad junto a un sobresaltado y perplejo Cetrespeó. Los gemelos utilizaron sus incipientes talentos con la Fuerza para que los guiaran hasta una puerta que daba a un corredor de salida.

Chewbacca rugió y Cetrespeó empezó a llamarles a gritos, pero Jacen y Jaina volvieron a reunirse fuera de los dioramas y se echaron a reír, muy complacidos con

su hábil escapada. Fueron trotando por el pasillo de baldosas blancas, yendo todo lo deprisa que podían llevarles sus cortas piernecitas y dejando atrás una sucesión de símbolos que indicaban la localización de los puestos de bebidas, salas para descanso y recarga, y zonas de reparación.

Llegaron a un cruce de pasillos y se encontraron con un androide de mantenimiento de un modelo bastante antiguo que estaba trabajando en un turboascensor. Jacen y Jaina ya habían visto turboascensores con anterioridad, ya que eran el medio de transporte por el que volvían a casa después de haber estado en el Palacio Imperial.

El androide de mantenimiento era de color gris metálico y tenía dos cabezas y un gran número de brazos mecánicos con un puñado de herramientas y dispositivos al final de cada uno. Las dos cabezas del androide se daban la cara. Una contenía una hilera de relucientes sensores ópticos, y la otra consistía en una pantalla donde iban apareciendo datos, diagramas y referencias del Código Oficial de Edificios Imperiales.

El androide hurgó en su compartimiento trasero buscando una herramienta determinada mientras hablaba consigo mismo en binario, descubrió que no estaba allí y se alejó por el pasillo. Dejó la puerta del turboascensor abierta de par en par, con sólo un letrero minúsculo colgando de ella para advertir de que no funcionaba.

Los gemelos fueron corriendo hasta el turboascensor y se metieron en él. Habían visto muchas veces cómo sus padres y Cetrespeó usaban los controles.

El panel parecía distinto al del turboascensor del Palacio Imperial: apenas tenía adornos y se lo veía descolorido a causa de los años y de haber sido utilizado sin demasiados miramientos, y consistía en una pared llena de botones que indicaban centenares de pisos distintos de aquella metrópolis que tenía varios kilómetros de altura. Los niveles inferiores de la ciudad habían sido abandonados y habían quedado enterrados hacía ya mucho tiempo, por lo que se había soldado una gruesa plancha metálica sobre la parte inferior del panel para dejar inutilizados los botones correspondientes a los primeros 150 pisos. Pero el androide de mantenimiento había sacado la plancha para examinar los circuitos del turboascensor.

Los gemelos no sabían prácticamente nada de números a pesar de que Cetrespeó había estado intentando enseñarles a reconocer las cifras básicas. Las lecciones solían dejar bastante frustrado al androide de protocolo, pero los gemelos eran muy listos y habían sacado más provecho de ellas de lo que creía Cetrespeó.

Para Jacen y Jaina las hileras de botones eran filas de circulitos multicolores que brillaban. Los gemelos las miraron fijamente, no sabiendo cuáles debían pulsar, pero consiguieron reconocer unos cuantos números.

Jaina lo vio primero.

—Número uno —dijo.



Jacen pulsó el botón.

—Número uno —repitió.

La puerta del turboascensor se cerró y el suelo pareció precipitarse hacia abajo en cuanto la cabina inició un veloz descenso, zumbando suavemente a medida que aceleraba. Jacen y Jaina intercambiaron una mirada llena de terror, pero enseguida se echaron a reír. El turboascensor siguió bajando y bajando hasta que la cabina acabó llegando a una parada y la puerta se abrió con un leve siseo.

Jacen y Jaina permanecieron inmóviles durante unos momentos contemplando el hueco, y después salieron a los oscuros niveles inferiores de las zonas prohibidas y más salvajes de la metrópolis. Podían oír cómo criaturas de gran tamaño que parecían bastante asustadas se alejaban por entre los escombros haciendo mucho ruido.

—Está muy oscuro —dijo Jacen.

La puerta del turboascensor se cerró detrás de los gemelos y los sistemas automáticos de retorno hicieron que la cabina iniciara el ascenso a los niveles superiores, dejando a Jacen y Jaina solos en las profundidades de la antigua Ciudad Imperial.

Chewbacca se estaba abriendo paso por los dioramas con un ímpetu tan incontenible como un vehículo de superficie fuera de control, aullando y llamando a gritos a los dos niños perdidos. Cetrespeó correteaba detrás del wookiee intentando no quedarse atrás.

—Estos hologramas no me dejan ver nada —dijo Cetrespeó.

Chewbacca olisqueó el aire intentando captar el rastro de los gemelos, y se metió por otra puerta.

Los gritos y el caos que estaban organizando acabaron atrayendo a uno de los bothans que trabajaban en el zoo. El pelaje blanco del alienígena se erizó en cuanto vio a Chewbacca, y el bothan empezó a agitar los brazos mientras intentaba tranquilizar al enfurecido wookiee.

—¡Shhhhh! Está molestando a los otros visitantes. Este recinto está consagrado al disfrute y la educación, y tiene que haber silencio y calma.

Chewbacca le rugió. El bothan, que era mucho más pequeño, se irguió sobre los puntiagudos dedos de sus pies poniéndose de puntillas en un intento risiblemente fallido de mirar a Chewbacca a los ojos.

—¡Nunca tendríamos que haber permitido que los wookies pudieran entrar en el Zoo Holográfico!

Chewbacca agarró al bothan por un mechón de pelos blancos del pecho, lo levantó en vilo y soltó una andanada de gruñidos, gemidos y aullidos.

Cetrespeó fue corriendo hacia los dos alienígenas.

—Le pido disculpas, y le ruego que me permita encargarme de la traducción... Bien, mi amigo Chewbacca y yo estamos buscando a dos niños pequeños que parecen

haberse extraviado. Se llaman Jacen y Jaina, y tienen dos años y medio de edad.

Chewbacca lanzó un nuevo rugido.

—Sí, sí, estaba a punto de llegar a esa parte... —se apresuró a decir Cetrespeó—. Verá, la verdad es que se trata de una auténtica emergencia. Los niños echaron a correr de repente, y cualquier clase de ayuda que pudiera prestarnos...

Chewbacca utilizó las dos manos para sacudir al bothan como si fuera una muñeca de trapo.

—... le sería enormemente agradecida —concluyó Cetrespeó. Pero el bothan se había desmayado.

Jacen y Jaina estaban avanzando por un bosque de vigas caídas, enormes setas amarillas y anaranjadas y hongos que crecían en la capa de basuras acumuladas a lo largo de los años. Pies invisibles correteaban por entre las vigas y las estructuras parecidas a telarañas que se alzaban sobre las cabezas de los gemelos.

Los gigantescos cimientos de los edificios parecían indestructibles a pesar de que estaban cubiertos por gruesas alfombras de musgo. Había cosas moviéndose entre las sombras, pero no se las podía ver y siguieron siendo invisibles incluso cuando los ojos de los gemelos se hubieron acostumbrado a la penumbra que reinaba en aquel lugar. Hilillos de agua caliente y medio podrida goteaban a su alrededor en una lenta llovizna arrítmica.

Jacen miró hacia arriba y vio que los enormes edificios parecían no terminar nunca. Sólo consiguió distinguir un manchón borroso de lo que quizá fuera el cielo.

—Quiero ir a casa —dijo Jaina.

Había montones de equipo abandonado yaciendo por todas partes, restos oxidados y corroídos. Los gemelos siguieron avanzando por aquel laberinto de vehículos destrozados, abriéndose paso por entre las enormes masas de máquinas de guerra y navíos de combate que se habían quedado anticuados o inservibles y que formaban la colosal acumulación de despojos resultado de la guerra civil del año anterior.

Jacen y Jaina acabaron llegando a un muro medio derruido que en tiempos había contenido una pantalla de ordenador. La terminal estaba inclinada hacia un lado y la pantalla había sido hecha añicos, dejando un hueco ribeteado por dientes de transpariacero desgarrado. Pero los gemelos la reconocieron como una unidad de data parecida a las que había en su casa.

Jacen se plantó delante del panel destrozado y se puso las manecitas en las caderas intentando parecerse a su padre. Después se dirigió a la pantalla del ordenador, sabiendo con toda exactitud lo que debía decir por haber oído el cuento muchas veces antes de dormirse.

—Nos hemos perdido —dijo—. Ayúdanos a encontrar nuestra casa, por favor...

Esperó y esperó, pero no recibió ninguna respuesta y los paneles permanecieron

oscuros. Jacen contempló los restos de la unidad vocal, en la que unos escarabajos de caparazones negros y relucientes habían establecido su nido, pero no oyó ninguna respuesta procedente de ellos.

Jacen suspiró. Jaina le cogió de la mano, y los gemelos giraron sobre sí mismos al oír un roce que iba aproximándose lentamente por la calzada.

Una criatura informe de color verde grisáceo se detuvo detrás de ellos. Era una oruga del granito, y sus dos ojos colocados al extremo de tallos gelatinosos que sobresalían del cuerpo parecieron escrutar a los gemelos como si quisieran evaluarlos. Al moverse la oruga iba dejando un grueso rastro viscoso y traslúcido, y desmoronaba la agrietada calzada de aceroconcreto convirtiendo la superficie en una especie de pasta verdosa.

La oruga del granito siguió avanzando hacia ellos y los gemelos retrocedieron. Una grieta de bordes irregulares se abrió al final del vientre de la oruga, formando una temblorosa boca desprovista de labios que se tensó hacia adentro absorbiendo el aire en un prolongado silbido hueco.

Jaina fue hacia la oruga. Esta vez le tocaba a ella.

—Nos hemos perdido —dijo—. Ayúdanos a encontrar nuestra casa, por favor.

La oruga del granito siguió irguiéndose hasta que se alzó sobre la pequeña. Jaina levantó la mirada hacia ella y la contempló con los ojos muy abiertos. Jacen estaba inmóvil a su lado.

La oruga del granito pareció desinflarse de repente. Después deslizó su cuerpo hacia un pasadizo medio derrumbado que se abría a la derecha y aterrizó sobre las piedras con un sonido líquido.

Una ráfaga de viento surgió de la nada y la oruga del granito se alejó a toda velocidad por el pasadizo lateral, obviamente alarmada. Jacen alzó la vista con el tiempo justo de ver las alas membranosas en forma de manta raya de un halcón-murciélago que estaba bajando desde las alturas en un veloz picado con las garras metálicas extendidas.

La oruga del granito trató de enterrarse entre los cascotes y escombros, pero el depredador se posó sobre el montón de restos y empezó a arrancar y apartar los trozos de metal con sus garras. Su pico triangular subió y bajó como un pistón implacable hasta que hubo dejado al descubierto a la oruga del granito y pudo hundirse en el cuerpo viscoso de la criatura. El halcón-murciélago volvió a desplegar sus enormes alas y emprendió el vuelo hacia el cielo, llevándose consigo una presa goteante que se retorció entre sus garras.

Jacen y Jaina alzaron la mirada hacia la criatura, y después se miraron el uno al otro. Los gemelos permanecieron inmóviles durante unos momentos y después reanudaron su avance por el oscuro submundo de Coruscant.

—Y caminó, y caminó... —dijo Jaina.

—¡Debemos dar la alarma inmediatamente, Chewbacca! —dijo Cetrespeó.

Pero el wookiee no parecía muy dispuesto a admitir que habían perdido a los dos niños cuya custodia les había sido confiada.

Dejaron al bothan inconsciente en uno de los dioramas holográficos y después fueron por el pasillo de baldosas blancas que llevaba a los puestos de recuerdos y bebidas y a otras partes del museo. Cetrespeó se preguntó qué pensaría el pobre bothan cuando despertara en el centro de la telaraña-guarida de un arácnido caníbal del planeta Duros.

Un androide de mantenimiento terminó de reparar el turboascensor con el que había estado ocupado hasta aquel momento y quitó el cartelito de «No funciona». Sus dos cabezas empezaron a intercambiar un dueto canturreado, como si estuvieran muy satisfechas de haber completado con éxito aquella labor.

Chewbacca señaló al androide de mantenimiento, pero Cetrespeó reaccionó con indignación.

—¿Qué puede saber sobre esta situación un androide de mantenimiento de un nivel tan bajo? Estos modelos son casi tan estúpidos como un vehículo de carga. — Pero una manaza de wookiee ya estaba tirando de él—. Oh, de acuerdo, ya que insistes...

Chewbacca echó a correr y se detuvo delante del androide de mantenimiento obstruyéndole el paso. Los sensores automáticos ordenaron al androide que se desviara primero a un lado y luego hacia el otro, pero Chewbacca lo obligó a detenerse. El androide de mantenimiento emitió un estridente pitido lleno de confusión.

Cetrespeó se apresuró a intervenir.

—Eh... Discúlpeme —dijo, y lanzó una larga serie de preguntas expresadas en el tosco lenguaje binario. El androide de mantenimiento respondió con un sonido indescriptible que hacía pensar en un silbato de vapor a punto de estallar. Cetrespeó repitió las preguntas, pero obtuvo la misma respuesta—. Ya te dije que no serviría de mucho —comentó volviéndose hacia Chewbacca—. Los androides de mantenimiento no están programados para fijarse en nada. Se limitan a hacer sus reparaciones y luego esperan a que les den nuevas instrucciones.

Chewbacca gimió y meneó su enorme cabezota peluda.

—Oh, cálmate de una vez, ¿quieres? Tú... Tú... ¡Silencio, alfombra gigante con patas! No estaba hablando demasiado, y además te recuerdo que quien tiene contraída una deuda de vida con Han Solo eres tú y no yo.

El androide de mantenimiento reanudó su camino sin prestar la más mínima atención a la discusión que estaban manteniendo el wookiee y el modelo de protocolo. Cetrespeó pensó en lo maravillosa que sería su existencia si pudiese simplificar su programación hasta el extremo de vivir sumido en una feliz ignorancia de lo que

ocurría en la galaxia. Su cerebro electrónico empezó a comprender todas las implicaciones de lo que había ocurrido, y Cetrespeó sintió que sus circuitos se iban recalentando a medida que el horrible peso de lo sucedido caía sobre su pobre cabeza.

—¡Oh, cielos! Estoy seguro de que el amo Solo me arrancará las piernas y me obligará a recopilar y poner por orden alfabético todos los restos de archivos del Centro de Información Imperial...

Jacen se detuvo en la penumbra del submundo y señaló una máquina muy ruidosa que había delante de ellos en un lugar donde la calle llena de restos se ensanchaba bastante.

—Mira —dijo—. Es un androide.

Los gemelos echaron a correr agitando las manos con la esperanza de atraer la atención del androide, pero se detuvieron al ver que la máquina seguía avanzando por un pasillo abierto entre los escombros que brillaba a causa del uso repetido.

El androide era mucho más antiguo que el modelo de mantenimiento del turboascensor. Tenía las articulaciones más gruesas y los miembros más cuadrados, y los distintos componentes estaban unidos mediante remaches. De hecho, el androide de reparaciones consistía básicamente en un depósito de herramientas móvil con un torso, unos brazos y una cabeza hexagonal. Uno de sus sensores ópticos se había desprendido de la placa metálica, y su espalda y su cuello estaban llenos de gruesos cables oxidados y recubiertos por una costra de polvo y barro seco. El androide era tan viejo que le había empezado a crecer musgo en los lados y se movía con una lentitud espasmódica, como si necesitara un baño de lubricante con urgencia.

A lo largo de la calle había una hilera de postes medio oxidados que medían un metro de altura más que los gemelos. Encima de cada poste había un viejo cristal de luz con facetas de aumento, pero todos se habían vuelto de un gris traslúcido y ya no proyectaban ninguna claridad sobre las calles sumidas en la penumbra. Algunos postes se habían soltado de las conexiones del suelo y estaban inclinados hacia un lado.

El androide de reparaciones llegó al final de la calle, se detuvo en una posición adecuada y fue subiendo su torso mediante sus articulaciones de acordeón para que sus brazos pudieran llegar hasta el cristal de luz estropeado. El androide quitó el cristal quemado manipulándolo cautelosamente con sus pinzas segmentadas. Lo colocó en la parte de atrás de su depósito, y sacó un cristal de luz de un compartimento abierto. Después siguió las instrucciones de su compleja programación, colocando el cristal de repuesto encima del poste y activándolo.

El nuevo cristal de luz siguió tan muerto y oscuro como el primero, pero el androide no pareció percatarse de ello.

Jacen se plantó delante de la máquina y decidió utilizar su mejor imitación de la voz de su padre.

—Nos hemos perdido —dijo.

Jaina se puso a su lado.

—Ayúdanos a encontrar nuestra casa, por favor —dijo.

El androide de reparaciones estiró sus articulaciones de acordeón como si estuviera muy alarmado y después se fue inclinando sobre los gemelos para estudiarlos con el único sensor óptico que le quedaba.

—¿Perdido? —preguntó con voz metálica y rechinante.

—Queremos volver a casa —insistió Jaina.

—Mi programación no cubre eso —dijo el androide—. No es mi tarea principal. —Volvió a estirar sus articulaciones y avanzó hacia un tercer poste cuyo cristal de luz estaba tan apagado como todos los demás—. Mi programación no cubre eso.

Jaina y Jacen se echaron a llorar, pero oírse sollozar no sólo no reforzó sus temores sino que sirvió para que se calmaran.

—Tenemos que ser valientes —dijo Jaina.

—Sí, tenemos que ser valientes —dijo Jacen.

Estaban agotados y se sentaron sobre un trozo de aceroconcreto alisado por el tiempo caído en el medio de la calle. Vieron cómo el androide de reparaciones seguía quitando cristales de luz quemados de los postes y los sustituía por cristales igualmente inservibles.

El androide llegó hasta el final de la calle sin haber conseguido volver a poner en funcionamiento ni un solo poste de iluminación. Después aceleró de repente y volvió a toda velocidad por el pasillo que llevaba cien años recorriendo incesantemente, deteniéndose en el punto donde había empezado su trayecto.

El androide volvió a colocarse delante del primer cristal de luz quemado, subió sobre sus articulaciones de acordeón y substituyó el cristal apagado que había colocado no hacía mucho al extremo del poste por otro cristal de luz quemado.

La almirante se apoyó en la barandilla del puente de mando. Aún no se había recuperado del horrible golpe que había supuesto la destrucción del *Mantícora*, y contempló cómo la batalla seguía desarrollándose en la superficie de Calamari sintiéndose totalmente incapaz de hablar.

—Acaben con ellos —logró decir por fin—. Abran fuego con todas las baterías turboláser desde la órbita actual. Todas las ciudades flotantes deben ser consideradas como objetivos a aniquilar. —Daala se volvió hacia la ventana de observación del *Gorgona* y contempló el espacio con ojos vidriosos—. Destruyanlo todo...

No podía entender qué había ido mal. Había seguido la táctica del Gran Moff Tarkin con la máxima exactitud posible. Tarkin la había adiestrado meticulosamente y le había proporcionado toda la información que Daala podía llegar a necesitar, pero desde que salió de la Instalación de las Fauces no había hecho más que tropezarse con un desastre detrás de otro. El *Triturador de Soles* en manos de los rebeldes, el *Hidra* destruido, el *Mantícora* hecho añicos ante sus ojos hacía tan sólo unos momentos... Cierto, había conseguido destruir un pequeño navío de suministros y había aniquilado una colonia insignificante en Dantooine, pero en su primer ataque a gran escala contra un mundo rebelde había vuelto a perder un Destructor Estelar debido a un exceso de confianza en sí misma.

Había fracasado. Por completo.

El *Basilisco* volaba en un rumbo paralelo al del *Gorgona*. Los dos Destrucciones Estelares siguieron lanzando andanadas turboláser contra los océanos, incinerando las estructuras sumergidas de los calamarianos. Dentro de unos instantes cruzarían el terminador que separaba el día de la noche, y podrían descargar un diluvio de fuego sobre otras dos ciudades flotantes. Vaporizarían todas las estructuras y harían que todos sus habitantes muriesen entre las aguas recalentadas.

—Envíen el último escuadrón TIE —ordenó mientras contemplaba el campo de batalla lleno de llamas y destrucción en que se había convertido el planeta acuático que tenían debajo—. Quiero que todo ese planeta quede aniquilado.

—¡Almirante! —El comandante Kratas avanzó a la carrera por entre los puestos de sensores y sistemas tácticos y subió los dos peldaños que llevaban a la plataforma de observación—. Navíos de combate rebeldes acaban de emerger del hiperespacio... Es una flota entera, muchas más naves de las que podemos derrotar...

Daala giró sobre sí misma y le contempló con incredulidad.

—¿Cómo pueden haber respondido tan deprisa a una llamada de auxilio?

Un instante después vio las siluetas resplandecientes de navíos de combate de grandes dimensiones que avanzaban hacia ellos moviéndose a lo largo de una órbita planetaria como cometas lanzados a toda velocidad.

Daala sintió que se le cortaba la respiración. Los astilleros apenas habían sufrido daños. Los complejos espaciales eran el objetivo principal a destruir durante su ataque a Calamari, y no habían logrado acabar con ellos. Sin embargo, habían destruido como mínimo una ciudad flotante, habían causado daños muy graves en otra y habían provocado averías de consideración en un par más.

—Den orden de regresar a todos los escuadrones TIE —dijo—. Tracen un vector directo hasta la Nebulosa del Caldero a través del hiperespacio. Volveremos allí, llevaremos a cabo una reevaluación táctica y haremos un recuento de bajas. —Daala hizo una pausa, y cuando volvió a hablar alzó la voz en un estallido de ira—. ¡Y después prepararemos nuestro próximo ataque!

Los cazas TIE fueron volviendo a los hangares de los Destruidores Estelares. Las fuerzas defensivas de los rebeldes entraron en órbita como una manada de carnívoros. Daala no se atrevía a correr el riesgo de presentarles combate, aunque en aquellos momentos nada le habría gustado más que desgarrar las gargantas de sus comandantes con las manos desnudas.

—Preparados para la entrada en el hiperespacio —dijo antes de que los refuerzos pudieran iniciar el ataque.

Daala vio cómo los puntitos del panorama estelar se alargaban de repente, convirtiéndose en líneas luminosas que formaron un embudo terminado en un punto de fuga colocado al otro lado del universo.

Sus Destruidores Estelares entraron en el hiperespacio, escapando de las fuerzas de la Nueva República sin que éstas pudieran hacer nada para alcanzarlos.

Han Solo y Lando Calrissian avanzaban a toda velocidad por los cielos de Mon Calamari a bordo del *Halcón Milenario*, buscando columnas de humo que brotaran de las metrópolis flotantes devastadas.

Habían encontrado la Ciudad de la Espuma Vagabunda sin demasiadas dificultades, pero cuando se posaron en una de las pistas de emergencia se enteraron de que el almirante Ackbar, Leia y la embajadora Cilghal ya habían partido en una misión de rescate con destino a la ciudad hundida de Arrecife del Hogar.

Han, que estaba consternado ante la devastación que habían provocado las fuerzas de la almirante Daala, no sentía ningún júbilo especial al volver a verse convertido en piloto y propietario del *Halcón*. Toda la alegría que había experimentado al recuperar su nave se había evaporado en cuanto contempló la terrible destrucción infligida al planeta oceánico.

Lando estaba sentado en el puesto de Chewbacca y examinaba las cartas de navegación.

—Bueno, creo que Arrecife del Hogar debería de aparecer debajo de nosotros en cualquier momento —dijo—. Detecto una gran cantidad de masas metálicas dispersas, pero no hay nada que pueda ser una metrópolis.



—No, ya sólo quedan restos —murmuró Han.

Han hizo descender el *Halcón* y clavó la mirada en las ventanillas, contemplando los fragmentos metálicos que flotaban sobre las olas. Las señales ennegrecidas que eran las cicatrices dejadas por los desintegradores resaltaban entre las masas metálicas. Trozos desprendidos de la ciudad flotante que habían conseguido mantenerse presurizados gracias a los mamparos antiinundaciones continuaban flotando sobre las aguas como ataúdes insumergibles. Cuadrillas de calamarianos y quarrens iban y venían por encima de aquellos segmentos, intentando abrirse paso a través de las planchas metálicas para llegar hasta los supervivientes atrapados en el interior.

—Hubo un tiempo en el que esa estructura flotante recordaba mucho a la Ciudad de las Nubes —dijo Han—. Ahora parece las sobras de un triturador de basuras... —Señaló un fragmento del casco exterior de Arrecife del Hogar cuya superficie era bastante más lisa que la de los demás—. ¿Crees que podíamos posarnos sobre esa sección de allí?

Lando se encogió despreocupadamente de hombros.

—Hay tanta chatarra que nadie se fijará en el *Halcón*.

—¡Eh! —exclamó Han.

Lando le miró.

—Es tu nave, Han —dijo—. Por mi parte... Bueno, me conformaría con recuperar el *Dama Afortunada*, ¿sabes? Han posó el *Halcón* sobre la oscilante estructura de plastiaceró, bloqueó los estabilizadores y abrió los sellos de la escotilla. Después bajó por la rampa de salida y recorrió los grupos de rescate con la mirada intentando dar con Leia. Llevaba tanto tiempo sin tenerla entre sus brazos...

Como solía ocurrirle siempre que se veían obligados a separarse. Han estaba pensando en todas las cosas que quería decirle, las promesas y las pequeñas naderías llenas de amor y dulzura que Leia se merecía, pero que normalmente Han no lograba hacer surgir de sus labios porque le parecía que no encajaban demasiado bien con su imagen de hombre duro.

Lando le siguió y los dos vieron a los heridos que habían sido evacuados al exterior de los restos de la ciudad calamariana. Las olas se deslizaban sobre los bordes de las masas metálicas, pero por el momento los segmentos habían sido convertidos en zonas de enfermería improvisadas, ya que ofrecían plataformas relativamente estables donde los médicos podrían trabajar atendiendo a los heridos.

El aire estaba impregnado por los olores de la sangre y la sal, a los que se mezclaba la pestilencia química de las quemaduras láser, el metal fundido que flotaba a la deriva en el mar y el humo de los incendios que aún no habían sido apagados.

Quarrens de rostros tentaculados emergían de las olas. El agua goteaba de sus cabezas mientras sacaban del mar los componentes más importantes del núcleo de

ordenadores de Arrecife del Hogar o las pertenencias personales rescatadas de los módulos de alojamiento destruidos. Los quarrens ejercerían sus derechos de salvamento sobre el inmenso naufragio y después venderían sus objetos personales a los calamarianos, obligándoles a pagar para recuperarlos.

Han permanecía inmóvil sobre un fragmento que flotaba a la deriva, manteniendo las piernas lo más separadas posible para no perder el equilibrio. El oleaje hacía que la plataforma se bamboleara lentamente de un lado a otro mientras subía y bajaba sobre las aguas. De repente Han vio un deslizador acuático que se acercaba a los restos avanzando a gran velocidad. El vehículo estaba pilotado por Leia, que iba acompañada por Ackbar y una calamariana.

Han empezó a agitar frenéticamente las manos, y el deslizador viró hacia él y acabó deteniéndose junto al fragmento en el que se encontraba. Leia saltó del vehículo mientras Ackbar lo ataba a una protuberancia de metal desgarrado. Al principio Leia fue hacia Han con paso decidido, pero enseguida echó a correr manteniendo ágilmente el equilibrio y se arrojó en sus brazos. Han la estrechó contra su pecho mientras la besaba una y otra vez.

—¡Me alegra tanto que estés bien!

Leia le miró.

—Lo sé.

—Eh, basta —replicó Han—. Hablo en serio, ¿entiendes? Esto ha sido obra de Daala, ¿verdad?

—Creemos que sí, pero todavía no tenemos pruebas de que... Han la interrumpió.

—Pues yo estoy totalmente seguro de que ha sido ella. Daala no tiene motivos políticos. Lo único que quiere es causar la mayor destrucción posible.

La calamariana bajó del deslizador acuático, fue hacia la zona de selección y contempló a los calamarianos que sangraban mientras un número excesivamente reducido de médicos intentaba atenderlos. Después empezó a ir y venir por entre los heridos hablando con frases cortas y rápidas, como si tuviera alguna forma de averiguar cuales eran las probabilidades de supervivencia de cada uno.

Dos médicos estaban trabajando desesperadamente en un intento de salvar a un quarren que había perdido un brazo y tenía el pecho aplastado. La calamariana contempló al quarren agonizante durante un momento.

—No sobrevivirá, y no podéis hacer nada para conseguir que se salve —dijo.

Los dos médicos calamarianos la miraron, y la convicción inquebrantable que había en su rostro hizo que dejaran morir al quarren y se dedicaran a otro paciente.

La calamariana siguió caminando entre los heridos como si fuera un ángel con poderes sobre la vida y la muerte, bajando la mirada hacia ellos, volviendo la cabeza a derecha e izquierda y haciendo girar sus enormes ojos redondos a un lado y a otro.

Han la siguió con la mirada mientras se movía.

—¿Quién es? —preguntó.

—Se llama Cilghal, y es la embajadora calamariana —respondió Leia—. Creo que tiene poderes Jedi —añadió bajando la voz—. Ella aún no lo sabe, pero voy a asegurarme que vea a Luke. —Leia volvió a abrazar a su esposo—. Oh, me alegro tanto de que hayas venido...

—Me puse en camino apenas me enteré de lo que ocurría —dijo Han, y enarcó una ceja mientras contemplaba a Lando—. Por cierto, durante el trayecto jugamos otra partidita de sabacc y esta vez gané yo. —Le ofreció el brazo a su esposa—. ¿Te gustaría volver a casa en mi nave, Leia?

—¿El *Halcón* vuelve a ser tuyo? —preguntó Leia, y después deslizó el brazo debajo del de su esposo mientras sonreía encantada—. Lamento mucho oírlo, Lando —añadió volviéndose hacia él sin dejar de sonreír.

Lando se encogió de hombros.

—Al menos he conseguido que deje de meterse conmigo.

Ackbar bajó del deslizador acuático y puso los pies sobre el segmento metálico que se mecía lentamente impulsado por las olas. Después alzó una gran mano-aleta hasta su frente llena de protuberancias para protegerse los ojos y contempló los restos de lo que había sido una ciudad flotante llamada Arrecife del Hogar. Han nunca había sabido identificar muy bien las expresiones en el rostro del almirante calamariano, pero Ackbar parecía terriblemente afectado.

Han fue hasta Ackbar, que se había mantenido alejado de ellos.

—Me he enterado de lo que ha hecho, almirante —dijo—. Acaban de contarme cómo consiguió aniquilar a un Destructor Estelar... Buen trabajo.

Leia se reunió con él.

—La victoria que ha obtenido aquí debe compensar ese accidente ocurrido en Vórtice, almirante —dijo mientras el viento marino hacía ondular los pliegues de su túnica blanca—. Espero que no estará pensando en volver a esconderse, ¿verdad?

Ackbar meneó su enorme cabeza.

—No, Leia. Tu afable insistencia ha servido para recordarme que no soy la clase de persona capaz de esconderse... Debo hacer todo lo que pueda esforzándome al máximo en cada momento. El esconderse es para otros. El destino ha decidido que yo debo actuar.

Leia puso una mano sobre el robusto bíceps del almirante.

—Gracias, almirante —dijo—. La Nueva República le necesita.

Pero Ackbar volvió a menear la cabeza.

—No, Leia. No volveré a Coruscant... Este ataque me ha permitido comprender hasta qué punto me necesita mi gente. Debo quedarme en Calamari para ayudar a mis compatriotas en las tareas de reconstrucción, y he de hacer todo lo posible para reforzar nuestra civilización y mejorar las defensas contra futuros ataques imperiales.

»Todavía no nos habíamos recuperado de los terribles daños causados por los Devastadores de Mundos, y ahora una nueva armada imperial ha estado a punto de acabar con todas nuestras ciudades flotantes. No puedo marcharme de Calamari ahora y volver a Coruscant. —Ackbar alzó sus ojos circulares hacia el cielo lleno de nubarrones—. Este planeta es mi hogar, y ésta es mi gente. Debo dedicar todas mis energías a ayudarles.

Han deslizó el brazo alrededor de la cintura de Leia y la apretó suavemente, sintiendo lo inmóvil y tensa que estaba. Han sabía con toda exactitud qué estaba pensando Leia en aquellos momentos.

—Lo entiendo..., Ackbar —dijo Leia, prescindiendo al fin de su rango militar.

Han podía sentir su tensión y sabía hasta qué punto la había afectado la pérdida de Ackbar. Le puso la mano en el hombro, y sintió cómo sus músculos tensos cual cables de acero ondulaban bajo la suave piel.

La negativa de Ackbar a volver a Coruscant y el que Mon Mothma se fuera debilitando un poco más a cada día que pasaba significaban que Leia tendría que enfrentarse a todos los problemas de la Nueva República sola.

La claridad del día entraba por los tragaluces rectangulares abiertos en el techo del Gran Templo. Kyp estaba sentado en un banco de piedra bastante duro e incómodo en la gran sala de audiencias, escuchando al Maestro Skywalker. Fingía prestar atención a sus palabras, aunque eso le estaba resultando cada vez más difícil a medida que iba empeorando su opinión sobre los conocimientos de Skywalker.

Los otros estudiantes Jedi permanecieron inmóviles en absorta fascinación mientras Skywalker colocaba el pequeño cubo blanco del Holocrón encima de su pedestal. El aparato contó otra historia de los antiguos Caballeros Jedi, narrando sus heroicas aventuras y sus batallas contra el lado oscuro..., un sinfín de esfuerzos que al final no habían servido de nada, pues el Emperador y Darth Vader habían resultado ser más fuertes que los Caballeros Jedi y los habían aplastado.

Skywalker se negaba a aprender de aquel fracaso. Si pretendía conseguir que los nuevos Caballeros Jedi alcanzaran un poder más grande, entonces tendría que haber sido capaz de admitir la existencia de nuevas capacidades y hacer todo lo necesario para que su nueva Orden de Caballeros Jedi fuese lo suficientemente poderosa para resistir una purga como la que había llevado a cabo Vader.

Exar Kun había enseñado muchas cosas a Kyp y le había revelado los caminos del Sith, pero el Maestro Skywalker jamás adoptaría aquellas enseñanzas. Kyp se preguntó por qué se molestaba en seguir escuchando a Skywalker. Parecía tan débil, tan vacilante e indeciso...

Los otros estudiantes eran un manantial de fortaleza potencial. Habían aprendido cómo establecer contacto con la Fuerza, pero no habían ido más allá del mero nivel del novicio y hasta el momento no eran más que simples prestidigitadores, aficionados que fingían interpretar un papel que les venía demasiado grande a todos. Se negaban a investigar lo que se ocultaba tras las puertas de un poder más grande, pero Kyp no tenía miedo de hacerlo. Él sí era capaz de enfrentarse a aquella enorme responsabilidad.

Otro guardián holográfico del Holocrón apareció en el aire y empezó a contar la historia de cómo el joven Yoda se había convertido en un Jedi. Kyp reprimió un bostezo, incapaz de comprender por qué tenían que seguir viendo todas aquellas historias triviales.

Estiró el cuello para contemplar las paredes del enorme templo de piedra, e intentó imaginarse la Gran Guerra Sith que se había librado hacía cuatro mil años. Pensó en la raza massassi, aquellos seres de piel húmeda y un poco viscosa que habían sido esclavizados por Exar Kun y a los que había utilizado como herramientas para construir los templos que había erigido guiándose por archivos Sith todavía más antiguos y olvidados. Kun había revitalizado las enseñanzas oscuras y se había

autoconcedido el título de Señor Oscuro del Sith, una tradición que se había ido sucediendo ininterrumpidamente hasta Darth Vader, quien había sido el último señor Oscuro.

Los templos de Exar Kun habían sido construidos en Yavin 4, el último lugar de reposo arqueológico de la increíblemente antigua raza Sith, para que sirvieran como puntos focales a fin de concentrar su poder. Kun había gobernado la luna cubierta de junglas, y había controlado fuerzas que estuvieron a punto de derrotar a la Antigua República. Pero Ulic Qel-Droma, un señor de la guerra Jedi, había traicionado a Kun, y todo el poderío combinado de los Jedi se había desencadenado sobre Yavin 4 para librar una última batalla definitiva, exterminando toda la raza massassi, destruyendo casi todos los templos Sith y haciendo desaparecer la mayor parte de las selvas en un holocausto llovido del cielo. Pero Exar Kun había logrado enquistar su espíritu en Yavin 4, y había aguardado durante cuatro mil años hasta que otro Jedi llegó por fin para despertarlo...

Kyp se removió nerviosamente y fingió prestar atención. La cámara del templo parecía estar extremadamente caliente. El Holocrón seguía mostrando su interminable historia.

Luke escuchaba la voz del aparato con una sonrisa beatífica en los labios, y los otros estudiantes seguían contemplando las imágenes. Kyp se dedicó a mirar las paredes y se preguntó por qué estaba allí.

La penumbra que anunciaba la llegada de la noche ya había empezado a caer sobre las junglas de Yavin 4, y Luke Skywalker se echó hacia atrás y se permitió disfrutar de un rato de descanso en una de las salas comunes. La estancia era bastante más pequeña que la gran sala de audiencias y tenía un techo de arcadas de piedra y mesas pulimentadas, así como mobiliario todavía en condiciones de ser utilizado de los tiempos de la ocupación rebelde. Los viejos soportes para antorchas estaban ocupados por lámparas que desprendían una brillante claridad.

Luke podía sentir el cansancio que se iba extendiendo por todo su cuerpo y la mordedura del hambre en su estómago. Los estudiantes también estaban descansando, y recargaban sus reservas de energía mental.

Luke había pasado todo el día supervisándoles mientras llevaban a cabo sus ejercicios con la Fuerza, el adiestramiento de levitación, la visualización de batallas y conflictos, la percepción de la presencia de animales y criaturas de la jungla, y el aprendizaje de la historia Jedi mediante el Holocrón. Estaba muy complacido con sus progresos. La muerte de Gantoris aún resultaba tan dolorosa como una herida abierta que no hubiese curado, pero Luke podía ver que sus otros estudiantes estaban haciendo grandes avances y empezaba a creer que conseguiría crear una nueva hermandad de Caballeros Jedi.

Una estudiante llamada Tionne estaba sentada en una esquina de la estancia

preparándose para tocar un instrumento musical de cuerda consistente en dos cajas de resonancia huecas separadas por un eje en el que estaban montadas las cuerdas tonales.

—Ésta es la balada de Nomi Sunrider, una Jedi de los antiguos tiempos de la Orden de Caballeros Jedi... —dijo.

Tionne sonrió. Su larga cabellera plateada le llegaba hasta más abajo de los hombros, flotando sobre su pecho y dividiéndose como un río de aguas blanqueadas por la espuma a lo largo de su espalda. Tenía los ojos pequeños y un poco más juntos de lo normal, y sus pupilas relucían con destellos color madreperla. Su nariz era pequeña y su mandíbula un poco cuadrada, y Luke pensó que en ella había más exotismo que auténtica hermosura.

Tionne adoraba las antiguas leyendas, baladas e historias de los Jedi. Antes de que Luke la encontrara durante el curso de su búsqueda de candidatos Jedi, Tionne ya había decidido dedicar su vida a resucitar las viejas historias que extraía de los archivos y a popularizarlas. Luke la había sometido a la prueba que le permitía descubrir el talento Jedi y había obtenido un resultado positivo, y aunque el potencial de Tionne quizá no fuera tan elevado como el de otros estudiantes, no cabía duda de que compensaba esa pequeña inferioridad más que sobradamente con su inmenso entusiasmo y devoción.

Los otros estudiantes buscaron sillas, bancos o meramente un lugar en el suelo para oír cantar a Tionne. La joven puso el instrumento sobre su regazo y empezó a pulsar las cuerdas con las dos manos mientras los estudiantes la escuchaban en un silencio absoluto, y no tardó en llenar la estancia con una suave música llena de ecos que parecía alimentarse de la letra de la canción que entonaba y hacerla aún más delicada y huidiza al mismo tiempo.

Luke cerró los ojos y escuchó la historia de la joven Nomi Sunrider, que había decidido someterse al adiestramiento Jedi por el que habría debido pasar su esposo después de que éste fuera asesinado. Nomi acabó jugando un papel decisivo en la devastadora Guerra Sith que había enfrentado a Jedi contra Jedi en los tiempos de la Antigua República.

Luke sonrió mientras oía la música y las notas armoniosas envueltas en ecos acompañando a la voz suave como el murmullo del agua de Tionne, que cantaba con pasión. De repente oyó un crujido procedente del otro extremo de la estancia, y volvió la mirada hacia allí para ver cómo Kyp Durrón se removía nerviosamente con el ceño fruncido. El joven suspiró, volvió a fruncir el ceño y acabó poniéndose en pie, interrumpiendo la canción de Tionne al hacerlo.

—Preferiría que no siguieras empeñándote en perpetuar esa historia ridícula, Tionne —dijo de repente—. Nomi Sunrider no fue más que una víctima... Luchó en las Guerras Sith sin llegar a entender en ningún momento por qué se estaban librando

todas esas batallas. Creyó con una fe ciega todo lo que le decían sus Maestros Jedi, que estaban muy asustados porque Exar Kun había descubierto una forma de que los Jedi incrementaran enormemente su poder.

Tionne dejó su instrumento sobre las losas del suelo y tensó las manos encima de su túnica agarrándose las rodillas. Parecía entre perpleja y consternada y sus pequeños ojos brillaban, llenos de confusión.

—¿De qué estás hablando? —El abatimiento le había enronquecido la voz—. He dedicado muchas semanas a reconstruir esa leyenda... Todo el mundo sabía lo que estaba haciendo, Kyp. Si tenías otras informaciones sobre ella, ¿por qué no las compartiste conmigo?

—¿Dónde te has enterado de todo eso, Kyp? —preguntó Luke levantándose.

Se puso las manos en las caderas e intentó obligar a Kyp a bajar la vista mirándole fijamente. El joven se había ido volviendo cada vez más impulsivo e irascible a medida que iba adquiriendo conocimientos Jedi. «Nunca debes perder la calma...» Yoda se lo había repetido una y otra vez, pero Luke no sabía cómo tranquilizar a Kyp.

Kyp recorrió la estancia con la mirada, contemplando a los estudiantes que le observaban con los rostros llenos de asombro.

—Si la Guerra Sith hubiera terminado de otra manera —dijo—, entonces quizá los Caballeros Jedi habrían aprendido a defenderse cuando Darth Vader empezó a perseguirles, y tal vez no habrían perecido todos. Los Jedi nunca habrían caído y nosotros no estaríamos aquí, recibiendo las supuestas enseñanzas de alguien que no sabe más que nosotros.

Luke no se inmutó.

—Cuéntame cómo has averiguado todo eso, Kyp.

Kyp tensó los labios y entrecerró los ojos. Hizo varias inspiraciones muy profundas, y Luke percibió el torbellino de emociones que se agitaba dentro de él, como si su mente estuviera funcionando a toda velocidad para dar con una respuesta.

—Yo también puedo utilizar el Holocrón —dijo por fin—. Como nos repite una y otra vez el Maestro Skywalker, todos estamos obligados a aprender cuanto nos sea posible.

Luke no podía creer en las palabras del joven, pero Erredós entró de repente antes de que pudiera formularle otra pregunta. El pequeño androide dejó escapar un veloz chorro de pitidos y sonidos estridentes. Parecía estar muy alarmado, pero Luke logró descifrar una parte del mensaje transmitido en lenguaje electrónico.

—¿No tienes ni idea de quién puede ser? —preguntó.

Erredós emitió un silbido de negativa que empezó en un extremo de la escala tonal y la recorrió por completo.

—Tenemos un visitante —anunció Luke—. Una nave se está posando en la pista



de descenso en estos mismos instantes... ¿Vamos a saludar al piloto? —Se volvió para poner una mano con firmeza sobre el hombro de Kyp, pero el joven la apartó con un brusco encogimiento—. Ya hablaremos de todo esto más tarde, Kyp.

Luke salió de la estancia precediendo a los estudiantes, agradeciendo con alivio aquella inesperada distracción que ayudaría a disipar la tensión. Los estudiantes Jedi le siguieron por el tramo de escalones de piedra y a través del hangar hasta que llegaron a la pista.

Un caza personal de pequeñas dimensiones, un Z-95 Cazador de Cabezas, un esbelto aparato metálico que era usado con bastante frecuencia por los contrabandistas, trazó un par de círculos sobre la pista y se posó en el claro. Los otros estudiantes permanecieron inmóviles allí donde empezaba la parrilla de descenso, pero Luke fue hacia la nave.

Las puertas de la cabina se abrieron subiendo como las alas de un gran insecto y una silueta emergió del hueco. Luke vio un traje plateado muy ceñido que se adhería a las curvas del cuerpo de una mujer joven. La silueta bajó de la nave, se quitó un casco opaco y sacudió la cabeza haciendo oscilar su cabellera de un castaño rojizo. En el pasado aquel rostro firme y anguloso había parecido una hosca máscara de implacable decisión, pero Luke vio que se había suavizado. Sus ojos daban la impresión de haberse vuelto más grandes, y sus opulentos labios ya no estaban tan poco familiarizados con la sonrisa como antes.

—Mara Jade... —dijo.

—Hola, Luke —replicó ella mientras se ponía el casco debajo del brazo izquierdo apretándolo contra su caja torácica y le contemplaba con una sombra casi imperceptible de afabilidad en la mirada—. ¿O ahora he de llamarte «Maestro Skywalker»? —añadió enarcando las cejas.

Luke se encogió de hombros y extendió los brazos hacia ella para darle la bienvenida.

—Eso dependerá del porqué estés aquí.

Mara Jade dejó la cabina del Cazador de Cabezas abierta detrás de ella y cruzó el claro para aceptar la mano que le ofrecía Luke. Después giró sobre sus tacones en un movimiento claramente militar para contemplar a la docena de estudiantes que habían acudido al centro de adiestramiento de Luke.

—Me dijiste que tenía la capacidad de utilizar la Fuerza —murmuró—. Bien, pues he venido aquí para averiguar algunas cosas más sobre eso. Los poderes Jedi podrían ayudarme a dirigir la unión de contrabandistas.

Abrió la cremallera de una bolsa de viaje flexible que colgaba de su hombro y sacó de ella un paquetito de pliegues de tela micro compactados, muchos más de los que Luke hubiese creído que podían caber en un envoltorio tan diminuto. Mara Jade sacudió los pliegues marrones hasta que consiguió desplegar la prenda.

Su mirada recorrió las túnicas idénticas que llevaban todos los estudiantes de Luke, y después volvió a posarse en él.

—¿Ves? —comentó—. Incluso me he traído una túnica Jedi...

La cena consistió en un generoso estofado de runyip, condimentado con especias, y cuencos de verduras trinchadas, y durante su curso Luke contempló cómo Mara Jade se alimentaba igual que si estuviera muerta de hambre. Luke comió despacio y saboreando cada bocado, percibiendo las sustancias nutritivas y las energías a medida que iban impregnando lentamente su cuerpo.

—La Nueva República cuenta con tus Caballeros Jedi, Luke, y la situación está empeorando mucho ahí fuera —dijo de repente Mara Jade.

Luke se inclinó hacia delante, juntando las puntas de los dedos e intentando captar ecos de las emociones de Mara Jade.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó—. Tenemos muchas ganas de conocer las últimas noticias.

—Bueno... —dijo Mara Jade, que aún estaba masticando un bocado de verduras. Lo engulló y tomó un sorbo de agua fresca, frunciendo el ceño al beberla como si hubiera esperado encontrarse con otra cosa—. La almirante Daala continúa con sus depredaciones. No parece estar aliada con ninguno de los señores de la guerra imperiales. Por lo que hemos podido averiguar, está intentando causar muchos daños a cualquiera que se oponga al Imperio..., y la verdad es que está causando muchísimos daños, Luke. ¿Sabes que ha estado atacando navíos de suministro, desintegrándolos en el espacio? También destruyó la nueva colonia de Dantooine.

—¡Dantooine! —exclamó Luke.

Mara le miró.

—Sí. Uno de tus estudiantes procede de ese grupo de gente, ¿no?

Luke se había quedado totalmente inmóvil. Algunos estudiantes dejaron escapar jadeos ahogados de perplejidad y horror. Luke sintió que la mente le daba vueltas al pensar en todos aquellos refugiados a los que había ayudado a trasladar a un lugar supuestamente seguro sacándolos del traicionero mundo de Eol Sha... únicamente para que todos acabaran siendo aniquilados.

—Ya no se encuentra con nosotros —logró decir por fin—. Gantoris murió. No estaba... preparado para controlar los poderes que intentó utilizar.

Mara Jade enarcó sus delgadas cejas y esperó a que Luke siguiera explicándose, pero continuó hablando al ver que éste guardaba silencio.

—Lo peor ocurrió cuando Daala atacó Calamari —siguió diciendo—. Al parecer pretendía destruir los astilleros orbitales, pero el almirante Ackbar logró reconocer a tiempo la táctica que estaba empleando. Destruyó uno de sus tres Destrotores Estelares..., pero aun así Daala se las arregló para hundir dos ciudades flotantes de los calamarianos. Hubo muchos miles de muertos.

Kyp Durrón se puso en pie al otro extremo de la larga mesa.

—¿Daala perdió otro de sus Destruidores Estelares?

Mara Jade le miró como si acabara de darse cuenta de la presencia del joven de cabellos oscuros.

—Todavía tiene dos Destruidores Estelares y carece de inhibiciones —replicó—. La almirante Daala todavía puede causar una cantidad de destrucción increíble, y posee un arma de la que nadie más parece disponer, sabe que no tiene nada que perder.

—Tendría que haberme sacrificado a mí mismo —dijo Kyp—. Podría haberla matado con mis manos desnudas cuando me encontraba a bordo del *Gorgona*...

El joven bajó la voz y empezó a relatar la historia que Luke ya conocía.

—Robamos el *Triturador de Soles* delante de sus narices, y desperdiciamos nuestra oportunidad —dijo Kyp—. Teníamos en nuestras manos un arma con la que podríamos haber asestado un golpe decisivo a los planetas que siguen siendo leales al Imperio, desde luego, pero... Bueno, ¿qué hicimos con ella? Arrojamos el *Triturador de Soles* al núcleo de un gigante gaseoso, donde no puede sernos de ninguna utilidad.

—Cálmate —dijo Luke.

Movió una mano pidiendo a Kyp que se sentara, pero Kyp puso las suyas encima de la piedra vetada de la mesa y se inclinó sobre ella para fulminar a Luke con la mirada.

—¡La amenaza imperial no va a esfumarse por sí sola! —exclamó—. Si unimos todos nuestros poderes Jedi, podemos recuperar el *Triturador de Soles* arrancándolo al núcleo de Yavin... Podemos sacarlo de allí e iniciar la cacería de los imperiales. ¿Qué misión más limpia puede haber para nosotros? ¿Por qué nos estamos limitando a escondernos en esta luna remota y olvidada de todos?

Kyp hizo una pausa, claramente enfurecido. Los otros estudiantes le contemplaron en silencio, y Kyp les devolvió la mirada sin dejarse intimidar.

—¿Sois todos idiotas o qué? —gritó—. No podemos permitirnos el lujo de perder más tiempo refinando nuestras capacidades levitatorias, manteniendo rocas en equilibrio o detectando la presencia de unos roedores en la jungla. ¿De qué sirve eso? Si no vamos a utilizar nuestros poderes para ayudar a la Nueva República, ¿por qué estamos tratando de perfeccionarlos?

Luke miró a Mara Jade, que parecía muy interesada en la discusión. Después volvió a concentrar su atención en Kyp, y vio que el joven apenas había tocado su cena.

—Porque los Jedi no obran de esa manera —dijo—. Has estudiado el Código, y sabes cómo debemos enfrentarnos a una situación difícil. Los Jedi nunca resuelven los problemas mediante la destrucción indiscriminada.

Kyp le dio la espalda a Luke, fue hacia la puerta del comedor y giró sobre sí

mismo debajo del arco de piedra de la entrada.

—Si no utilizamos nuestro poder, entonces no veo de qué nos sirve el tenerlo —dijo—. Estamos traicionando a la Fuerza con nuestra cobardía.

Apretó los dientes, y cuando volvió a hablar lo hizo en un tono de voz mucho más bajo y calmado.

—No estoy muy seguro de qué otra cosa puedo aprender aquí, Maestro Skywalker —dijo.

Y desapareció en el pasillo después de haber pronunciado aquellas palabras.

Kyp sentía en su piel el cosquilleo del poder contenido a duras penas, como si la sangre hubiera empezado a burbujear dentro de sus venas. Avanzó por el pasillo del templo tan deprisa como un proyectil, y cuando llegó a la pesada puerta de su cámara utilizó la Fuerza para abrirla de golpe, haciéndola chocar con la pared tan violentamente que el impacto desprendió un largo fragmento de piedra de un bloque.

¿Cómo era posible que hubiera llegado a sentir admiración por el Maestro Skywalker? ¿Qué veía en él Han Solo para considerarle amigo suyo? El instructor Jedi estaba totalmente ciego a la realidad. ¡Ignoraba los problemas, se tapaba los ojos con su capa Jedi y se negaba a utilizar sus poderes en beneficio de la Nueva República! El Imperio seguía siendo una amenaza, como demostraban los ataques a Calamari y Dantooine que había llevado a cabo Daala. Si Skywalker se negaba a utilizar sus poderes para aniquilar al enemigo, entonces eso quizá significaba que sus convicciones no eran lo suficientemente sólidas.

Pero las de Kyp sí lo eran.

No podía seguir en la Academia Jedi por más tiempo. Tiró salvajemente del cuello de su túnica para quitársela. Después fue hasta el pequeño montón de objetos personales que había traído consigo y cogió una bolsa de viaje en la que había guardado la capa negra que Han le había entregado como regalo de despedida. Durante su adiestramiento en el praxeum se había conformado con la vieja túnica de tela basta que le había dado el Maestro Skywalker, pero ya no quería llevarla nunca más.

Exar Kun le había mostrado cómo dejar en libertad poderes inmensos. Kyp no confiaba en el Señor Sith, pero no podía negar la verdad de lo que le había enseñado el hombre hecho de sombras. Kyp podía ver con sus propios ojos los resultados de aquel poder.

Pero de momento lo que tenía que hacer era marcharse de allí para pensar con calma, y poner algo de orden en el caos de pensamientos y emociones confusas que se agitaban dentro de su mente.

Abrió la bolsa de viaje para coger la capa negra. Dos pequeños roedores que se movían con la velocidad del rayo surgieron de entre los pliegues de tela donde se habían refugiado y se esfumaron con la celeridad de un chorro de líquido por una

hendidura de la pared de piedra.

Kyp se alarmó lo suficiente como para perder el control de su ira durante un momento, y lanzó una descarga de energía que persiguió a los dos roedores a lo largo de sus angostos túneles hasta alcanzarlos e incinerarlos en plena huida. Sus huesos ennegrecidos siguieron moviéndose hacia adelante durante unos instantes a causa de la inercia, y después se convirtieron en un montoncito de polvo que se esparció sobre el suelo de piedra del túnel.

Kyp ya había dejado de prestar atención al incidente. Cogió la capa y la sostuvo delante de él. Las hebras reflectivas incrustadas en la tela relucían como con un poder oculto. Kyp se envolvió en la capa y recogió unos cuantos objetos personales.

Tenía que irse lejos. Tenía que pensar. Tenía que ser fuerte.

Cuando Erredós hizo sonar todas las alarmas ya bastante avanzada la noche, Luke despertó al instante. Fue corriendo por los pasillos hasta la zona de descenso. Mara Jade corría junto a él, tan alerta como si ya tuviera una idea bastante aproximada de lo que podía estar ocurriendo.

Los ojos de Luke se adaptaron rápidamente a la negrura del cielo tachonado de estrellas, que quedaba teñido por una pálida claridad hacia el sur debido a los reflejos procedentes de Yavin, el gigante gaseoso. Mara y Luke se detuvieron después de haber salido por las puertas a medio abrir del hangar y vieron cómo el Z-95 Cazador de Cabezas de Mara se elevaba de la parrilla de descenso con todas las luces de situación apagadas.

—¡Está robando mi nave! —gritó Mara Jade.

Los motores sublumínicos del Cazador de Cabezas entraron en acción y dejaron un chorro de ardiente claridad blanca detrás del aparato mientras éste salía disparado hacia el cielo.

Luke meneó la cabeza con incredulidad, y se dio cuenta de que había extendido una mano sin darse cuenta de lo que hacía para suplicar a Kyp Durrón que volviera.

El pequeño caza se convirtió en una raya blanca que se fue haciendo más y más pequeña hasta que entró en órbita, y un instante después se esfumó entre las estrellas.

Luke sintió un terrible vacío, y comprendió que había perdido para siempre a otro de sus estudiantes Jedi.

Cada losa del suelo relucía. Cada columna imperial había sido meticulosamente limpiada y frotada hasta dejarla de un blanco impoluto. Cada estandarte multicolor que representaba a los planetas más leales al Imperio colgaba perfectamente recto, y era exhibido sin mostrar ni la más pequeña arruga. El orden y la limpieza más absolutos reinaban hasta en el último rincón de la ciudadela central de la Academia Militar Imperial de Carida.

El embajador Furgan asintió. Sí, no cabía duda de que todo estaba tal como le gustaba verlo.

Trescientos soldados seleccionados entre los mejores integrantes de las tropas de asalto permanecían firmes en la gran estancia llena de ecos, totalmente inmóviles formando hileras perfectas. Su armadura blanca brillaba como el hueso pulido. Eran máquinas militares exactas, eficaces y concienzudamente adiestradas, perfecta y totalmente idénticas entre sí. Aquellos soldados eran la crema de la crema de la academia. Sólo los reclutas imperiales de primera categoría llegaban a iniciar el adiestramiento para entrar en las tropas de asalto, y aquellos trescientos habían destacado en todos los aspectos.

El embajador Furgan fue hacia el estrado para dirigirse a ellos. El olor de los aceites y ceras esparcidas sobre la madera sintética parecía más potente de lo normal en aquella atmósfera esterilizada que se hallaba libre de cualquier otro olor. Furgan se irguió sobre el estrado, intentando parecer más grande e imponente de lo que le permitía su constitución achaparrada y robusta. Los trescientos cascos blancos giraron al unísono para seguirle con sus gafas negras.

—¡Soldados imperiales! —empezó diciendo Furgan—. Habéis sido elegidos para encabezar la misión más importante desde la caída de nuestro amado Emperador. Habéis soportado un gran número de rigores y privaciones, y habéis superado muchas pruebas durante vuestro adiestramiento. Os he escogido como la élite, los mejores cadetes de toda Carida.

Los soldados no se movieron y no intercambiaron felicitaciones. Todos permanecieron tan inmóviles como si fueran filas de estatuas, un hecho que ya demostraba hasta qué punto había sido concienzudo su adiestramiento.

Furgan había estado planeando aquella operación con extremada cautela desde que recibió las largamente esperadas coordenadas de Anoth, el planeta secreto. Había examinado y estudiado los datos personales de miles de sus mejores soldados. Había analizado los registros de sus ejercicios de adiestramiento: los combates simulados en los inhóspitos casquetes polares de Carida; los asedios prolongados en los desiertos calcinados donde no había ni una gota de agua; los recorridos de supervivencia por la jungla, donde había que abrirse paso a través de frondosas junglas por explorar llenas

de depredadores primitivos, plantas carnívoras e insectos venenosos...

Furgan había ido haciendo una lista de los soldados que habían mostrado más resistencia y capacidad de iniciativa y habían obtenido los mejores resultados, uniendo a todo ello su decisión inquebrantable de obedecer al pie de la letra cualquier orden que recibieran.

El embajador estaba muy orgulloso de su fuerza de asalto.

—Hemos obtenido información secreta concerniente al paradero de cierto bebé —siguió diciendo—. Ese bebé tiene un enorme potencial para el uso de la Fuerza... —Furgan hizo una pausa esperando oír un jadeo ahogado procedente de las filas de armaduras blancas, pero los soldados de las tropas de asalto no emitieron ningún sonido—. Ese niño es hijo de Leia Organa Solo, la Ministra de Estado de la Nueva República. Si lográramos capturar a ese bebé, asestaríamos un terrible golpe psicológico a la Rebelión..., pero además, ese niño es el nieto de Darth Vader.

Y Furgan por fin oyó un susurro casi imperceptible entre las filas, una repentina agitación de miedo o respeto supersticioso.

—Ese niño podría ser extremadamente valioso para el resurgimiento del Imperio. Un niño, semejante que fuese educado y adiestrado de la manera adecuada podría llegar a ser un digno sucesor del Emperador Palpatine.

Furgan siguió hablando, y las palabras fueron surgiendo de sus labios con más rapidez a medida que notaba cómo la excitación se iba adueñando de él. Era más que un simple embajador, y planeaba acompañar a la fuerza de asalto. No se expondría personalmente durante ninguna fase del ataque, por supuesto, pero estaría allí para apoderarse del pequeño Anakin.

—Vuestros líderes de unidad os asignarán puestos determinados —continuó—. La expedición ya está siendo aprovisionada, y contamos con medios de transporte espacial que os llevarán hasta ese mundo secreto.

Furgan permitió que sus gruesos labios purpúreos se curvaran en una gran sonrisa.

—También tengo el placer de anunciar que este ataque supondrá la primera utilización en combate de nuestros nuevos transportes blindados para terrenos montañosos, con los que os habéis estado adiestrando durante estos últimos meses. Eso es todo... ¡Viva el Emperador!

La respuesta atronadora de las voces filtradas por los cascos de las tropas de asalto llegó hasta Furgan e hizo temblar la gran sala.

—¡Viva el Emperador!

Furgan se deslizó por entre las colgaduras púrpura y fue por una pasarela que lo llevó hasta un dédalo de pasillos vacíos iluminados por lámparas y su despacho. Cerró la puerta blindada de sus aposentos, la selló utilizando el código cifrado y apartó a un lado los modelos y planos de los nuevos y mortíferos vehículos de ataque

MT-AT[2]. Se sentía inmensamente complacido consigo mismo y ardía en deseos de que empezara el asalto.

Furgan había pasado todos los años de agitación y conflictos en Carida, y había presenciado con creciente preocupación los enfrentamientos entre los comandantes imperiales que se habían producido después de la muerte del Emperador. Muchos señores de la guerra de los Sistemas del Núcleo eran extremadamente poderosos, pero desperdiciaban su tiempo luchando entre ellos para imponer su dominio sobre los restos de la flota imperial en vez de combatir a su verdadero enemigo, la Rebelión.

El Gran Almirante Thrawn había parecido su mayor esperanza, pero había sido derrotado; y un año después incluso el Emperador resucitado había sido vencido. El vacío de poder en el liderazgo había dejado a las fuerzas imperiales sin líder ni objetivos, y éstas se habían visto reducidas a luchar con la única meta de mejorar su posición.

La sorprendente nueva amenaza que suponía aquella almirante renegada llamada Daala también inquietaba a Furgan. Daala estaba utilizando sus Destruyores Estelares para un buen fin, pues atacaba mundos rebeldes y creaba el máximo de caos y destrucción posible. Pero Daala no tenía ningún plan global, ninguna estrategia que pudiera acabar proporcionándole la victoria final. No era más que un coloso mortífero que atacaba un objetivo detrás de otro impulsado por la satisfacción que le producía causar dolor.

Furgan se había llevado una gran sorpresa al descubrir que Daala había sido adiestrada en Carida. Se dedicó a hurgar en los viejos registros, y se encontró con que su expediente estaba repleto de reprimendas y acciones disciplinarias. Por aquel entonces Daala ya había sido tozuda e incontrolable: cumplía sus deberes con una eficiencia admirable, pero se negaba a aprender cuál era su sitio e insistía en que era ella quien merecía ser ascendida, y no sus compañeros de servicio. Furgan no había encontrado ningún registro de su promoción al grado de almirante, pero Moff Tarkin la había transferido a su séquito personal después de una de sus breves visitas de inspección. Furgan no había encontrado ninguna información referente a Daala después de esa fecha.

Otra cosa que irritaba considerablemente a Furgan era que la almirante continuara con sus ataques a la Nueva República sin haber hecho el más mínimo intento de establecer contacto con Carida. Daala quizá se consideraba como una luchadora solitaria decidida a vengar las derrotas imperiales, pero el Imperio necesitaba que sus soldados lucharan como partes de un todo colosal. El Imperio no necesitaba individuos que querían hacer la guerra por su cuenta.

Furgan había intentado ponerse en contacto con algunos comandantes imperiales para obtener naves que transportaran a su fuerza de asalto hasta Anoth. El Emperador, el Gran Almirante Thrawn y otras expediciones depredadoras ya habían



consumido una gran parte de los recursos espaciales disponibles en Carida. Tener su base en el planeta de adiestramiento militar permitía que Furgan tuviera acceso a algunos de los sistemas de armamento más sofisticados y a los soldados mejor entrenados de toda la galaxia, pero las interminables disputas entre el Ejército Imperial y la Armada Imperial hacían que Furgan no pudiera ir a ningún sitio con sus tropas. Eso le dejaba en la peculiar posición de estar en el planeta más poderosamente armado que seguía siendo leal al Imperio..., y en el que menos útil podía serle.

Furgan jugueteó distraídamente con un modelo articulado de un vehículo de combate MT-AT. Ver aquella nueva y maravillosa máquina en acción resultaría fascinante. Furgan seguía siendo total e inquebrantablemente leal al Imperio y el Nuevo Orden, y ni siquiera la muerte del Emperador había podido hacer vacilar esa lealtad.

Furgan seguía haciendo cuanto estaba en sus manos para asestar golpes letales a la Nueva República de una manera o de otra. Le encantaba recibir informes indirectos que le proporcionaban evidencias del inexorable progreso de la «misteriosa enfermedad» que estaba acabando con Mon Mothma. La Jefe de Estado de la Nueva República no tardaría en morir.

Y en cuanto Furgan tuviera en sus manos al nieto de Darth Vader, todos los que seguían siendo leales al Imperio tendrían que escucharle.

Qwi Xux lanzó una rápida mirada de soslayo a las coordenadas que mostraba el panel de navegación de Wedge Antilles cuando éste tenía vuelta la cabeza hacia otro lado. Qwi estaba sentada en el asiento del copiloto del yate personal camuflado, y utilizó sus ágiles dedos para teclear las coordenadas en el ordenador de navegación y solicitar una visualización completa.

Wedge apartó la mirada del panorama estelar y vio lo que estaba haciendo.

—¡Eh! —exclamó, y después sonrió como pidiéndole disculpas mientras bajaba la vista—. Se suponía que esto iba a ser una sorpresa, ¿sabes?

Qwi se rió, dejando escapar una cascada cristalina de breves notas musicales.

—Sólo quería saber cómo se llama ese planeta. ¿Ithor? —murmuró, frunciendo el ceño en cuanto los datos aparecieron en la pantalla—. Nunca había oído hablar de él.

Wedge soltó una risita y alargó el brazo para apretar suavemente su esbelto hombro. Qwi sintió que el calor de su contacto perduraba durante unos momentos después de que Wedge volviera a apartar la mano.

—Hay muy pocos lugares de la galaxia de los que hayas oído hablar, Qwi —dijo—. Te has pasado casi toda la vida metida en la Instalación de las Fauces.

—¿Es un mundo hermoso? —preguntó Qwi.

Wedge suspiró.

—Es magnífico. Todo un mundo que no ha sido tocado por la civilización y que está cubierto de bosques, junglas, ríos y cascadas... Vamos de incógnito, así que no tendrás que preocuparte temiendo que alguien te reconozca.

Qwi contempló los paneles de control de cantos metálicos del yate espacial y la tela sintética de los asientos, que era tan lisa y suave al tacto. Podía oler el peculiar aroma del aire recirculado. Qwi había pasado muchos años viviendo en un entorno totalmente cerrado, y no sabía nada sobre los animales, las plantas y las otras formas de vida. Albergaba la esperanza de que resultarían ser fascinantes.

—¿Estás segura de que no correremos ningún peligro?

Qwi tragó saliva con un visible esfuerzo. Su pesadilla más terrible era que un espía imperial pudiera capturarla y llevarla de vuelta al laboratorio de investigación oculto en el cúmulo de agujeros negros, donde le arrancarían de la cabeza todos los conocimientos sobre superarmas que poseía sin importar lo mucho que se resistiera.

—Sí —dijo Wedge después de haberla contemplado en silencio durante unos momentos—. Ithor es un paraíso aislado, un planeta en el que muchas parejas jóvenes... —Hizo una pausa y tragó saliva como si se avergonzara de aquellas últimas palabras—. Bueno, lo que quiero decir es que muchos turistas van allí a pasar sus vacaciones. Siempre hay mucha gente que viene y va, y los ithorianos acogen a todo el mundo con los brazos abiertos.

»El Imperio lo mantuvo sometido a un bloqueo durante la Rebelión, y causó algunos daños como mera demostración de fuerza. Pero un ithoriano acabó proporcionándoles acceso a la información agrícola y de donación que los imperiales deseaban obtener, y a partir de entonces el Imperio se olvidó de Ithor.

Wedge volvió la mirada hacia el punto del panorama estelar en el que se veía el potente resplandor blanco azulado del sol del sistema ithoriano. Aumentó la salida de energía de los motores sublumínicos y dirigió el yate espacial hacia un planeta verde claro recorrido por vetas azuladas y envuelto en nubes blancas.

—Finge que estamos de vacaciones, ¿de acuerdo? —sugirió—. Seremos una pareja de turistas, y te enseñaré todo lo que te has estado perdiendo hasta ahora. No se me ocurre ningún sitio mejor para empezar.

—No hay nada que desee más, Wedge —dijo Qwi, mirándole con una sonrisa radiante en los labios.

Wedge se ruborizó, y después pareció concentrarse con furioso entusiasmo en una tarea relativamente tan sencilla como era la de poner en órbita el yate alrededor del planeta.

Qwi puso sus dedos azul claro sobre el visor lateral mientras contemplaba los soberbios panoramas que se extendían por debajo de ellos. Nunca había visto paisajes tan exóticos y tan distintos de las salas estériles de paredes blancas de la Instalación de las Fauces.

Grandes ríos avanzaban por debajo de ella, serpenteando entre las copas de los árboles de un paraíso tropical y enroscándose sobre sí mismos para formar la blancura de los rápidos cada vez que la corriente fluía sobre algún tramo rocoso del cauce. El yate espacial estaba sobrevolando grandes praderas salpicadas de colores brillantes y llenas de flores rojas, amarillas, púrpuras y azules. La mera energía que se desprendía de todas aquellas cosas en continuo crecimiento bastaba para asombrar a Qwi.

Pasaron por encima de una cadena de lagos ovalados que centelleaban y reflejaban la luz del sol igual que las gemas del collar que Wedge le había regalado hacía unos días. El cielo libre de nubes que se extendía sobre ellos era de un azul claro.

—Es precioso —murmuró Qwi.

—Te lo había dicho, ¿no? —sonrió Wedge—. Ya sabes que puedes confiar en mí. Qwi le miró, y sus ojos color índigo parpadearon lentamente.

—Sí, Wedge —dijo—. Confío en ti.

Wedge carraspeó y se apresuró a volverse hacia el visor delantero.

—Los ithorianos no consienten que se cause ningún daño a su medio ambiente —dijo como si estuviera leyendo un resumen de datos aparecido en una pantalla—. De hecho, consideran sacrilegio incluso el mero acto de poner los pies en el suelo de su

jungla madre.

—¿Y cómo viven entonces? —preguntó Qwi.

—Mira —replicó Wedge.

Dejaron atrás las copas de los árboles, y Qwi vio aparecer por encima del horizonte una forma bastante extraña que fue aumentando rápidamente de tamaño a medida que se aproximaban a ella.

—¿Es una ciudad? —preguntó.

—Es algo más que eso —dijo Wedge—. Es todo un entorno cerrado. Los ithorianos lo llaman Bahía Tafanda.

La enorme construcción en forma de disco siguió haciéndose más y más grande hasta que ocupó todo el visor delantero, volviéndose todavía más gigantesca hasta que se hubo convertido en una titánica moneda de considerable grosor cuyo diámetro era superior al de toda la Instalación de las Fauces. La ciudad parecía estar hecha de plástiacero, pero también parecía estar parcialmente viva.

El casco de la ciudad flotante ithoriana contenía un auténtico caos de plataformas, cubiertas de vuelo, antenas de transmisión y maquinaria ambulante en continuo movimiento, pero las superficies expuestas estaban cubiertas por largas barbas de musgo, y también había grandes árboles creciendo en oquedades especiales de los muros laterales cuyos troncos se alzaban hacia el cielo y parecían más gruesos y mucho más verdes que las torres metálicas.

La parte plana del disco estaba llena de cúpulas invernadero que brillaban bajo el sol como un millar de ojos. Las cúpulas eran transparentes, y Qwi pudo ver los frondosos jardines botánicos alineados en filas cuidadosamente dispuestas que albergaban. Pequeñas naves revoloteaban velozmente alrededor de los hangares y las zonas de descenso como si fueran enjambres de mosquitos.

En la parte inferior de Bahía Tafanda había hileras de motores que proyectaban rayos repulsores difusos para mantener suspendida la estructura de la ciudad sobre las copas de los árboles, con lo que ésta arrojaba una sombra elíptica sobre la superficie de hojas y ramas. La ciudad ithoriana flotaba lentamente a la deriva en un viaje continuo sin meta definida, y no tocaba el suelo sagrado nunca.

Wedge tecleó su petición de coordenadas de descenso, y fue respondido por una extraña voz hueca y envuelta en ecos que Qwi pensó recordaba a la de alguien que estuviera hablando a través de un tubo muy largo. Pasados unos momentos el sistema de comunicaciones volvió a emitir la misma voz —¿o sería otra?— cambiando las coordenadas.

—Disculpe nuestro descuido, señor. Un representante especial le recibirá en el hangar de atraque. Esperamos que disfruten de su estancia en nuestro mundo.

Wedge lanzó una mirada llena de suspicacia a la unidad de comunicaciones.

—¿Qué razón pueden tener para querer darnos un tratamiento especial? —

murmuró volviéndose hacia Qwi—. Se supone que nadie sabe quiénes somos en realidad.

Qwi miró a su alrededor, y la cabina del yate espacial pareció empequeñecerse de repente.

—¿Crees que corremos peligro? Quizá deberíamos dar la vuelta y buscar otro sitio donde pasar estas vacaciones.

La expresión de Wedge parecía indicar que eso era precisamente lo que quería hacer.

—No, todo va bien —respondió por fin intentando tranquilizarla—. Puedo protegerte, Qwi. No te preocupes.

Se posaron en la pista indicada y Wedge desplegó la rampa de pasaje. Bajó primero y se volvió para tomar de la mano a Qwi, ayudándola a bajar. Qwi podría haber bajado por la pasarela sin ninguna dificultad aunque no hubiese contado con su ayuda, pero le encantaban las atenciones de que Wedge la hacía objeto continuamente.

El yate espacial estaba rodeado por árboles de grandes troncos y corteza grisácea con ramas bastante bajas que se desplegaban para formar una especie de plataforma alargada. Flores blancas y azules brillaban entre las hojas. Qwi recorrió lo que la rodeaba con la mirada y aspiró una profunda bocanada de aquella atmósfera húmeda y limpia. Todo olía a vida y a frescor, y todo parecía estar impregnado por una sinfonía de perfumes tan sorprendente que su imaginación casi se negaba a aceptarla.

—Saludos.

Qwi giró sobre sí misma para ver a un alienígena de aspecto muy extraño que venía hacia ellos flanqueado por dos niños humanos de diez años de edad. El alienígena tenía una gran joroba y vestía una capa blanca adornada con trencillas doradas. Su cabeza recordaba un poco a un cucharón para la sopa, como si alguien hubiera cogido un rostro modelado en arcilla y lo hubiera estirado hasta darle una forma curva de S. haciendo subir la frente y tirando de los dos ojos hasta dejarlos al extremo de dos pedúnculos. La boca quedaba escondida debajo de la curvatura de la cabeza. Qwi contempló en silencio al alienígena, y la criatura de aspecto torpe y lento siguió avanzando hacia ellos moviéndose con una gracia sorprendente llena de fluidez y delicadeza.

Los dos niños humanos que flanqueaban a la criatura llevaban capas blancas parecidas a la suya sobre monos de vuelo de color verde. Los niños tenían el cabello rubio y los ojos azules y la misma expresión beatífica en el rostro, pero ninguno dijo nada.

Wedge debió de darse cuenta de lo mucho que había sorprendido a Qwi el extraño aspecto del alienígena.

—Supongo que tendrías que haberte advertido —dijo—. Los ithorianos son

conocidos en casi toda la galaxia como cabezas-de-martillo.

Qwi asintió lentamente y pensó en otras criaturas extrañas que había visto, desde el almirante Ackbar con su cara de pez hasta Tol Sivron, el administrador científico de cabeza tentaculada que dirigía la Instalación de las Fauces. Qwi se dijo que quizá no todas las criaturas inteligentes de la galaxia podían ser tan atractivas como algunos humanos..., por ejemplo Wedge.

—En realidad no nos gusta nada que nos llamen cabezas-de-martillo —dijo el alienígena deteniéndose delante de ellos—. Nos parece insultante.

—Le pido disculpas, señor —dijo Wedge haciéndole una pequeña reverencia.

—Soy Momaw Nadon, y es un gran honor para mí poder servirles, Qwi Xux y Wedge Antilles.

Wedge retrocedió un paso, visiblemente asustado.

—¿Cómo se ha enterado de quiénes somos? —preguntó. Momaw Nadon emitió un burbujeo hueco que surgió de los dos extremos de su boca creando una especie de eco estereofónico. —Mon Mothma me ha pedido que les trate como invitados especiales de Ithor.

—¿Y qué razón ha podido tener Mon Mothma para avisarle que veníamos hacia aquí? —preguntó Wedge—. Se suponía que debíamos pasar totalmente desapercibidos y no hacer nada que pudiera atraer la atención hacia nosotros.

Nadon se inclinó ante Wedge, y su curiosa cabeza llena de curvas osciló con el movimiento de bajada y subida de la reverencia.

—He simpatizado con la Alianza Rebelde desde mis días de exilio en Tatooine, hace ya más de una década —explicó—. Mi pueblo me exilió al planeta de los desiertos, donde sólo tendría arenas que cuidar en vez de nuestros hermosos bosques. El Imperio había exigido cierta información agrícola, y yo se la proporcioné para salvar nuestros bosques de la destrucción..., pero mi pueblo decidió exiliarme a pesar de mis motivos. Volví aquí después de la muerte del Emperador, y he estado intentando reparar mi falta desde entonces.

Nadon se volvió hacia los dos chicos y movió una mano.

—Coged su equipaje —dijo—. Les enseñaremos sus aposentos.

Los chicos se movieron al unísono sin la más leve sombra del apresuramiento un poco frenético habitual en su edad, y entraron en el yate espacial y salieron poco después con las maletas plateadas llenas de prendas de vacaciones que habían traído Wedge y Qwi.

Nadon les llevó fuera del hangar de atraque, agachando la cabeza para pasar por debajo de las ramas de los árboles que rodeaban la pista. El camino que siguieron parecía un túnel de verdor vivo.

—También estaba en la cantina de Mos Eisley cuando Luke Skywalker y Obi-Wan Kenobi tuvieron su primer encuentro con el capitán Solo —dijo—. Por aquel

entonces no sabía que estaba viviendo un momento histórico, pero lo recuerdo con toda claridad a pesar de que en esos días tenía... otras preocupaciones.

—Me asombra que aún pueda recordarlo después de tantos años —dijo Wedge.

Nadon señaló un turboascensor camuflado en la pared que parecía una gran vaina recubierta de hojas. Entraron en la cabina y empezaron a descender hacia las profundidades de Bahía Tafanda.

—Los ithorianos tienen una memoria excelente —dijo Nadon después de haber permanecido en silencio durante bastante rato.

Les guió por corredores serpenteantes en los que dejaron atrás cúpulas que contenían especímenes de vida vegetal procedentes de distintas partes del planeta. Nadon acabó deteniéndose junto a los delicados surtidores de una fuente y señaló dos puertas, una a cada lado del pasillo.

—Les he asignado estos aposentos, y les ruego que se pongan en contacto conmigo si desean cualquier otra cosa tanto en lo referente a alojamiento como a distracciones —dijo—. Estoy aquí para servirles.

La misteriosa pareja de chicos depositó el equipaje en el pasillo y retrocedió para volver a flanquear a Nadon.

—No nos ha presentado a los niños —dijo Qwi por fin—. ¿Están encomendados a su cuidado?

Las dos gargantas de Nadon emitieron un ruidoso burbujeo.

—Son... sembrados que han crecido de la carne de mi enemigo —explicó—. También son un recordatorio de los días que pasé en Tatooine —añadió inclinando su enorme cabeza.

Los dos chicos permanecieron inmóviles sin inmutarse, y Nadon acabó despidiéndoles con un gesto de la mano. Después dejó a Wedge y Qwi delante de la puerta de sus aposentos, y se marchó sin mirar hacia atrás ni una sola vez mientras ellos le seguían con la mirada y se preguntaban qué podía haber querido decir.

Después de haber presenciado el anochecer en la cubierta de observación superior de Bahía Tafanda, Qwi fue con Wedge a ver la salida de las lunas. Los cielos color lavanda se habían vuelto de un violeta oscuro puntuado por brillantes estrellas que parecían formar una pincelada esparcida a través de la bóveda celeste.

Una pequeña luna en fase de llena trepó por encima del horizonte en el este mientras el creciente en forma de uña de otra luna mucho más grande flotaba en el oeste siguiendo los brillantes colores del crepúsculo por encima del confín del mundo. Dos lunas más mostraban sus hinchadas fases de cuarto a una altura bastante mayor en el cielo.

Qwi aspiró una profunda bocanada de aire húmedo y sus fosas nasales percibieron un sinfín de potentes aromas procedentes de las plantas y las flores que se abrían durante la noche, como si estuviera envuelta por una compleja mezcla de todos

los perfumes y agradables aromas de las especias y condimentos de cocina que había olido a lo largo de toda su existencia.

La brisa se volvió paradójicamente más cálida con la llegada del anochecer, y Qwi sintió cómo los plumosos mechones de su cabellera oscilaban lentamente de un lado a otro. Los alisó con sus esbeltos dedos, sabiendo que a Wedge le gustaba ver cómo brillaban en la noche con destellos perlinos. Se había puesto una holgada túnica de colores pastel con la que había envuelto su cuerpo, acentuando todavía más la belleza etérea de su frágil silueta.

La ecociudad ithoriana seguía avanzando lentamente sobre las copas de los árboles. El leve zumbido que brotaba de las hileras de motores repulsores de Bahía Tafanda se confundía con los sonidos nocturnos de la jungla que desfilaba bajo ellos. La brisa agitaba las hojas de los setos y los bosquecillos de árboles escama que rodeaban la cubierta de observación.

Unos cuantos ithorianos entraron en la cubierta y permanecieron en silencio o empezaron a conversar en su extraño y retumbante lenguaje estereofónico. Wedge y Qwi no se dijeron nada.

Qwi se acercó un poco más a Wedge. Primero le rozó, y después permitió que su cuerpo quedara sostenido por el suyo. Wedge deslizó un brazo alrededor de su cintura con un movimiento un poco nervioso y la joven alienígena —Qwi Xux, inventora del *Triturador de Soles* y cocreadora de la *Estrella de la Muerte*— se sintió muy honrada al poder estar bajo la protección del general Wedge Antilles.

Sabía que quienes seguían siendo leales al Imperio harían cualquier cosa para recuperar los conocimientos secretos encerrados en su cerebro, pero de repente Qwi se dio cuenta de que en aquellos momentos se sentía totalmente a salvo y segura.



Jacen y Jaina seguían su periplo por las oscuras y húmedas entrañas de Coruscant. No tenían forma alguna de saber si la tenue claridad que se filtraba desde las alturas correspondía al día o a la noche del planeta. La atmósfera estaba impregnada por el hedor pestilente de la basura podrida, los animales muertos, el metal corroído y los charcos de agua estancada. Caminaban por las calles más anchas evitando los escombros, y trepaban por encima de los montones de cascotes. Llevaban horas sin ver nada que les resultase familiar, y ninguno sabía qué debían hacer.

—Tengo hambre —dijo Jaina.

—Yo también —dijo Jacen.

Las profundidades del submundo estaban sumidas en un silencio saturado de estática. Criaturas que parecían hechas de sombras se asustaban de repente al ver aparecer a los gemelos, y huían en busca de un escondite más oscuro. Jacen y Jaina tropezaron con un montón de escombros y provocaron una avalancha atterradoramente ensordecedora. Los gemelos huyeron corriendo del ruido, generando nuevas avalanchas de restos y cascotes que cayeron desde una gran altura entre crujidos y truenos ahogados.

—Me duelen los pies —dijo Jacen.

—A mí no —respondió Jaina.

Por fin vieron aparecer lo que parecía un signo esperanzador: una especie de caverna construida con restos y cascotes cuyas paredes habían sido erigidas amontonando trozos de durocreto unidos mediante una pasta de algas secas, barro y otras sustancias imposibles de identificar. Unas luces humeantes brillaban dentro de la caverna, pareciendo todavía más atractivas debido al contraste con la impresionantemente lúgubre oscuridad de la ciudad subterránea.

Jacen y Jaina avanzaron al mismo tiempo.

—¿Comida? —preguntó Jacen.

Su hermana asintió.

Fuera de la caverna de forma extrañamente curva vieron cables que corrían a través de aros metálicos medio recubiertos de líquenes incrustados en varios puntos. A lo largo de las paredes y del techo había bandas metálicas unidas con trozos de cadena que parecían huesos de dedos muy largos, y que habían sido colgadas allí como adorno.

—Aquí dentro —dijo Jacen precediendo a su hermano.

La penumbra envolvió a los gemelos, y pareció guiarles hacia aquellas luces tan atractivas.

De repente Jacen oyó roces y crujidos surgiendo de entre las sombras. La niña volvió la mirada en esa dirección para ver una araña-cucaracha casi tan grande como

su cabeza. Jacen chocó con ella y se inclinó hacia adelante para poder echar un vistazo a la criatura. La araña-cucaracha trepó velozmente por la irregular superficie de la pared, pero después se detuvo como si no supiera qué hacer y volvió tres ojos que brillaban con un vidrioso resplandor ambarino hacia ellos.

Una especie de puño metálico que colgaba del techo bajó bruscamente como una mano mecánica prensil suspendida de cadenas haciendo un ruido ensordecedor. Docenas de dedos de acero chocaron con la pared para atrapar a la araña-cucaracha, dejándola encerrada en una jaula metálica improvisada. La criatura se debatió locamente mientras hacía chasquear sus mandíbulas. Un diluvio de chispas salió despedido en todas direcciones cuando las patas quitinosas arañaron el metal impenetrable de los barrotes.

Jacen y Jaina sucumbieron al pánico y corrieron por el túnel yendo hacia las temblorosas luces anaranjadas, pero un instante después los gemelos se detuvieron de golpe al sentir una vibración de peligro. Jacen y Jaina alzaron la mirada justo a tiempo para ver cómo una jaula mucho más grande, una estructura que era toda pinchos y afilados cantos metálicos, caía sobre ellos. Garras mecánicas de metal rodearon a los gemelos como docenas de puños unidos por cadenas.

—¡Es una trampa! —gritó Jaina.

Oyeron un sonido de pies que se arrastraban por el suelo viniendo hacia ellos, y después hubo un golpe ahogado y un roce cuando una criatura enorme y muy corpulenta emergió de las oscuras profundidades de aquella guarida. Lo primero que vieron de ella fue sólo su silueta, con una enorme cabeza peluda y unos brazos tan gigantescos que casi llegaban al suelo. Un muslo lleno de músculos parecía tan grueso como el tronco de un árbol, pero la otra pierna era mucho más corta y estaba retorcida y marchita.

Jacen y Jaina sacudieron los afilados cantos metálicos de la jaula, pero las garras mecánicas reaccionaron como si fueran unas tijeras y se unieron todavía más de lo que ya estaban.

—¡Socorro! —gritó Jacen.

Su captor se hizo visible un instante después, y quedó iluminado desde un lado por los reflejos humosos de las luces. La criatura estaba cubierta por una gruesa capa de pelaje sucio e hirsuto, y no se veía ninguna distinción entre su enorme cabeza y el resto de su torso. Era como si la cabeza y el torso hubieran sido comprimidos hasta formar una sola masa con forma de barrica.

La boca de la criatura era una larga abertura de bordes irregulares que se torcía a un extremo y que parecía incapaz de cerrarse del todo. Su ojo izquierdo estaba recubierto por una gran masa de tumores y carne putrefacta; y el otro ojo, que era casi tan grande como los puños de los gemelos, estaba lleno de rayas rojizas y despedía un enfermizo brillo amarillento.

Jacen y Jaina se asustaron tanto que no pudieron decir palabra. La especie de ogro que los había capturado pasó tambaleándose junto a ellos, ignorándoles mientras se tambaleaba hacia atrás y hacia adelante sobre una pierna nudosa que parecía haberse encogido y resecado, y cogió la trampa para inspeccionar a la cada vez más frenética araña-cucaracha.

Un instante después los gemelos pudieron oler el hedor que brotaba del monstruo cuando se inclinó sobre los barrotes de la jaula acercando su enorme ojo amarillo a ellos. Jacen y Jaina se apresuraron a correr hacia el otro lado de la jaula.

El ogro separó unas largas cadenas de la pared, se las echó al hombro y arrastró ruidosamente la jaula de los gemelos por el pasillo hasta su guarida. La jaula oscilaba y chocaba con obstáculos invisibles, y los gemelos tuvieron que saltar de un lado a otro para no perder el equilibrio.

El suelo del cubil del monstruo estaba lleno de huesos mordisqueados que habían pertenecido a animales grandes y pequeños. Algunos habían sido amontonados en cestas, y otros habían sido partidos por la mitad y yacían dispersos por todos lados. Llamas de un rojo oscuro brotaban de marmitas humeantes llenas de grasa que olía a rancio.

Encadenada en una zona vacía del suelo había una especie de rata con colmillos de jabalí cubierta de pelaje erizado. Sus negros labios de aspecto gomoso se curvaban formando un gruñido perpetuo. El monstruo-rata rugió y se debatió, tirando de su cadena y lanzando un chorro de gotitas por la boca.

Un juego de grilletes rotos procedente de un área de detención colgaba de los clavos hundidos en las paredes de la cámara. El ogro fue de un lado a otro bajo aquella claridad más intensa, y la luz de las llamas permitió que los gemelos pudieran ver restos de un viejo uniforme de prisión entre los rizos y mechones grasientos de pelaje que cubrían su cuerpo.

El ogro separó los dedos metálicos de la trampa en la que había caído la araña-cucaracha. Después cogió al arácnido con sus nudosas manos desnudas y se la arrojó al monstruo-rata. El reluciente cuerpo negro de la araña-cucaracha agitó desesperadamente sus largas patas mientras volaba por los aires, y el monstruo-rata lo capturó al vuelo. Pero el arácnido logró agarrarse a aquellos labios gomosos mediante las afiladas puntas de sus patas, y las hundió con todas sus fuerzas.

El monstruo-rata chilló de dolor y movió sus colmillos curvos, mordiéndolo y masticando ferozmente hasta que consiguió partir el exoesqueleto de la araña-cucaracha con un chasquido casi metálico. Después engulló con satisfacción la carne jugosa y blanda y se lamió sus negros labios. Cuando hubo terminado de comer, el monstruo-rata empezó a jadear y volvió sus acuosos ojos rojizos hacia los dos niños.

Los dos gemelos lo contemplaron con expresiones esperanzadas desde dentro de su prisión.

—Nos hemos perdido —dijo Jaina, mirando al ogro por entre los barrotes de la jaula.

—Ayúdanos a encontrar nuestra casa, por favor —añadió Jacen.

El ogro clavó sus ojos amarillentos en los gemelos. Su boca emitía una pestilencia repugnante, como barro viscoso rascado del fondo de un millar de alcantarillas. Cuando habló su voz burbujeante deformó las palabras haciendo que sonaran pastosas y difíciles de comprender.

—No —dijo—. ¡Voy a comeros!

Después fue hacia una chimenea humeante avanzando con dificultad sobre su pierna reseca. El ogro hurgó entre las ascuas hasta que encontró unas tenacillas muy largas de puntas afiladas. Después las levantó sobre su cabeza y se volvió hacia los gemelos.

Jacen y Jaina alzaron la mirada hacia el techo de su jaula. Las articulaciones de los dedos estaban sujetas mediante pequeños remaches recubiertos de grasa y óxido, pero todavía conservaban la movilidad suficiente para que la jaula pudiera ser abierta y cerrada.

Cada gemelo sabía en qué remaches se estaba concentrando el otro, y los dos utilizaron su rudimentaria capacidad para emplear la Fuerza de la misma manera en que lo hacían cuando querían gastar bromas a Cetrespeó o jugaban a los juegos que les enseñaba su tío Luke.

Los gemelos sacaron los remaches de la jaula, desplazándolos de dos en dos en rápida sucesión. Trocitos de metal salieron disparados en todas direcciones como un diluvio de diminutos proyectiles. Los largos dedos metálicos quedaron repentinamente desprovistos de apoyo y se abrieron, cayendo al suelo con un estrépito increíble.

—¡Corre! —gritó Jacen.

Jaina le cogió de la mano, y los gemelos huyeron hacia el túnel.

El ogro dejó escapar un rugido enfurecido y trató de perseguirles, pero sus piernas desiguales le impedían mantenerse en pie si intentaba correr. Miró a su alrededor, cogió la gruesa cadena que sujetaba la monstruosa rata a la pared y sacó de un tirón el tubo metálico que mantenía cerrado el collar.

El monstruo-rata quedó en libertad y reaccionó al instante. Giró sobre sí mismo y trató de morder al ogro, pero éste utilizó un brazo lleno de gruesos músculos para golpear a la criatura apartándola de él. Después movió la mano señalando a los niños que huían.

Y los gemelos corrieron y corrieron...

El monstruo-rata se lanzó en pos de ellos, aullando y babeando. Los gemelos salieron de la abertura iluminada y se metieron por un callejón. Podían oír los sonidos parecidos al resoplar de una vieja maquinaria de vapor que emitía la criatura mientras

jadeaba y bufaba detrás de ellos, siguiendo el rastro de su olor. Sus garras repiqueteaban sobre el pavimento.

Jaina descubrió una pequeña hendidura en la pared, una especie de agujero abierto en las capas de duracreto.

—¡Aquí! —gritó.

Jaina se lanzó de cabeza a la diminuta abertura, y su hermano se apresuró a seguirla. El hocico provisto de enormes colmillos curvos del monstruo-rata chocó con el orificio apenas un segundo después, pero había tan poco espacio que no consiguió meter la cabeza por el agujero.

Jacen y Jaina ya se habían alejado a cuatro patas, y no tardaron en internarse por las profundidades de aquel laberinto de oscuridad jamás explorado.

—¡Oh, nunca tendríamos que haber accedido a cuidar de los niños! —gimoteó Cetrespeó—. Me pregunto con qué frecuencia se dan casos de cuidadores que pierdan a los niños que les han sido confiados...

Chewbacca le gruñó.

—¿Por qué no me escuchaste, Chewbacca? —preguntó Cetrespeó—. Ama Leia te hará afeitar de la cabeza a los pies para poder hacerse una alfombra nueva con tu pelaje... Serás el primer wookie calvo de la historia.

Chewbacca aulló una sugerencia mientras avanzaban a toda velocidad por los pasillos, continuando con su inspección del Zoo Holográfico para Animales Extinguidos.

—Si quieres puedes ir a la sala de control —siguió diciendo Cetrespeó—. Creo que deberíamos dar la alarma ahora mismo. Pedir ayuda es un recurso totalmente legítimo y aceptable, ¿no? Después de todo, se trata de una emergencia...

Cetrespeó encontró la alarma contra incendios y la activó con una mano dorada. Después buscó entre los dioramas holográficos hasta que descubrió una alarma de seguridad, y presionó el botón sin vacilar.

—Bien, con eso debería bastar —dijo.

Chewbacca pegó la boca al rostro de Cetrespeó y dejó escapar un gruñido lo suficientemente estrepitoso para que los sensores auditivos del androide tuvieran que llevar a cabo una recalibración. Después alzó en vilo a Cetrespeó cogiéndolo con sus peludas manazas de wookie y echó a correr por el pasillo llevándolo en brazos.

—De acuerdo, hazlo a tu manera —dijo Cetrespeó—. Iremos al centro de control y desconectaremos todos los hologramas.

Jacen y Jaina iban descendiendo por la viscosa superficie del túnel, moviéndose a tientas a lo largo de ella. No tenían ni idea de adónde iban, pero sabían que tenían que encontrar algún camino que los llevara de vuelta a su casa.

Jacen alzó los brazos, no encontró el techo y se puso en pie. Los gemelos no podían ver nada en la oscuridad, sólo una tenue claridad muy por delante de ellos.

Fueron avanzando en esa dirección, pero esta vez con mucha más cautela que antes porque temían encontrarse con otro ogro. Jacen captó el olor de la carne asada y oyó voces guturales, las primeras voces humanas que habían oído desde que decidieron volver a casa sin Cetrespeó y Chewbacca.

Jacen se dispuso a avanzar hacia la luz, pero Jaina detuvo a su hermano poniéndole una mano sobre el brazo.

—Ten cuidado... —dijo.

Jacen asintió y se llevó un dedo a los labios como recordatorio de que no debían hacer ningún ruido. Los gemelos fueron avanzando poco a poco con los corazones latiéndoles a toda velocidad. Ya podían oler los deliciosos aromas de la comida. Y también podían oír el chisporroteo de las llamas y las voces que hablaban tranquilamente.

Llegaron a una esquina y asomaron la cabeza con mucha cautela para ver una gran sala medio en ruinas que había sido una sala de recepción de nivel inferior hacía miles de años. Jacen y Jaina pudieron ver una hoguera, siluetas vestidas con harapos que iban y venían por entre las luces y las sombras, hileras de cristales de luz que despedían una débil claridad, las masas oscuras salpicadas de lucecitas parpadeantes de unos ordenadores..., y de repente muchas manos silenciosas surgieron de la nada a su alrededor y los agarraron.

Los brazos eran fuertes y nervudos, y su presa era muy sólida. Cinco centinelas actuaron al unísono, sujetando a Jacen y Jaina y alzándolos en vilo antes de que tuvieran ninguna posibilidad de ofrecer resistencia.

Los centinelas rieron mientras los niños lanzaban chillidos de terror. Las siluetas congregadas alrededor de la hoguera saludaron a los centinelas con gritos de alegría cuando trajeron a los gemelos al interior del círculo de claridad.

Las alarmas parpadeaban y atronaban en el centro de control del Zoo Holográfico. Las luces rojas se encendían y se apagaban, y los guiños de las luces amarillas formaban pautas indescifrables.

Cetrespeó quedó bastante impresionado ante la conmoción que había logrado producir con sólo activar unos cuantos sistemas de seguridad.

El androide de control del zoo estaba sentado en el centro de un banco de ordenadores de forma octagonal. Tenía una cabeza esférica rodeada por sensores ópticos instalados a intervalos de treinta y seis grados. El androide de control contaba con ocho miembros segmentados que iban y venían por encima de los paneles, manipulando los botones en un revuelo de movimientos velocísimos que hacía pensar en una batería de cañones desintegradores automatizada lanzando andanadas.

—Permiso denegado —dijo el androide de control.

Chewbacca rugió, pero el androide de control se limitó a hacer girar su cabeza esférica e ignoró el estallido de ira del wookiee.

—Me siento en la obligación de advertirte que es ampliamente sabido que un wookie enfurecido suele dedicarse a arrancar miembros del cuerpo más próximo —dijo Cetrespeó mirando al otro androide—. Bien, pues creo que mi amigo Chewbacca está a punto de perder el control de sí mismo...

Chewbacca se inclinó hacia adelante sobre uno de los paneles de control segmentados, lo agarró con sus peludas manos y volvió a rugir con las fauces pegadas a un conjunto de ojos múltiples.

—El permiso sigue siendo denegado —dijo el androide de control.

—¡Pero es que no lo entiendes! —insistió Cetrespeó—. Hay dos niños extraviados dentro de tu Zoo Holográfico. Si accedieras a desconectar los generadores de imágenes, podríamos inspeccionar los hábitats y encontrarlos.

—La petición es inaceptable —dijo el androide de control—. Desconectar los generadores de imágenes causaría molestias y perturbaciones excesivas a los otros usuarios de las instalaciones.

Cetrespeó le contempló con indignación y apoyó los brazos metálicos en las caderas.

—Pero cuando lo recorrimos el zoo parecía estar vacío. ¿Cuántos clientes están utilizando las instalaciones en este momento?

—Ese dato es irrelevante —replicó el androide de control—. Una acción semejante está estrictamente prohibida salvo en un estado de extrema emergencia.

Cetrespeó alzó sus manos doradas hacia el techo.

—¡Pero esto es una emergencia!

Chewbacca ya parecía haberse hartado de pedir las cosas con educación. El wookie tensó los puños y los dejó caer sobre la primera hilera de controles, haciendo añicos las relucientes planchas negras y destrozando las conexiones de los circuitos.

Las chispas brotaron del panel. La cabeza del androide de control giró sobre su eje como un planeta bruscamente arrancado a su órbita.

—Discúlpeme, pero debo pedirle que tenga la bondad de no tocar los controles —dijo.

Chewbacca fue hacia el segundo segmento del tablero octagonal y descargó sus puños sobre él. El androide de control agitó frenéticamente sus ocho miembros articulados e intentó pasar las funciones de los circuitos destrozados a los sistemas que todavía seguían funcionando.

—Debo admitir que tu entusiasmo compensa cualquier posible falta de delicadeza en la que puedas incurrir, Chewbacca —dijo Cetrespeó.

El wookie sólo necesitó unos segundos para destrozarse todo el conjunto de controles. El androide de control se encontró con que ya no había ni un solo sistema generador de hologramas en funcionamiento, y dobló sus ocho brazos articulados como si fuese un insecto muerto, sumiéndose en lo que parecía una rabieta.

Chewbacca tiró de un brazo mecánico de Cetrespeó y llevó casi a rastras al androide de protocolo de vuelta a los hábitats holográficos. Todas las salas se habían convertido en recintos vacíos de paredes cubiertas por baldosas blancas con generadores de hologramas estratégicamente instalados en los ángulos de cada recinto. Algunos visitantes habían dejado caer desperdicios entre las ilusiones, y el suelo estaba cubierto de trozos de papel, envoltorios de caramelos y golosinas no orgánicas a medio consumir que no se habían descompuesto.

—¡Jacen! ¡Jaina! —gritó Cetrespeó.

Las alarmas siguieron chillando mientras Chewbacca y Cetrespeó iban de un hábitat a otro. Cetrespeó consultó el folleto explicativo que había introducido en su cerebro electrónico y se encargó de dirigir la búsqueda, yendo metódicamente de una sala a otra. Una vez desactivados los generadores todos los recintos del Museo Holográfico parecían idénticos, y no encontraron a los gemelos en ninguno de ellos.

Chewbacca y Cetrespeó entraron corriendo en la última sala, esperando contra toda lógica que descubrirían a los gemelos acurrucados en un rincón aguardando ser rescatados, y vieron a una patrulla de la guardia de seguridad de la Nueva República que había acudido a la carrera respondiendo a las alarmas.

—¡Alto! —dijo el capitán.

Cetrespeó sólo necesitó una fracción de segundo para contar dieciocho humanos, todos ellos llevando armadura a prueba de rayos desintegradores. Los patrulleros desenfundaron sus armas y les apuntaron con ellas.

Cetrespeó había vivido muchas aventuras, pero no recordaba ninguna en la que hubiera visto tantos desintegradores apuntándole.

—¡Oh, cielos! —exclamó.

Los humanos salvajes llevaron a Jacen y Jaina ante su rey. La hoguera de restos y desperdicios emitía calor y un olor bastante agradable. Las tiras de carne irreconocible que se asaban ensartadas en largos pinchos hicieron que los dos niños se lamieran los labios.

Centinelas de rostros ceñudos bajaron la mirada hacia los gemelos y sonrieron. Sus bocas parecían un tablero de ajedrez compuesto por dientes amarillentos y huecos negros. El rey de los humanos del mundo subterráneo estaba sentado sobre un montón de almohadones sucios y llenos de desgarrones.

—¿Y éstos son los temibles intrusos? —preguntó, y se echó a reír.

Jacen y Jaina miraron a su alrededor y empezaron a acumular detalles. Los refugiados de lo que había sido una zona de recepción tenían sacos de dormir, ropas harapientas y depósitos de artículos recuperados de entre las ruinas. Algunos estaban sentados remendando harapos, y otros trabajaban montando trampas de resorte para capturar animales. Dos ancianos estaban acurrucados en un rincón sosteniendo en sus manos pequeños instrumentos musicales contruidos con cañerías viejas, y se



dedicaban a soplar por las boquillas comparando las agudas notas sibilantes que producían.

Los humanos salvajes iban vestidos con harapos, algunos remendados y otros no, y todas aquellas maltrechas prendas parecían muy viejas. Tenían el cabello largo y los hombres lucían frondosas barbas. Su piel estaba muy pálida, como si llevaran décadas sin ver la luz del sol. Algunos quizá no hubieran visto la luz natural en toda su vida.

El rey parecía disfrutar de las mejores prendas disponibles, pues llevaba hombreras y relucientes guantes blancos obtenidos del uniforme de un soldado de las tropas de asalto. Tenía las cejas muy grandes, y su barba parecía una nubecilla entre rojiza y amarronada. Su rostro era del color de la masa de pan a medio cocer, pero sus ojos brillaban con una astuta inteligencia. Su sonrisa también mostraba los huecos de los dientes que le faltaban, pero contenía verdadero buen humor.

Detrás del rey y a su alrededor había pilas de equipo electrónico reparado y acoplado de cualquier manera, módulos de visualización holográfica e incluso un procesador de alimentos de un modelo bastante antiguo. Viejos generadores habían sido conectados a los restos de la parrilla energética de los rascacielos, derivando energía del flujo principal que atravesaba la Ciudad Imperial. Estaba claro que el pueblo perdido llevaba mucho tiempo viviendo en aquellas profundidades.

—¡Traed un poco de comida a estos niños! —gritó el rey mientras se inclinaba sobre ellos para verles mejor—. Bien, me llamo Daykim... ¿Cómo os llamáis?

—Jaina —dijo Jacen señalando a su hermana. Jaina señaló a su hermano.

—Jacen.

Un centinela pelo rubio con bastantes canas que llevaba la cabellera recogida en la nuca formando una larga cola de caballo trajo un humeante pincho de carne asada. Fue sacando los trozos rojos y negros de carne con los dedos y los dejó caer sobre una bandeja cuadrada de metal que originalmente había sido una plancha protectora de algún panel de control. El centinela se sopló los dedos, lamió los jugos de la carne que se habían quedado pegados a ellos y sonrió a los gemelos. Después dejó la bandeja delante de los niños, y Jacen y Jaina se sentaron en el suelo y cruzaron las piernas.

—Soplad sobre la carne antes de metérosla en la boca —dijo el rey—. Está muy caliente.

Los gemelos escogieron unos trozos no muy grandes y soplaron obedientemente sobre ellos hasta que la carne estuvo lo bastante fría para poder masticarla. El rey Daykim parecía estar disfrutando enormemente sólo con mirarles.

—Bien, ¿y qué estáis haciendo aquí abajo solos? Es un lugar muy peligroso, ¿sabéis? ¿Os gustaría quedaros aquí con nosotros? —preguntó el rey—. Todos nos estamos haciendo viejos... Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez en que

vimos llegar a algún joven que venía a unírseos.

Jacen y Jaina menearon la cabeza.

—Nos hemos perdido —logró balbucear Jaina a pesar de que tenía la boca llena de carne, y las lágrimas empezaron a aparecer en los bordes de sus párpados.

Jacen también empezó a llorar.

—Ayúdanos a encontrar nuestra casa, por favor —dijo.

El niño alzó la mirada hacia el techo. Las habitaciones en las que vivían se encontraban en algún lugar lejano yendo hacia allí.

—¿Vivís ahí arriba? —preguntó el rey Daykim con cómica incredulidad—. ¿Y por qué queréis volver allí? El Emperador vive allí arriba, y es un hombre muy malo. —Daykim meneó la cabeza y movió las manos señalando lo que le rodeaba—. Aquí tenemos todo lo que queremos. Tenemos comida, tenemos luz, tenemos... nuestras cosas.

Jacen miró a Daykim y meneó la cabeza.

—Quiero volver a casa.

Daykim dejó escapar un suspiro, volvió la mirada hacia sus hileras de terminales de ordenador y después sonrió a los gemelos como admitiendo su derrota.

—Sí, entiendo que queráis volver a casa... Bueno, pues acabad de comer. Tenéis que reponer fuerzas, porque vais a necesitarlas.

El sargento de la guardia escoltó a Cetrespeó y Chewbacca hasta los aposentos de Han y Leia en el antiguo Palacio Imperial.

—Nuestros registros indican que la ministra Organa Solo y su esposo volvieron hace poco más de una hora —dijo el sargento.

Chewbacca dejó escapar un gemido de consternación, y Cetrespeó se volvió hacia él para fulminarle con la mirada.

—Creo que deberías ser tú quien les explicara lo que ha ocurrido, Chewbacca. Después de todo, yo sólo soy un androide...

—Pueden tener la seguridad de que haremos cuanto esté en nuestras manos —dijo el sargento—. Nuestros equipos de búsqueda están inspeccionando el Zoo Holográfico y los niveles adyacentes por si los gemelos encontraron alguna escalera de emergencia. También estamos examinando los archivos del androide de mantenimiento para asegurarnos de que nadie utilizó el turboascensor mientras estaba siendo reparado. —El sargento se puso firme—. Daremos con ellos, así que no se preocupen.

Cetrespeó utilizó el código de anulación para abrir la puerta. Después entró en la habitación seguido por Chewbacca... para encontrarse con Han y Leia sentados en los sillones autoamoldables con los gemelos cómodamente instalados sobre sus rodillas.

—¡Niños! ¡Oh, gracias al cielo que estáis en casa...! —exclamó Cetrespeó.

Chewbacca dejó escapar un rugido ensordecedor. Han y Leia se volvieron hacia

ellos.

—Bueno, por fin habéis vuelto...

Cetrespeó enseguida se dio cuenta de que uno de los paneles del sistema de ventilación había sido sacado de su hueco, aparentemente desde dentro. Un desconocido alto y corpulento vestido con prendas algo maltrechas pero todavía impresionantes se apresuró a buscar refugio entre el mobiliario. Tenía una larga melena castaño rojiza, una larga barba y la piel sorprendentemente pálida.

Leia volvió la mirada hacia el hombre que vestía aquellos elegantes harapos.

—Nunca podré insistir lo suficiente en lo mucho que le agradecemos lo que ha hecho, señor Daykim —dijo—. Le aseguro que la Nueva República hará cuanto pueda para repatriar a su gente.

Daykim meneó la cabeza.

—El Emperador nunca perdonaba los errores, y era implacable incluso cuando se trataba de simples errores de contabilidad —dijo—. Vimos cómo muchos funcionarios compañeros nuestros eran ejecutados o enviados a horrendas colonias penales. Un día nos dimos cuenta de que habíamos cometido un error de clasificación muy simple pero imposible de enmendar, y comprendimos que no nos quedaba mucho tiempo de vida..., así que cogimos cuanto pudimos y huimos a los niveles inferiores de la Ciudad Imperial. Mi gente lleva años viviendo allí. No somos más que un puñado de burócratas reducidos al salvajismo que ya no conoce otra forma de vida.

—Podríamos encontrar un lugar para ustedes en la Nueva República —insistió Leia—. No castigamos a la gente sólo porque haya cometido un error. Podríamos sacarles de allí. Mire a su alrededor... Podríamos proporcionarles alojamientos como éstos. Muchos de los edificios de la antigua Ciudad Imperial están abandonados.

—Lo sabemos —dijo Daykim—. Vivimos en ellos de vez en cuando. Gracias por su oferta. —Se puso en pie y lanzó una mirada llena de suspicacia a Cetrespeó y Chewbacca. Después dio unas palmaditas en la cabeza a Jacen y Jaina y les obsequió con su sonrisa llena de huecos—. Sois unos niños muy buenos. Vuestros padres deben de estar orgullosos de vosotros.

Han carraspeó y le ofreció la mano en un gesto de agradecimiento. El hombre envuelto en harapos la aceptó y la estrechó vigorosamente, como si le complaciera tener la ocasión de apretar firmemente una mano en un ambiente que había abandonado hacía mucho tiempo.

—Sigo sin entender por qué quiere quedarse en esos horribles niveles inferiores —dijo Han.

Daykim metió una pierna en el conducto de ventilación y miró a su alrededor.

—Es muy sencillo —dijo—. Aquí arriba no era más que un funcionario de segunda categoría, pero allí abajo... ¡Allí abajo soy un rey!

Daykim desapareció en los conductos de ventilación después de haberles dirigido una última sonrisa, y durante unos momentos pudieron oír los sonidos que producía al ir descendiendo por el laberinto de pasadizos.

—Bueno, al final todo ha acabado bien —dijo Cetrespeó—. Es maravilloso, ¿verdad?

Han y Leia le miraron fijamente en silencio.

—¡Queremos un cuento! —gritaron los gemelos al unísono.

Kyp Durrón puso en órbita la nave que había robado alrededor de la pequeña luna boscosa de Endor, donde había sido destruida la segunda Estrella de la Muerte.

Después permitió que sus ojos se fueran cerrando poco a poco sin prestar ninguna atención a los sensores del Z-95 Cazador de Cabezas que había robado. Kyp desplegó sus capacidades mentales y examinó todo el paisaje buscando ondulaciones o sombras en la Fuerza. Tenía que encontrar el lugar donde reposaban los restos del único otro Señor Oscuro del Sith que conocía.

Kyp Durrón estaba buscando los restos de Darth Vader.

Exar Kun, que había vivido mucho tiempo antes que Vader, se había mostrado complacido al saber que los Señores del Sith habían seguido existiendo durante milenios. Pero Kyp aún se sentía obligado a encontrar respuestas al sinfín de preguntas que se agitaban dentro de su mente.

El Maestro Skywalker había dicho que Darth Vader, su padre, había vuelto al lado de la luz al final de su vida, y Kyp se había basado en ello para llegar a la conclusión de que los poderes Sith no estaban conectados de manera permanente con el mal. Eso le proporcionaba una tenue esperanza. Kyp era muy consciente de que el espíritu oscuro de Exar Kun le había mentado o, como mínimo, de que no había sido totalmente sincero con él. El riesgo era terrible, pero la recompensa beneficiaría a toda la galaxia.

Si tenía éxito...

Kyp tenía la sensación de que Endor era un lugar donde estaría a salvo de los ojos vigilantes de Exar Kun. No sabía hasta dónde llegaban los poderes de Kun, pero no creía que el antiguo Señor del Sith pudiera salir de Yavin 4..., al menos por el momento.

Kyp manipuló instintivamente los controles del caza de Mara Jade, haciendo descender el Cazador de Cabezas mientras examinaba los bosques. Después de que los rebeldes celebraran su victoria sobre el Emperador, Luke Skywalker había preparado una pira funeraria para su padre cerca de los gigantescos árboles, no muy lejos de las aldeas de los ewoks, y había contemplado cómo las llamas se alzaban rugiendo para consumir los restos de la parafernalia mecánica de Darth Vader.

Pero quizá hubiera sobrevivido algo...

El Cazador de Cabezas se deslizó sobre las copas de los inmensos árboles-padre de los ewoks, y Kyp siguió buscando con su mente. Lo más irónico de toda aquella situación era que estaba utilizando los ejercicios que le había enseñado el Maestro Skywalker cuando le explicó cómo desplegar sus sentidos para entrar en contacto con todas las formas de vida.

Percibió la agitación de los cuerpos peludos de los ewoks en sus ciudades

arbóreas. Captó la presencia de los grandes depredadores al acecho: un leviatán humanoide, un gorax gigante, avanzaba con un estrépito ensordecedor por entre los árboles, su negra cabellera balanceándose de un lado a otro mientras buscaba moradas ewoks que estuvieran lo suficientemente bajas para quedar a su alcance.

Kyp siguió sobrevolando los bosques, y su sondeo mental se fue desplegando a distancias cada vez más grandes sobre los paisajes de Endor. De repente sintió una ondulación, un eco de algo que estaba claro no hubiese debido encontrarse allí.

Todo lo demás parecía tener su lugar, pero aquello no encajaba con el resto. Era como una mancha que parecía absorber los otros sentidos, proyectando olas de oscuridad residual que hacían que todas las criaturas de Endor reaccionaran de manera instintiva evitando acercarse a aquel lugar.

Kyp alteró el curso, fue hasta esas coordenadas siguiendo un vector directo y se movió en círculos sobre ellas hasta que encontró un claro donde poder posarse. Los haces repulsores entraron en acción con un gemido estridente y los chorros de las toberas de descenso levantaron una nube de restos vegetales del suelo del bosque mientras Kyp posaba el Cazador de Cabezas sobre la maleza.

Kyp salió de la cabina sintiéndose asustado y, al mismo tiempo, lleno de impaciencia y excitación, y bajó de un salto cayendo sobre las ramitas y las hojas muertas con un leve crujido. La brisa se esfumó de repente, como si el bosque crepuscular estuviera conteniendo el aliento a su alrededor. La claridad plateada del planeta se filtraba a través del espeso follaje, iluminando el claro con un débil resplandor lechoso.

Kyp dio cuatro pasos hacia adelante y se detuvo ante el suelo calcinado sobre el que había ardido la pira funeraria de Vader.

El suelo seguía estando muerto y marrón alrededor de toda la zona quemada. Los frondosos bosques de Endor eran tenaces y crecían muy deprisa, pero ninguna planta se atrevía a aproximarse a aquella cicatriz a pesar de que ya habían transcurrido siete años desde que apareció.

La hoguera había sido enorme y había ardido con un calor muy intenso hasta incinerar el uniforme de Vader. Sólo habían quedado unos cuantos fragmentos de armadura deformados por las llamas, junto con restos de una capa negra medio oculta entre los fragmentos de rocas y las cenizas apelotonadas por el tiempo. Una lámina de refuerzo de acero se había retorcido hasta convertirse en una especie de telaraña desgarrada que apenas era visible.

Kyp tragó saliva y se arrodilló sobre la tierra quemada. Después extendió los brazos en un movimiento vacilante y asustado hasta permitir que las yemas de sus dedos rozaran las cenizas que el paso de los años había resecado y encogido.

Kyp retiró las manos de repente, pero volvió a extenderlas enseguida. El suelo estaba muy frío, pero la frialdad pareció esfumarse poco a poco a medida que iba

perdiendo la sensibilidad en las manos.

Kyp utilizó la Fuerza para dispersar unos fragmentos de ceniza y puso al descubierto el diminuto residuo deformado que había sobrevivido al fuego, una masa de plastiacero negro irreconocible como tal que podría haber pertenecido al casco de Vader. Kyp empezó a sentir que la desesperación se adueñaba de él e incrementó la intensidad del poder que estaba utilizando. Siguió apartando restos, pero al final únicamente consiguió revelar un pequeño amasijo de cables, plastiacero derretido e hilachas de una áspera tela oscura.

De Darth Vader, antiguo Señor Oscuro del Sith, sólo quedaba un patético montoncito de restos y unos recuerdos de pesadilla.

Kyp extendió los brazos para rozar los restos, y sintió cómo un cosquilleo eléctrico se deslizaba por sus manos. Sabía que no debería estar tocando aquellas reliquias, pero ya no podía darles la espalda. Kyp tenía que encontrar respuestas a sus preguntas incluso si para hacerlo tenía que responderlas él mismo.

—¿Cuál fue tu error, Darth Vader? —preguntó sin apartar la mirada de los fragmentos de armadura.

Kyp llevaba más de un día sin hablar, y su voz resonó en sus oídos como un graznido ronco y gutural.

Vader había sido un monstruo, y sus manos habían estado manchadas con la sangre de miles de millones de víctimas inocentes. Según Exar Kun, Anakin Skywalker no estaba preparado para controlar el poder que había descubierto, y había acabado sucumbiendo ante él.

Kyp era consciente de que había empezado a avanzar por un sendero similar, pero él no era tan ingenuo. A diferencia de Anakin Skywalker, Kyp comprendía los peligros que le acechaban. Podía cuidar de sí mismo y protegerse. No se dejaría engañar por las tentaciones y brutalidades que habían ido atrayendo a Vader, acercándolo más y más al corazón del lado oscuro.

Kyp volvió a la nave sintiéndose aterido y muy solo en la noche y cogió la larga capa negra que le había regalado Han Solo. Envolvió su mono de vuelo oscuro en los pliegues de tela para mantenerse caliente, y regresó a sentarse en el suelo estéril junto a las cenizas de la pira de Vader. Los apacibles sonidos del bosque fueron volviendo poco a poco, y los gorjeos y silbidos se alzaron alrededor de Kyp como si fueran una canción de cima.

Kyp no tenía ninguna prisa. Podía esperar en Endor. Tenía que asegurarse de que no se estaba engañando a sí mismo. No era ningún estúpido, y sabía que estaba haciendo equilibrios junto a un abismo muy peligroso..., y eso le asustaba.

Kyp permaneció inmóvil deslizando los dedos sobre la escurridiza y delicada tela de su capa, y pensó en cómo su amigo Han Solo le había liberado de las minas de especia, pero incluso ese recuerdo lleno de alegría y felicidad se deformó de repente

para hacerle comprender qué parte tan grande de su vida le había sido robada por el Imperio.

Kyp rara vez traía a su memoria los recuerdos tan nítidos y dolorosamente cortantes como las facetas de un diamante de su juventud, cuando él y su hermano mayor Zeth habían vivido en el mundocolonia de Deyer. Empezó a pensar en las ciudades-balsa ancladas en un complejo de lagos terraformados repletos de peces.

Zeth le había llevado consigo muchas veces a bordo de un deslizador de recreo para hundir redes de crustáceos en las aguas o sencillamente para nadar un rato bajo los cielos color ocre. Su hermano Zeth tenía el cabello largo y oscuro, y entrecerraba los ojos para protegerlos del resplandor del sol. Su cuerpo delgado y nervudo estaba lleno de esbeltos músculos que ondulaban bajo la piel bronceada gracias a los largos días que pasaba al aire libre.

Los colonizadores de Deyer habían intentado construir una sociedad perfecta y totalmente democrática en la que cada persona tenía derecho a un período de mandato como miembro del consejo de ciudades-balsa. Los representantes de Deyer habían votado unánimemente condenar la destrucción de Alderaan y solicitar que el Emperador Palpatine abrogase su Nuevo Orden. Habían trabajado a través de los canales políticos adecuados, impulsados por la ingenua creencia de que sus votos les permitirían influir sobre las decisiones del Emperador.

Y en vez de eso Palpatine había aplastado a los «disidentes» de Deyer, destruyendo toda la colonia y dispersando a los colonos en varios centros penales, y se había llevado a Zeth para siempre...

Kyp descubrió que había apretado los puños y volvió a pensar en los poderes que le había revelado Exar Kun, los oscuros secretos que el Maestro Skywalker se negaba a tomar en consideración. Frunció el ceño y respiró hondo. Kyp sintió la mordedura del aire frío de la noche, y lo dejó escapar lentamente de sus pulmones.

Se juró a sí mismo que no permitiría que Exar Kun acabara convirtiéndole en otro Vader. Kyp confiaba en su decisión inquebrantable y en su firmeza de carácter, y estaba convencido de que sería capaz de utilizar el poder del lado oscuro en beneficio de la Nueva República.

El Maestro Skywalker estaba equivocado. La Nueva República tenía la razón de su parte porque sus objetivos eran moralmente superiores, y la consecuencia de eso era que también tenía todo el derecho del mundo a utilizar cualquier arma y cualquier clase de fuerza para erradicar hasta las últimas manchas del Imperio maligno.

Kyp se puso en pie y se tapó el pecho con los negros pliegues de la capa. Podía reparar los daños causados, y no necesitaba la ayuda de nadie para demostrar hasta qué punto era posible utilizar adecuadamente aquellos poderes.

Exar Kun llevaba mucho tiempo muerto, y Darth Vader se había convertido en cenizas esparcidas sobre el suelo de Endor.



—Ahora yo soy el Señor del Sith —dijo Kyp.

Haberlo admitido hizo que sintiera una gélida energía deslizándose a lo largo de su espalda, como si su columna vertebral se hubiera convertido en un pilar de hielo.

Volvió a su pequeño caza espacial y subió a la cabina. La decisión que había tomado parecía haber envuelto sus pies en llamas y le obligaba a moverse lo más deprisa posible, con el corazón palpitante y todos los recursos de su mente concentrados en un haz implacable tan brillante e incontenible como un rayo láser.

Él, y sólo él, tenía a su alcance la oportunidad de resolver todos los problemas de la Nueva República.... sin la ayuda de nadie.

El resplandor reflejado de la Nebulosa del Caldero creaba dibujos de luces y sombras que bailaban lentamente sobre la lisa superficie de la mesa de la sala de guerra del *Gorgona*. La almirante Daala estaba sentada en un extremo, separada del comandante Kratas, el general Odosk del Ejército Imperial y el capitán Mullinore del *Basilisco*.

Daala estaba contemplando su reflejo distorsionado sobre el brillo líquido de la mesa. Mantuvo sus ojos verde esmeralda fijos ante ella mientras apretaba el puño, y sintió cómo el flexible cuero negro de su guante respondía al movimiento de los dedos. Su corazón palpitaba lentamente con un sordo dolor acompañando a cada latido, como los ecos imaginados de los gritos lanzados por los soldados que habían muerto al estallar el *Mantícora*. La sangre rugía en las venas de Daala cuando pensaba en cómo había perdido también el Destructor Estelar *Hidra*. ¡La mitad de su fuerza de combate había sido aniquilada!

¿Qué hubiese pensado Tarkin de ella? En sus pesadillas Daala veía a su espectro echando hacia atrás la mano abierta para cruzarle la cara, castigando su espantoso fracaso con un feroz bofetón. ¡El fracaso...! Daala tenía que compensarlo de alguna manera.

El comandante Kratas frunció sus espesas cejas uniéndolas en un gesto de preocupación. Su gorra imperial reposaba sobre su corta y oscura cabellera. Ladeó la cabeza para rehuir la mirada de Daala, y después miró al general y al capitán del otro Destructor Estelar. Nadie habló. Todos estaban esperando a que Daala abriera la boca, y Daala intentó hacer acopio del valor que necesitaba para hablar.

—Caballeros... —dijo por fin.

La palabra era como un clavo oxidado que le arañó la garganta y que estuvo a punto de quedar atascada en ella, pero su voz sonó firme y segura de sí misma y consiguió atraer la atención de los tres comandantes haciendo que se tensaran en sus asientos. La mirada de Daala recorrió sus rostros, y después hizo girar su asiento para poder contemplar el hervidero de gases de la Nebulosa del Caldero. Un nudo de gigantes azules agrupado en el corazón de la nebulosa emitía una energía tan intensa que bastaba para iluminar toda la nube de gases.

—He decidido introducir ciertas alteraciones en nuestra misión —siguió diciendo, y tragó saliva. Las palabras ya le parecían impregnadas por el sonido de la derrota, pero Daala no estaba dispuesta a rendirse con tanta facilidad—. Debemos establecer alguna clase de diferenciación entre las distintas prioridades en conflicto. La orden original que recibimos del Gran Moff Tarkin nos obligaba a proteger la Instalación de las Fauces fuera cual fuese el coste, y ésa es la razón por la que se nos entregó una fuerza consistente en cuatro Destruyores Estelares. Tarkin consideraba que los

científicos de la Instalación de las Fauces eran un recurso inapreciable para la victoria final del Imperio.

Daala apretó los dientes y volvió a vacilar. Su cuerpo la traicionó y empezó a temblar, pero se agarró al borde de la lisa superficie de la mesa con una mano enguantada, y lo apretó con todas sus fuerzas hasta que los músculos de sus dedos le devolvieron el control de sí misma al precio de un doloroso calambre.

—Pero permitimos que el *Triturador de Soles*, el arma más poderosa jamás diseñada, nos fuese robada y después perdimos una cuarta parte de nuestra flota en un intento fallido de recuperarla. Cuando me enteré de los cambios producidos en lo referente a la situación de la Rebelión, decidí que combatir a los enemigos del Imperio era una tarea más importante. Dejamos indefensa la Instalación de las Fauces y nos dedicamos a atacar los mundos rebeldes. Ahora, después del desastre de Calamari, me doy cuenta de que esa misión también ha sido un fracaso.

El comandante Kratas se medio incorporó en su asiento como si se sintiera obligado a defender las decisiones tomadas por Daala. Su piel enrojeció, y Daala vio un lamentable comienzo de vello en su mentón. Si hubieran estado en la Instalación de las Fauces bajo condiciones disciplinarias normales, Daala le habría administrado una seria reprimenda.

—Estoy de acuerdo en que hemos sufrido severas pérdidas, almirante —dijo—, pero también hemos asestado golpes demoledores a los traidores rebeldes. El ataque a Dantooine...

La mano de Daala giró en el aire, reduciéndole al silencio con un gesto tan implacable como el golpe de un hacha vibratoria. Kratas apretó sus delgados labios y retrocedió en su asiento.

—Conozco perfectamente el contenido de los informes de combate, comandante. Veo las cifras en mis sueños... He estudiado los datos una y otra vez. —Daala alzó la voz, y dejó que la ira impregnara su tono—. Sean cuales sean los daños que hemos infligido a la Rebelión, está claro que sus pérdidas han sido insignificantes comparadas con las nuestras.

»Y por lo tanto —siguió diciendo, bajando la voz y adoptando un tono tan repentinamente gélido que vio cómo los acuosos ojos del general Odosk se llenaban de miedo—, tengo intención de utilizar mis últimos recursos en un ataque final. Si tiene éxito, significará el cumplimiento de nuestras dos misiones.

Los dedos enguantados de Daala manipularon los controles instalados al extremo de la mesa. Un holoprojector colocado en el centro de la losa negra emitió la imagen generada mediante ordenador que Daala había creado aquella tarde en sus habitaciones mientras la imagen del Gran Moff Tarkin hablaba desgranando sus conferencias pregrabadas.

—Tengo intención de atacar el corazón de la Rebelión..., el mismo Coruscant —

dijo.

Un mapa de alta resolución que mostraba la topografía superficial del planeta del Emperador más reciente archivada en los bancos de datos apareció en el aire y fue cobrando nitidez hasta revelar una metrópolis del tamaño de un mundo, con casquetes polares y cadenas centelleantes de luces urbanas extendiéndose por el lado nocturno del planeta. Daala vio muelles espaciales, espejos solares curvos que calentaban las latitudes superiores e inferiores del planeta, satélites de comunicaciones, cargueros de gran tonelaje y corrientes de tráfico orbital.

Daala movió una mano enguantada y dos Destruyores Estelares generados mediante ordenador aparecieron de repente el uno al lado del otro, avanzando a gran velocidad hacia Coruscant.

—Tengo intención de trasladar todas las dotaciones y personal al *Gorgona*, dejando una tripulación mínima a bordo del *Basilisco*. La tripulación mínima estará formada por voluntarios, naturalmente... Nuestros Destruyores Estelares saldrán del hiperespacio justo detrás de las lunas de Coruscant. Después avanzarán hacia nuestro objetivo sin ninguna vacilación y a la velocidad sublumínica máxima.

»No habrá ningún aviso de nuestra llegada, y dispararemos todas nuestras baterías turboláser despejando un pasillo que nos permitirá ir en línea recta hacia la Ciudad Imperial. Cualquier nave que se interponga en nuestro camino quedará convertida en una nube de metales ionizados.

La animación creada mediante ordenador fue mostrando la táctica que se utilizaría mientras Daala seguía hablando. Los dos Destruyores Estelares avanzaron a toda velocidad hacia la capital de la Nueva República.

—La embestida suicida utilizada por el comandante calamariano que destruyó el *Mantícora* me proporcionó la idea de este ataque, y será una buena forma de administrarles una dosis mortífera de su propia medicina.

Daala contempló el rostro impasible del general Odosk, la mezcla de incredulidad y estupor que se había adueñado de los rasgos del capitán Mullinore y el hosco e inflexible apoyo a cualquier decisión tomada por su oficial superior que se leía en los del comandante Kratas.

—Será nuestro ataque por sorpresa más terrible y letal —siguió diciendo Daala—. Causará los daños suficientes para que nuestros nombres vivan por siempre en los anales de la historia imperial. Aestaremos un golpe de muerte al gobierno rebelde.

»La tripulación reducida de voluntarios del *Basilisco* iniciará una cuenta atrás de autodestrucción en cuanto nos aproximemos al sistema. El *Gorgona* emitirá interferencias hasta que hayamos alcanzado nuestro objetivo, momento en el que alteraremos el rumbo. El *Basilisco* entrará en la atmósfera de Coruscant moviéndose a la máxima velocidad que puedan proporcionarle sus motores. No habrá forma alguna de detenerlo.

El Destructor Estelar alteró el curso en la imagen simulada justo antes de entrar en contacto con la piel de aire, y se desvió trazando una apretada órbita alrededor de Coruscant para alejarse velozmente hacia el espacio mientras la primera nave quedaba envuelta en llamas y caía en picado a través de la atmósfera, dirigiéndose hacia el centro de población más grande del planeta.

—Cuando el *Basilisco* estalle... —murmuró Daala.

Después guardó silencio mientras la imagen planetaria desarrollaba un deslumbrante anillo de fuego que envió ondulaciones incendiarias a través de toda la atmósfera. Todas las luces del lado nocturno del planeta se apagaron de repente, y aparecieron grietas llenas de llamas en las masas de tierra.

—La explosión será lo suficientemente poderosa como para destruir todos los edificios en la mitad de un continente —siguió diciendo Daala—. La onda expansiva que viajará a través del núcleo planetario podría destruir ciudades situadas al otro lado del mundo. Los depósitos de agua subterráneos se romperán, y las olas gigantes causarán grandes daños a lo largo de todas las costas. Podemos devastar Coruscant pagando el precio de perder un Destructor Estelar a cambio de ello.

Odosk contempló a Daala con hosca admiración.

—Es un buen plan, almirante —dijo.

—Pero mi nave... —empezó a decir el capitán Mullinore.

—Será un sacrificio glorioso —le interrumpió el comandante Kratas—. Sí, creo que es un plan magnífico —añadió, formando un puente con los dedos e inclinándose sobre la reluciente superficie de la mesa.

La muerte simulada de Coruscant siguió desarrollándose, y la imagen mostró los incendios que se iban extendiendo por las ciudades, las perturbaciones sísmicas y la destrucción que continuaba haciendo estragos mucho tiempo después de que el *Gorgona* se hubiera desvanecido en el hiperespacio dejando tras de sí un puntito de luz incandescente.

—Pero ¿y nosotros? —preguntó Kratas de repente—. ¿Qué haremos después?

Daala cruzó los brazos sobre su pecho.

—Como ya he dicho, habremos llevado a cabo nuestras dos misiones —replicó—. Cuando el *Basilisco* haya destruido Coruscant, el *Gorgona* y todo nuestro personal volverán a la Instalación de las Fauces, donde la defenderemos hasta la muerte utilizando todos los recursos a nuestra disposición. Los rebeldes saben que está allí, y podemos tener la seguridad de que tarde o temprano aparecerán para husmear.

La necesidad de venganza que devoraba a Daala había templado su corazón convirtiéndolo en una masa al rojo blanco que amenazaba con estallar, tal era la apasionada velocidad con que palpitaba dentro de su pecho.

—En una ocasión el Gran Moff Tarkin dijo que los reveses y derrotas no son más

que una oportunidad para que causemos el doble de daños la segunda vez.

El capitán Mullinore parecía todavía más pálido de lo habitual, y su piel de un blanco lechoso estaba puntuada por los alfilerazos de los vasos sanguíneos. Su cabellera rubia había sido cortada casi al cero, lo que hacía que pareciese calvo según cual fuera el ángulo de la luz.

—Permítame ofrecirme voluntario para permanecer a bordo del *Basilisco* en esta misión, almirante —dijo—. Me sentiré orgulloso pudiendo capitanear mi nave hasta el final.

Daala le miró e intentó decidir si estaba intentando obtener alguna clase de reacción compasiva de ella, pero acabó decidiendo que el capitán Mullinore no deseaba compasión.

—Acepto su ofrecimiento, capitán —dijo.

Mullinore se sentó y asintió con una brusca inclinación de cabeza que casi le incrustó el mentón en la garganta.

Daala se puso en pie. Los músculos de sus muslos y su espalda estaban tan tensos como manojos de alambres trenzados. Todo su cuerpo había sido como un puño apretado desde el desastre de Calamari, y Daala sabía que la única manera de disipar aquella tensión insoportable era asestar un golpe devastador a la Rebelión.

—Inicien la transferencia del personal y el equipo —ordenó—. Debemos atacar Coruscant de inmediato.

Daala lanzó una última mirada a la nebulosa en perpetua agitación que ocultaba su nave, y después salió de la sala de guerra para volver a sus aposentos, donde repasaría una vez más las cintas tácticas de Tarkin, buscando en ellas la sabiduría perdida y secreta que le garantizaría la victoria.

La calamariana salió de su cápsula de transporte en forma de lágrima y volvió lentamente la cabeza de un lado a otro para contemplar las frondosas junglas de Yavin 4 y los gigantescos templos. Después esperó pacientemente.

Luke se apresuró a salir del hangar e intentó no cruzar el claro de la pista a la carrera. Erredós rodó a su lado mientras atravesaba la extensión de tierra apisonada.

Enseguida vio que la calamariana era un poco menos alta que el almirante Ackbar. Vestía una holgada túnica amarilla y azul turquesa cuyos pliegues flotaban alrededor de su cuerpo, y las mangas eran tan anchas que parecían fluir como dos cascadas gemelas. Luke también percibió la mezcla de determinación y tristeza que emanaba de ella.

La calamariana vio a Luke y movió una mano-aleta en un gesto dirigido al piloto invisible de la cápsula de transporte. La nave se alzó hacia el cielo detrás de ella con un zumbido magnético, dejándola en la pequeña luna de Yavin. La calamariana no alzó la mirada para ver cómo la cápsula se alejaba hacia las nubes que flotaban a poca altura del suelo, y pareció concentrar todas sus energías y su atención en permanecer inmóvil donde estaba.

—Soy la embajadora Cilghal de Calamari, Maestro Skywalker —dijo con una especie de ronroneo aterciopelado que hizo que Luke se sintiera instantáneamente cómodo en su presencia—. Tengo un mensaje para usted.

Cilghal metió la mano en una de sus holgadas mangas y extrajo de ella un disco resplandeciente sobre el que se veían complejas pautas de oro y cobre.

—¿Erredós? —murmuró Luke.

El pequeño androide fue hacia la embajadora, y Cilghal se inclinó para introducir el disco de mensajes en el lector de Erredós. Hubo un leve zumbido que duró unos momentos, y después Erredós proyectó la imagen de Leia envuelta por una nube de iridiscencias en el aire delante de él.

Luke dio un paso atrás y puso cara de sorpresa, y después miró a Cilghal con más interés que antes en cuanto Leia empezó a hablar.

—Espero que todo vaya bien ahí, Luke —dijo la imagen holográfica—. Creo que he encontrado a alguien para tu centro de adiestramiento Jedi... La embajadora Cilghal viene acompañada por mi más entusiasta recomendación. Ha demostrado a plena satisfacción mía que es realmente eficiente a la hora de utilizar la Fuerza, y parece poseer una considerable capacidad curativa y para la predicción a corto plazo. Nos prestó una gran ayuda durante la batalla que se libró hace poco en Calamari, y te ruego que la ayudes y la adiestres. Necesitamos más Caballeros Jedi.

La imagen de Leia alzó la mirada hacia Luke y le sonrió.

—Esperamos recibir pronto la noticia de que algunos de tus estudiantes ya están

preparados para ayudarnos en nuestra lucha con el Imperio —siguió diciendo—. Todavía vivimos tiempos terriblemente peligrosos, Luke... No podemos permitirnos el lujo de bajar la guardia ni un solo instante.

La expresión de Leia se suavizó un poco, y pareció mirarle directamente a los ojos.

—Te echo de menos. Los gemelos no paran de preguntar cuándo volverán a ver a su tío Luke... Espero que puedas hacernos una visita pronto, o quizá vengamos a Yavin 4. —Leia se irguió, y volvió a adoptar el tono más distante y formal que había empleado antes—. Estoy segura de que descubrirás que Cilghal es una candidata muy prometedora.

Leia cruzó los brazos delante del pecho y sonrió mientras el mensaje parpadeaba y acababa esfumándose.

Cilghal permanecía en silencio esperando a que Luke dijera algo, pero éste se hallaba muy confuso y sentía que le daba vueltas la cabeza.

—Eh... Bienvenida —logró decir por fin.

Luke no había dejado de sentirse inquieto y preocupado ni un solo instante desde su enfrentamiento con Kyp Durrón, y no tenía ni idea de dónde había ido el joven después de robar la nave de Mara Jade. La horrenda muerte de Gantoris unida a la rebelión de Kyp habían sido más que suficientes para que los viejos temores volvieran a resucitar en la mente de Luke. Sus mejores estudiantes empezaban a torcerse, se impacientaban y trataban de extender al máximo los límites de sus capacidades.

Pero Luke también había percibido la existencia de una amenaza más grande y profunda que parecía vibrar dentro de las mismas piedras del Gran Templo. Era algo maligno, y estaba muy bien escondido. Luke se había esforzado a solas intentando descubrir su fuente, y había deslizado los dedos a lo largo de los bloques de piedra de las paredes tratando de detectar aquella sombra helada..., pero no había encontrado nada. De momento sólo tenía sus sospechas.

¿Cómo podía haber llegado a enterarse Kyp de los detalles de la Gran Guerra Sith? ¿Cómo se las había arreglado Gantoris para aprender a construir su espada de luz, y qué había visto aquella última noche terrible antes de quedar calcinado? ¿Qué magia temible había intentado llevar a cabo? Luke carecía de una pieza muy importante del rompecabezas, y no podría hacer nada contra la amenaza hasta que la hubiera encontrado.

La embajadora Cilghal cambió el peso de un pie a otro y volvió a mirarle.

—Parece estar preocupado, Maestro Skywalker —dijo—. ¿Piensa quizá que Leia cometió un error al sugerirme que viniera aquí?

Luke la miró, y sintió el peso de la responsabilidad sobre sus hombros.

—No, no —se apresuró a decir—. No se trata de eso... Si Leia cree que tiene



potencial Jedi, entonces será un honor para mí acogerla en mi Academia Jedi. De hecho, tener entre nosotros a una calamariana de temperamento tranquilo y estable supondrá un cambio muy agradable —bromeó—. Sígame —añadió sonriendo—. Le encontraremos un alojamiento dentro del templo.

Los estudiantes del centro de adiestramiento de Luke continuaban con sus lecciones de autodescubrimiento, y trabajaban con nervioso entusiasmo o con reflexiva lentitud en la tarea de refinar y desarrollar sus capacidades.

Mara Jade estaba escuchando con gran atención las descripciones del ataque a Calamari que le hacía Cilghal, y acosaba a la embajadora con preguntas muy precisas y detalladas sobre los Destruidores Estelares y el número de escuadrones de cazas TIE que habían transportado en sus hangares. El viejo Streen estaba sentado al lado de Kirana Ti en un banco de contornos redondeados, escuchando cómo Tionne, la joven de los cabellos plateados, ensayaba sus nuevas baladas. Los otros candidatos Jedi se hallaban en las salas comunes o estudiaban en sus habitaciones, o habían ido a caminar por las junglas.

Una vez satisfecho de sus actividades, Luke volvió a los pasillos desiertos y fue a la habitación que había escogido como alojamiento. Erredós apareció de repente doblando una esquina y le silbó una pregunta, pero Luke meneó la cabeza.

—No, Erredós —dijo—. No quiero que nadie me moleste durante un rato.

Entró en su cámara de paredes de piedra, la pequeña habitación en la que se había alojado cuando era un piloto de caza X de la Alianza. Luke había sacado los otros catres y había amueblado la habitación a su gusto, pero ésta parecía desnuda y muy austera, ya que sólo contenía un catre para dormir y algunos pequeños artefactos de la raza massassi.

El cubo traslúcido del Holocrón Jedi estaba colocado sobre una repisa de piedra negra vetada por impurezas rojas como la sangre.

Luke selló su puerta por primera vez desde que había vuelto al templo abandonado. Después sostuvo el Holocrón en la palma de su mano, lo activó y empezó a buscar la información que necesitaba en sus profundidades.

—Deseo ver al Maestro Vodo-Siosk Baas —dijo.

La imagen espectral del Maestro Jedi achaparrado y de nariz peculiarmente curva surgió del cubo, vestida con su túnica y cubierta de abalorios y apoyándose en un largo báculo de madera nudosa.

—Soy el guardián del camino —dijo la imagen—. Soy el Maestro Vodo-Siosk Baas.

Luke se sentó en el suelo delante de la imagen holográfica interactiva.

—Necesito que me proporciones cierta información, Maestro Vodo —dijo—. Fuiste un Caballero Jedi durante los tiempos de la Gran Guerra Sith. Nos has hablado de Exar Kun, su estudiante, y de cómo creó la Hermandad Sith; y también nos has

contado que intentó imponerse a los otros Jedi leales a la Antigua República. —Luke respiró hondo—. Necesito saber más cosas —siguió diciendo—. ¿Cómo cayó exactamente Exar Kun al final de la guerra? ¿Qué le sucedió? ¿Cómo murió..., o conseguiste hacer que acabara volviéndose nuevamente hacia el lado de la luz?

—Exar Kun era el más grande de todos mis estudiantes —dijo el Maestro Vodo—, pero estaba corrompido. Fue seducido por los poderes a los que obtuvo acceso a través de sus estudios de las antiguas enseñanzas Sith.

Luke asintió solemnemente.

—Me temo que quizá le haya ocurrido lo mismo a algunos de mis estudiantes, Maestro Vodo. ¿Volvió Exar Kun alguna vez al seno de los poderes del bien?

—No fue posible —dijo la imagen del Maestro Vodo—. Yo era su maestro, por lo que también fui el único de todos los Jedi aliados que partió para enfrentarse con él, albergando la esperanza de que podría hacerle cambiar. Sabía que era una misión casi imposible, pero no tenía otra elección. Debía intentarlo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Luke.

La imagen parpadeó como si una chispa hubiera brotado de repente en las profundidades del Holocrón, pero el Maestro Vodo volvió a aparecer enseguida.

—Exar Kun me destruyó. Mató a su propio maestro.

Luke se sintió repentinamente arrancado de la historia, y se acordó que las imágenes del guardián del camino almacenadas en el Holocrón eran simulacros interactivos con personalidades grabadas sobre ellos, y no los auténticos espíritus de Maestros Jedi muertos hacía mucho tiempo.

—¿Y qué fue de Kun al final de la Guerra Sith? —preguntó.

—Todos los Jedi se unieron y fueron a la luna de las junglas para formar un frente unido contra la fortaleza Sith que había construido Exar Kun. Los Jedi aliados combinaron sus poderes para lanzar un colosal ataque aniquilador.

La imagen del Maestro Vodo volvió a parpadear, se disolvió en una nube de estática y se recompuso unos instantes después.

—... que aniquiló a los supervivientes de la raza massassi y...

La imagen se descompuso, parpadeó, volvió a formarse y volvió a esfumarse, como si algo estuviera interfiriendo con el funcionamiento del Holocrón.

—Pero Exar Kun... ¿Qué fue de Exar Kun? —preguntó Luke.

No podía entender qué le estaba ocurriendo al Holocrón. Luke lo agitó y le dio unos cuantos golpecitos, y después volvió a ponerlo sobre la mesita y retrocedió para poder ver mejor la imagen holográfica del Maestro Jedi.

Un nudo oscuro apareció en el interior del cubo lleno de estática, como si una tormenta surgida de la nada estuviera formándose dentro de las paredes traslúcidas. El Maestro Vodo-Siosk Baas volvió a aparecer un instante después.

—... pero Kun consiguió...

Y de repente la imagen del Maestro Vodo se convirtió en un millar de fragmentos iridiscentes de luz coloreada, como si un poder superior al del artefacto Jedi la hubiera hecho pedazos desde dentro.

La oscuridad que había surgido dentro del Holocrón se fue haciendo más negra y grande, y se fue hinchando poco a poco como una explosión vista a cámara lenta. Arcos de fuego rojizo salieron disparados en todas direcciones desde el puño negro. Las caras del cubo se partieron con un estridente alarido de energía bruscamente descargada, y el Holocrón empezó a expulsar espesas nubes de vapor mientras se derrumbaba sobre sí mismo con un diluvio de chispas, un surtidor de humo negro y una pestilencia de circuitos electrónicos y componentes orgánicos fundidos.

Luke retrocedió mientras alzaba las manos para protegerse los ojos de la repentina y cegadora conflagración. Durante un momento pareció como si una sólida forma negra encapuchada surgiera del Holocrón, una silueta que caminaba y reía con una grave voz subsónica. Después la forma desapareció, disipándose en las paredes de piedra.

Luke sintió cómo la fría garra del miedo se cerraba sobre él. El pequeño cubo blanco que había sido el Holocrón, aquel artefacto Jedi de tan inmenso valor, se había convertido en una masa fundida esparcida sobre la mesa.

Luke tendría que encontrar sus propias respuestas... y tendría que hacerlo pronto.

—¡Ya estoy harta de todo esto, Luke!

Luke alzó la mirada y vio cómo Mara Jade salía del turboascensor del hangar del Gran Templo. Llevaba unos cuantos días en la luna de las junglas y ya había estado en ella el tiempo suficiente para aprender cómo utilizar sus capacidades Jedi, pero el incidente con Kyp Durrón y la pérdida de su caza personal habían hecho que la experiencia se volviera repentinamente muy desagradable para ella.

Luke dio la espalda a Erredós y los dos estudiantes Jedi con los que había estado hablando. Kirana Ti se inclinó para coger el fardo de provisiones que ella y Streen necesitarían para su corta estancia en la jungla. Kirana Ti llevaba las prendas de piel de reptil y el complejo casco de batalla que había traído consigo de Dathomir, su duro y salvaje planeta natal.

Streen se removió nerviosamente y alzó la mirada hacia el haz de claridad solar que se deslizaba por debajo de la puerta del hangar a medio abrir. Llevaba el mono de vuelo repleto de bolsillos que conservaba de sus días como buscador de gases en Beshpin.

Mara fue hacia ellos con paso rápido y decidido, apretando el cinto que recogía los pliegues de su túnica Jedi mientras caminaba. Luke la miró y pensó en lo mucho que había cambiado desde su primer encuentro con ella en Myrkr, aquel mundo de contrabandistas tan hostil y poco acogedor.

Mara se detuvo delante de él, lanzó una breve mirada a los dos candidatos Jedi que esperaban el momento de iniciar su viaje por la jungla y después los ignoró por completo.

—No puedo negar que he aprendido muchas cosas aquí, Luke —dijo—. Pero Talon Karrde me proporcionó el control de la alianza de contrabandistas, y tengo demasiadas cosas que hacer. No puedo pasarme el día entero meditando. —Su rostro esbelto de rasgos finamente cincelados parecía estar enrojecido de ira incluso en la tenue claridad del hangar—. Tu estudiante favorito se ha largado con mi nave, por lo que necesito que solicites otro transporte para poder salir de aquí.

Luke asintió, sintiendo una cierta diversión ante su apuro y un poco de irritación ante aquella referencia a la traición de Kyp Durrón.

—Disponemos de un equipo de comunicaciones en la sala de guerra de la segunda terraza —dijo—. Puedes ponerte en contacto con Karrde y pedirle que te envíe otra nave.

Mara soltó un bufido.

—Karrde sólo permite que me ponga en contacto con él a intervalos acordados de antemano —replicó—. Siempre está en movimiento... Dice que lo hace porque teme que alguien haya ofrecido una recompensa por su cabeza, pero yo sospecho que

sencillamente no quiere que se le moleste para nada. Afirma haberse retirado del contrabando, y dice que quiere vivir como un ciudadano normal y corriente.

—Siempre puedes ponerte en contacto con Coruscant —dijo Luke con afabilidad—. Estoy seguro de que te enviarán una lanzadera. De hecho, probablemente ya les toque enviarnos otro cargamento de suministros...

Mara frunció sus opulentos labios.

—Bueno, disponer de un chofer de la Nueva República sería una novedad bastante agradable...

Luke buscó algún sarcasmo oculto en su comentario, pero sólo encontró auténtico humor y meneó la cabeza.

—No sé a quién puedes conseguir como voluntario para un trabajo tan horroroso.

Cuando Lando entró corriendo en los aposentos de Han y Leia sin tomarse la molestia de llamar a la puerta, Han Solo estaba estudiando una lista de opciones de entretenimiento interactivo para los gemelos. Jacen y Jaina estaban sentados en el suelo, jugando impacientemente con unos relucientes juguetes autoconscientes que siempre estaban tratando de huir de las manecitas de los niños.

Cetrespeó estaba inmóvil junto a Han, y parecía un poco nervioso.

—Estoy perfectamente cualificado para la labor de selección, señor —dijo el androide de protocolo—. Estoy seguro de que conseguiré encontrar algo que divierta a los gemelos.

—No confío mucho en tus elecciones, Cetrespeó —replicó Han—. ¿Te acuerdas de lo bien que se lo pasaron en el Zoo Holográfico de Animales Extinguidos?

—Eso fue una anomalía, señor —dijo Cetrespeó.

Lando entró corriendo en la habitación y miró a su alrededor.

—¡Han, viejo amigo! —exclamó al verle—. Necesito que me hagas un favor... un gran favor.

Han dejó escapar un suspiro y confió el proceso de selección a Cetrespeó.

—De acuerdo, escoge tú... Pero te advierto que si luego resulta que no les gusta, dejaré que los gemelos se diviertan haciéndote una revisión de mantenimiento completa.

—Eh... Lo he entendido, señor —dijo Cetrespeó, y concentró toda su atención en la tarea.

Han se volvió hacia Lando.

—¿De qué clase de favor se trata? —preguntó cautelosamente.

Lando se puso la capa encima del hombro y se frotó las manos.

—Yo... Eh... Bueno, la verdad es que necesito que me prestes el *Halcón...*, sólo durante algún tiempo.

—¿Qué? —exclamó Han.

—Mara Jade se ha quedado atrapada en Yavin 4 sin ningún medio de transporte, y

necesita que la saquen de allí —se apresuró a explicarle Lando—. Quiero ser el galante caballero que la rescate, Han. Anda, deja que me lleve el *Halcón*... Por favor.

Han meneó la cabeza.

—Mi nave no va a ir a ninguna parte sin mí —dijo—. Además, si estás intentando impresionar a Mara Jade... Bueno, francamente no creo que ir a rescatarla en una nave como el *Halcón* sea la mejor manera de conseguirlo.

—Oh, vamos, Han... —dijo Lando—. Yo te llevé a rescatar a Leia cuando Calamari estaba siendo atacado, ¿no? Me debes un favor.

Han suspiró.

—De acuerdo —dijo—. Supongo que no me iría nada mal tener una excusa para visitar a Luke y Kyp en la Academia Jedi. Además —añadió volviéndose hacia Cetrespeó con una sonrisita sarcástica en los labios—, al menos esta vez Leia se encuentra aquí para cuidar de los niños...

El *Halcón Milenario* se posó delante del gran templo massassi y Han bajó por la rampa para ver a Luke corriendo hacia él con el rostro tan lleno de placer y alegría como si aún fuera aquel joven de Tatooine que soñaba con vivir grandes aventuras. Han sonrió y siguió bajando por la rampa con sus botas resonando sobre las planchas metálicas. Luke se lanzó sobre él para estrecharle en un abrazo entusiástico que no resultaba nada digno de un Maestro Jedi.

—¿Estás disfrutando de tus pequeñas vacaciones lejos del bullicio de la política galáctica, Luke? —preguntó.

Los rasgos de Luke se ensombrecieron.

—Bueno, la verdad es que no me atrevería a decir que esté disfrutando mucho de ellas...

Lando Calrissian salió del *Halcón* después de haber dedicado unos momentos a peinarse, alisar sus ropas y asegurarse de que su apariencia resultaba todo lo atractiva y elegante que estaba en sus manos conseguir. Han puso los ojos en blanco, pues estaba convencido de que la delicadeza y la educación no eran la manera más adecuada de conseguir el afecto de Mara Jade.

La ira que siempre había hervido en su interior parecía haberse disipado bastante, pero Mara seguía mostrando una dureza cortante que hizo que Han se preguntara por qué Lando estaba tan interesado por aquella mujer que en tiempos se había llamado a sí misma «Mano del Emperador». Han siguió pensando en ello, y de repente comprendió que cuando vio por primera vez a Leia le había parecido que la princesa de Alderaan era una mezcla de la frialdad más gélida imaginable con el mal genio más ardiente concebible..., ¡y no había más que ver cómo había resultado ser Leia en realidad después!

La esbelta silueta de Mara Jade emergió por la puerta entreabierta del hangar oculto en la base de la enorme pirámide escalonada de piedra. Llevaba un saco de

viaje encima del hombro.

Lando bajó corriendo por la rampa y le dio una apresurada palmada a Luke en la espalda.

—¿Qué tal te va todo, Luke? —preguntó, y después cruzó corriendo la pista hacia Mara con tanta prisa que faltó muy poco para que tropezara y cayese—. Nos hemos enterado de que necesitas un medio de transporte —dijo mientras se ofrecía a cargar con su saco de viaje—. ¿Qué le ha pasado a tu nave?

—No me hagas preguntas sobre ese tema —respondió Mara, y después le contempló en silencio durante unos momentos con una sonrisita burlona en los labios antes de alargarle su pesado saco de viaje—. Así que por fin has encontrado algo que sí estás cualificado para hacer, ¿eh, Calrissian? Veo que te has convertido en un excelente mozo de equipajes.

Lando se echó el saco de viaje al hombro y movió la mano señalando el *Halcón*.

—Venga conmigo y la llevaré a la lanzadera de Personalidades Muy Importantes, señora —dijo.

Han retrocedió un poco y miró a su alrededor, recorriendo las junglas llenas de vapores húmedos y el Gran Templo cubierto de lianas con los ojos.

—Bien, ¿y dónde está Kyp? —preguntó.

Luke mantuvo la mirada clavada en sus pies durante unos momentos, y después fue alzando la vista tan lentamente como si estuviera haciendo acopio de valor mediante alguna clase de ejercicio Jedi hasta que sus ojos se encontraron con los de Han.

—Tengo malas noticias para ti —dijo—. Kyp... Bueno. Kyp y yo no logramos ponernos de acuerdo sobre la rapidez con la que debía aprender nuevas habilidades que encerraran un cierto peligro y cuál era la mejor manera de desarrollar sus capacidades con la Fuerza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Han, y se agarró a un pistón de la rampa de entrada del *Halcón* como si estuviera a punto de perder el equilibrio—. ¿Está herido? ¿Por qué no te pusiste en contacto conmigo?

Luke meneó la cabeza.

—No sé qué le ocurrió —replicó—. Kyp ha estado practicando con ciertas técnicas que temo puedan acabar impulsándole hacia el lado oscuro. Estoy muy preocupado, Han... Kyp es el estudiante con más poder de todos los que he tenido aquí. Robó la nave de Mara Jade y se fue de Yavin 4. No tengo ni idea de dónde se encuentra ahora o de qué puede estar haciendo.

Han había apretado los labios hasta convertirlos en una delgada línea, pero Luke siguió hablando.

—Kyp tiene dentro un gran poder y mucha ira y ambiciones... pero muy poca comprensión o paciencia. Esa combinación puede llegar a resultar muy peligrosa.

Han se sentía impotente, y apenas se dio cuenta que Lando escoltaba a Mara Jade por la rampa de entrada hasta el interior del *Halcón*.

—No sé qué puedo hacer, Luke —dijo.

Luke asintió con expresión preocupada.

—Yo tampoco.

El *Halcón Milenario* avanzaba a toda velocidad por el hiperespacio acompañado por el leve zumbido vibratorio de los motores hiperlumínicos. Lando intentó no levantar la voz mientras se inclinaba hacia Han en la cabina.

—Deja que haga unos pequeños arreglos de nada en las unidades de procesado de los alimentos, Han. Vamos, por favor... Me he aprendido de memoria algunas programaciones de los mejores casinos de la Ciudad de las Nubes, y puedo producir recetas que harán que Mara Jade levite de puro placer culinario.

—No. —Han echó un vistazo al cronómetro que iba indicando el tiempo de viaje que faltaba para volver a Coruscant—. Los procesadores de alimentos ya me gustan tal como están ahora.

Lando dejó escapar un suspiro de exasperación y se derrumbó en el asiento del copiloto.

—Todos están programados para recetas corellianas de platos difíciles de digerir y llenos de grasas —dijo—. Una mujer como Mara necesita comidas exóticas, preparaciones especiales... ¡No salchichas de nerf y brotes vegetales con unas asquerosas raíces de carboto!

—Oye, Lando, yo crecí comiendo ese tipo de comida..., y cuando estoy a bordo de mi nave, quiero que las unidades de preparación de alimentos me proporcionen platos que me gustan. Ya desperdicié todo el viaje de ida a Yavin ayudándote a limpiar los camarotes de atrás, por no hablar del sacar brillo al tablero holográfico de juegos y lo de perfumar toda la nave con desinfectantes.

—Han, la nave estaba asquerosamente sucia y apestaba —replicó Lando.

—Bueno, pues a mí me gustaba que estuviese así —insistió Han—. Estás hablando de mi suciedad y mi pestilencia, ¿entendido?

—Y todo porque tuviste suerte en el sabacc... —Lando se levantó, se puso bien la capa y se pasó la mano por su mono de vuelo color púrpura para alisarlo—. Te dejé ganar, ¿sabes? Nunca podrías repetirlo.

Han y Lando se estaban fulminando con la mirada desde los dos extremos del tablero de juegos que habían despejado a toda prisa. Lando no paraba de lanzar rápidas miradas de soslayo a Mara Jade mientras llevaba a cabo el proceso de aleatorización de los rectángulos de la vieja baraja de sabacc de Han.

Mara había ignorado a Lando durante la mayor parte del viaje a Coruscant. Había rechazado con bastante brusquedad todos sus intentos de prepararle la cena, seleccionar piezas musicales que fueran de su agrado o entablar conversación con



ella. La contrabandista estaba inmóvil viendo cómo jugaban a las cartas para resolver su disputa sobre la propiedad del *Halcón*, y fruncía el ceño como si Han y Lando no fueran más que dos mocosos que se estuvieran peleando en un jardín de infancia.

Lando cogió el mazo de relucientes cartas metálicas de tal manera que se vieran las caras cristalinas y las alzó delante de Mara.

—¿Deseáis cortar, mi señora? —preguntó.

—No, no lo deseo —replicó ella.

—Me estoy empezando a hartar de esto, Lando —dijo Han—. Primero te gané el *Halcón* en una partida de sabacc en Bepin, después tú recuperaste la nave en el salón diplomático de Coruscant y finalmente yo volví a ganarte cuando íbamos a Calamari. Creo que ya es suficiente, ¿no te parece? Ésta va a ser nuestra última partida.

—Por mí estupendo, viejo amigo —dijo Lando, y empezó a repartir las cartas.

—Nada de revanchas —dijo Han.

—Nada de revanchas —acordó Lando.

—El que gane esta partida se queda con el *Halcón* para los restos.

—De acuerdo —dijo Lando—. El *Halcón Milenario* pertenecerá al ganador y éste podrá hacer lo que le dé la gana con él. Se acabó el pedir prestada la nave, y se acabaron las discusiones.

Han asintió.

—El perdedor obtendrá una vida entera como usuario del sistema de transportes públicos de Coruscant. —Cogió sus cartas—. Y ahora, cierra el pico y juega.

Han arrojó sobre el tablero las cartas que le habían traicionado y se puso en pie para ocultar la devastadora sensación de pérdida que se estaba adueñando de él. Se sentía igual que si le hubieran estrujado el corazón como si fuese una hoja de papel y luego se lo hubieran vuelto a meter en el pecho.

—Adelante, Lando. Puedes sonreír y disfrutar de tu victoria...

Mara Jade había contemplado toda la partida con el rostro impassible, pero con menos indiferencia de la que pretendía mostrar, y en ese momento frunció el ceño como si esperase que Lando se pusiera en pie y lanzara gritos de triunfo. Han estaba esperando la misma reacción por parte de Lando.

Pero de repente Lando se quedó inmóvil a medio levantar de su asiento, y logró calmarse y acabar de incorporarse con lenta dignidad.

—Eso es —dijo con voz grave y musical—. Es el final de la partida... Nunca más volveremos a jugar por el *Halcón*.

—Sí, eso es lo que acordamos —dijo Han con un hilo de voz que apenas resultaba audible.

—Y el *Halcón* es mío y puedo hacer lo que quiera con él —dijo Lando.

—¡Adelante, Lando, disfruta de tu victoria! —repitió Han para ocultar la desesperación que sentía. Se maldijo a sí mismo por haberse dejado convencer para

jugar otra estúpida partida de sabacc. Se había comportado como un idiota: no tenía nada que ganar, y lo había perdido todo—. ¡No entiendo cómo puedo haber cometido la idiotez de volver a jugar contigo!

—Parecís una pareja de vornskyrts bufándose el uno al otro durante una disputa por el territorio —dijo Mara, y meneó la cabeza.

Su exótica cabellera color especias quedó colgando a un lado de su cara. No había hecho nada para estar particularmente atractiva, pero aun así el gesto realzó todavía más su belleza.

Lando miró a Mara, y después se dio la vuelta quedando medio de espaldas a ella como si estuviera ignorando deliberadamente su presencia.

—Pero como eres mi amigo, Han Solo —dijo extendiendo las manos en un gesto melodramático hacia Han—, y como sé que el *Halcón* significa todavía más para ti de lo que significa para mí... —Lando hizo una pausa para dar más tensión al momento y lanzó otra rápida mirada de soslayo a Mara Jade antes de seguir hablando—, decido devolverte el *Halcón Milenario*. Es un regalo que te hago, un testimonio de homenaje a nuestros años de amistad y a todas las aventuras que hemos vivido juntos.

Han se derrumbó en su asiento sintiendo que se le doblaban las rodillas. Notó que se le encogía la garganta, y abrió y cerró la boca varias veces mientras su mente funcionaba a toda velocidad intentando encontrar una contestación adecuada sin conseguirlo.

—Voy a las unidades de preparación de alimentos—dijo magnánimamente Lando—. Si Han me permite introducir unos cuantos retoques en la programación, intentaré preparar los platos más soberbios que sean capaces de ofrecernos sus unidades, y después todos disfrutaremos de una maravillosa cena juntos.

Han estaba tan atónito que se sintió incapaz de protestar. Lando no esperó a que se recuperase lo suficiente para hablar, y lanzó una segunda mirada a Mara mientras iba hacia la cocina.

Han, todavía perplejo, vio cómo Mara enarcaba las cejas y le seguía con la mirada mientras sus labios se curvaban en una sonrisa entre sorprendida y asombrada, como si estuviera empezando a formarse una opinión totalmente nueva de Lando Calrissian.... y Han llegó a la conclusión de que eso era justo lo que Lando había planeado que ocurriese.

El cabeza-de-martillo Momaw Nadon hizo los arreglos necesarios para que Wedge Antilles y Qwi Xux pudieran efectuar un recorrido turístico por los paisajes vírgenes ithorianos a bordo de un aerodeslizador de cabina abierta. El deslumbrante cielo de la mañana que se extendía sobre la plataforma de tránsito brillaba con un hermoso color púrpura teñido de matices blancos, y había unas cuantas hilachas de nubes que ocultaban la tenue claridad de las varias lunas que seguían flotando sobre el horizonte.

Qwi se sentó en el cómodo y mullido asiento de fibras vegetales, se puso el arnés de seguridad y contempló el panorama bañado por la luz del sol.

—¿Por qué no has querido que Momaw Nadon nos hiciera de guía? —preguntó mientras estudiaba la información topográfica y los lugares de mayor interés turístico que Nadon les había sugerido visitar—. Parece sentirse muy orgulloso de su mundo.

Wedge había concentrado toda su atención en el panel de controles, aunque el manejo del vehículo parecía bastante sencillo.

—Bueno, porque está muy ocupado y porque... —No llegó a completar la frase y acabó alzando la cabeza hacia Qwi para sonreírle—. La verdad es que he preferido estar a solas contigo.

Qwi se sintió invadida por un júbilo tan intenso que casi le dio vueltas la cabeza.

—Sí, creo que eso resultará más agradable...

Wedge hizo despegar el aerodeslizador de la pista y no tardaron en alejarse del gran disco de la ecociudad ithoriana para empezar a sobrevolar las copas de los árboles. Bahía Tafanda se había movido muchos kilómetros durante el curso de la noche, y Wedge tuvo que recalibrar las coordenadas del aerodeslizador. La luz del día les calentó las caras mientras el viento deslizaba sus frescas ráfagas sobre su piel.

Fueron hacia un risco no muy alto a partir del que las junglas de un color verde oscuro eran sustituidas por bosques de un verde más claro.

—¿Qué me llevas a ver? —preguntó Qwi.

Wedge se inclinó hacia adelante sin apartar la mirada del horizonte.

—Un gran bosque de árboles bafforr que fue semidestruido por los imperiales durante su asedio hace muchos años —respondió.

—¿Hay algo de especial en esos árboles? —preguntó Qwi.

—Los ithorianos los adoran —respondió Wedge—. Son semiinteligentes. Y forman una especie de mente-colmena... Cuanto más grande llega a ser el bosque, más inteligentes se van volviendo los árboles.

Cuando estuvieron un poco más cerca, Qwi pudo ver que un bosque cristalino de apariencia parecida a la de la aguamarina brillaba con un débil resplandor bajo los rayos del sol cubriendo una parte de la ladera. Wedge detuvo el aerodeslizador y se

inclinaron sobre la borda para contemplar los troncos de aspecto vidrioso y las telarañas de apariencia lisa pero ángulos cortantes formadas por las ramas de los bafforr. Dispersos alrededor del perímetro se veían grandes cilindros oscuros que habían caído al suelo y se habían roto como si fueran tubos de transpariacero quemado. El espectáculo hizo que Qwi se acordara de los restos esparcidos alrededor del lugar donde se había alzado la Catedral de los Vientos del planeta Vórtice. Arbolillos diminutos que parecían carámbanos invertidos brotaban del suelo rocoso.

—El bosque parece estar volviendo a crecer —dijo Wedge.

Los arbolillos brillaban con unos destellos azulados más pálidos que los del resto del bosque.

—¡Veo gente ahí abajo! —exclamó Qwi señalando hacia un lado. Las siluetas grisáceas de cuatro ithorianos se movieron a toda velocidad buscando el refugio de la espesa vegetación que se extendía junto al risco—. Creía que se suponía que no debían poner los pies en la jungla.

—Me parece que recuerdo haber oído comentar algo acerca de que la Madre Jungla llama a ciertos ithorianos de vez en cuando. Es una llamada muy rara que nadie puede explicar... Los que son llamados lo abandonan todo y viven en las selvas, y tienen prohibido volver a sus ecociudades. En cierta manera, se podría decir que se convierten en fugitivos... Los ithorianos consideran que es un sacrilegio terrible tocar el bosque, por lo que la intensidad de la llamada debe de ser realmente muy grande.

Qwi bajó la mirada hacia los cilindros de aspecto cristalino que eran los troncos quemados de aquellos árboles bafforr destruidos por los disparos de las baterías turboláser imperiales.

—Bueno, de todas maneras me alegra saber que están cuidando del bosque —dijo, y se preguntó qué fracción de su inteligencia colectiva habría logrado recuperar el bosque de árboles bafforr hasta aquel momento—. Vayamos a otro sitio, Wedge. Y así podrán volver a su trabajo.

Wedge llevó a Qwi hasta una meseta salpicada de rocas grises y marrones con forma de losas que estaba cubierta de maleza rojiza y lianas negras. Tres ríos confluían formando un gran delta al borde del acantilado, y el caudal se precipitaba al vacío en una espectacular cascada triple que se perdía en el profundo abismo que se abría al pie de la meseta. El agua se esparcía por el fondo brotando de un millar de cavernas medio desmoronadas y se iba uniendo rápidamente para crear una profunda ciénaga espumeante llena de juncos y peces saltarines.

Wedge hizo que el aerodeslizador trazara un círculo sobre la enorme desembocadura de la meseta, y Qwi contempló con expresión asombrada la fabulosa cascada. Telones de espuma brotaban de los ecos atronadores causados por la caída de las aguas, y los arcoiris centelleaban sobre el telón de fondo color lavanda del cielo.

Qwi volvió la cabeza a un lado y a otro intentando verlo todo a la vez. Wedge sonrió como si se dispusiera a hacer una diablura y dirigió el aerodeslizador hasta el centro de las tres cascadas, dejándolo suspendido allí durante unos momentos y haciéndolo bajar poco a poco hasta el núcleo de la caída después.

Qwi rió mientras la espesa y fría niebla se cerraba a su alrededor empapando sus ropas. Wedge bajó el aerodeslizador hasta el lugar donde los tres ríos se estrellaban contra las rocas con un sonido tan ensordecedor como el de planetas estallando en mil pedazos. Unas criaturas aladas de color verde bastante parecidas a los murciélagos revoloteaban por entre la espuma y las gotitas de agua, atrapando a los insectos y los pececillos que se precipitaban por la cascada.

—¡Esto es fantástico! —gritó Qwi.

—Bueno, pues si la información que nos ha proporcionado Momaw Nadon no está equivocada, luego mejora todavía más —replicó Wedge.

Llevó el aerodeslizador hacia una aglomeración de promontorios de reluciente roca negra que brotaban de un lado del abismo. La terraza rocosa bastaba para protegerles de casi toda la espuma fría y los vientos ciclónicos que giraban locamente en la chimenea de paredes rocosas. Los ecos retumbantes del agua se convirtieron en un ruido de fondo continuo.

—Nadon dijo que podíamos bajar aquí —explicó volviéndose hacia Qwi.

Metió la mano en un compartimiento que había debajo de su asiento, y sacó de él dos capas traslúcidas impermeables y dos paquetes de provisiones de calentamiento automático que también le había proporcionado Nadon. Wedge ayudó a Qwi a ponerse una de las prendas impermeables por encima de sus delgados hombros, y después se puso la otra capa. Cogió su almuerzo y movió una mano señalando las rocas de aspecto lustroso y resbaladizo que había debajo del saliente.

—Bien, vamos a comer al aire libre —dijo.

Qwi estaba inmóvil delante de la puerta cubierta de lianas de sus alojamientos en Bahía Tafanda al final de un día agotador. Wedge dejó que su mirada se perdiera en los ojos color índigo de Qwi, y se removió nerviosamente.

—Gracias —dijo Qwi—. Ha sido el día más maravilloso de toda mi vida.

Wedge abrió la boca y la cerró tres veces seguidas, como si estuviera intentando encontrar algo que decir. Después se inclinó hacia delante, acarició la sedosa cabellera color madreperla de Qwi y la besó, permitiendo que sus cálidos labios permanecieran sobre los de ella durante un momento que pareció hacerse muy largo. Qwi atrajo a Wedge hacia ella y sintió cómo el deleite se iba extendiendo por todo su ser.

—Y ahora me has dado otra cosa más interesante todavía —dijo con su voz suave y musical.

Wedge retrocedió apartándose un poco de ella.

—Eh... Te veré por la mañana —dijo ruborizándose.

Después giró sobre sí mismo y fue hacia su puerta caminando tan deprisa que casi parecía estar huyendo.

Qwi contempló con una sonrisa entre melancólica y pensativa cómo Wedge cerraba su puerta. Después abrió la suya y entró en sus habitaciones, sintiéndose como si tuviera haces repulsores en los pies. Se apoyó en la puerta, cerró los ojos mientras la suave iluminación de la estancia iba intensificándose poco a poco y dejó escapar un suspiro de satisfacción. Después abrió los ojos... para ver a un hombre que parecía hecho de oscuridad surgiendo del rincón lleno de sombras de la habitación en el que había estado oculto hasta aquel momento.

La imponente silueta se fue acercando a ella, y Qwi quedó paralizada de terror al ver la ondulante capa negra que flotaba alrededor de su cuerpo.

¡Darth Vader! Intentó gritar pidiendo ayuda, pero la voz murió en su garganta como si una mano invisible se hubiera cerrado de repente alrededor de sus cuerdas vocales. Qwi giró sobre sí misma para huir por la puerta, pero quedó paralizada a mitad del movimiento y unas telarañas invisibles tiraron de ella obligándola a retroceder.

El hombre oscuro estaba más cerca y seguía aproximándose a ella, moviéndose como si se deslizara sobre el suelo. ¿Qué quería? Qwi no podía gritar. Oía su respiración hueca y jadeante, y los ecos parecidos al gruñido de un animal salvaje que creaba.

Una mano se extendió hacia ella y Qwi no pudo moverse ni esquivarla, y los dedos se curvaron sobre la parte superior de su cabeza. Qwi sintió la presión. La otra mano, fría y ágil, la agarró por la cara. Qwi parpadeó y alzó la mirada para ver el rostro de Kyp Durrón. Sus ojos parecían arder, y su rostro estaba tan muerto e inexpresivo como el de una estatua.

—Por fin la he encontrado, doctora Xux —dijo con voz fría como el hielo—. Posee demasiados conocimientos peligrosos... Debo asegurarme que nadie volverá a crear jamás las armas de cuya existencia es usted responsable. No debe haber más Estrellas de la Muerte ni más Trituradores de Soles.

Los dedos se tensaron sobre la frente y el rostro de Qwi aumentando todavía más la presión que ejercían. Qwi sintió como si se le fuera a partir el cráneo de un momento a otro. Oleadas de dolor se abrieron paso a través de su cerebro como las garras de un monstruo surgido de una pesadilla. Sintió las puntas de unas afiladas zarpas metálicas arañando las profundidades de su cerebro, hurgando e investigando en su mente para arrancar de ella los recuerdos y los conocimientos científicos que había ido acumulando a lo largo de muchos años.

Qwi por fin logró gritar, pero sólo pudo exhalar un débil grito lagrimoso que se desvaneció mientras se precipitaba por un largo túnel oscuro que terminaba en la

nada y el olvido. Qwi se derrumbó contra la pared cubierta de lianas de la entrada a sus habitaciones.

La vista se le nubló rápidamente, y lo último que vio ante ella fue la silueta envuelta en negrura de su atacante mientras abría la puerta y salía para perderse en la noche.

A la mañana siguiente Wedge se vistió sin dejar de silbar alegremente ni un momento y sonrió a la placa reflectante mientras peinaba su oscura cabellera. Después pidió un desayuno exótico para dos. Qwi tenía la costumbre de levantarse temprano, y estaba tan entusiasmada ante los muchos lugares maravillosos que podrían ver en Ithor que seguramente se habría levantado aún más pronto de lo habitual. Momaw Nadon les había prometido que podrían disponer del aerodeslizador durante otro día.

Wedge cruzó el pasillo con paso rápido y decidido, pulsó el botón de llamada de la puerta de Qwi y esperó. No hubo respuesta.

Pulsó el botón una y otra vez hasta que empezó a alarmarse y trató de abrir la puerta. Descubrir que la entrada a las habitaciones de Qwi no estaba cerrada le alarmó todavía más. ¿Habría venido alguien durante la noche para asesinarla? ¿Y si los imperiales conocían su paradero después de todo? Wedge abrió la puerta de un empujón y entró corriendo. Las habitaciones de Qwi estaban sumidas en la oscuridad y llenas de sombras.

—¡Luces! —gritó.

La habitación quedó repentinamente bañada por una suave claridad amelocotonada.

Oyó a Qwi antes de verla. Estaba agazapada en un rincón, y sollozaba mientras se apretaba la cabellera perlina con las dos manos, ejerciendo presión sobre sus sienes como si estuviera intentando mantener dentro de su cabeza unos pensamientos que se escapaban de ella y se le escurrían entre los dedos.

—¡Qwi! —gritó.

Corrió hacia ella, se inclinó y la cogió por la muñeca obligándola delicadamente a girar la cabeza.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó mientras clavaba la mirada en sus enormes ojos, que parecían haberse vuelto terriblemente vacíos e inexpresivos.

Qwi no pareció reconocerle, y Wedge sintió el repentino vacío del horror en el estómago. Qwi estaba confusa y muy afectada, y Wedge vio cómo fruncía el ceño en lo que parecía un intento de recordar. Qwi meneó lentamente la cabeza y después cerró sus grandes ojos, apretando los párpados con tanta fuerza como si estuviera luchando con sus propios pensamientos. Las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas, primero en forma de gotitas que rezumaban por debajo de los párpados y después en un llanto desconsolado cuando se mordió el labio haciendo un furioso

esfuerzo de concentración. Qwi volvió a alzar la mirada hacia Wedge, parpadeó y por fin logró encontrar el nombre que se le había estado escapando hasta aquel momento.

—¿Widj... ? ¿Wedge? —preguntó por fin—. ¿Te llamas Wedge?

Wedge asintió sin saber qué decir, y Qwi se lanzó a sus brazos estallando en sollozos. Wedge la abrazó, y sintió cómo el llanto desgarrador hacía temblar todo su cuerpo.

—¿Qué ha ocurrido? —volvió a preguntar—. ¡Cuéntame qué ha ocurrido, Qwi!

—No lo sé... —Qwi meneó la cabeza, y los suaves mechones plumosos de su cabellera oscilaron en una lenta oleada moviéndose de un hombro a otro—. Apenas te conozco... No puedo recordar. Siento que mi mente está tan..., tan vacía, tan llena de huecos donde no hay nada...

Wedge la abrazó con todas sus fuerzas.

—Lo he perdido todo —murmuró Qwi—. Casi toda mi memoria, casi toda mi vida... han desaparecido.



Kyp Durrón volvió a la cuarta luna de Yavin y al silencio palpitante de la noche de la jungla. Se sentía lleno de un poder que por fin había decidido utilizar al máximo, y estaba preparado para estallar en un extático derramamiento de la Fuerza..., pero no podía dejarse seducir por la tentación de unas exhibiciones tan infantiles. Tenía una misión que cumplir, y sabía que afectaría al futuro de toda la galaxia.

Pilotó el Z-95 Cazador de Cabezas que había robado a Mara Jade con las luces apagadas y sin ninguna baliza de guía hasta posarlo suavemente y sin hacer ningún ruido sobre la pista salpicada de maleza que se extendía delante del Gran Templo. Kyp no sentía el más mínimo interés por los débiles y vacilantes estudiantes Jedi y ni tan siquiera por el cobarde y ofuscado Maestro Skywalker, y no quería volver a tener nada más que ver con ellos, pero necesitaba acceso a los antiguos templos massassi que Exar Kun había diseñado como puntos focales para concentrar el poder Sith.

El cielo nocturno estaba tachonado de estrellas y los crujidos y roces de la jungla tejían un tapiz de sonidos casi inaudibles a su alrededor, pero la música de los insectos se había vuelto más callada y apenas había animales de gran tamaño moviéndose por entre la espesura. Toda la selva parecía atónita y un poco asustada ante el regreso de Kyp.

Kyp arrojó los pliegues extrañamente relucientes de la capa negra sobre sus hombros. Ya iba siendo hora de que entrara en acción.

Dejó el Cazador de Cabezas posado sobre la pista detrás de él y fue hacia la monolítica pirámide escalonada del Gran Templo. Las lianas vermiformes color rojo óxido se retorcían apartándose de su camino para evitar los pies de Kyp, como si todo su cuerpo exudara un calor mortífero.

Tramos de escalones formados con bloques de piedra que habían sido tallados a golpes de cincel subían por un lado de la pirámide.

Kyp fue poniendo un pie delante de otro y ascendió poco a poco, escuchando los ecos ahogados de su respiración. La expectación se iba acumulando lentamente dentro de él.

En su mente Kyp oía fantasmas que lanzaban vítores y tenía visiones que se sucedían incesantemente unas a otras, como si estuviera contemplando un montaje de vídeo sin principio ni fin que había sido grabado hacía cuatro mil años, cuando Exar Kun había descubierto el último lugar de descanso de los antiguos Sith. Exar Kun había construido templos enormes, y había creado la Hermandad del Sith reclutando a sus miembros entre los Caballeros Jedi que habían dejado de creer en sus ideales y su Código. Después había utilizado a la raza massassi de Yavin 4 como un mero recurso sacrificable, un conducto de energía y poder que le permitiría redefinir el caos y la

corrupción de la Antigua República. Exar Kun había desafiado a los estúpidos Jedi que seguían a sus líderes incompetentes sin pensar, y que obraban de aquella manera sencillamente porque así habían jurado hacerlo...

Kyp terminaría la batalla, aunque el enemigo ya no era la República incompetente y en decadencia sino el Nuevo Orden fraudulento y el Imperio represor que habían ocupado el lugar de la Antigua República. El Maestro Skywalker limitaba el alcance del adiestramiento impartido a sus nuevos Caballeros Jedi, pero Kyp Durrón había aprendido muchas más cosas.

Llegó al segundo nivel de la pirámide escalonada y se detuvo para bajar la mirada hacia la silueta en forma de insecto de su Z-95 Cazador de Cabezas posado en el centro de la parrilla de descenso. Todavía no había salido nadie del templo.

Una débil claridad ambarina empezó a infiltrarse en el cielo por el horizonte, intensificándose poco a poco a medida que la rápida rotación de la luna cubierta de junglas hacía aproximarse el momento en que se haría visible su planeta. Kyp siguió subiendo por la larga serie de escalones, manteniendo los ojos clavados en el ápice del Gran Templo.

Kyp ya había asestado su primer golpe borrando conocimientos muy peligrosos de la mente de la investigadora imperial Qwi Xux. Sólo Qwi había sabido cómo construir otro *Triturador de Soles*, pero Kyp —utilizando únicamente las manos desnudas y aquel poder que acababa de descubrir— había arrancado esos conocimientos de su cerebro, y los había convertido en fragmentos impalpables que había dispersado en la nada. Nadie podría volver a dar con ellos.

Su siguiente paso sería llevar a cabo un acto de justicia poética que le parecía delicioso y le hacía temblar de excitación cada vez que pensaba en él, pues supondría el vengarse de todo lo que el Imperio había hecho contra él, su familia y la colonia de su mundo. Kyp resucitaría el *Triturador de Soles* y lo utilizaría para acabar con los restos del Imperio. No rendiría cuentas ante nadie aparte de él mismo, pues aquellas decisiones eran tan duras y terribles que Kyp no confiaba en nadie más a la hora de tomarlas.

Llegó a la cima del Gran Templo justo cuando la enorme bola anaranjada de Yavin asomaba lentamente por encima del horizonte. El gigante gaseoso era un pálido orbe nebuloso en cuya circunferencia se arremolinaban tremendos sistemas de tormentas lo bastante grandes para engullir un pequeño planeta.

Las losas en forma de diamante cubrían la pequeña plataforma de observación situada sobre la gran cámara de audiencias. Nudos de lianas y los troncos achaparrados de los árboles massassi brotaban de los rincones de la vieja superficie de piedra.

Kyp alzó la mirada hacia el cielo. Las plantas y animales que llenaban las junglas de Yavin 4 no significaban nada para él, y no tenían ni la más mínima importancia

dentro del gran plan que se disponía a poner en práctica. La importancia de su inmensa visión era inconcebiblemente superior a las míseras necesidades de cualquier mundo.

La esfera de Yavin se alzó en el cielo, y Kyp levantó los brazos y la reluciente capa negra onduló sobre su espalda. Sus manos eran pequeñas y esbeltas. Eran las manos de un joven, pero el poder ardía dentro de ellas y chisporroteaba en sus huesos.

—Ayúdame, Exar Kun —murmuró mientras cerraba los ojos.

Desplegó su mente y fue siguiendo los caminos de la Fuerza que conducían a todos los objetos existentes en el universo, y fue extrayendo poder del punto focal cósmico que era el templo massassi. Kyp siguió buscando, y envió sus pensamientos como una sonda impalpable hasta las profundidades de los sistemas de tormentas del gigante gaseoso.

Kyp pudo sentir el poder de Exar Kun, oscuro y frío como un bloque de hielo negro, surgiendo de la nada detrás de él, y un instante después sintió cómo entraba en él y reforzaba todavía más sus capacidades. El débil roce exploratorio que había estado enviando hasta aquel momento se lanzó repentinamente hacia adelante con una potencia tan incontenible como la de un haz desintegrador. Kyp se sintió más grande, como si formara parte de la luna cubierta de junglas primero y de todo el sistema planetario después, y siguió creciendo hasta que pudo sumergirse en el corazón del gigante gaseoso.

Nubes anaranjadas pasaron a toda velocidad junto a él. Kyp sintió cómo la presión se incrementaba a medida que iba bajando hacia las capas increíblemente densas que se acumulaban cerca del núcleo. Estaba buscando el diminuto puntito de maquinaria, la mota de aquella nave pequeña pero indestructible que había sido enviada a perderse allí.

Kyp llegó a los niveles inferiores de la atmósfera, y por fin encontró el *Triturador de Soles*. La nave era como un faro, como un ojo abierto en el embudo que formaban las líneas de campo de la Fuerza.

El Maestro Skywalker había repetido una y otra vez que el tamaño no importaba. Kyp rodeó el *Triturador de Soles* con su mente, envolviéndolo y tocándolo con sus nuevas e ilimitadas manos invisibles. Pensó en tirar de él hasta levantarlo y sacarlo de las profundidades de Yavin 4, pero enseguida desechó aquella idea.

En vez de eso, y siempre con la ayuda de Exar Kun, lo que hizo fue utilizar su capacidad innata para volver a activar los controles. Movié las palancas y pulsó botones para alterar el curso almacenado en la memoria del *Triturador de Soles*, haciendo que saliera de su prisión.

Kyp siguió observando el avance del arma, concentrándose en la gigantesca esfera del planeta que ya se elevaba por encima de las copas de los árboles envueltas

en nubes de neblina. El *Triturador de Soles* no tardó en aparecer bajo la forma de un puntito plateado. Emergió de las capas de nubes más altas pareciendo no más grande que un átomo, y cruzó velozmente el espacio dirigiéndose hacia la luna verde esmeralda en la que aguardaba Kyp.

Kyp alzó la mirada hacia el cielo y esperó, abriendo los brazos para recibir el arma indestructible.

El *Triturador de Soles* se fue aproximando como un largo y afilado espino hecho de aleaciones cristalinas, moviéndose en línea recta a lo largo de su eje vertical. El lanzador toroidal de torpedos de resonancia colgaba del fondo de su largo gancho, y parecía increíblemente hermoso.

El *Triturador de Soles* fue descendiendo a través de la atmósfera de la luna de las junglas, bajando a toda velocidad como una lanza que se dispusiera a atravesar el Gran Templo. Kyp lo controló y fue reduciendo poco a poco la velocidad de su descenso hasta que la superarma se detuvo del todo y quedó suspendida en el aire flotando delante de él.

El cielo ya estaba iluminado por la claridad del planeta, y las aleaciones del casco del *Triturador de Soles* parecieron brillar con un resplandor tan puro e impoluto como el de una gema con facetas de fuego. Las enormes temperaturas y presiones del núcleo de Yavin lo habían limpiado, eliminando hasta el último rastro de oxidación o suciedad. El *Triturador de Soles* parecía impecablemente limpio y mortífero, y estaba preparado para que Kyp lo utilizara.

—Gracias, Exar Kun —murmuró.

Luke Skywalker despertó de otra serie de pesadillas y se irguió en su catre, pasando del sueño a ser consciente de cuanto le rodeaba en sólo un instante. Había captado una gran perturbación en la Fuerza. Algo andaba mal.

Se levantó y se movió cautelosamente mientras enviaba sus pensamientos para averiguar qué estaban haciendo sus estudiantes. Kirana Ti, Dorsk 81, la embajadora calamariana llamada Cilghal que acababa de llegar al Gran Templo. Tionne, Kam Solusar... Todos se encontraban bien, y no parecía haber nada raro. Dormían profundamente y, de hecho, estaban durmiendo demasiado profundamente, como si alguien hubiera arrojado una red de sueño sobre ellos.

Luke siguió extendiendo su sondeo mental y quedó atónito al percibir la fría oscuridad de un remolino de Fuerza deformada que giraba alrededor de la cima del templo. El contacto con el remolino le dejó perplejo y aturdido.

Corrió hacia la puerta de su habitación, vaciló un instante y acabó volviendo sobre sus pasos para coger su espada de luz. Después fue rápidamente por los pasillos, y trató de disipar su miedo mientras iba en el turboascensor que llevaba hasta los niveles superiores de la vieja pirámide.

«Tienes que conservar la calma...» Sí. Yoda se lo había repetido una y otra vez.

Pero lo que vio bajo el cielo del amanecer cuando llegó a la cima de la pirámide era tan terrible y sorprendente que faltó muy poco para que Luke perdiera el control de sí mismo.

El *Triturador de Soles* flotaba encima del templo, con el casco desprendiendo hilachas de vapores que se disipaban en la fresca atmósfera del alba, resucitado de su tumba en el núcleo del gigante gaseoso. Kyp Durrón giró sobre sí mismo para clavar la mirada en Luke, y su capa negra se arremolinó a su alrededor impulsada por la rapidez del movimiento.

Luke retrocedió tambaleándose sin poder creer en lo que estaba viendo.

—¿Cómo te has atrevido a recuperar esa arma? —exclamó—. Ese acto va contra todos los conocimientos Jedi que te he enseñado...

Kyp se rió de él.

—No me has enseñado gran cosa, Maestro Skywalker —dijo—. He seguido avanzando mucho más allá de tus insignificantes enseñanzas, y he aprendido mucho. Pretendes ser un gran instructor y alardeas de ello, pero en realidad no te atreves a aumentar tus conocimientos. —Kyp volvió la mirada hacia el *Triturador de Soles*—. Haré lo que debe hacerse para acabar con el Imperio de una vez por todas y para siempre. Tú puedes permanecer aquí y practicar tus sencillos trucos Jedi mientras yo convierto la galaxia en un lugar seguro para todos, pero debes saber que tus ridículos ejercicios no son más que juegos de niños.

—Has sido atraído por el lado oscuro, Kyp, pero debes volver —dijo Luke manteniendo su voz firme y tranquila y dando un paso hacia él—. Has sido engañado y manipulado. Vuelve antes de que el poder que el lado oscuro ejerce sobre ti se haga demasiado fuerte... —Tragó saliva—. Hace tiempo yo también fui por el camino que lleva hasta el lado oscuro, pero regresé. Puede hacerse..., si eres lo bastante fuerte y valiente. ¿Lo eres?

Kyp dejó escapar una carcajada llena de incredulidad.

—Ah, Skywalker, me resulta muy incómodo oírte hablar... No te atreves a correr ningún riesgo, pero aun así quieres tener el derecho a ser llamado Maestro Jedi. Bien, pues la cosa no funciona así... Has limitado y deformado el adiestramiento de tus otros candidatos debido a tu propia estrechez de miras. Quizá debería derrotarte aquí y ahora, y así podría encargarme de su adiestramiento después de haberlo hecho.

Luke se llevó la mano al costado sintiendo el temblor de sus dedos y el miedo y la consternación que ardían en su pecho, y la cerró sobre la empuñadura de su espada de luz. Después tiró de ella y activó la espada de luz oyendo la mezcla de crujido y siseo que tan familiar le resultaba. La deslumbrante hoja verdosa brotó de la empuñadura, zumbando y preparada para la batalla.

Un Jedi no podía atacar a un oponente desarmado, y no podía recurrir a la violencia hasta no haber agotado el resto de recursos... pero Luke conocía muy bien

el potencial mortífero con el que contaba el más dotado de sus estudiantes. Si Kyp había sucumbido ante el lado oscuro, podía llegar a convertirse en otro Darth Vader. Quizá llegara a ser mucho peor que Vader...

—No me obligues a hacer esto —dijo Luke.

Alzó la espada de luz, pero no estaba muy seguro de cómo debía actuar. No podía matar a su estudiante, que permanecía inmóvil y desarmado ante él en la cima del templo. Pero si no lo hacía...

—Tenemos que enviar el *Triturador de Soles* de regreso al núcleo de Yavin —dijo Luke—. Tú mismo insististe en que nunca debía ser utilizado.

—Mis palabras de entonces fueron fruto de la ignorancia —replicó Kyp—, al igual que lo son las tuyas ahora.

—No me obligues a luchar contigo... —murmuró Luke.

Kyp movió una mano en un gesto despectivo, y una oleada de ondulaciones oscuras surgió de la nada y atravesó la atmósfera, moviéndose tan deprisa como la onda expansiva de una granada de demolición.

Luke volvió a retroceder. La espada de luz se enfrió repentinamente entre sus dedos. Cristales de escarcha crecieron sobre la empuñadura formando complejos y delicados dibujos. Una sombra apareció en el corazón del resplandor verde de la hoja de energía, una enfermedad negra que fue pudriendo la pureza del haz. El zumbido de la hoja vaciló y se convirtió en un chisporroteo vacilante que hacía pensar en una tos de agonía. La contaminación negra se fue extendiendo rápidamente, y no tardó en haber engullido todo el color verde del haz.

Y la espada de luz de Luke murió en su mano con un último siseo de chispas.

Luke intentó controlar el miedo que amenazaba con adueñarse de él, y de repente sintió una oleada de frío a su espalda. Giró sobre sí mismo para ver una negra silueta encapuchada. Era la imagen que había fingido ser Anakin Skywalker en la pesadilla de Luke, el hombre oscuro que había engañado y manipulado a Gantoris hasta acabar llevándole a su catastrófica pérdida de control final.

La voz de Kyp llegó hasta los oídos de Luke como si viniera de muy lejos.

—Y ahora, Maestro Skywalker, por fin puedes conocer a mi mentor... —dijo—. Su nombre es Exar Kun.

Luke dejó caer la espada de luz que ya no le servía de nada y se agazapó. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron de repente. Invocó todos los poderes de la Fuerza y se envolvió en ellos mientras buscaba desesperadamente alguna táctica defensiva que pudiera utilizar.

Kyp extendió las dos manos con el *Triturador de Soles* flotando detrás de él y atacó a Luke con un diluvio de rayos que parecían hendiduras negras abiertas en la Fuerza. Zarcillos oscuros brotaron de las rendijas y grietas de las losas del templo, víboras ilusorias provistas de colmillos amenazadores que cayeron sobre Luke,

atacándole desde todas las direcciones a la vez.

Luke gritó e intentó replicar al ataque, pero la sombra de Exar Kun se unió a la ofensiva añadiéndole todavía más potencia letal. El antiguo Señor Oscuro del Sith lanzó oleadas de negrura e incrustó largos carámbanos de veneno congelado en el cuerpo de Luke.

Luke siguió debatiéndose desesperadamente, pero se sentía impotente. Perder el control de sí mismo y sucumbir a la ira y la desesperación supondría un fracaso tan grande como el no hacer nada. Luke recurrió a los poderes que Yoda y Obi-Wan le habían enseñado... pero nada de lo que hizo y ninguna de las técnicas llenas de habilidad que empleó dieron el más mínimo resultado.

Ni tan siquiera un Maestro Jedi como Luke Skywalker podía vencer al poderío de Kyp Durrón combinado con las armas prohibidas del espíritu muerto desde hacía mucho tiempo que en vida se había llamado Exar Kun.

Los negros tentáculos de poder maligno parecidos a serpientes se lanzaron una y otra vez sobre Luke, llenando su cuerpo con un intenso dolor que recorrió sus venas abrasándolas como corrientes de lava. Luke gritó, pero su voz fue engullida por un huracán surgido del lado oscuro.

Luke dejó escapar un último grito y cayó de espaldas sobre las losas del Gran Templo massassi, y aún tuvo tiempo de agradecer su frescor antes de que todo cuanto le rodeaba se convirtiese en una nube de negrura humeante que pareció engullirle para siempre...

Los dos Destruyores Estelares supervivientes flotaban en silencio cerca del centro de la Nebulosa del Caldero, preparados para lanzar su ataque contra Coruscant.

La almirante Daala estaba erguida en su plataforma del puente de mando, y se sentía invadida por una decisión y una confianza en sí misma tan nuevas como electrizantes. Había pasado todo el día anterior en vela.

Sus oficiales estaban sentados en sus puestos, erguidos y llenos de impaciente expectación. Una dotación doble de soldados de las tropas de asalto iba y venía por los pasillos del *Gorgona*, armada hasta los dientes y preparada para entrar en combate. Habían pasado por una década de entrenamientos y maniobras, y por fin podrían utilizar su adiestramiento para asestar el mayor golpe por el bien de su causa que eran capaces de imaginar.

—Informe, comandante Kratas —dijo Daala.

Kratas se puso en posición de firmes y enunció su informe con voz firme y seca.

—Todo el equipo y el armamento del *Basilisco* han sido transferidos al *Gorgona* —dijo—, y a bordo del *Basilisco* ya sólo queda una tripulación mínima de voluntarios, todos ellos de las tropas de asalto. El capitán Mullinore ha informado de que está preparado para iniciar su última misión.

Daala se volvió hacia el teniente del centro de comunicaciones.

—Póngame en contacto con el capitán Mullinore —ordenó.

La imagen del capitán del *Basilisco* apareció delante de ella. El holograma temblaba un poco, pero el hombre parecía estar totalmente inmóvil y ser rígidamente dueño de sí mismo. Cuando su mirada se encontró con los ojos verde esmeralda de la almirante Daala, el rostro del capitán Mullinore estaba lleno de estoicismo.

—¿Sí, almirante? —preguntó.

—¿Está preparada su nave, capitán? —Daala hizo una pausa y juntó las manos detrás de la espalda—. ¿Y usted? ¿Está preparado?

—Sí, almirante. Hemos reconfigurado todos los sistemas de armamento para aumentar la afluencia de energía hacia nuestros escudos. Los soldados de las tropas de asalto han instalado el mecanismo de autodestrucción en nuestros reactores primarios de hiperimpulsión. —Mullinore guardó silencio durante unos momentos como si estuviera haciendo acopio de valor, pero su cabellera rubia cortada casi al cero no mostraba ni la más mínima huella de sudor—. El *Basilisco* está preparado para entrar en acción en cuanto usted dé la orden, almirante.

—Gracias, capitán. La historia recordará su sacrificio... Se lo juro.

Daala se volvió hacia la dotación del puente de mando y conectó el sistema de comunicaciones interno de la nave. Su voz firme y tranquila resonó por todo el



*Gorgona.*

—¡Todo el mundo a sus puestos de combate! Prepárense para la partida. Destruiremos Coruscant y asestaremos un golpe de muerte al corazón de la Rebelión.

Kyp Durrón pilotó el *Triturador de Soles* hasta el núcleo de la Nebulosa del Caldero, allí donde le había dicho Exar Kun que estaba oculta la flota de la almirante Daala.

Los controles del *Triturador de Soles* llenaban sus manos con una agradable y familiar sensación de frescor mientras permanecía inclinado hacia adelante en el no muy cómodo asiento del piloto con la mirada clavada en los paneles segmentados de los visores. Kyp había ayudado a controlar la superarma durante su huida de la Instalación de las Fauces con Han Solo.

Han Solo y Kyp habían destruido uno de los Destruidores Estelares de Daala durante aquella batalla, y Kyp estaba decidido a utilizar el *Triturador de Soles* para acabar con el resto de su flota.

Hacer estallar toda una nebulosa parecía un golpe excesivo para aplastar a un insecto imperial, pero Kyp sabía apreciar la ironía encerrada en el hecho de destruir la flota de Daala con sus propias armas. Su destrucción indicaría al resto del Imperio fragmentado cuál era el destino que caería sobre él si Kyp continuaba con su labor de limpieza.

Las descargas ionizadas que brotaban de la aglomeración de gigantes azules que iluminaba la Nebulosa de Caldero no tardaron en saturar los paneles sensores del *Triturador de Soles* dejándolos inservibles. Los visores delanteros se oscurecieron para filtrar la llameante oleada de luz que caía sobre ellos.

Kyp empezó a sondear el espacio mediante la Fuerza, prescindiendo de todas sus inhibiciones y permitiendo que el poder surgiera de él como un chorro de gas comprimido. Después del inmenso esfuerzo que había supuesto sacar el *Triturador de Soles* del núcleo de Yavin, localizar a unos cuantos Destruidores Estelares parecía un ejercicio de lo más sencillo.

Un instante le bastó para percibir la presencia de las gigantescas siluetas en forma de punta de flecha de dos navíos de combate imperiales.

Kyp dirigió el *Triturador de Soles* hacia las hinchadas estrellas súper gigantes del corazón de la nebulosa. Las titánicas estrellas azules eran inmensas y jóvenes, y ya estaban maduras para la destrucción. Brillarían con gran intensidad, aunque durante un período muy breve dentro de la escala del tiempo cósmico, y sus vidas terminarían con explosiones supernova que esparcirían sus ondas expansivas por toda una región de la galaxia.

Pero con el *Triturador de Soles* Kyp podía hacer estallar las supernovas cuando quisiera, adelantando cien mil años el momento de su desaparición.

Kyp contempló el hermoso y relajante mar de gases irisados y pensó en los

crepúsculos teñidos de vivos colores que había presenciado en Deyer, su mundo-colonia natal, y se acordó de los plácidos lagos terraformados que se extendían alrededor de las apacibles ciudades-balsa en las que habían jugado él y su hermano Zeth. Pero el Imperio había irrumpido en el hogar de Kyp para llevárselo y llevarse a su familia..., sin ningún aviso previo.

Varios años antes la Estrella de la Muerte se había aproximado al tranquilo y hermoso planeta de Alderaan y lo había hecho añicos con un disparo de su haz súper láser destructor de mundos.... sin ningún aviso previo.

La almirante Daala había capturado a Kyp, Han y Chewbacca después de que hubieran logrado atravesar el laberinto de agujeros negros, pero Kyp no poseía ninguna información «valiosa» para ella y Daala le había sentenciado a muerte.

Daala no merecía recibir ninguna advertencia de lo que iba a ocurrirle.

Kyp aumentó la potencia de los escudos de radiación del *Triturador de Soles* y siguió aproximándose a las colosales gigantes azules, que parecían hervir envueltas por su océano de material estelar. Después movió una mano y activó el sistema de puntería instalado delante de él.

Una sección del panel de control más hundida que el resto se deslizó a un lado y una pantalla surgió del hueco para mostrar un diagrama de esferas que se movían en órbitas muy cercanas las unas a las otras. Siete enormes estrellas ocupaban casi todo el centro de la nebulosa, desplazándose en órbitas muy complejas mientras se robaban gases las unas a las otras. La intensa radiación que emitían brillaba a través de las nubes dispersas formadas por partículas de hidrógeno, oxígeno y neón.

Kyp movió una hilera de interruptores rojos. Su rostro se había convertido en una máscara hosca e impassible llena de decisión. Sabía con toda exactitud cómo funcionaba el *Triturador de Soles*, ya que había robado todos aquellos recuerdos de la mente de Qwi Xux.

Las luces de advertencia empezaron a parpadear en los paneles del sistema principal, y Kyp confirmó sus intenciones al ordenador de la pequeña nave. El generador toroidal instalado en la punta del *Triturador de Soles* empezó a funcionar y no tardó en quedar envuelto por el chisporroteante resplandor azulado del plasma.

Kyp se acordó de todos los esfuerzos inútiles de los ingenieros de la Nueva República cuando habían tratado de averiguar cómo funcionaba la superarma, y de cómo se habían dejado dominar por el pánico ante la visión de algo tan simple como un cilindro de mensajes. Los torpedos de resonancia que provocaban las explosiones estelares eran paquetes ultradensos de energía que habían sido programados y modulados para desestabilizar el núcleo de una estrella. Los torpedos eran capaces de iniciar un colapso general de las capas exteriores de material estelar seguido por un efecto de rebote hacia el exterior, con el resultado final de una explosión tremendamente violenta que haría pedazos toda la estrella.

Kyp centró el sistema de puntería en el grupo de gigantes azules. No sintió ni la más leve vacilación. Ya sabía lo que tenía que hacer.

Pulsó los botones de activación. El *Triturador de Soles* se estremeció en cuanto la superarma lanzó siete torpedos de resonancia de alta potencia.

Kyp vio surgir pautas ovoidales de fuego blanco, amarillo y verde eléctrico que se recortaron con un violento hervor sobre los remolinos de colores más apagados de la Nebulosa del Caldero. Los torpedos de energía siguieron avanzando y se sumergieron en las hirvientes superficies de las estrellas gigantes.

Kyp oscureció un poco más el visor segmentado y clavó la mirada en las gigantes azules. El grupo estallaría simultáneamente, y las ondas expansivas prenderían fuego a vastos océanos de material nebuloso creando un incendio de dimensiones galácticas. Sería una señal clarísima para todos los restos del Imperio.

Pero los torpedos necesitarían varias horas para abrirse paso hasta los núcleos estelares y provocar la reacción en cadena. La oleada de destrucción iría ascendiendo poco a poco desde las profundidades de las estrellas hasta que un destello de una magnitud increíble derramara cegadores torrentes de luz, radiaciones de alta energía y materia estelar por toda la Nebulosa del Caldero. Después todo el sector se convertiría en un infierno.

Kyp pudo sentir cómo un puño invisible se cerraba dentro de su estómago. Ya no podía volverse atrás. Una vez lanzados, los torpedos de resonancia cumplirían su misión de manera inevitable. Aquellas siete estrellas ya estaban condenadas a estallar dentro de unas horas.

Kyp fue alterando el rumbo sin apresurarse, sabiendo que le quedaba mucho tiempo que matar. El *Triturador de Soles* era tan pequeño que había muy pocos sistemas sensores capaces de detectarlo, especialmente si se encontraba dentro del caos electromagnético de la Nebulosa del Caldero. La superarma había sido diseñada para entrar en un sistema sin ser detectada, dejar caer su torpedo dentro de una estrella y desvanecerse de nuevo sin entrar en combate y sin que se produjera ninguna pérdida de equipo o personal. El primer ataque del *Triturador de Soles* era tan sencillo como definitivo.

La almirante Daala nunca detectaría su presencia.

La mirada de Kyp fue hacia el cronómetro. Ardía en deseos de ver cómo las naves de Daala eran desintegradas por las oleadas destructoras que desgarrarían toda la nebulosa. Contaba con el arma más poderosa jamás inventada, y también disponía de los poderes Sith que Exar Kun le había revelado.

Kyp Durrón obtendría la victoria total contra el Imperio allí donde otros muchos habían fracasado.

Siguió alejándose del cúmulo de gigantes azules hasta que se dio cuenta de que ya sólo faltaba una hora para el inicio de la descomunal serie de explosiones. La espera

parecía estar durando toda una eternidad. Kyp volvió a desplegar sus pensamientos, deseando que hubiera alguna forma de burlarse de Daala y torturarla revelándole lo que iba a ser de ella.

Y de repente los Destruidores Estelares de Daala empezaron a moverse. El *Basilisco* y el *Gorgona* encendieron sus motores sublumínicos e iniciaron un lento avance para dirigirse hacia un sendero hiperespacial, como si estuvieran preparándose para lanzar otro ataque.

Kyp sintió cómo una llamarada de ira abrasadora recorría su cuerpo desde la cabeza hasta los pies.

—No... ¡No puede irse ahora!

Ya no podía hacer nada para impedir las explosiones de los núcleos estelares. ¡Daala tenía que permanecer allí donde quedaría atrapada por la oleada destructora!

Kyp dejó caer las manos sobre el sistema de control de armamento del *Triturador de Soles* y dio energía a los cañones láser defensivos instalados en los ángulos de la superarma. Después aceleró hasta alcanzar la velocidad máxima, y el *Triturador de Soles* salió disparado hacia adelante.

Cuando él y Han habían escapado del cúmulo de las Fauces, Daala había lanzado todos sus cazas contra ellos en un intento desesperado de recuperar el *Triturador de Soles*.

Kyp pensó que Daala iba a necesitar algo más que unas cuantas andanadas para proporcionarle el incentivo de quedarse donde estaba.

La almirante Daala alzó la mano derecha y miró al navegante.

—Prepárense para activar los hiperimpulsores —dijo.

—¡Almirante! —gritó de repente el teniente del centro de sensores—. ¡He detectado a un intruso!

Una nave diminuta pasó a toda velocidad por delante de la proa del *Gorgona*, disparando sus insignificantes haces láser contra la gigantesca mole del Destructor Estelar.

—¿Qué? —exclamó Daala girando sobre sí misma—. Pantalla visora, amplificación y realce —ordenó.

La imagen envuelta en iridiscencias del capitán Mullinore del *Basilisco* apareció de repente en el puesto de comunicaciones al lado de Daala.

—Acabamos de detectar al *Triturador de Soles*, almirante —dijo—. ¿Entramos en combate con él?

—¡El *Triturador de Soles*!

Daala necesitó un segundo para poder asimilar la información y aceptarla, y fue incapaz de responder antes de que la pequeña nave volviera a aparecer ante la torre del puente del *Gorgona* y disparase sus cañones contra las baterías turboláser. Daala reconoció al instante la forma de espino de la diminuta superarma erizada de torretas

láser defensivas. Sabía que los láseres del *Triturador de Soles* no eran lo suficientemente potentes para causar daños a un Destructor Estelar.

—Lancen dos escuadrones de cazas TIE —ordenó, sintiendo cómo una nueva excitación se iba adueñando de ella—. Quiero que el *Triturador de Soles* vuelva a ser nuestro. Esto cambia toda la estrategia contra la Nueva República que nos habíamos trazado.

Los soldados de las tropas de asalto, que ya estaban tensos y preparados para entrar en acción al instante después de todo un día en situación de alerta roja, corrieron por las cubiertas. Unos instantes después el hangar inferior del *Gorgona* abrió sus puertas y escupió al espacio un centenar de cazas TIE que avanzaron a toda velocidad por entre los remolinos de gases de la nebulosa.

Daala contempló el desarrollo de la pequeña batalla. El *Triturador de Soles* había sido concebido y diseñado para que fuese extremadamente veloz y maniobrable. Su indestructible armadura cuántica hacía que la superarma pareciese reírse del ataque que Daala había lanzado contra ella, pero aun así la victoria sólo era cuestión de tiempo.

—Pero ¿por qué no nos ataca? —murmuró mientras sus dedos enguantados de negro tabaleaban sobre la barandilla del puente—. Hay algo que no encaja en todo esto... Nos ha provocado, pero no puede causarnos ningún daño. ¿Por qué ha atraído nuestra atención hacia él, y cómo ha logrado encontrarnos? —se preguntó con voz pensativa.

El comandante Kratas le respondió a pesar de que Daala había estado hablando consigo misma en voz muy baja.

—No puedo hacer ninguna especulación sobre eso, almirante —dijo.

—Que los Destruccioneros Estelares se acerquen un poco más el uno al otro —ordenó Daala—. Centren un rayo tractor sobre el *Triturador de Soles* cuando lleve a cabo su próxima pasada.

—El piloto del *Triturador de Soles* está maniobrando la nave a velocidades tan altas que no podemos tener la seguridad de obtener una tracción lo suficientemente estable, almirante —dijo Kratas.

Daala le fulminó con la mirada.

—¿Eso quiere decir que no puede tratar de conseguirlo?

—No, almirante. —Kratas giró sobre sí mismo y dio un par de palmadas para atraer la atención de los oficiales de los puestos tácticos del puente—. ¡Ya han oído a la almirante! Prepárense para cumplir la orden de inmediato.

—El *Triturador de Soles* nos está enviando señales, almirante —dijo el oficial de comunicaciones—. La transmisión es únicamente vocal.

Daala se volvió hacia él.

—De acuerdo, déjeme oír al piloto.

La voz aguda de un muchacho resonó en el centro de mando del *Gorgona* envuelta en un chisporroteo de estática.

—Soy Kyp Durrón, almirante Daala... ¿Se acuerda de mí? Espero que no me haya olvidado. Me sentenció a muerte. Eso se me ha quedado grabado en la memoria, así que espero que también haya quedado grabado en la suya.

Daala se acordaba del joven delgado y nervudo de cabellos oscuros que había sido hecho prisionero junto con los rebeldes que habían descubierto la Instalación de las Fauces por casualidad durante su huida, y movió una mano indicando al oficial de comunicaciones que le abriera un canal.

—Si se rinde inmediatamente y nos entrega el *Triturador de Soles* intacto, le llevaremos al planeta que elija —dijo—. Puede ser libre, Kyp Durrón. No haga ninguna estupidez.

—Ni lo sueñe, almirante —replicó Kyp, y se echó a reír—. Le estoy sacando la lengua a esa supuesta superioridad imperial suya, así que voy a correr unos cuantos riesgos.

Kyp cortó la transmisión e inició una nueva pasada, disparando dardos de energía láser que rebotaron en el casco protegido del Destructor Estelar sin causar ningún daño.

—Centrando el rayo tractor... —dijo el oficial táctico—. Lo hemos perdido...

—¡Almirante! —exclamó de repente el jefe de sensores con voz apremiante—. Estoy obteniendo lecturas inusuales del cúmulo de estrellas. Las gigantes azules están fluctuando... Todas ellas fluctúan a la vez, nunca había visto nada parecido...

Daala se quedó totalmente paralizada. El terror la dejó boquiabierta cuando comprendió de repente el terrible plan que aquel..., aquel muchacho estaba utilizando contra su flota.

—¡Hay que virar! —gritó—. Ciento ochenta grados, velocidad máxima... ¡Tenemos que salir de la nebulosa inmediatamente!

—Pero almirante... —empezó a decir el comandante Kratas.

—¡Ha utilizado el *Triturador de Soles*! —gritó Daala—. Las estrellas van a estallar. Está intentando entretenernos para que seamos atrapados por la explosión.

Kratas se levantó y fue al puesto de navegación sin perder ni un instante. Los motores sublumínicos se encendieron, y todo el *Gorgona* tembló cuando hicieron girar la enorme mole del Destructor Estelar.

—Ya no tenemos centrado el ordenador de navegación en Coruscant —dijo el oficial de navegación—. Perdimos la alineación cuando alteramos el curso para atacar al *Triturador de Soles*.

—Sáquenlos de aquí ahora mismo —ordenó Daala—. ¡Me da igual cuál sea el vector que escoja! Informe al *Basilisco* de lo que ocurre.

Los motores sublumínicos empezaron a funcionar y fueron impulsando la nave

hacia delante, alejándola del centro de la nebulosa y acelerándola más y más a cada momento que pasaba. Los motores hiperlumínicos ya estaban preparados para entrar en acción e iban acumulando energía para el encendido. Los Destruidores Estelares empezaron a alejarse...

Y entonces las estrellas estallaron.

Kyp Durrón contempló cómo los Destruidores Estelares viraban y huían como si fuesen un par de banthas heridos.

—No podréis alejaron lo bastante deprisa —murmuró sonriendo—. No sois lo bastante rápidos...

El *Basilisco* y el *Gorgona* empezaron a atravesar la nebulosa a la velocidad máxima que podían alcanzar sus motores sublumínicos, dejando abandonadas detrás de ellos a docenas de cazas TIE. Los pequeños aparatos imperiales sucumbieron al pánico y se dispersaron en todas direcciones cuando vieron que sus naves madre viraban repentinamente y se alejaban de ellos.

Kyp ignoró al resto de cazas TIE y ajustó los controles del sistema impulsor al doble de la capacidad máxima calculada para los motores del *Triturador de Soles*. La pequeña nave en forma de espino subió a toda velocidad, alejándose del plano horizontal de la nube nebular.

Cuando el cúmulo de gigantes azules estalló, emitió oleadas concéntricas de luz cegadora y radiaciones devastadoras que salieron despedidas de él y fueron expandiéndose hacia fuera como un huracán cósmico.

El *Gorgona* había conseguido colocarse dos largos de navío por delante del *Basilisco*.

Kyp tiró de los controles y siguió haciendo ascender al *Triturador de Soles*, confiando en que la armadura cuántica le protegería de los peores efectos de la explosión. La increíble oleada de energía emitida por las supernovas oscureció sus visores hasta dejarlos prácticamente opacos.

Los gigantescos telones de fuego alcanzaron al *Basilisco*, derramándose sobre el Destructor Estelar y haciendo que se incendiara. Fue como si otra nova diminuta acabara de hacer erupción en la nebulosa, y el frente de fuego siguió avanzando velozmente.

La pantalla se ennegreció, pero no antes de que Kyp viera otro destello allí donde había estado el *Gorgona*... y después la tempestad de llamas ocultó cualquier detalle.

Kyp utilizó el ordenador de navegación para trazar un nuevo curso después de que sus pantallas hubieran quedado totalmente opacas. Aquello no era más que el comienzo.

Dejó el infierno galáctico detrás de él y se alejó, cada vez más impresionado por la potencia destructiva del *Triturador de Soles*, para ir en busca de los mundos que todavía se mantenían leales al Imperio.

Ya no cabía duda de que por fin disponía de todo el poder necesario.



La embajadora Cilghal se levantó en su austera habitación apenas sintió el frescor que acompañaba al amanecer de Yavin 4 y se estiró, disfrutando de la humedad llena de sombras del templo de piedra.

Sólo llevaba unos días en el praxeum Jedi, pero ya empezaba a tener la sensación de que todo el universo se había abierto ante ella. Los ejercicios para sintonizar su mente con la Fuerza que le había sugerido el Maestro Skywalker le habían enseñado a volver su mirada en una dirección totalmente nueva, y le permitían ver del todo y con claridad aquello que hasta entonces sólo había podido distinguir confusamente por el rabillo del ojo. Era como si el Maestro Skywalker le hubiese dado un pequeño empujón y la hubiera lanzado por una larga y suave pendiente de descubrimientos: cuanto más aprendía Cilghal, más ganas tenía de seguir aprendiendo.

Se echó un poco de agua tibia en la cara para humedecer su piel flexible y un poco coriácea, y después lavó y secó los delicados zarcillos que colgaban debajo de su boca en forma de tajo. La atmósfera de la luna de las junglas estaba saturada de humedad, pero aun así Cilghal seguía sintiéndose más cómoda cuando podía mantener mojadas las zonas de piel que llevaba al descubierto.

Cilghal salió de su habitación y fue a reunirse con los otros doce estudiantes Jedi en el comedor, donde cada uno consumiría un pequeño desayuno de frutas o carne que fuese compatible con su bioquímica particular.

Dorsk 81 estaba sentado a una mesa contemplando rectángulos de colores compuestos por sustancias nutricias procesadas. Había vivido durante tanto tiempo en un mundo de medio ambiente controlado y totalmente cerrado sobre sí mismo que el clon no era capaz de digerir alimentos que no hubieran sido considerablemente procesados.

Kam Solusar, el flaco Jedi endurecido por las privaciones, estaba intentando conversar con Streen, que tenía los cabellos tan revueltos como de costumbre y no paraba de mover los ojos de un lado a otro como si hubiese algo que le distraía.

El resto de estudiantes Jedi estaban sentados a solas o formando grupitos y mantenían nerviosas conversaciones en voz baja. Cilghal no vio al Maestro Skywalker entre ellos. Normalmente Skywalker siempre era el primero que entraba en el comedor, y esperaba allí a que sus estudiantes se reunieran con él. Los otros estudiantes Jedi parecían un tanto desconcertados por aquel repentino cambio producido en su rutina.

Cilghal utilizó la unidad procesadora de alimentos para prepararse un desayuno consistente en rodajas de pescado ahumado y un puré de cereales de sabor bastante fuerte que le gustaba mucho.

—¿Dónde está el Maestro Skywalker? —acabó preguntando sin dirigirse a nadie

en concreto.

Todos los estudiantes se miraron los unos a los otros como si llevaran un buen rato deseando formular la misma pregunta.

Streen se puso en pie y miró a su alrededor, visiblemente alarmado.

—Hay mucho silencio —dijo—. Todo está demasiado silencioso. No puedo oír al Maestro Skywalker. Siempre he podido oír voces en mi cabeza. Oigo las de todos vosotros... Pero ahora hay demasiado silencio. —Volvió a sentarse como si se sintiera repentinamente avergonzado—. Demasiado...

Tionne entró corriendo en el comedor con su instrumento musical en las manos. Su cabellera plateada se extendía detrás de ella formando una revuelta masa de mechones, y sus ojos color perla estaban muy abiertos y llenos de pánico.

—¡Venid enseguida! —gritó—. He encontrado al Maestro Skywalker...

Todos los estudiantes Jedi se levantaron al unísono sin confusión y sin hacer preguntas, poniéndose en pie con un movimiento coordinado y lleno de fluidez. Salieron del comedor y siguieron a la carrera a Tionne mientras la joven se lanzaba por los serpenteantes pasillos en cuyos suelos enlosados crecía el musgo. Cilghal intentó mantenerse a la altura de quienes gozaban de una mejor forma física, como Kirana Ti y Tionne.

Atravesaron corriendo la gran cámara de audiencias llena de ecos donde las lianas se enroscaban sobre las paredes y los asientos de piedra pulida permanecían vacíos bajo las hileras de rayos de sol.

—Por aquí —dijo Tionne—. No sé qué le ha ocurrido.

Llegaron a una escalera de peldaños desgastados por el paso del tiempo que llevaba hasta la plataforma de observación en lo alto de la pirámide escalonada.

Cilghal se detuvo de repente cuando vio la silueta vestida con una túnica caída sobre las losas e inmóvil debajo del cielo. Tenía las manos echadas hacia atrás, como si quisiera defenderse de algo.

—¡Maestro Skywalker! —gritó.

Los otros estudiantes corrieron hacia él. Cilghal se abrió paso a través del círculo de siluetas que permanecían inmóviles alrededor del hombre caído en el suelo y se arrodilló junto a él.

El rostro de Luke estaba contorsionado, como si se dispusiera a lanzar un alarido de miedo o dolor. Tenía los ojos cerrados, y los labios retorcidos en una mueca.

Su espada de luz, yacía en el suelo junto a él, como si hubiera resultado totalmente inútil contra el enemigo desconocido al que se había enfrentado.

Cilghal le levantó la cabeza y rozó los mechones castaño claro de su cabellera con su mano-aleta. Riachuelos de sudor frío brillaban sobre el rostro de Luke, pero no sintió ningún calor en su piel. Cilghal empezó a sondear, utilizando sus recién descubiertas capacidades con la Fuerza en una búsqueda desesperada.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Dorsk 81, muy alarmado.

—¿Está vivo? —preguntó Streen—. No puedo oírle...

Cilghal utilizó sus habilidades sensoras y acabó meneando su cabeza naranja y verde oscuro.

—Respira —dijo por fin—. Su pulso apenas si es detectable, aunque su corazón sigue latiendo... Pero no he conseguido encontrarle. No está dentro de sí mismo, y cuando le rozo con la Fuerza sólo encuentro un enorme vacío...

Se volvió para contemplar a los demás con sus redondos ojos de calamariana llenos de tristeza.

—Es como si nos hubiera dejado —murmuró.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Kirana Ti.

Cilghal colocó la cabeza inmóvil de Luke sobre su regazo y sus enormes ojos parpadearon, y durante un momento que se hizo muy largo fue totalmente incapaz de hablar.

—Ahora estamos solos —logró decir finalmente.

# Notas del traductor

[1] «All Terrain Armored Transport», Transporte Blindado Todo Terreno.

[2] «Mountain Terrain Armored Transport», Transporte Blindado para Terrenos Montañosos.